

RAYOS CATÓDICOS



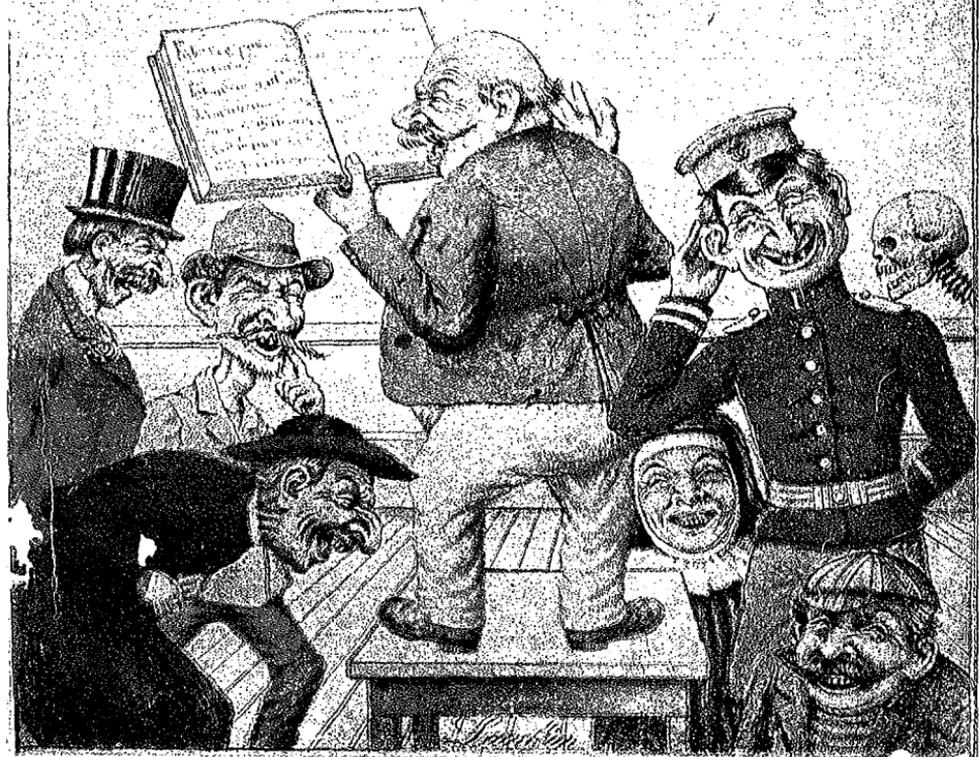
POR

JOSÉ ANTONIO CAMPOS

Y FUEGOS FATUOS

JACK THE RIPPER—

SEGUNDA EDICIÓN, CORREGIDA Y AUMENTADA
POR EL AUTOR Y ILUSTRADA POR EL CONSTATANTE



JACK THE RIPPER

Rayos Catódicos

4

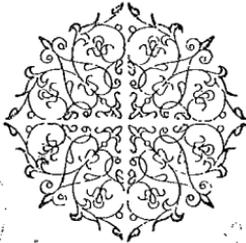
Juegos Fatuos

POR

José Antonio Campos

Como 1^o

Segunda edición corregida é ilustrada



GUAYAQUIL

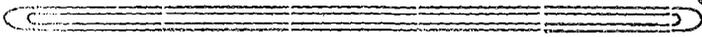
IMPRENTA LA REFORMA-3876

1911.



EDITOR
ARTURO CARRION B.





✓ *El gallo encantado.*

El viejo Zacarías estaba agonizando en el miserable jergón de su boardilla.

Era un gran filósofo, que había dedicado su vida entera al estudio y moría en la indigencia, como acontece con casi todos los hombres superiores.

Sintiendo ya que la vida se le escapaba por momentos hizo llamar á su nieto Abraham, que vivía con su mujer en la vecindad, y le dijo:

—Hijo mío: tú has hecho cuanto has podido por este pobre viejo que se va á la tumba lleno de pesadumbres y de decepciones. Dios te lo pague! Siento no tener una fortuna para dejártela; pero en cambio te dejaré un gallo que poseo.

El joven, á pesar de la tristeza que le embargaba, no pudo disimular una sonrisa al contemplarse heredero de tan humilde prenda.

El viejo agonizante adivinó el pensamiento de su deudo, y se apresuró á añadir:

—Pero no creas, querido Abraham, que el gallo que te destino es un gallo ordinario, de esos que se ven en todos los corrales; ni de aquellos cuyo estúpido mérito se aplaude en las peleas; el mío es un gallo encantado, que vive hace miles de años y procede del Rey Salomón, según cierto documento que hallarás entre mis papeles.

El nieto se enderezó al oír ésto y pidió informes más amplios sobre la maravillosa ave, la que, dicho sea de paso, estaba posada en una percha y era testigo mudo de la patética escena.

El mérito del gallo—añadió el viejo—consiste en descubrir á los embusteros.

—Y cómo es eso?

—Basta con que cualquiera persona se le acerque y le toque la cresta

—Y qué sucede?

—No sucede nada si la persona es intachable; pero si es embustera canta en el acto y la descubre. De esta manera es cómo he aprendido yo á conocer á los hombres.

Y volviéndose del otro lado, agregó:.....y á las mujeres.

Quiso el nieto pedir más explicaciones; pero fué inútil: el anciano Zacarías había dejado de existir.

La pena que le causó la muerte del pobre abuelo hizo que Abraham se olvidara momentáneamente del gallo, y lloraba aún en presencia del cadáver, cuando tocaron á la puerta.

Era el médico, que venía á visitar al enfermo, creyendo que estaba vivo.

—Esto, dijo, yo lo había pronosticado; pero su señor abuelo jamás quiso escucharme. Mil veces le dije: don Zacarías, no viva usted en compañía de un gallo, porque estos animales están llenos de microbios. Él se reía, ¡y ya ve Ud. lo que pasa! Sé ha muerto: era muy natural. La ciencia nada puede contra la obsecación de los pacientes.

—Pero, doctor, arguyó Abraham, es que éste es un gallo encantado, que procede del Rey Salomón.

—Está usted loco?

—Y cuando algún embustero le toca la cresta, canta. Mi abuelo me lo dijo en sus últimos momentos.

—Desvaríos de su cerebro enfermo.

—Haga la prueba, doctor: tóquele la cresta!

El gallo miraba al médico con ojos maliciosos que parecían decirle: ven á tocármela y verás.

El facultativo dió dos ó tres pasos hacia el gallo; pero se arrepintió, y lo que hizo fué tomar el camino de la puerta murmurando:

—¡Qué gentes tan imbéciles!

Y Abraham, entre tanto, se decía:

—Hola! Conque no se atrevió á tocarle la cresta! Pues el gallo ha cantado sin cantar!

Volvió á abrirse la puerta y entró un sacerdote.

Era el confesor, que había sido llamado para auxiliar al enfermo, y llegaba tarde, como suele suceder en casos tales.

Sin embargo, para no perder el viaje, creyó indispensable espantar al diablo de la cámara mortuoria y se puso á regar agua bendita, salmodiando: *Requiescat in pace! Amén. Requiescat in pace! Amén!*

Después se dirigió al nieto del finado y le hizo presente que, habiendo fallecido don Zacarías sin los

El Gallo encantado



*Lloraba aún en presencia del cadáver
cuando.....*

sacramentos, era preciso sacar su alma del purgatorio; donde estaría penando hasta que no le mandaran á decir las treinta y tres misas de San Gregorio.....

En ese momento se fijó en el gallo y preguntó qué hacía ese animal en la habitación.

Abraham se apresuró á informarle cuanto sabía sobre el particular, y en seguida le invitó á tocarle la cresta.

Que se la toque el demonio! exclamó asustado. Yo no he venido aquí á tocar crestas, sino á cumplir con los deberes de mi ministerio.

Y sin despedirse siquiera se puso la teja y salió, mirando con el mayor sobresalto al inocente animal.

—Otra! observó Abraham. Empiezo á creer que este gallo es una alhaja.

Vinieron después los amigos que fueron del finado á dar al deudo el pésame, aparentando el más profundo dolor; pero cuando se enteraban de la historia del gallo y de la especialidad que se le atribuía, ninguno se animaba á tocarle la cresta y muchos hufan despavoridos.

Desde entonces el heredero de don Zacarías se propuso andar en todas partes con el gallo bajo el brazo; pero, cosa rara! nadie se decidía á tocarle la cresta, por más que él aseguraba que sólo cantaba el ave para los embusteros.

Recorrió toda el alta y la baja sociedad, mostrando siempre el gallo á los ricos, á los pobres, á los liberales, á los conservadores, á los civiles, á los militares, á los seglares, á los eclesiásticos, á los funcionarios públicos, á los profesionales, á los filántropos etc, etc, todos miraban con curiosidad al animal encantado; pero escurrían el bulto apenas se trataba de palpar la cresta.

Lleno de amargas y profundas reflexiones volvió Abraham á su hogar y dijo á su esposa que ya estaba enterada de la virtud del gallo.—“Hija, tú has sido siempre una mujer ejemplar y nada tienes qué temer: tócale la cresta al gallo!”

La señora retrocedió alarmada.

—No, exclamó, yo no se la toco.

—Por qué?

—Por que.....Déjate de tonterías, hombre!

—Pero si quiero que se la toque!

—No y mil veces nó!

Ah! exclamó el pobre hombre, lanzando un suspiro, Dios, mío, cómo está la sociedad!

Y después cogió al gallo por el pescuezo, le dió tres

vueltas y lo arrojó por la ventana, diciendo: basta, animal maldito, has cantado demasiado!

*
* *

Yo siento en el alma la trágica muerte de ese famoso gallo, porque nadie me negará que en las presentes circunstancias un gallo de esas condiciones vendría á llenar una imperiosa necesidad pública, haciéndonos conocer á los que no le tocaran la cresta.

*
* *

Eserito lo anterior acabo de saber que Abraham ha encontrado el documento de su abuelo, referente al gallo, y cuya copia textual es ésta:

“Querido nieto: el gallo que te dejo no está encantado ni canta cuando los embusteros le tocan la cresta; pero en cambio cantan éstos cuando no se la tocan. Comprendes? Tú abuelo, *Zacurías*”



✓ Los curanderos.

El curandero es el personaje más importante de una población pequeña, y hace más papel que el decano de una facultad en ciudad capitulina.

Ser curandero de un pueblo es tener una patente de como para hacer once mil barbaridades.

Yo he asistido á las clínicas de estos esculapios de nden y me he quedado absorto ante los fueros de la ignorancia.

Llega un sujeto abatido por la fiebre palúdica de nuestro litoral y comparece ante el galeno del lugar con la cara triste y la mirada suplicante.

—Qué tienes? le pregunta éste, dignándose apenas levantar la vista.

—Yo lo que tengo es que me güelen toos los güesos del cuerpo, y siento en la barriga una cosa que se me sube y se me baja, y una calor que ní que estuviera metido en un jorno.

—Tueses?

—Bastantísimo!

—Trasbocas?

—Lo mesmo!

—Haces der cuerpo?

—En veces sí y en veces nó!

—Cuando comes se te llena la barriga?

—Por fuerza!

—Qué habís estao haciendo por vida tuya?

—Hey andao por er río dende la Pascua, cogiendo cangrejos, hasta que me vide enjuerdo, y entonce jué que agarré y me vine con lo más preciso.

—Te habís caído á lagua?

—Cómo nol

—Y te habís mojado?

—Toítito.

—Entonces lo que vos tenés, cristiano, es que habís cogío frío, y ora er frío se te ha metío pa dentro y la calor se te ha salío pa juera.

—Así será!

—Es muy claro, y ora mesmo agarras y te pegas un baño, pa que se te salga er frío y se te meta la calor, porque si no te mueres de ésta, como se murió la difunta tu mamá, que yo mesmo la curé!

—Entonces me pego er baño?

—Pégatelo en la repunta y después te pones un ladrillo caliente en la boca del estómago pa que no cojas un mal aire.

—Así será.

—Y te voy á dar un parche pa que te lo pongas en el espinazo y no te lo quites manque te arda, porque te mueres.

—Güeño, señó.

—Y cuando te arda bastante, te güerves á bañar.

—Está muy bien.

—Y mañana ya estás curao.

—Dios se lo pague, Dn. Cosmé.

—Esto te importa dos riales.

—Tengo rial y medio.

—Güeno, hombre, güeno, por ser cosa tuya no te llevaré más. Ahora ándate y has lo que te hey dicho.

—Será hasta otro día.

II

—Buenos días de Dios, Dn. Cosme.

—Cómo estás, Grabiela?

—Aquí viniendo onde usté pa que me vea este chico, que no pára de llorar y está botando una cosa que parece sangre.

—Eso es que te lo han ojeao, mujer!

—Así hey dicho yo!

—Quién crees vos que te lo ha ojeao?

—Yó creo que mi comadre Calendaria, que el otro día me lo trujo cargao ar chico, y dende ese mesmo día la creatura no se da con naide.

—Pa que veas! Aora vas y la buscas, y le dices que digo yo, que le escupa en el ombligo ar chico.

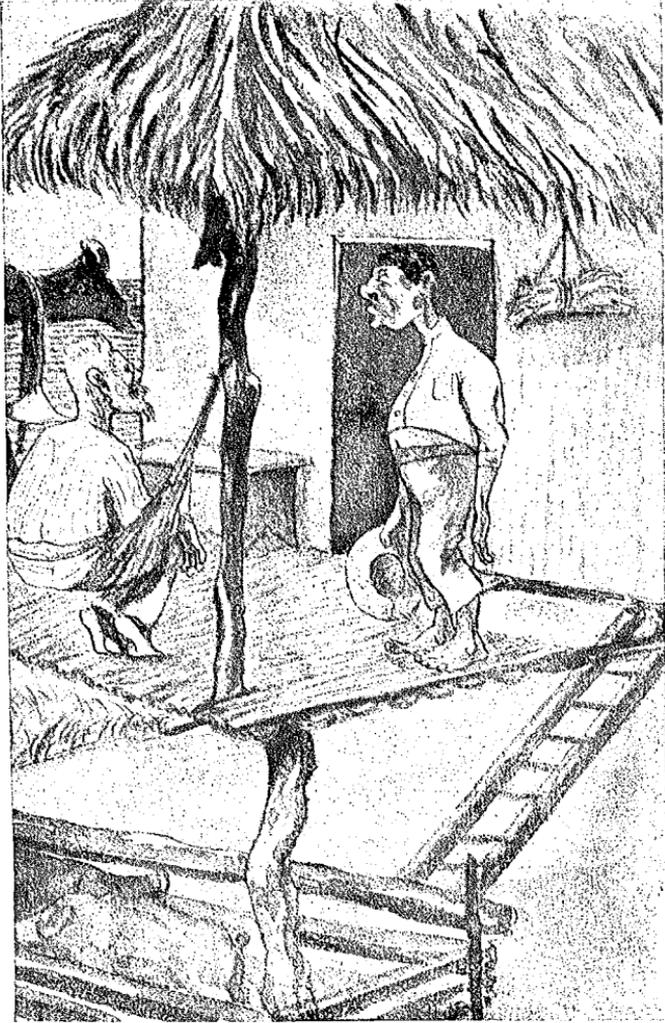
—Sí, señó.

—Qué le das de comer?

—Si está tiernito y mama todavía.

—No, mujer, no le des de mamar, porque se apiora. Dale cardo pa que se alimente.

Los Curanderos



—Me estoy poniendo pipón,
què parezco preñado.....

---Así lo aré!

---Pero bien caliente que esté er cardo y después le pegas un baño y le das una friega en la espardita con majada de vaca fresca hasta que quede bien fregao.

---Sí, señó.

III

---Don Cosme!

---Qué es de tu vida, cristiano, que no se te ve la cara?

Aoras toy amolao; porque me ha pasao un caso muy juerte.

---Qué ta pasao, Bartolo?

---Por eso hey venío onde usté, paver si me saca con bien de esta enfermedá ó me da la sentencia.

---Que tenés?

---Yo tenía una china ¿se acuerda? La Tomasa, hija de la ñata. Yo mesmo la saqué de su casa, pa qué mentir, y hey vivío con ella largo de dos años, hasta que viendo que no me daba de comer cuando me ajumaba y me tenía despercutido, le ije que se juera, que á mí me sobaban las señoras mujeres.

---Y se jué!

---Agarró y se jué; pero er mesmo día me hice de ótra y ya me había orvidao de la Tomasa, cuando esta condenada la agarró por cobrar me celo; y celo ha sí, Don Cosme, que no arzo cabeza con dolores de güesos y cada día estoy más pior.

— Te ha metío un daño.

— Sí, pues, me ha dañado la mardita.

— Yo hey curao un caso como er tuyo; y vos pa mi gusto debes de tener un camarón brujo metío en la barriga.

— Así ha de ser, porque vea usté como me estoy poniendo pipón, que parezco preñado.

Voy á darte una bebida pa que botes er daño. Eso sí, vas á tener que gomitar ocho días seguidos.

---Manque gomite. Yo lo que quiero es botar er camarón.

— Ven mañana pa darte una botella.

---Hasta mañana entonce.

---Hasta mañana, hijo.

IV

---Don Cosme!

---Aora no te puedo recibir, hijita, porque estoy muy apurao. De un gorpe hey tenío tres defuñtos que se han muerto.

---Quiénes, don Cosme?

---José Mercedes, que yo le estaba curando der frío que había cogío en el agua: Nicolasito, el hijo de ña Grabiela, que lo habían ojeao; y ño Bartolo, que le dañó la Tomasa por celo.

---Válgame Dios!

---Lo pior es que ellos mismos se mueren y después la parentela me va á echar á mí la culpa, cuando el hombre ha nacio pa morir.

---Es muy claro.

---Yo de curar curo; pero cuando se muere el eujer-mo antes de que le acabe de curar, no es mi culpa.

V

Los curanderos de este tipo abundan en mi tierra, no sólo en los pueblos, sino en las grandes ciudades, y no solamente para curar á los enfermos, sino para curar los males de la Patria con drogas políticas. Así está siempre esta infeliz república, agonizando en manos del más atrabiliario empirismo.





La suegra de Mamerto.^v

Dime, Nicolasa, una cosa que me viene preocupando en las tres semanas que contamos desde nuestro venturoso enlace.

---Habla, querido Mamerto.

---Yo soy un hombre. ¿No es verdad? Al menos, creo que te consta.

---Cierto. Cómo he de decir lo contrario! Tres hombre, puesto que estoy casada contigo!

---Me alegro mucho de oír de tu boca esa declaración que reivindica los fueros de mi sexo.

---Qué tontería es esa, Mamerto?

---Y tú eres mi mujer?

---Sí, amor mío.

---Estamos conformes. Ahora, dime qué es el matrimonio?

---Es la unión de dos seres que se aman y forman un hogar legalizado por el Estado y bendecido por la Iglesia.

---De dos seres has dicho?

---Sí.

---Pues bien; yo encuentro que en mi matrimonio hay tres seres.

---Cómo! Osarías ofenderme con alguna falsa suposición?

---Nó. Lo que quiero que me expliques es qué pito toca tu madre en esta casa?

---Qué pito? Ninguno. Ella está á mi lado, porque es mi madre, y nada más.

---Pero si yo no me he casado con élla, sino contigo.

---Qué tonto estás, Mamerto! Bien sabes que la pobre es viuda del Comandante Sanguijuela, que murió el 83.

---Y me la dejó á mí?

- Por qué?
- Porque soy el que ha cargado con ella, según estoy viendo.
- Y qué! Te duele el pan que come en tu casa?
- Ojalá se comiera todos los panes, que eso fuera para mí lo de menos. Otro pan es el que me duele.
- No te entiendo.
- Ay, hija! qué dichoso sería yo si la señora raspara la bola y tomara su portante!
- Me jira yo tras ella.
- Ay!
- Pero en qué te ofende mi mamá?
- Nadie sabe el mal de la olla, sino la cuchara.
- Creo que me vas á volver loca
- Al que le duele, le duele.....!
- Explicate, por Dios, Mamerto, que me tienes en espinas.
- Vamos á ver, quién manda en esta casa?
- Mandas tú, naturalmente, puesto que eres el dueño de todo y el mío también.
- De manera que tú crees que yo soy el que manda aquí?
- Es claro.
- Pues bien, entonces, has que me guisen el pavo que compré ayer en el Mercado.
- Nó, el pavo nó.....Sabes por qué, Mamerto? Porque ese lo guarda mi mamá para comérselo, el día de su santo.
- Ya ves, como no mando ni en los animales demás, ticos!
- Pero, hombre, todo lo llevas tú á mal. Es preciso que seas más delicado. Pobre mi mamá!
- Es que yo quería convidar á comer hoy á un amigo de la infancia.
- Eso es más difícil, hijo de mi alma.....Sabes por qué? Porque á mi mamá no le gusta que venga á comer á casa ninguna persona extraña.
- Y á mí qué me importa que no le guste, ó soy yo aquí un cero á la izquierda?
- Hoy estás insoportable. Por todo te incomodas. Si yo hubiera sabido que eras así.....!
- Bueno, hija, no disputemos. Todo se reduce á que yo vaya á comer con mi amigo en una fonda, aun cuando pase por el bochorno de no ser dueño de traerlo á mi casa.
- (La vieja entrando).—Qué es lo que oigo? Me parece que este caballero (señalando á Mamerto) te empieza á dar disgustos (mirando á Nicolasa).

La Suegra de Mamerto



—Atrevido ! Incivil !, Zafio !.....

—Señora, no me precipite !

—(El yerno). Lo que hay es que me voy á comer á la fonda esta tarde con un amigo, porque usted diz que no quiere que lo traiga á casa.

—Claro que nó! Dónde se ha visto eso! Sepa usted, señor don Mamerto, que el Comandante Sanguijuela, que en gloria esté, era enemigo de convidar á nadie.....

—Pero yo qué diablos tengo que ver con su Comandante Sanguijuela!

—Hable usted con más respeto del finado, señor don Mamerto. Aquél era hombre de su casa.....

—Qué suerte! En cambio yo no lo soy de la mía.

—Calle usted! Ingrato! Mal agradecido! Revolucionario! Tiene usted una mujer como una perla; una suegra como una madre, y se va usted á comer con los amigos. A ver, qué le dan á usted los amigos?

—Señora, no me precipite.....!

—Atrevido! Incivil! Zafio, con ese mayúscula.....

—No mamá, zafio es con zeta.

—Lo mismo es, niña. Y para decir que tu marido no ha recibido educación de ninguna clase, no hay que andar con la gramática en la mano. ¡Pobre Nicolasa! Si ella no tuviera madre, sería muy desgraciada. Yo nunca me imaginé que este hombre fuera un monstruo con pantalones.

—Ni yo tampoco podía suponer que Ud. fuera un dragón con polleras.

—Oyes, hija! Has oído ésto!

—Mamerto, por Dios, respeta á mi mamá!

—Maldita sea mi suerte!

—Oyelo como maldice su suerte; pero no sabe darte cuenta de la plata que gana el muy timante. Este hombre debe tener algún enredo en la calle; y también va á meterse en la cervecería; pero como tú, hija, no le bueles la boca cuando viene, ni le registras los bolsillos como debe hacerse con todo hombre casado, ahí tienes que el condenado se pasa la gran vida.....

—Ab.....ab.....No me irrite, señora, porque la echo de la caca, digo de la casa. Ya no sé lo que hablo! Me va Ud. á poner en el queso, digo en el caso, de levantarle la mona, digo la mano, si sigue tratándome del mismo moco, digo modo.

—(La esposa). ¡Qué horror! Amenazar á mamá con la fuerza bruta.....

[Él] Pero, hija, si lo que hago es defender mis derechos de jefe de familia!

—[La Vieja]. Qué diría de esto el difunto Sanguijuela si levantara la cabeza!

(Él). Abur.....

Toma su sombrero á toda prisa é imíta la socorrida táctica de Villadiego.

En la calle ve al amigo que tenía invitado y corre á depositar en su seno todas sus amarguras.

—No hagas caso, le dice éste para consolarle.

—Te parece poco? Y mis derechos?

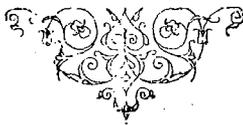
—Ya no hay derechos. Ni los pueblos, con ser pueblos, ejercen sus derechos cuando los domina un déspota, con menos razón los individuos que tienen saegra.

—Y mi autonomía?

—Tu autonomía es Mamertina, como la de ciertos pueblos latino-americanos.....Consuélate! En la otra vida tendrás más gloria, y en ésta ten paciencia.

—Es que yo no la tengo!

—Da lo mismo: tenerla ó no tenerla es igual para el que tiene la sogá al cuello y los pies en el aire.





✓ Los Relojes Garantizados.

—Pues, señor, me dije, yo quiero comprar un reloj garantizado para que me dure y me marque en todo tiempo la hora exacta.

Con este objeto marché á la relojería de mi pueblo y pedí al maestro que me enseñara uno de los relojes más garantizados que tuviera.

—Oh, me dijo, quitándose el monóculo, tengo varios superiores.

—Bien: vamos á ver!

—Lo quiere usted de bolsillo, de mesa ó de pared?

—Hombre, si usted me dijera cuáles son los mejores.....

—Los de bolsillo, por ejemplo, tienen la ventaja de que se pueden guardar cómodamente en el bolsillo.....

—Entiendo.

—Los de mesa son magníficos. Estos sirven para colocarlos en la mesa.....

—Corriente.

—Y los de pared son excelentes; pues permiten ser colgados en la pared.

—Asombroso! Entonces venga uno de pared, que sea lo más garantizado posible.

—Los tengo admirables. Precisamente me acaban de llegar unos principio de siglo, que no hay más que ver. Pero cómo lo quiere Ud., ¿de escape ó de pesas?

—Cuáles son los mejores?

—En los de escape el mecanismo funciona por medio de un escape, y en los de pesas por medio de unas pesas.

—Creo que mejor será de pesas para que no me lo roben con tanta facilidad.

—No tenga usted cuidado. Estos relojes que yo vendo no se los roba nadie, porque están muy garantizados.

—Sí? Entonces deme uno de escape para que pueda escapar de cualquier peligro.

—Lo quiere usted mudo ó de campana?

—Sería para mí una dicha el poseer uno con su correspondiente campana.

—Tengo campanas de todo tono. Cuáles prefiere usted?

—Supongo que mejor será una de buen tono, para que figure con decoro ante la gente decente.

—También los tengo de paloma, que le dan á Ud. la hora cantando.

—Y no tiene Ud., por ventura, uno de paloma que me dé dinero, en lugar de darme la hora cantando?

—Me van á llegar próximamente.

—Bueno, entonces suprimase el ave por lo pronto; porque he leído en un diario que León XIII tenía uno de paloma, y ésta le cantó hace poco la última hora, que es la peor de todas.

—Lo quiere usted armónico?

—Qué llaman armónico?

—Con música!

—No! Mejor es que la música se vaya á otra parte.

—Con despertador ó sin él?

—Sin él; porque yo tengo un gallo muy bueno que, sin darle cuerda, me despierta á las cuatro de la mañana.

—Prefiere Ud. los números romanos ó los arábigos.

—Lo que prefiero es acabar pronto este negocio, que ya me está calentando la sangre.

—Cómo le gusta más la esfera: mate, pulida, esmaltada, blanca ó de color?

—De cualquier modo.

—Las tengo preciosas: opacas sólo para de día; luminosas para la noche. Son admirables!

—Hombre, basta.

—Qué relojes, señor! También los hay con figuras de movimiento: una joven, por ejemplo, que guiña los ojos, se alza un canto de la falda, se lo vuelve á bajar y se esconde.

—Será una muchacha de vida alegre?

—No, es de cartón; pero admirable!

—Mejor es que me traiga usted pronto varios para escoger.

—Con calendario?

—Bueno; pero enseguida.

- Aquí está?
—Al fin!
—Este reloj es la última palabra del arte horológico.
—Cuánto vale?
—Fíjese Ud. que es una maravilla!
—Cuánto vale?
—No se ha visto cosa mejor.
—Digo que cuánto vale?
—Por ser para usted.....
—Pero si usted ni me conoce, hombre! Lo mismo me lo vendiera á mí que al moro Muza.
—Bueno. Llévelo usted por 50 sucres. Quiero regalárselo.
—No se parará?
—Jamás: es garantizado.

*
* *

- A los ocho días:
—Vengo, maestro, á decirle que su reloj se ha parado.
—Y por qué?
—Qué se yó! Le doy cuerda y no anda.
—Así pasa con todos los que tengo aquí: sin saber cómo ni por qué se dañan, y después ni el diablo que los componga.
—No me dijo Ud. que era una maravilla garantizada?
—Es que los relojes son como los candidatos políticos. Cuando los exhiben sus partidarios todos son garantizados; pero van al poder y á los ocho días se les rompe la cuerda y no sirven para nada. Después ni el diablo que los arregle!
—Fíese usted de relojes garantizados!



En el Registro Civil.

- Hombre y mujer entrando en la oficina.
- Buenos días de Dios.
- Aquí será onde dizque apuntan á los hijos que nacen.
- Sí.
- A ver si por vida suya me apuntan uno que heytenuí.
- De quién es el hijo?
- La mujer.—Mío.
- El hombre.—Mío.
- Cómo se entiende! De cuál de los dos?
- De ambos á dos, señor dotol; porque este cristiano que está presente es el padre, que llaman, y yo mesma soy la madre.
- Dónde está la criatura?
- En mi cuarto.
- Digo en qué lugar se efectuó el nacimiento?
- Aquí arribita, no más, cogiendo de Mapasingue pa más abajo.
- Entonces es de Guayaquil?
- A la cuenta sí, porque yo vine ya aquí parida.
- Qué edad tiene?
- Tuavía, pues, está tiernito.
- Pregunto, cuántos días tiene de nacida la criatura?
- Nació pa la fiesta de finao.
- Entonces tiene ya más diez días?
- Así será.

—Van á tener que pagar una multa.

—Una murta?

—Sí.

—Yo no he visto que naide pague murta por tener hijos.

—No es por eso, mujer, sino por no haber hecho inscribir á la criatura durante los primeros días de nacida.

—Oíste, Caslo? Ice que nos van á sacar una murta; porque estos blancos son unos amolaos ende que le ven la cara al pobre.

—Qué hablan ustedes?

—Nada.

—A qué sexo pertenece la criatura?

—Contesta, Caslo.

—Pa mi gusto el muchacho no tiene seso.

—Qué diantre! Digo que si es hombre ó mujer?

—Ah sí, señor, es hombrecito varón; pero ha sacao la misma color de la mama.

—Animales! Es hijo legítimo ó natural?

—Contesta, Caslo

—Pa mi gusto es natural.

—Cómo para tu gusto, borrego!

—Contesta, Caslo.

—Son ustedes casados ó nó?

—Caslo es viudo, por más señas, ende que se le murió la difunta.

—Y quién es tu marido?

—El mesmo; porque después que se le murió la difunta, se gorvió á casar conmigo.

—Entonces son casados, pues?

—Nó. Tomaos de las maños, no más.

—Cáspita! Esto es de aburrir á un santo! Qué nombre tiene el chico?

—Tuavía está moro.

—Pero qué nombre le van á poner?

—Qué nombre trujo, Caslo?

—Trujo *Finao*.

—Así que se le pondrá *Finao*.

—No sean borricos! Cómo se le va á poner *Finao*, porque nació el día de difuntos! De suerte que si nace en Carnaval ustedes le ponen cascarón?

—Es que icen que cuando úno no les pone el nombre del santo que trujieron, se crían pipones y lombricientos, dispensándome la mala palabra en sus barbas honradas.

—Al fin en qué quedamos?

—Este sabe un nombre bien bonito. Te acuerdas, Caslo?

—Espera un poco que lo tengo en la punta é la lengua. Se llama.....se llama.....*Goyito*.

—Eso es, *Goyito*!

—Qué *Goyito* ni qué *Goyito*! Ese no es nombre, Gregorio, querrán decir.

—Güeno, póngalo Gregorio si así es su gusto.

—Yo qué tengo que meterme en las cosas de ustedes! Digo Gregorio, porque así es como se dice, y no Goyo ni *Goyito*.

—Así será.

—Cómo se llama el padre?

—Cuál?

—El padre del chico?

—Caslo.

—Y tu apellido?

—A mí me llaman por mal nombre *Gavilán*.

—Yo lo que veo es que ustedes son un par de majaderos de siete suelas.

Tú, mujer ¿cómo te llamas?

—Grabiela.

—Gabriela de qué?

—Juáspite.

—Qué apellido es ése! Apuesto á que estás diciendo alguna borricada.

—No, señor, pa qué mentir, si yo no me llamara así no se lo juera dicho. Yo fi la hija de un dotol, que jué mi legítimo padre, aunque me esté mal er decirlo.

—Dónde residen ustedes?

—Mande?

—En dónde tienen su habitación?

—Ahora puede decirse que somos y no somos; porque un día pasamos aquí y mañana allá.

—Pero ¡carrizo! en alguna parte han de vivir.

—Nosotros vivimos en el agua.

—Son ustedes anfibios?

—Somos barseros y andamos en la barsa hasta onde nos coge la marea. Todoicito nos cogió po aquí po la Tarazana, y po eso trujimos ar chico á esta escribanía pa escribirlo. Verdá que el hombre no quería, pa qué decir, pero los curas ya no quieren bautizar á los moritos mientras no lo escriban, porque ícen que les quitan murta

—Y ustedes también tienen que pagar la multa en que han incurrido.

—No, por vida suya, señor, que este cristiano, ahí onde usté lo ve, no ha recibío der mangle que trujo ni

medio partío por la mitá. Y eso que es el mentao Gavilán Manglero.

—Qué gente ésta!

—Oiga, señor, ya otra vez no hey de gorver á parir sin licencia der Gobiesno.

—Bueno; pero váyause de aquí volando, que ya me tienen frita la sangre.

—Será hasta lueguito.

—Hasta el día del juicio!





El Quiquiriñau.

Pues, señor, érase un individuo muy metido en política, y por consiguiente muy amenazado y perseguido por aquellos á quienes hacía la oposición.

En vano su vieja ama de llaves, que era una mujer rústica, pero de mucho talento, solía decirle:

—Don Gabriel: no sea usted espíritu, que arrepiente lo van á coger preso y lo embarcan para abajo, cristiano de Dios!

Pero don Gabriel no le hacía pizea de caso y continuaba cada día con mayor ahinco defendiendo los derechos del pueblo, según él decía.

Y tanto fué lo que defendió los tales derechos, que un día sucedió lo que la anciana había pronosticado: Don Gabriel fué arrestado por orden superior y embarcado en el primer vapor que salió del puerto, siu dársele tiempo ni siquiera para mudarse las medias.

—Yo lo dije—exclamaba la vieja, derramando lágrimas—pero er desdichao se ha perdido por su misma culpa!

Los intereses del proscrito quedaron á cargo del ama, durante los largos años que don Gabriel estuvo comiendo en tierra extraña el amargo pan del ostracismo, hasta que se le permitió regresar á sus patrios lares, bajo la promesa de ver, oír, oler y callar en asuntos políticos.

Lo primero que hizo el repatriado fué dirigirse á sus posesiones agrícolas para ver cómo andaban sus negocios.

Todo lo encontró arrasado, como si hubiera pasado por allí un ciclón. Hasta la vieja estaba hecha una

calamidad, en el último grado de parálisis á la médula espinal.

Sin proferir una queja el propietario arruinado se tendió en una hamaca, rendido de cansancio y abrumado de disgustos; pero como tenía la conciencia tranquila, se durmió como un bendito, soñando con la República de Platón.

Despertóse á eso de la madrugada y escuchó algo así como el canto de un gallo, que resonaba de esta manera:

—Quiquiriñau!

—Diablos! exclamó don Gabriel levantándose; juro por mi ánima que jamás he oído un canto de gallo semejante.

El ave volvió á cantar.—Quiquiriñau!

Aquí hay algo de gallo y de gato, observó don Gabriel. El *quíquiri* es de gallo y el *ñau* es de gato.

—Quiquiriñau! volvió á resonar con entonación más clara.

—Cáspita! Esto es rarísimo, por vida de mi abuela!

Y sin esperar más, corrió á despertar á la ama y le dijo:

Dígame, señora, qué animal de todos los demonios es el que está cantando en la azotea?

—Ah! repuso la vieja: ese es el Quiquiriñau.

—Acabáramos! Ahora dígame Ud. qué cosa es el Quiquiriñau?

—Dende que se murió el gallo, informó la anciana, que fué el año pasado por el día de la Calendaria, el gato, que estaba soltero, como sabe su merced, se casó con la gallina, que había quedado viuda, y sacaron una cría atravezada que canta el quiquiriñau.

—Pero, mujer, no sea Ud. embustera! El gato no puede ser pareja para la gallina.

—Pues ahí vera Ud.

—A ver, traiga Ud. al fenómeno.

La vieja volvió á poco rato con un gallo ordinario y lo colocó delante de su dueño.

El animal se paró con una sola pata.

—Y la otra pata? preguntó don Gabriel.

—Esa la tiene escondida debajo del ala.

—Y por qué no lo saca?

—Porque no es pata de gallo.

—Y qué es?

—Es una mano de gato, con unas uñas, señor, que parecen de *trigue*.

Don Gabriel examinó el ave y le vió bajo el ala iz-

quiera una verdadera mano de gato, provista de sus garras correspondientes.

Pues, señor. dijo, este animal es un tesoro. Mañana mismo lo juego en la Gallera. Con semejantes uñas!...

Al día siguiente don Gabriel concertaba una gruesa apuesta en el coliseo de gallos.

Nadie podía creer que aquel animalucho, que parecía tener ensumecida la pata izquierda, puesto que no la sacaba, sería capaz de toparse con un competidor de buena raza.

Después del careo preliminar soltaron las aves en medio de la caicha, y entonces se vió una cosa inaudita:

El Quiquiriñau sacó la tremenda mano de gato, agarró por el pescuezo á su adversario y se lo retorció en un abrir y cerrar de ojos.

Los espectadores estaban absortos. Y mucho más admirados se quedaron cuando sobre el cuerpo exánime de la víctima irguióse el vencedor y lanzó el famoso: quiquiriñau!

Allí hay trampa! gritaban algunos. Eso no se ha visto nunca!

Si que se ve todos los días, exclamó el dueño del gallo, evocando recuerdos ingratos. Gallos hay también en la arena política que guardan escondida la mano de gato. Ay de los incautos que, fiados en sus leales armas, osen combatir á los *quiquiriñaus* del Estado! Yo os aconsejo, amigos míos, que no os feis de las apariencias, porque bajo las más hermosas alas suele ocultarse la zarpa.





Éspiritu doctrinario.

✓

—No hay cosa más bella, esposa mía, que la caridad cristiana. Así se vive en paz con todo el mundo, Yo, aquí donde tú me vez, sería capaz de sacrificarlo todo por amor á la humanidad.

—A mí también?

—Según y conforme.....Obrar bien es lo primero, cueste lo que cueste. Así lo comprendo y así lo practico; pero tú, Magdalena, no obras de la misma manera que obro yo!

—Qué disparate!

—Has de saber que el jefe de mi oficina me tiene un odio gratuito. No sé por qué; pero le soy antipático. Todos los días me dice que soy un bestia.

—Y tú, qué le replicas? Por que yo en tu lugar no le aguantaba semejante grosería.

—Yo no le replico nada. Dios me manda perdonar á los que me ofenden, y yo lo perdono.

—Es posible, Casimiro?

—Así es.

—Qué majadero te ha hecho Dios!

—Entonces, hija mía, con qué cara, si procediera de otro modo, le diría al Altísimo al rezar el Padre Nuestro: "perdónanos nuestras deudas, *así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.*"

—Ah, Casimiro!

—Y hago más todavía, Magdalena: amo á mi jefe iracundo mientras desata sobre mí su cólera implaca-

ble, porque es un deber de buenos cristianos amar á los que nos ofenden.

—Pues á mí me parece que eres bastante sinvergüenza.

—No, hija. Estás equivocada. Mira: el otro día, sin ir más lejos, se portó mi jefe más severo que nunca. Daba lástima verle tan irritado. Yo sufría inmensamente. No pudiendo contenerme por más tiempo me fuí hacia él y con los ojos bajos, como todo fiel cristiano, le rogué en nombre de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo que aplacara su ira.

—Te mandaríá á paseo, por supuesto?

—Hizo más: me dió una tremenda bofetada en la mejilla derecha.

—Ah, bárbaro! Y por qué no lo mataste allí mismo?

—Magdalena, qué has dicho!

—Digo que esas ofensas no las tolera jamás un caballero.

—Un caballero, nó.....pero un cristiano sí.

—Pero, en fin, qué hiciste?

—Me acordé del precepto evangélico que dice: "si os pegan en una mejilla, volved humildemente la ótra."

—Y se la volviste?

—Sí, amada mía.

—Y él qué hizo?

—Me dió otra bofetada más fuerte que la primera.

—Qué vergüenza! Yo le habríá sacado los ojos con las uñas.....Maldita sea mi suerte!

—Calla, mujer, que estás ofendiendo á la Divina Providencia.

—El hombre debe tener dignidad.

—Nó, Magdalena: caridad.

—Desgraciado!

—El día de las bofetadas te aseguro que dormí más tranquilo que nunca, porque mi conciencia me decía: has hecho bien, Casimiro; has hecho bien, Casimiro.....Y tuve un ensueño delicioso. Soñé qué los Angeles y Serafines venían á saludarme cantando las letanías. Después vino el Espíritu Santo en persona y me colocó una rosa en cada mejilla, mientras su Divina Majestad me decía: tú eres conmigo en el Paraíso..... Pero, por qué lloras, mujercita?

—Lloro de indignación! ¡Lloro de vergüenza! Tú no eres hombre que se respeta y se hace respetar!

—Y qué soy?

—Un alcornoque.

—Te engañas. Mira la paz que se refleja en mi rostro! Todos los hombres son mis hermanos. A todos

los quiero como una madre á sus hijos. *Pulera est anima mea;* y sin embargo, no sé por qué me reprochas.

—Ay!

—No suspires, Magdalena. La humanidad es buena en el fondo. Voy á referirte un caso, que hubiera preferido mantener en reserva, pero mejor será que tú lo sepas.

—Mejor será que no me cuentes nada, porque voy á caer con pataleta.

—No caerás. Ayer por la mañana me permití hacer una indicación á la criada cuando me ponía el café, y ¿sabes lo que me dijo?

—Alguna barbaridad?

—Me mandó rotundamente á.....donde tú sabes.

—Haz debido romperle un plato en las narices.

—Nó, la llamé con mucho cariño y le dí una peseta, á fin de devolverle bien por mal. Ella se quedó muy contenta, y yo quedé como si me hubieran puesto una corona.

—Más te valiera haber nacido jumento.

—Pero, mujer, no entiendes que mi recompensa está *allá arriba?*

—Sí; pero mientras estemos *aquí abajo*, los hombres tienen que amarrarse los calzones, si quieren ser gente.

II

—Te digo, Casimiro, que ese jovencito que viene hacia nosotros me mira con ciertas intenciones.....

—Al prójimo como á tí mismo. Déjalo que te mire. En ello no veo mal alguno.

—Es que el muy pillo se ha atrevido ya á escribirme y dice que me ama.

—Bueno, que te ame. “Amaos los unos á los otros”, dice la Sagrada Escritura. De suerte que si él te ama, yo también le amaré; tú le amarás y todos nos amaremos.

—Eres un adoquín!

—Lo mismo soy en política: amo la mano que me sustenta y la mano que me castiga.

—¡Insolente!

—Qué ha pasado?

—Que ese atrevido me ha dado un pellizco al pasar. Corre, Casimiro, y mátalolo!

—Caballero! Deténgase Ud!

—[El gaudul deteniéndose]. Qué se ofrece?

—Lo he molestado, amigo mío, para observarle res

petuosamente, que lo que Ud. ha hecho, no lo vuelva á hacer, porque esta señora es mía, y el noveno mandamiento prescribe que se respete á la mujer del prójimo. No lo lleve á mal y sirva la ocasión para ponerme á sus órdenes. Casimiro Borrego, para servir á Ud.

—El mozo lanza una carcajada y desaparece.

—Mira, Magdalena, qué bien hemos salido del paso. Si yo lo hubiera provocado, habría pecado indudablemente. Y luego hay que perdonar las flaquezas de nuestros prójimos. Por allí se va ese hermano muy contento. Creo que en el fondo me estima.

—La señora no puede más; se indigna, quiere hablar, no puede y cae desvanecida.

III

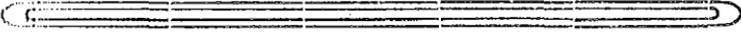
Muchas y muy bellas son las devotas que están siempre reprochando á los hombres su falta de piedad y su continua omisión en la práctica de los deberes religiosos; pero, aquí para entre nosotros, se me ocurre que no hay una, por devota que sea, que quiera tener un marido tan apegado á la doctrina como don Casimiro.

Esta pregunta la hice yo en un coro de Hijas de María, y pedí qué alzara el dedo la que deseara un esposo semejante.

—Todas se miraron, sonrieron con malicia y no ví alzado ningún dedo.

Esto me prueba que, para conseguir la dicha en la tierra y la gloria en el cielo, lo esencial es no ser mujadero.





Drama de familia.

Cacaseno era el novio de Casta y Casta se moría por Cacaseno.

---Ay! solía exclamar él con la mano puesta en la boca del estómago, para demostrar la intensidad de sus ansias.

---Cacaseno, valor! le contestaba ella, acariciándole el calzado con la punta del pié. Valor, querido Cacaseno! Yo también estoy impaciente por vér al fin satisfecha esta inmensa pasión que nos devora; pero es preciso esperar.

---Pero, chica, si ya no me puedo contener por más tiempo!

---Pues aprende de mí. Tú crees que yo no padezco? Sí que sufro, amor mío, como tú sufres, y tanto que á veces me dan ganas de salir por allí gritando como Angelita, la del Chateau Margaux:

No sé qué siento aquí.....

---Yo también siento lo mismo, Castita.

---Pues aguanta.

---Eso es! Estar viendo el agua, y muriéndose de sed y no beberla. Buen consuelo! Es preciso, Castita, que esto termine de alguna manera.

---Cómo?

---Yo estoy en mi derecho. El pez busca el líquido elemento que lo sostiene y le da vida; el ave el anchuroso espacio donde bate sus alas; la oveja el verde prado; el cesante su destino; el soñador la gloria; el pillo la ocasión.....

---Qué disparates hablas, Cacaseno?

---Y yo á tí, prenda mía. Yo te busco á tí, inspirándome en el dulce cantar que dice:

Contra veneno triaca,
Agua fresca cuando hay sed;
Para las sardinas, vino;
Para el hombre, la mujer:

--Ay qué gracia!

--Y por tanto ahora mismo voy á darte un
ósculo.....

—Quieto, Cacaseno!

—Nada! El colibrí no puede contenerse en presen-
cia de la flor que le brinda con su delicioso néctar: Yo
soy el colibrí, tú eres la flor.....

—Quieto, Cacaseno!

—No me dejes con el labio estirado, niña, por Dios!

—Ay! Mi mamá.....!

—Carrizo! A qué mala hora viene esta malvada se-
ñora!

—Hay que disimular.

—Estas matronas son el estorbo de la especie hu-
mana!

—Cacaseno ¿qué hablas?

—Nada, Castita. Digo que tu mamá es muy
amable!

II

—Sabe Ud., señor don Cacaseno—exclamó la señora
entrando—que á mí no me gustan estos chicleos con
Casta ¿eh?

—Señora!

—Yo necesito saber, antes que todo, *con qué fines* vie-
ne usted?

—Pero, misiá Anacleta, déjeme siquiera *principiar*,
para que vea después cual es el *fin, ó los fines*, como
Ud. dice.

—Sí, eh! Sin duda cree Ud. que yo soy un plan de
botella; pero se estaña. Desde hoy no me pone Ud. un
pié en esta casa.

—Pero, señora (hay que ablandarla) si hay alguna
persona que más alto aprecio y profundo respeto tenga
por Ud., esa soy yo.

—Bueno; no digo que nó; pero mi deber es velar por
Casta y elegirle el partido que le conveuga.

—Y cree Ud. que yo no puedo convenirle?

—No sé.

—Ah, señora: yo la quiero á Ud. mucho!

—Sí?

- Como si fuera mi madre.
—De veras?
—Esa venerable cabeza blanca que Ud. tiene, y esa nariz remangada, me cautivan.
—Vamos! Ya ésto es otra cosa!
—Así le estaba diciendo á Castita cuando Ud. entraba: tú madre es una santa; es decir, *nuestra* madre.
—Gracias, Cacaseno!
—Creo que ni besando la tierra que Ud. pisa podríamos pagarle lo mucho que le debemos.
—Gracias, Cacaseno!
—Usted será el Angel Custodio que abra sus blancas alas para cobijar á estos dos tiernos corazones que palpitan al unísono.
—Gracias, Cacaseno!
—Cuando llegue el feliz día de nuestra unión indisoluble, si Ud. quiere otorgarnos á Casta y á mí esa suprema dicha, sólo habrá una voluntad en el hogar: la de usted.
—Gracias, Cacaseno!
—Tendrá usted dos hijos en lugar de uno.
—Gracias, Cacaseno!
—Usted vivirá siempre con nosotros, bien amada, bien servida, engreída, adorada, por estos dos hijos tiernos, solícitos, que se disputarán sus caricias.
—Gracias, Cacaseno!
—Mamá de mi alma!
—Caca.....Digo ¡hijo mío! Ven á abrazar á tu madre!
—Los tres.....Ven, Castita!
—Casta aparte. (¡Qué maña se ha dado el bribón para abrazarme! Pobre mi mamá!)

III

- Hoy hace un mes, señor don Cacaseno, que se casó usted con Casta.
—Exacto, señora!
—Y que me trata usted como un estropajo.
—Yo!
—Dónde están esos mimos que me ofreció Ud. antes del matrimonio?
—Ah!
—Dónde la regalada vida que usted me pintaba.
—Eh!
—Me ha engañado usted, miserablemente.

—Pero sería posible, señora, que usted se creyera todas esas lindezas!

—Porque usted me las ofreció.

—Ha debido usted pensar que eran sólo imágenes poéticas.

—Indecente! Esto no se ha visto nunca!

—Al contrario, señora: ésto se vé todos los días; y si no quiere creerlo, métase usted en política y fíese de promesas, para que vea la merma.

(Golpe seco de una mano de almirez en el dorso del yerno; cantarilla que se aplasta en la cabeza de la suegra; voces femeninas que chillan; alboroto general; aparición de la Policía, después de la tormenta y cue el telón.)



La Unificación del Partido.

Este era un padre de familia que tenía seis hijos. (yo también sé contar cuentos) tres varones y tres hembras, por escala gradual de cuatro á diez años.

Eleuterio se llamaba este buen hombre y su mujer Agapita, formando ambos una pareja muy bien avenida, menos cuando se trataba de la cuestión política, porque él era liberal, partidario entusiasta de la Unificación, y ella conservadora legítima, hija espiritual del Padre Pantaleón.

La pobre Doña Agapito no tenía más que un defecto: ser sorda del oído derecho y del otro también; de manera que para entenderse con ella Don Eleuterio tenía á veces que dar el dó de pecho.

Oye, Agapita, díjole un día ¿qué opinas tú de la Unificación?

—De la Circuncisión?

—Nó. Es que nosotros nos vamos á unificar, oyes?

—Sí. Se van á descamisar. Y por qué?

—Nó, mujer. Nuestro programa ha sido siempre de unión y progreso.

—Jamón con queso?

—Vamos! Esta pobre mujer es una tapia. Te digo, Agapita, que yo soy un liberal.....

—Jesús! Qué ponderación!

—Por qué?

—No dices que eres un animal?

—Hoy estás peor que nunca de la sordera. Más te valiera no haber nacido, como le dijo el General Alfaro al General Plaza.

—Sabes, Eleuterio, que en este momento se me ha destapado el oído.

—Pues entonces, escucha.....

—Pero háblame fuerte, eh!

—Qué opinas de la Unificación?

—Déjate de Unificaciones, Eleuterio, y piensa en la salvación de tu alma, que es lo que te importa. Acuérdate de Job, lo que sufrió, por alcanzar la gloria; acuérdate de San Alejo, que botó á su mujer la misma noche de su matrimonio y se fué á vivir debajo de la escalera, para merecer el cielo; acuérdate de San Simcón Estilita, que se dejó comer una pierna de gusanos, por haber intentado bajar de la escalera en que hacía penitencia, en un momento de entusiasmo por una pecadora; acuérdate de San Bezarión, que comía maíz crudo y de San Pedro Alcántara que dormía colgado de una costilla.....

—Basta, basta! Yo no soy ningún majadero ¿entiendes?

—Qué heregía, has dicho, Dios Santo! Ah si el Padre Pantaleón te oyera!

—Me importa á mí un pito el padre Pantaleón! Nosotros los unionistas lo que queremos es designar al candidato.

—Ah?

—Designar al candidato!

—Se me ha vuelto á tapar el oído. Qué dices?

—El candidato!!

—Desde esta mañana está subido en el techo; y no quiere bajar por más que los chicos le tiran del rabo.

—Quién?

—No preguntas por el gato?

—Maldita sea mi suerte! Preferiría de buena gana una mujer fea y no una mujer sorda. Le estoy hablando de nuestro candidato y entiende que le hablo del gato.

Afortunadamente mis hijos no son sordos.

—Vengan acá, muchachos!!

Oyóse un tropel que se acercaba, como si hubiera venido un escuadrón de caballería.

Seis vivarachas criaturas comparecieron al llamamiento paterno.

Oigan ustedes, les dijo el autor de sus días; yo les voy á dar cuanto quieran; pero con tal de que sean unidos, eh! Que lo que diga el uno, diga el otro; que lo que haga el uno haga el otro. En fin, que haya entre ustedes, como hermanos que son, unificación completa, á fin de que cuando sean grandes puedan organizar una Convención liberal.

—Bueno, papá! gritó la turba infantil.

—Aquí tienen un sucre para que compren un juguete y jueguen unidos.

—Yo quiero una muñeca, dijo una de las niñas.

—Yo una pistola, exclamó el mayor de los varones.

—Yo un trompo.

—Yo un sable.

—Yo una olla.

—Yo un pajarito.

—Bonita unificación! observó el padre, profundamente contrariado; pero, en fin, tampoco se puede obligar á niños de distinta edad y sexo á que prefieran una misma cosa y tengan identidad de gustos y aspiraciones. En lugar de un sucre me va á costar la fiesta seis; pero yo les he de enseñar á ser unidos. Oh, la unificación, ante todo, para que sepan mis colegas de Quito quién es Eleuterio Chapacoto.

—Bueno, muchachos, voy á darles gusto; pero ya saben: á jugar unidos como buenos hermanos.

Dióles dinero, se fué en seguida á su trabajo y volvió tres horas después.

Desde el portal oyó el escándalo que se había formado en su domicilio: gritos, lamentos, porrazos y cuanto Dios inventó para alborotar una casa.

Subió de cuatro en cuatro los escalones, pasó por encima de la señora, que se había desmayado en el dintel de la puerta, y entró en el comedor, convertido en un campo de Agramante.

Clarita, la mayor, tenía la muñeca destrozada en una mano, por obra destructora de su hermana Carolina, y luchaba con ella á brazo partido para vengarse rompiéndole la olla, que estaba todavía ilesa. Durante la reyerta ambas habían pisado y vuelto á pisar al pajarito de la más pequeña, y ésta daba alaridos que partían el alma, mientras Eleuterio Segundo, impassible, le disparaba la pistola en los oídos, para acabar de exacerbarla, y su hermano Enrique blandía el sable á diestro y siniestro, como un energúmeno, dando cintarazos á los demás, sin la más ligera consideración.

Cómo sería el bochinche, cuando la excelente Doña Agapita, apesar de ser sorda, se había desmayado!

Don Eleuterio estaba lívido. Viendo que faltaba uno de los chicos, preguntó angustiado:

—Dónde está Casimiro?

—Acá estoy! le respondió una voz de tiple desde el patio. Y al mismo tiempo entró por la ventana un

trompo disparado desde abajo como proyectil y fué á clavarse de púa en la nariz del padre de familia.

Desde aquel aciago día Don Eleuterio no ha vuelto á hablar de Unificación; ni quiere que otros le hablen, y todos lo notan más sensato que antes, sin dejar de ser liberal, y ha ganado mucho en el concepto del público.

Para que vean ustedes lo que vale hacer una experiencia en pequeño!

Cómo será la grande!

Talvez no quedan en el sitio ni los rabos de los unificadores, como ya ha sucedido en mi tierra.





El Partido del Carapacho.

En vano el hambreado tigre recorría el bosque en busca de una presa para saciar su apetito.

Tántas eran sus fechorías que todos los animales, inclusive el hombre, habían desertado de la comarca.

La hembra, por su parte, abandonaba sus quehaceres domésticos para escudriñar la selva en unión de su compañero.

Hija ¡qué hacemos! le decía él, ensayando las agudas garras en el tronco de un árbol. Nos morimos de hambre y no se encuentra un miserable jumento en toda la vecindad.

No lo siento por mí, replicaba la tigre, haciendo felinos dengues, sino por los cachorros, que se rajan de necesidad. Pobrecillos, hijos de mi alma!

Pero no es culpa mía, mujercita, digo tigrecita. Yo estoy dispuesto á echarle un zarpazo á cualquier bicho viviente que se me ponga por delante, sin distinción de su color político ni de su credo religioso; pero ahora más hay tigres que presas.

Oye, dijo la tigre, me parece que oigo ruido. Prepara las garras.

—Están listas, vida mía.

—Ves aquéllo que camina por allá. Creo que es un animal.....

El tigre apagó el cigarro que estaba fumando, porque los tigres también fuman; cuando no hallan tabaco se fuman á cualquiera, chico ó grande, liberal ó conservador; digo, pues, que apagó el cigarro, se puso los anteojos y vió un galápago que bajaba una cuesta con aquel andar pesado y torpe que caracteriza á los que- lonios.

Era la primera vez que el felino y su cara mitad contemplaban á uno de estos carapachudos reptiles.

Creo que te engañas; dijo el tigre. Yo no he visto nunca un animal semejante. Aquello me parece una batea boca abajo.

E pur si muove, replicaba la tigre, parodiando á Galileo.

Efectivamente, se movía el bruto, y avanzaba lentamente en dirección al río.

Adelantóse la felina pareja para ver mejor al extraño caminante y llegó hasta tocarlo con la zarpa.

El galápagos suspendió su marcha y quedó inmóvil, como una piedra.

Sin embargo, dijo la tigre, gruñendo en voz baja: te aseguro que aquí hay sujeto. Las piedras no caminan, y éste anda.

—Veamos.....Y el tigre viró al animal patas arriba, sin descubrir su estructura.

—Huélelo, aconsejó la tigre; porque á mí me está oliendo á cosa de comer.

—Tienes razón, querida: es un animal; pero no le comprendo la hechura.

—Entre tanto el galápagos se moría de risa dentro de su concha.

—Dale un papirotazo.

—El tigre alzó la zarpa erizada de garfios y se la plantó con todas sus fuerzas en el dermo esqueleto.

—Ahí me las des todas! exclamó al fin el galápagos, soltando una sonora careajada.

—El tigre y su señora se quedaron viendo las caras y presa de la mayor alegría.

—Dile que salga, indicó élla al oído del macho, para.....Ah!

—No soy tan.....ah! para salir, gritó el galápagos, que tenía el oído finísimo y lo había escuchado todo.

—Amigo, no tema Ud. nada, le dijo el tigre. Salga usted de esa concha en que está metido y venga á conferenciar con nosotros.

—*Abrenuntio*, contestó el galápagos en latín.

—Se trata de la patria, arguyeron á un tiempo el tigre y la tigre, y ésta reclama sus importantes servicios en la difícil situación porque atravezamos.

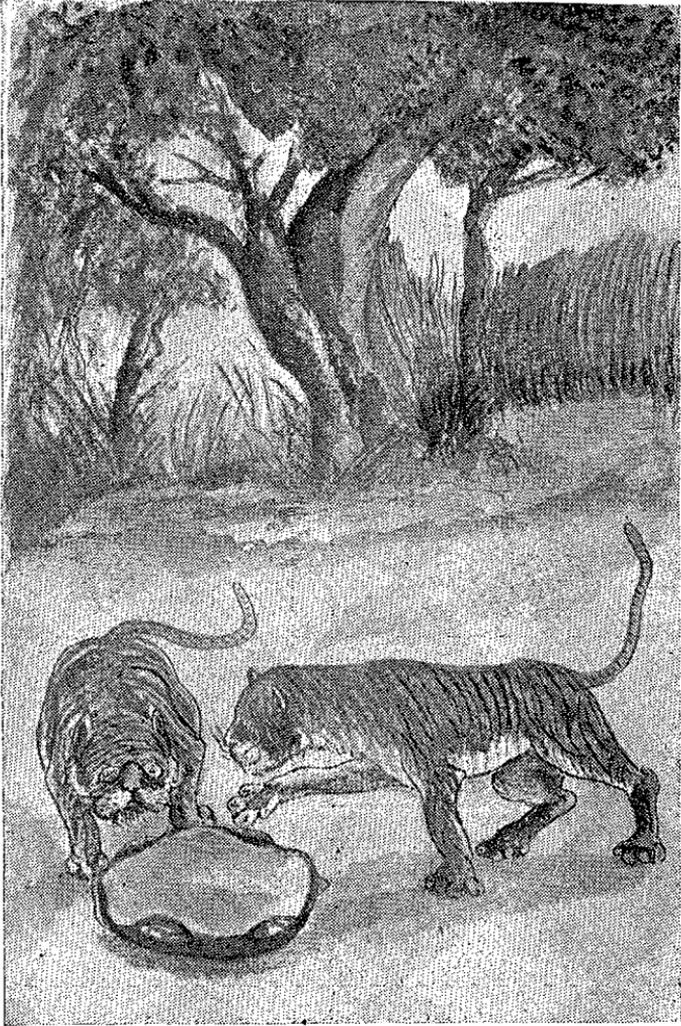
—Dígale que no le debo nada.

—Venga á prestar su firma en la adhesión de los Unionistas.

—No me da la gana.

—Sepa Ud. que ya se disolvió la Convención.

El Partido del Carapacho



El Galápagos se morfa de risa.....

—Buen provecho!

—Venga á leer la renuncia del Ministro.

—Phs!

—Pero, entouces, de que partido es usted?

—Soy del Partido del Carapacho, que es el único que me protege. Sino fuera por ese, ya estaria yo divertido!

—Sin embargo, todo galápago debe salir de su concha.....

—Esos son los galápagos tontos; pero yo tengo una experiencia de doscientos años y sé lo que hago. Lo más seguro que existe en el mundo, cuando de política se trata, es esconder la cabeza, las patas y el rabo, y exclamar con toda la seriedad que requiere el argumento: yo no me meto en nada.

—Algunos hombres hay que hacen lo mismo, observó el tigre.

—Ah! Esos son los galápagos racionales; pero somos de la misma escuela filosófica.

—Es decir, son ustedes correligionarios.

—Exacto! No hay prueba de mayor cordura que estarse quieto, resguardar cuidadosamente las partes blandas, y dejar que otros se maten; porque la causa principal es la conservación del pellejo.

—Pero esa conducta es egoista y antipatriótica!

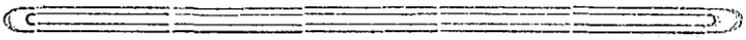
—Bah!

—Pues, señor, dijo la tigre, este galápago es invulnerable.

Y los otros también, añadió el tigre bostezando.

Conque ya lo saben mis lectores: si quieren vivir en paz el resto de sus días, no tienen más que afiliarse al Partido del Carapacho.





Don Giuseppe.

Don Giuseppe era un italiano muy ladino y parlau-
chín, que tenía su tienda de comestibles en un pueblo
de la vecina república del Sur.

Tengo que precisar así los datos, porque el caso es
rigurosamente histórico y lo voy á referir para que sir-
va de enseñanza en este país.

Pues bien: el tal don Giuseppe, como iba diciendo,
vendía comestibles y hacía política, todo á la vez.

Por un lado despachaba la media libra de manteca
y por otro le echaba su filípica al Gobierno; una lata
de sardinas y un voto de censura contra los actos de la
administración; medio y cuartillo de queso y tres cuar-
tos de diatriba contra el Prefecto del Departam-
ento.

Ah! Don Giuseppe! Con qué entusiasmo se permi-
tía el maldito trincar con los enemigos del Gobierno y
figurar arbitrariamente en la oposición.

Io non soy di questo paíse—solía decir á su audi-
torio—ma no importa. Io trabaco per la libertá qu' é
il primo debere del hombre sopra la terra.

—Tiene usted razón, don Giuseppe.

—In questo momento—continuaba el italiano aca-
lorándose—la nazione está perduta; ma la constanza
é la forza rendona fácele molte cose que d' aprima sem-
pre aviamo trovato impossibile.

—Bravo! Eso está muy bien dicho.

—Per Dío santo Sacramento é per la Madona San-
tísima! Io aspeto un giorno nel quale il maledetto Go-
berno sarà finito in questa nazione sventurata.

—Viva don Giuseppe!

—Viva!

Don Giuseppe envanecido por estos pequeños triunfos oratorios de trastienda, servía sendas copas de vino y de pisco á sus copartidarios y bebían por la salud de la República y por la muerte de la Tiranía.

La popularidad de don Giuseppe traspasó los límites del barrio donde estaba su pulpería, y fué aumentando considerablemente el número de sus contertulios y también el de sus admiradores.

Era, además, el mejor informado de la localidad en asuntos de política mezquina; y, por consiguiente, el primero que daba razón de los chismes oficiales y extra-oficiales.

Constantemente llegaban á su tienda individuos de todo linaje; y le hacían esta invariable pregunta:

—Don Giuseppe ¿qué se *diche*?

—Ah! replicaba él, animándose, se *diche* molto.

Y acto continuo comenzaba á echar pestes contra el Prefecto, á quien no conocía personalmente; pero á quien aborrecía de todo corazón, porque era, en su concepto, el monstruo más grande que había producido la tierra.

Era curioso de ver las rápidas transiciones que hacía de su negocio á la política, para poder atender á todos: parroquianos y correligionarios.

Ahora abbiamo—decía sonriente—la buona mantequilla di Yénova, il delicato fromaggio di Parma é la fina mortadela di Torino, tresca é yentile como un bocato di Cardinali.....Ma il Prefecto é uno grandísimo bribone, un bandito que dove morire de mala morte.

Unos salían, otros entraban, y siempre la misma pregunta:

—Don Giuseppe ¿qué se *diche*?

—Y volvía el locuaz italiano á reanudar sus discursos subversivos, hasta que tanto habló, apostrofó, insultó y maldijo, que la fama de su propaganda sediciosa llegó á los oídos del Prefecto.

—Lo curioso es—le dijeron al Prefecto,—que es usted el objeto de la particular inquina de don Giuseppe?

—Y qué le hecho yo á ese hombre?

—Nada. Ni siquiera lo conoce á usted; pero dice que usted tiene que lavar con su sangre las vergonzosas manchas de la administración pública.

—Ah diablos! Y dicen que ese italiano terrible no me conoce?

—No, señor, no le conoce, porque nunca sale de su pulpería.

Está bien! Voy á darle una sorpresa.

Aquella misma tarde y en momentos en que don Giuseppe estaba saboreando una enorme fuente de tallarines, se presentó el Prefecto en la tienda, tomó asiento en un banco que había frente al mostrador, y le preguntó familiarmente:

—Don Giuseppe ¿qué se dice?

—Se dice molto, replicó el italiano con la boca llena.

—¿Qué hay del Prefecto?

—Mala volta que lo colga! Per Dío! Il Prefecto, mio caro amico, é la vergoña di questo Departamento. Hombre senza luche, senza onore, hombre epravato é ladrone.

—Ladrón también?

—Ladrone, sí, é pillo é malo como un bandito di la Calabria. Io credo que la única manera di acabare questo miseráble é di aplicarele due *eses*.

—Aplicarle las dos *eses*.

—Sí.

—Y qué es eso?

—Schiopeto.....stiletto.

—Es decir escopeta ó puñal?

—Cosí!

—Estamos de acuerdo, amigo don Giuseppe.

Al día siguiente, el ardoroso italiano fué notificado para que compareciera inmediatamente al despacho de la Prefectura.

Todo fué recibir la noticia y temblar de pies á cabeza. Quiso excusarse diciendo que no tenía con quién dejar la *sua tenda*, que estaba enfermo, que no podía moverse; pero, con todo, se lo llevaron entre dos gendarmes, más pálido que un muerto, mientras que los vecinos todos del barrio celebraban el acontecimiento y exclamaban á la vez:

—Se llevan á don Giuseppe! Se llevan á don Giuseppe!

El terror de don Giuseppe subió de punto al ver que el Prefecto era el mismo ciudadano que había estado la víspera en su tienda, oyendo sus demuestos y sus amenazas.

Entre tanto, el Prefecto, cuando vió al reo en su presencia, le dijo afablemente.

—Lo he mandado llamar, don Giuseppe, para preguntarle ¿qué se *diche*?

El italiano no osaba siquiera levantar los ojos.

Está bien,—añadió el Prefecto,—veo con gusto que ahora no se dice nada; pero entienda usted, so charlatán, que si alguna otra vez se *diche* algo, yo no aplicaré á usted las dos *eses* que quería usted aplicarme ayer, sino este Código, que tiene muchas *eses*. Ahora, váyase á su tienda!

Don Giuseppe se deshizo en saludos y reverencias y vió el cielo abierto cuando salió con el pellejo sano del salón de la Prefectura.

Desde entonces—hasta el día—porque todavía vive don Giuseppe—cuando alguno de sus contertulios le hace la pregunta de marras:

—Don Giuseppe ¿qué se *diche*?

—*Alora non se diche niente*, responde con la mayor gravedad.



Cuántos charlatanes hay entre nosotros, metidos en la política, y parecidos á don Giuseppe!





Écos electorales.

—Ambrosio!

—Panchita!

—Dime, hombre inútil, no piensas ejercer el sacrosanto derecho electoral.

—Sabes, Panchita, que yo quisiera mejor estar metido en mi sacrosanta casa.

—Y no has dicho siempre que eres liberal?

—Sí, hija mía, sí; pero soy un liberal miedoso.

—Qué vergüenza para la familia! Tú debías ir ahora mismo, como van todos, á rodear las mesas, y sobre todo á sufragar por tu candidato.

—Pero, mi vida, si yo nunca he sufragado!

—Y por qué, alma de cántaro?

—Porque mi abuelo, que en gloria esté, me decía siempre: “No te metas, Ambrosio, en esa pelotera, porque te va á costar caro. No te metas, Ambrosio, no te metas”.....

—Te lo decía, porque era un viejo muy majadero.....

—Al contrario, hija, era un viejo muy sagaz; y tanto que lo llamaban el zorro.

—Qué horror! Pues si yo hubiera sabido que tú descendías de una raza de animales, por nada del mundo me habría casado contigo.

—Pero ponte en razón, Panchita. ¿Qué beneficio saco yo, ni sacas tú, de que yo vaya á las urnas y sufrague, exponiéndome á un quebrantamiento de huesos ó agujereo de pellejo?

—Lo que se saca es que cumples, como ciudadano, con lo que debes á la patria.

—Pero si yo no le debo nada, hija, y soy el hombre que puedo decir á boca llena: Patria mía, si en nada te he servido, tampoco te he comido nada.

—Lo mismo podría decir un jumento; pero aquí no se trata de perder el tiempo, sino de que vayas á votar ¿entiendes?

—Vida mía, si está el palo que brama en las mesas!

—Eres hombre ó no lo eres?

—Me parece haber tenido ocasión de demostrarte que lo soy.

—Entonces ¿cómo te resignas á sufrir la vergüenza de que te tengan por cobarde?

—Porque más vale, querida Panchita, pasar por cobarde en esta vida, que estar muerto en el otro mundo.

—Ah, Dios mío, cómo quisiera yo ser hombre!

—Para qué?

—Para darte ejemplo de valor, de patriotismo, de solidez de principios, de entereza republicana.....

—Ni me darías tú el ejemplo, ni yo lo aprovecharía.

—Por qué?

—Porque si tú fueras hombre, yo estaría casado con otra mujer.

—Quita allá, calzonudo. Hasta los frailes, con ser frailes y vestir faldas, hacen honor á su sexo, cuando se trata de desafiar el peligro; sólo tú eres de alfeñique, que te deshaces por nada.

—Nada es lo del ojo, y yo he visto á muchos que lo llevan en la mano durante las elecciones.

—Aunque así fuera, el hombre debe sacrificarse por sus ideales.

—Bueno. Mi ideal es conservarme íntegro, y éste debe ser también el ideal de las mujeres que quieren á sus maridos: conservarlos sin deterioro alguno, porque no hay piezas de repuesto.

—Ambrosio, vamos terminando esta necia conversación; ¿sufragas ó no sufragas?

—Panchita!

—Sí ó nó, dímelo de una vez, para adoptar una resolución.

—No te enojés, mi vida, por tí haré lo que quieras ¡ay!

—Pero por qué suspiras?

—Porque al que le duele, le duele.

—Mira: vas á la mesa dando vivas á la libertad; te acercas, pides el nombre del ciudadano Ambrosio

Tembleque, firmas, depositas tu voto en la urna, y listo. Eso es tódo.

—Comprendo..... Voy á la mesa lanzando vivas á la libertad; me acerco, pido mi nombre, firmo, intento depositar mi voto en la urna.....me parten la cabeza de un garrotazo, y listo. Eso es tódo?

—Flojonazo! No piensas más que en tu pellejo.

—Pero si no tengo ótro!

—Vanos abreviando. ¿Cuál es tu candidato?

—El que tú quieras.

—Pero, hombre, no tienes opinión propia?

—Opinión tengo, pero desgraciadamente.....

—Qué?

—Ya tú la conoces: mi opinión es la de escurrir el bulto.

—Vuelves á lo mismo, Ambrosio!

—Nadie sabe el mal de la olla sino la cuchara!

—De suerte que no vas?

—Voy sí, porque ustedes las mujeres hacen lo que les da la gana de los maridos; pero me dice el corazón que he de venir partido por el eje.

—No seas tonto!

—Y se puede saber por quién voy á sufragar?

—Tú verás. Cuando salgas de aquí, procura pulsar la opinión pública, ilustra tu criterio y te decides.

—Conque voy á la mesa lanzando vivas á la libertad; me acerco, pido el nombre del ciudadano Ambrosio Tembleque, firmo y deposito mi voto en la urna.....

—Exacto!

—Pues marchó.

—Ahora sí eres gente.

—Ahora sí, ya lo creo; pero al regreso seré cadáver.

—Andando, pues!

—Dame un abrazo, vida mía!

—Uhm! Mucho aparato trae este muerto!

—Dame otro, Panchita!

—Pero te has vuelto loco, hombre!

—Quién sabe si esta sea la última vez que te abrazo.

—Adiós!

—Adiós!

II

—Esta es la casa del señor don Ambrosio Tembleque?

—Sí, ésta es, ¿qué se le ofrece?

—Está aquí la señora Panchita?

—Yo soy,

—Vengo de parte de.....Es decir, no vengo de parte de nadie, porque á mí no me gusta dar malas noticias.....

—Pero, qué ha pasado, por Dios?

—Qué ha pasado? Ay, señora, yo le juro á usted que me da pena tener que afligirla; porque, al fin, usted es la esposa.....

—Pero acabe, hombre, que me tiene en agonía. ¿qué ha sucedido?

—Lo siguiente: hace un cuarto de hora iba el señor don Ambrosio, con dirección á la mesa electoral, lanzando vivas á la libertad.

—Sí, sí! ¿qué más?

—Se acercó á la mesa, atropellando gente, pidió su nombre, firmó.....

—Y votó!

—No, señora, no pudo votar; porque, en el mismo instante en que iba á depositar su voto, vino uno de los nuestros y, creyendo que don Ambrosio era de los otros, le dió un garrotazo en la cabeza.

—Ay, marido de mi alma! Qué ha sido ésto, Dios mío! Dígame Ud. dónde está para correr á verlo! Es grave la herida? Curará pronto? Por qué no le han traído? Dónde está? Dónde está?

—Tenga usted valor, señora! Su esposo está en el cielo!.....

—Ha muerto!!! Horror! Me vuelvo loca! Yo he sido su asesina! Me muero! Ambrosio de mi alma.....! Ambrosio! Ambrosio, yo te he lanzado á la tumba! Ambrosio! Ambrosio!

(Don Ambrosio entrando).

—Aquí estoy, vida mía, no te desesperes, vuelvo sano y salvo!

—Qué veo! Ambrosio, estás vivo?

—Más vivo que nunca!

—Pero, entonces ¿qué ha pasado? No has ido á sufragar?

—Qué iba á ir, Panchita, si estaba el palo que bramaba.

—Entonces, cómo ha venido este hombre á decirme.....

—Porque yo mismo lo mandé, para que te hicieras cargo de la desgracia que habrías experimentado, si, por casualidad, me hubieran roto el bautismo.

—Ah, bribón!

—Pero, hija, no está en mí el exponerme á una paliza. Yo tengo la carne muy delicada, ó qué sé yo!

—Otra cosa es lo que tienes.

—Qué soy miedoso? Ya lo sé: pero de estos liberales con miedo habemos muchos, que simpatizamos de lejos con la causa, querida Panchita.

—Si fuera cierto?

Cierto es. A primera vista no se les conoce; pero que los hay, los hay!!





Matrimonio rústico civil.

En la parroquia del Estero de Lagarto, ejerce la primera autoridad el Teniente Político don Isidoro Piguaive, más conocido con el apodo de Pericote, que le fué dado desde pequeño por su afición á las golosinas.

El ser autoridad no le impide desempeñar al mismo tiempo las funciones de carnicero, y tener su despacho, como es natural, en la carnicería.

Allí ventila los asuntos contenciosos, sala tocinitas, impone multas, limpia el mondongo, oyé las demandas, pica los huesos, redacta la correspondencia oficial, clasifica las presas de carne y celebra matrimonios.

Too es negocio, como él dice; pero él se *arcanza piti too*,

Y eso que no ha pisado nunca la escuela, porque sus padres lo dejaron *guérfano*. Yo no he conocido padres, suele repetir muy á menudo: yo soy hijo de una tía mujer por parte é madre.

Y con todo, es el hombre más ilustre de la comarca, y mucho más desde que la ley lo autoriza para celebrar matrimonios civiles.

Desde que fué impuesto de esta facultad legal que le estaba acordada, afiló el cuchillo lo mejor que pudo y exclamó en la puerta de la carnicería, ante un círculo de notables:

—Güeno; vayan sabiendo todos los que están aquí, que yo soy dende ahora mesmo el único fraile que toca pito en el Estero de Lagarto, por orden del Gobierno y

con el favor de Dios que nos rige y de mi padre San Jacinto!

—Viva er Timiente!! gritaron todos.

—Todos los habitantes y habitantas que habiten aquí y hasta en la mesma «Loma Pelada» der «Río Jondo», tienen que venir á casarse ar Matadero, bajo mi presienca, si no quieren que les meta la ley y los mande amarraos á Guayaquil pa que los frieguen allá.

—Eh, compadre Pericote, exclamó uno del círculo por qué no casa de un viaje á Pollo Flaco con la Trenidá, que se quieren casá dende el invierno pasao, cuando jue ron á la tierra de su compadre Nicasio?

—De veras, compadre?

—Yo mesmo los he visto en lo que se hallan: que ér le agarra la mano, que le pisa los pieses, que le tira la manta.

—Y élla qué le hace á ér?

—La condenáa le ha mordido la jeta por dos ocasiones.

—Vayan ora mesmo y trérganlos, por orden de la autoridad, pa que se les quiten las ganas. Aquistá la ley, hecha por la constitución, á ver quién me viene á mí con cuentos!

(Un muchacho entrando).—Don Pericote, deme medio de casue con güeso.

—Ya se me acabó er güeso. Si querés casue sola, llévate este lomo de adentro.

—Mi mama no quiere sino con güeso.

—Entonces, ándate de aquí, cursiento! Pues como les iba conversando: yo soy un cristiano que con el favor de Dios, no le debo favor á naiden; ni soy adulón ni sometido. El Gobiesno me ha honrao en mi lumir de presona, y yo tengo que hacer lo que me manden. manque sea contra mi mesmo padre, mala la comparación.

II

—Dn. Pericote, aquí están ya Pollo Flaco y la Trenidá!

—Agarren y deutren.

—Güenos días de Dios!

—Güenos días. Ustedes is que andan alborotaos por casarse?

—Yo nó, sino qué el ejel que me ha sonsacao.

—Y bos, qué ices, Pollo?

—Quella mesma es la que me apura pa isque me la saque.

—Pero ve er cristiano! Cuándo tey dicho yo nada?

—Silencio! Aquí naide manda sino yo! Pa que se acabe er cuento, yo los voy á arreglá luego y quedarán casaos y sacramentaos. Ya saben?

—Si así es su gusto!

—Y bos que ices, Trenidá?

—Que güeno!

—Sáquense todos los hombres varones er sombrero que voy á sacramentar.

—Cómo te llamas bos, Pollo?

—Grabiél.

—De qué?

—De pó allá arriba.

—Tu apelativo?

—Yo no tengo apelativo.

—De quién eres ijo?

—De mi mama.

—Cómo se llamaba tu taita?

—Yo no hey tenío taita, mas que agüelo, que ya es difunto.

—Este es un animal! Queago en este caso tan juerte! Pero, bestia, acuérdate de tu paternidad!

—(La novia interviniendo.) Póngale Rosquete, por que éstes er ñeto der viejo Rosquete, que ya es muerto.

—Y bos, cristiana, cómo te llamas?

—Yo soy Trenidá, nacida y criada en esta mesma posesión, ija der difunto que ya murió, er mentao Zambrano, y de su primera mujer que tuvo, Concha Cosme, que jué casada con mi dicho padre en segundas náuseas por dos ocasiones.

—Qué años tenés?

—Yo juí nacía pa la dentrada de los Restauradores, y dende ese tiempo me bajaron er traje.

—Y á bos, Pollo, cuándo te bajaron los carzones?

—A mí naide me los ha bajao nunca, con el favor de Dios!

—Por qué te ríes, Trenidá?

—Por que este hombre está entorpecío y achucharrao; don Pericote. Le conversan una cosa y sale con ótra.

—Qué profesión profesan ustedes?

—Lo ques ér, pa qué mentir, profesa de pescador; luego agarra y echa agua; luego se va á los cangrejos; luego busca la manga y se remonta á la leña.

—Y bos, pa qué sevís?

—Yo pa lavar, pa coser, pa colar la chicha, pa dar-

lé de comer á las gallinas, pa manojear er tabaco y pa todo lo que jirve una mujer.

--Güeno, basta y sobra. Hagan de cuenta que ya están casaos. A mí no me gustan muchas borondangas: la ley es ley, y si alguno les pregunta que quién los casó, díganle que yo juí; porque estoy utorizao pa aser casamientos civiles y melitares también si se ofrece.

Vivan los novios!! pritaron los espectadores.

--Con su permiso, mi Teniente, insinuó el novio; dispensándome la confianza y la porquería, vamos en junta de la señorita novia, á tomar un trago á mi posesión.

Güeno, Pollo, vamos, pa que no digas que me ago de rogar; pero ya sabes que si te emborrachas y le pegas á tu mujer, mañana mesmo te descaso y te meto de sordao. Y vos, Trenidá, no te dejes atocar ya de naiden, más que sea er mesmo Rey en presona, porque eres una señora mujer casada y tienes que guardarle á tu marido que está presente todas las genuflexiones que nos ordena el Santo Sacramento de la Eucaristía.

--Sí, señó!

///





La Bandera Roja.

En ciertas poblaciones de nuestra costa se carece frecuentemente, durante algunas épocas del año, de los artículos de primera necesidad, cual, verbigracia, la carne.

Cada tres ó cuatro días se mata una res en determinado punto del vecindario, y toda la población experimenta una sensación de bienestar indefinible en presencia de este trágico acontecimiento.

Los hombres, los perros y los gallinazos, en representación de los bípedos, cuadrúpedos y volátiles, respectivamente, se agrupan en torno del cadáver, tibio aún, que yace sobre la madre tierra, bañado en su propia sangre, y esperan impacientes el resultado de la prolija labor del carnicero.

Allí se grita, se ladra y se grazna á un tiempo mismo, sin que nadie consiga entenderse; lo cual no hace falta, porque toda la algarabía de los racionales y de los brutos, se traduce en estas dos palabras: "quieren carne".

Y la difunta res, con sus ojos vidriosos, apagados y sanguinolentos parece lanzar una mirada de reproche á la multitud, como diciendo: "Ah mundo éste canalla! Y después dirán los bardos que aún hay poesía en esta perra vida!"

Pero el espectáculo no dura mucho, porque en esta clase de festines no hay brándis ni discursos de los que tanto suelen cargar en otros banquetes: pronto, pronto se disuelve el concurso y desaparece el animal sacrificado, sin dejar el más leve vestigio de su tránsito por el planeta.

Algo ha de quedar, dirán mis incrédulos lectores; siquiera algunos huesos y manchas de sangre. Nada, repito yo, enfáticamente: desde el primer pelo de la jeta hasta la última cerda de la cola, todo desaparece. Si algún trozo de hueso queda por allí olvidado, al instante es triturado y roído por una jauría hambreada; si una gota de sangre resta aún en el suelo, no tarda en ser lamida por los famélicos canes, caso que no la haya visto antes algún cerdo tuberculoso.

Pasado el día de la matanza, nadie sabe á punto fijo cuándo volverán á matar y quién será el que sacrifique otra res para el consumo público.

Mas nadie se apura por el porvenir: el día en que se repite el drama todos lo saben, sin anuncio previo, al despuntar el alba.

Aquello es de maravillarse, y lo voy á referir para que aprendan aquí algo práctico de lo que hacen los pueblos pequeños.

Salta una vecina de su cama, abre la ventana, lanza una escrutadora mirada sobre la población y los lugares comarcanos, y exclama de pronto con voz emocionada: Carne!

Esa exclamación, que sale de los senos recónditos del alma, sólo puede compararse al grito de ¡Tierra! que lanzó el vigía al divisar la costa del Nuevo Mundo en la carabela de Colón.

—Carne!!

Todas las ventanas vanse sucesivamente abriendo, y la misma exclamación brota de todos los pechos.

Yo quise, en la primera vez que oí esta salutación carnívora, contemplar la presa que todos celebraban: pero en vano fué asomarme y escudriñar el horizonte por los cuatro puntos cardinales.

No ví nada que se pareciera á un tasajo de carne, como no fuera al señor Cura, que á fuer de gordo y relleno hubiera podido poner una carnicería.

Será, me dije, que esta gente está dotada de un olfato extrafino y ha olido la tajada, fuera del alcance de la vista?

Mi asombro llegó á su colmo cuando empecé á ver desfilar sin la menor vacilación hacia un punto fijo á casi todos los vecinos.

Creí que iban á dejar el pueblo solo, porque allí iban las autoridades locales, el clero, los representantes del ejército, los individuos de la marina mercante, el profesorado, en fin, lo más notable de la circunscripción; pero una comadre mía, que suele dar toda clase de informaciones á los forasteros, me tranquilizó, hasta cier-

to punto, haciéndome saber que el numeroso cortejo iba simplemente á comprar carne fresca.

—Pero, comadre, ¿quién le ha dicho á todos que hay carne y dónde la hay?

—Por la bandera, compadre!

—Qué bandera, comadre?

—No ve Ud. allá, en la copa de ese cerro, una banderita colorada que han izado en una palanca?

—En efecto, veo algo así como un pañuelo rojo.

—Pues esa es la seña. Cuando ponen la bandera es porque han *matao*; y cuando no la ponen.....

—Será porque no *han matao*?

—Sí, compadre!

—De suerte que en ese lugar está el Matadero?

—Nó, compadre. Aquí cada cristiano mata su res donde es su gusto. Hoy en una parte, mañana en otra; pero siempre se sabe por la bandera colorada.

—Qué cosa tan curiosa!

—Así es, pues!

—De manera que ustedes no tienen más trabajo que asomarse todos los días al balcón y ver si hay alguna seña para saber si pueden ó nó proveerse de carne?

—Esa es la cosa!

—Pues, comadre, ustedes han inventado la telegrafía inalámbrica antes que Marconi!

—Cómo dice?

—Mire, comadre, ya quitan la bandera roja!

—Quiere decir que se ha acabado la carne.

—Cáspita! Por lo visto aquí se comen una vaca en menos que canta un gallo.

—Es que cada uno compra la carne para cuatro ó cinco días.

—Son previsivos, eso me agrada. Pero qué veo! Izan ahora una bandera blanca!

—Sí, compadre!

—Adivino lo que significa. Debe ser algún cordero inocente que acaban de sacrificar.

—No, compadre. Eso quiere decir que hay plátanos de venta.

—Alabado sea Dios! Mientras más se vive más se aprende!

Y desde entonces concebí una idea que me propuse insinuar al llegar á Guayaquil; pues se trata de algo que ofrecerá muchas ventajas y evitará muchas molestias.

Sabido es que desde tiempo inmemorial todo acree-

dor del Fisco tiene que subir una docena de veces la escalera de la Tesorería para conseguir que le paguen su crédito.

La desconsoladora expresión de *no hay dinero*, está vibrando ordinariamente en todos los ámbitos de la oficina, y ella resuena como un martillazo en la cabeza de los que van á cobrar.

Por eso es por lo que se vé á tantos que suben diariamente con la cara alegre y el bolsillo risueño, y bajan con la cara triste y el bolsillo escualido.

Para evitar, pues, estas idas y venidas, esperanzas y desengaños, solicitudes y negativas, insistencias y desagradados, pérdidas de tiempo, deterioros de calzado, plantones en las galerías, emociones fuertes y demás, lo mejor sería poner una banderita roja en los días que está la caja provista, para que sepan los interesados que pueden ir por sus fondos, y desfilen en pos de ellos, precedidos por los maestros de escuela.

Y cuando no la pongan.....como decía mi comadre, no hay para que ir á sudar el cuello de la camisa.



Man



Luz y sombras.

La puerta de mi cuarto se abrió con estrépito, como empujada por una catapulta, y entró mi amigo Cosme, á la manera de un proyectil.

—Bomba! exclamé sorprendido. Qué bicho te ha picado?

—Un bicho encantador—repuso. Te aseguro que soy el más feliz de los hombres, el niño mimado de la fortuna, el sobrino de la gloria, el tío de la buena suerte, el suegro de la felicidad, el primo hermano.....

—Pero qué? Te ha caído la lotería?

—Nó; pero es igual: estoy enamorado.

—De alguna mujer talvez?

—Acertaste! Pero casi no es mujer, comparativamente hablando, sino un arcángel del sexo femenino; y, como puedes suponer, yo la adoro como un chino quiere á su ídolo!

—Del ídolo no podré decirte nada, mas del chino sí, y es que te veo una cara de majadero que antes no te había visto.

—No jorobes, hombre! Figúrate una doncella de diez y seis abriles, blanca como el armiño, sonrosada, rubia, alta, esbelta, graciosa, inocente, pura, limpia, redonda, cuadrada.....Cáspita! Ni sé lo que me digo!

—Cómo se llama?

—Consuelo.

—Entonces debe ser hija de doña Consolatrix Afflictorum?

—No, hombre: ésta es hija del Cielo y del Amor,

hermana de los ángeles y serafines.....¡qué sé yo!

—Y dónde la hubiste?

—En un baile, por siempre bendito y alabado. Desde que la ví, con su vestido azul y sus zapatitos blancos con medias celestes, sentí un pinchazo bajo la tetilla izquierda. Era la flecha de Cupido que se me clavaba, probablemente; porque desde ese instante no sé lo que pasó por mí y me volví un estúpido.

—Así lo veo.

—Si estará comprometida, pensé. Y este pensamiento me llenó de celos. Sentíame superior á Otelo y capaz de hacer mil barbaridades; pero, pensándolo mejor, me decidí á bailar.

—Era muy justo.

—Avancé con paso vacilante hacia la blanca niña de ojos azules y la invité á bailar una *chilena* que preludiaban las bandurrias.

—Qué atrocidad!

—Ay, amigo, las piernas me temblaban, cuando me ví á su lado, respirando su embriagador aroma! No te puedo decir qué figuras eran las que yo hacía, ni si eran de las que están en uso; pero te aseguro que me permitía los mayores atrevimientos, alentado por la concurrencia, que me decía:—Ahora! Entrale!

Ella, la gentil muchacha, provocativa y huraña, se me escurría de entre los dedos cuando me le aproximaba castañeteándole los dientes. Aquello fué un delirio!

—Casi un canibalismo.

—Después, jadeante, bañado en sudor y con la garganta seca me puse á meditar un florido discurso para declararle mi amor. Porque yo soy así: impulsivo.

—Y te dijo que sí?

—No todavía; La conduje primero al balcón, con el pretexto de que respirara el aire libre y entonces..... ¡Ay amigo!

—Estuviste más elocuente que Demóstenes?

—Al contrario: me convertí en un jumento. Todas las hermosas palabras que tenía preparadas, se me olvidaron de cuajo. Quería hablar y no podía. Se me hizo un nudo en la garganta y me entró una agitación tan rara, que estuve á pique de sacar la lengua como un perro cansado. Ella me miraba sorprendida, como diciendo: «qué tendrá este infeliz?»—Lancé entonces un profundo suspiro y exclamé:

—Qué bonita está la noche!

—Sí, dijo élla, la noche está bonita y fresca.

En estos momentos se acercó á nosotros un moscardón, de aquellos que andan siempre en cada casa ajena invitanno galantemente á beber para tener ocasión de beber ellos, y me preguntó si había leído los discursos oficiales en la inauguración del ferrocarril á Quito.

Yo no sé cómo no descuarticé al intruso. Venirme á mí con discursos en aquellos momentos que los filósofos llaman psicológicos!

Qué me importan—le repliqué—los tales discursos.

La señora de la casa anda buscándole. Vaya usted á verla.

Era mentira, por supuesto; pero me creyó el animal y se marchó al trote.

Entonces, compañero, abrí la boca, me puse un instante de rodillas y se lo dije todo con lágrimas en los ojos.

—Es posible?

—Se colorearon sus mejillas y sonrió de una manera inefable.

Ay, Jack, qué felices somos! Si vieras á Consuelo! No te puedes imaginar lo que me consuela esta mujer!

—Y me podrá consolar á mí también.

—Tendrías que pasar sobre mi cadáver.

—Entonces, te perdono la vida.

—Ahora voy á buscar una *Mimosa Púdica*?

—Qué animal es ese?

—Es una flor rara que ella me ha pedido. Todo lo que me pide se lo consigo al instante. El otro día pagué diez sures por una *Gallaveta* domesticada, que ella quería tener. También me ha encargado un *Perico Ligero* melancólico y una *Paloma Cuelí*.

—Puedes hablar con Noé para que te proporcione el arca con todos los animales.

—Ah! Pero ella tampoco me niega nada. Todo lo que le pido me lo concede. Aquí tengo un rizo de sus rubios cabellos, un botón de su bota y una de sus ligas, que guardo como reliquias.

—Y cuándo es la boda?

—En el primer cuarto creciente. Dice mi futura suegra que no es prudente casarse en menguante, porque la luna pierde toda su fuerza.

—Te deseo mucha felicidad.

—Y así será, no lo dudes; porque es tanto lo que me

promete esta chica, que yo me vuelvo loco con tanto cariño!

Ahora me voy, porque ya me está esperando. De paso veré si consigo la Mimosa Púdica, y el Perico Ligero melancólico. Adiós, Jack!

—Felicidad!

II

—Esta vida es un infierno, mi querido Jack!

—Por qué, Cosme?

—Porque mi mujer ha resultado ser una harpía, una hidra, qué se yó!

—Cómo así?

—Te acuerdas tú de la angelical Consuelo, que tanto te ponderaba cuando era su novio?

—Sí.

—Pues ha resultado en el matrimonio una epidemia doméstica. Yo he estado ciego. No he visto mujer más llena de plagas egipcias. Estoy frito, amigo Jack, y vengo á ver qué me aconsejas.

—Hombre, lo único que puedo aconsejarte es que te chupes el dedo.

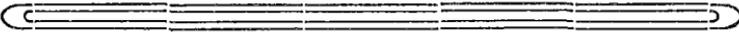
—No tienes otra cosa qué decirme? Mira que estoy á punto de levantarme la tapa.....

—No, Cosme, no te la levantes y piensa que á muchos les pasa lo mismo en política. La Política es para muchos, repito, lo que Consuelo era para tí en la época de tus amores: creen que ella hará la felicidad de su vida y de ella esperan un porvenir color de rosa; pero cuando les parece que van á recibir el premio de su adhesión y de sus afanes, la ven torcer el gesto y dejarles una decepción y tres cuartas de narices.

—Y no hay remedio para ésto, querido amigo?

—Hay úno; pero no se puede poner en práctica: desbaratar el mundo y hacerlo de nuevo, corregido y aumentado.





Negros y mosquitos.

- Oye, André, en tu casa hay mosquite?
—Nu hay na má que tre.
—Deverás, André?
—Si, Frasiqúe.
—Y cómo é jeso que en mi casa hay un pilo?
—Por que bo tenés la sangre ma duree.
—No jables isparate, André.
—Entonce pa qué me preguntes!
—Ay, Dió mío. qué desazón!
—Querés cantá, Frasiqúe?
—No, porque lo mosquite me tiene irritao.

—Qué ecura que ta la noche!
La noche que trite tál
Y el pobre negro llorando,
Llorando va.
Ay, mi durcita Oripopa,
Onde tará?

- Oye, André, en tu casa no hay mosquite?
—Ya te decí que no hay na má que tré.
—Deverás, André?
—Si, Frasiqúe.
—Tenés suerte.

—Bomba jé jé,
Canga baño té.
Canga moune delé,
Canga doki lá.
Canga lí.

Bos tacuerda, Frasiqne, desta canción de Angola?

—Lo que yo te digo, André, é que lo mosquito me van á malográ.

—Vente á dormí á mi casa.

—Étoy tentao. Bos decís que no hay na má que tré?

—Tré contadito, que se llaman: Trompetilla, Manta blanca y Zancudo.

—Cada uno tiene su apelativo?

—Shi.

—Y por qué no les mates bos?

—Porque son muy sabios y no se dejan que les mate.

—Pues yo me voy con bos, André.

—Vente, Frasiqne.

—Ya no puede dormí en mi casa.

—En la mía dormirés.

—Güeno.

Los dos negros se separan por un momento y luego reaparece Frasiqne cargado con su estera y su manta.

—Vamo, André.

—Vamo.

—Cuá de los tré mosquito pica má?

—Trompetilla pica ma pior que Zancudo y Manta blanca ma pior que Trompetilla.

—Ah, cachimba!

—Pero no son má que lo tré?

—Lo tré.

—Y naide má?

—Naide.

—Y cuá de lo tré mosquito tiene la lanza má larga?

—Trompetilla tiene la lanza má larga que Zancudo, y Manta blanca má larga que Trompetilla.

—Ah, cachimba!

—Pero no son má que tré, hombre!

—Yo les vo á matá.

—Ma mejó.

—Y cuá de lo tré mosquito chupa primero?

—Primero chupa Trompetilla, dempués Zancudo y dempués Manta blanca. Otra vece chupan lo tré en junta.

Con esta amena conversación llegaron los negros al rancho de André, hicieron sus tendidos y se acostaron: el uno lleno de confianza y el otro de tan buen humor, que durante largo tiempo se le oyó cantar, acom-

pañado de un coro de ranas y de zapos que gritaban en la vecindad:

Porque tengo la cara negra
Y no hablo como un señor,
Ama mía no vió mis ojo,
Ama mía no me entendió.

Los mosquitos zumbaban encima de los negros haciéndoles oír un concierto de violines y dándoles cada lancezazo que les trapasaba el pellejo.

¡Cachimba! exclamaba Frasi que, sentado en su cama; pero á bien que no son má que tré.

De pronto se oyó un ¡cachafaz! y la voz del negro que decía:

—André, ya hi matao á Trompetilla.

—¿Üeno.

Un momento después sonó otro porrazo y la voz alegre del mismo negro:

—André, ya hi matao á Manta blanca.

—Sí, Frasi que.

—No queda con vida má que Zaucudo; pero este condenao me pica po toda parte. ¡Cachimba!

—Frasi que!

—¿Qué?

—¡Cállate la boca y déjame dormí.

—Ya no me farta má que uno.

—¡Cállate la boca, Frasi que.

—Dime, André, cómo es que este mosquito me pica ar mismo tiempo en las mano, en los pieses y en la jeta?

—Déjame dormí.

—Pat!!! Pat!!!

—Bendita y alabada sea la Santísima Trinidad! Ya cayó Zaucudo.....Oiste André?

Ahora á dormí.

—André! André!! André!!!

—¿Qué, hombre?

—Bos me has dicho que no había má que tré mosquito, y yo etoy viendo que hay una manada.

—¡Calla, Frasi que.

—Ya les maté á Trompetilla, á Manta blanca y á Zaucudo y me siguen pinchando, André!

—Pero, bruto, si hay ciento de mile de mosquito.

—Entonce, grandísimo animá traicionero, como me diciste que no había má que tré.

—Yó no ti he dicho *tré*, sino de *tré chuse*.

—Mardita sea tu arma, cachimba! Por qué no jablas claro: una cosa son *tré* y otra cosa son de *tré clase*.

Esa noche memorable pelearon los negros y se arrancaron los crespos.

*
* *

A fin de evitar análogos disgustos entre blancos, sepan nuestros compatriotas de la Sierra y los señores extranjeros que quieran venir á Guayaquil, en la estación de las lluvias, que aquí hay diez plagas: las nueve de Egipto y la de mosquitos, que no son fres, como decía el negro Andrés, sino de tres clases, á las cuales ya está acostumbrada nuestra sangre; pero no la de los forasteros, pues donde reciben el pinchazo allí les sale un chichón.

Hecha esta advertencia, si quieren venir, que aguanten.





El sombrero del Cura.

Erase un Cura muy ojo alegre y vivaracho.

Tenía particular devoción á María, no se le podía negar, pero más devoto se manifestaba de las hijas de María.

Verdad es que cualquier hijo de Adán, sin ser Cura, puede hacer lo mismo, por natural é irresistible inclinación; pero los párrocos suelen tener todas las ventajas de su parte.

Entre la congregación que dirigía el Dr. Serafín había una traviesa morenita que hubiera sido una tentación más para el bienaventurado San Antonio, caso de haberla conocido; pero en cambio sacaba de quicio al párroco cuando le miraba con sus ojazos negros, brillantes y picarecosos.

El Cura se pasaba la mano por la cabeza á contra pelo, para ahuyentar ciertos pensamientos profanos que lo asaltaban, y exclamaba en alta voz:

Vamos, niñas, repetid en coro:

Venid y vamos todos
Con flores á porfía,
Con flores á María
Que madre nuestra es!

Oíase un murmullo de voces dulcísimas, que parecían acordes de una lira de cristal, mientras el Cura simulando un arrobamiento místico, miraba de soslayo á la gentil muchacha y se decía:

Esta chica es el diablo! Pero qué diablo tan encantador!

Conviene advertir que la niña era hija del boticario del pueblo; y no sé si por ésta ó por cualquiera otra razón, el señor Cura frecuentaba asiduamente la botica, no obstante de que el propietario era bastante desabrido y muy poco partidario de las faldas masculinas.

—Yo no sé qué quiere aquí este fraile! solía decir el adusto boticario cuando el Cura se iba. Mala tos le siento!

Hombre, no seas, incivil—le observaba su mujer— el señor Cura viene aquí porque nos estima, y esto es una honra para la familia.

No está en mí—replicaba el honrado farmacéutico;—pero cada vez que lo veo, me provoca darle con la mano del mortero en la cabeza.

—Qué barbaridad!

—No me gustan los frailes!

—Calla, hijo, calla que te puede oír Susanita, que es hija de confesión del Dr. Serafín.....

—Uhun!

—Por qué dices uhun?

—Porque me carga el padrecito.

—Bueno, basta. Tú sabrás de hacer menjurges; pero no entiendes de cultivar buenas relaciones Abur!

*
* *

Mientras el excelente párroco no podía apartar de su pensamiento la imagen de Susanita, exclamando para sus adentros «qué hacer! me condenaré, pero no importa» y los padres de la seductora niña reñían en el hogar por las frecuentes visitas del Cura, Susanita sostenía la más sabrosa plática en un rincón de la Iglesia con el hijo mayor del Sacristán.

—Me quieres, Susanita? le preguntaba él estrechándole ambas manos.

—Te quiero mucho, José.

—Júramelo!

—Te lo juro.

—No me olvidarás algún día?

—Nunca.

—Júramelo!

—Te lo juro! Y tú?

—Jamás, corazón mío!

—Júramelo!

—Te lo juro.

El sombrero del cura



—Usted, señor cura, hágame el favor de raspar
de aquí la bola.....

—Qué triste es no poder vernos ni hablarnos todos los días!

—Así es, mi vida. El cura es un ogro.

—Mis padres son muy celosos.

—Ni poder escribirnos, siquiera; porque ¿quién te llevaría mis cartas y me traería las tuyas?

—El Cura.

—Qué dices criatura?

—Digo que podríamos valernos del Cura, para confiarle nuestra correspondencia.

—Estás loca, Susana?

—No estoy loca; pero tengo una idea sublime.

—Habla, ángel mío!

—Tú eres el que cepilla todos los días la ropa del Cura?

—Sí

—Pues bien; escribes tu carta y la metes en el forro del sombrero del Dr. Serafín. Luego, como él va todos los días á tomar en mi casa el chocolate y á dirigirme unas miradas incendiarias, yo me hago cargo de tomarle amablemente el sombrero cuando llegue, saco tu cartita y pongo la mía.....

Vas comprendiendo?

—Eres un diablillo!

—Entonces es cosa arreglada?

—Desde luego.

—Separémonos, José, que nos están mirando cuatro beatas chismosas.

—Hasta la vista, negrita!

—No olvides..... En el forro.

—Ya!

*
* * *

—Santas y buenas tardes.

—Pase Ud., señor Cura.

—Ah, Susanita, cada día más linda, por la gracia de Dios.

—Nada de eso, señor Cura. Sírvase pasar adelante.

—Por qué no vas, ingrátilla, á la plática dominical?

—No he podido, señor Cura.

—Ya te impondré la penitencia.

—Permítame su sombrero.

—Toma, hija, gracias; eres muy amable!

La muchacha se va con el sombrero y no reaparece hasta que el Cura se despide.

—Dónde está mi sombrero, hija mía?

Niña--dice la madre--el sombrero del doctor!

...Aquí está mamá.

—El párroco se lo pone y se va, sin sospechar que su teja ha sido convertida en valija de enamorados.

—Al llegar al convento le recibe José en la escalera y se apresura á quitarle el sombrero y el bastón.

—Cuando se ve solo el muchacho, levanta el forro y saca un billete de su adorada, lleno de amor y de faltas de ortografía:

« Querido Gocé:

Tu eres mi vida y mi encanto desde el primer día en que te vide. Resibe un vezo y un abrazo junto con el coracon de la que no será nunca de naide sino tulla. No te escribo más largo porque el Cura seba temprano.

ZUSANA. »

Este sistema de correos duró algunos meses, hasta que un día ¡día fatal! mientras que la señora de la casa recibía en el salón la visita cuotidiana del señor Cura y Susanita acababa de entrar en el dormitorio con el sombrero eclesiástico en la mano, quiso la negra suerte que su padre subiera por una escalera reservada que conducía al dormitorio y viera á su hija en la delicada operación de extraer el billete de su secreto lugar.

Rápido como una flecha arrebató el papel de las manos de la atribulada joven y leyó lo siguiente:

« Negrita de mi alma:

El cura se está poniendo malicioso; pero no sospecha que nos escribimos en el forro de su teja. Sin embargo, esto no puede durar, y es preciso que te animes á seguirme, si me quieres. Yo sé que tu padre se pondrá furioso; pero no tendrá más remedio que transigir y casarnos. Conque resuélvete, vida mía!

Tu José. »

Don Nicolás, que así se llamaba el boticario, lanzó un bufido estrepitoso y quedóse mirando á la niña con ojos de tigre.

En seguida se precipitó á la sala, con el cuerpo del delito en una mano, y el sombrero del Cura en la otra.

Con voz alterada por la ira explicó rápidamente el caso á su mujer y al Párroco, que le escucharon con la boca abierta, y terminó diciendo:

—Usted, señor Cura, hágame el favor de raspar de aquí la bola en el acto y que no le vuelva á ver las orejas, porque no respondo de mí; y tú, mujer, ten entendido, una vez por todas, que nadie puede fiarse en materia eclesiástica, ni del sombrero de un Cura. He dicho.

Esta historia la oí contar en presencia de un grupo de devotas, las cuales no pudieron menos de exclamar:

—Jesús ¡qué ponderación!



El lenguaje de las frutas.

—Vamos á ver, señoritas ¿conocen ustedes el lenguaje de las flores?

—(Todas á un tiempo.) Sí, señor: la rosa significa amor, el clavel pasión, el laurel triunfo, la azucena inocencia, el zuche.....

—Basta, basta! Ya veo que todas saben ese lenguaje desde que nacieron. Ahora es preciso que aprendan el lenguaje de las frutas, que es el más interesante.

—Sí, señor.

—Diga usted, señorita ¿qué significa el gajo de cocos? No lo sabe? Pues bien: el gajo de cocos es la lista de Senadores y Diputados al Congreso.

Los cocos se dividen, por razón de su resistencia, en dos géneros. Saben ustedes cuáles son?

—Masculinos y femeninos.

—No, niñas. Qué están ustedes diciendo! Aquí no se trata de sexos. Los cocos se dividen simplemente en *tiernos y secos*: los tiernos son los candidatos del pueblo, porque se rompen al primer batacazo; y los secos son los del Gobierno, porque están bien protegidos y tienen *bola*.

Mas ya que hemos tratado de los congresistas, hablemos ahora de los concejeros cantonales en sus relaciones con la fruta que los representa. ¿Cuál será ésta?

—(Todas á un tiempo.) El racimo de plátanos!

—Exacto. Para que vean ustedes lo sencilla que es esta materia! Los simboliza el plátano, porque al principio son dulces, suaves y prometedores; es decir,

cuando están maduros; pero tres días después de estar colgados en la cocina.....

—Quiénes? Los concejeros?

—Seriedad, niñas! Estoy hablando de los plátanos.....Se ponen duros, azotados y empedernidos. Entienden?

—Sí, señor.

—Ahora pregúntenne ustedes el significado de cualquiera fruta.

—Qué significa la badea?

—Se dice badea de todo individuo que cae con el gobierno, y se aplasta, como la badea madura cuando cae de su azotea.

—Ja, ja, ja!

—No hay qué reírse, señoritas.

—Usted, conoce, señor, algunas badeas de la pasada administración?

—Esas cosas no se preguntan en clase... ..

—Qué simboliza el camote?

—El camote, niña, ó los camotes, hablando en plural, son los sujetos que gozan ampliamente de la privanza oficial.

—Y el marañón?

—El marañón, con su semilla adherida exteriormente á la parte inferior de la película, á guisa de monigotillo, es el emblema de los que trepan las alturas oficiales cargando á sus ahijados.

—El limón?

—El limón, por lo agrio que es, representa el carácter de muchos jefes y empleados de oficinas públicas.....cuando tratan con personas pobres, modestas y humildes, á las cuales es bueno aconsejar que cuando soliciten audiencia de tan conspicuos personajes, sin excluir en este número á los porteros, vayan provistas de un vaso de agua azucarada, para que tomen siquiera limonada después del maltrato.

Cierto es, señor. Nosotras conocemos muchos limones.....

Silencio! Aquí se debe hablar en abstracto, nada más.

—Entonces, díganos algo del melón.....

—Pero, hijas mías, el melón es lo que más abunda entre la especie humana. No ven ustedes á tantos pollos, pollanclones y gallos viejos, que andan por allí hablando de todo, y metiéndose en todo, sin entender de nada?

—Sin ir más lejos, señor, ahí tenemos.....

— ¡Chist! Pues bien, esos no tienen cabeza.

— Y qué tienen?

— Tienen un melón en lugar de cabeza; ó una cabeza organizada como un melón, con sus pepas correspondientes.

Así señoritas, no olviden ustedes que cada fruta tiene su significado.

Si yo les presento, por ejemplo, dentro de un canasto un coco seco, un limón, un camote y un melón, ¿cómo me traducen ustedes el simbolismo?

— Eso significa, señor, que se trata de un diputado oficial de mal carácter, engreído por el gobierno y chiflado de su entendimiento.

— Bravo! Bravo! Así me gusta!

— Supongamos ahora un plátano y una badea ¿qué significa?

— Un concejero caído en desgracia.

— Magnífico. El mamey es el símbolo de los que prometen mucho por la cáscara y se desengañan cuando se les ve lo de adentro, desagradable y renegrido; porque muy raro es el mamey colorado verdaderamente; así como es difícil encontrar gente sincera.

— Y cuál es la mejor de las frutas?

— Cual ha de ser, niñas, sino el mango, que es la más humilde de todas, y se deja chupar de todo el mundo.

— Y ésto qué representa?

— Representa al Pueblo. Y basta por hoy, señoritas, que otro día les daré la segunda lección.

La última pregunta, señor.

— Concedido.

— Qué representan las cerezas?

— Las cerezas son ustedes—las muchachas bonitas— que halagan la vista y trascienden por el aroma; pero á la hora de escogerlas es preciso estar de suerte para encontrar una buena.





Así se hacen las leyes.

Aquel domingo los estudiantes estaban justamente indignados.

La tamalera Ña Cipriana se negaba á fiarles, so pretexto de que no le pagaban.

Maldita vieja! Tener la pretensión de cobrar en día feriado, cuando en estos tiempos nadie paga, ni en los días hábiles.

Pero la mujer se había cerrado á la banda. No fío, dijo terminantemente.

Y los pobres muchachos estaban llenos de Historia Griega y de Matemáticas puras y mixtas; pero escasos de recursos, porque en las escuelas no enseñan dónde hay dinero para proveer el bolsillo.

Pero, señora, le decían, siquiera un tamalito. Se lo pagaremos el domingo próximo.

—Ni la mitad de uno.

—Sea usted generosa.

—Pero si ustedes me están debiendo mucho.

—Y eso qué importa! Más debe el Gobierno.

—Pues no se cansen, porque no fío.

—Entonces nos la pagará Ud. á nosotros.

—Bueno; pero déjenme en paz!

—Fuéronse furiosos los escolares, pensando de qué manera vengarse de la tamalera, cuando saltó uno de ellos y dijo:

—Hagámosle unos versos burlescos, para que la gente se ría de ella.

—Bravo! Magnífico! Manos á la obra, exclamaron todos.

Sacó papel y lápiz el que hizo la moción, se acomodaron en un asiento público y evocaron las nueve musas.

A ver, exclamó el más listo, comencemos:

Tiene ña Cipriana
Cara de lechuza.....

—Y ahora, qué más le decimos?

—Nariz de tusa.....

—Nó, queda corto ese verso. Hay que buscar uno más largo, que acabe en *usa*.

—Vuelve á leer el principio.

Tiene ña Cipriana
Cara de lechuza

—Ya lo tengo!

—Echalo!

Tiene ña Cipriana
Cara de lechuza,
Ojos de guatuzá,
Boca de campana.

—Bravo! Bravo!

—Nó, nó, observó otro, las campanas no tienen boca. Mejor es boca de marrana.

—Sí, sí, dijeron varios, mejor es marrana.

—Bah! objetó el mayor: las marranas tampoco tienen boca, sino *jocico*.

—No digas *jocico*, hombre, sino *locico*, con *ha-*
che.

—Lo mismo es.

—Bueno, adelante!

—Entonces queda marrana?

—Que quede.

—Y eso de guatuzá, estará bien?

—A mí me suena mal: porque nadie sabe aquí como son los ojos de las guatuzas.

—Pues se le quita guatuzá y se le pone otra palabra.

—Le pondremos alcuza?

—Nó.

—Semifusa? Rusa? Hipotenusa?

—No caen.

—Buscaremos otro consonante.

—Sería una lástima, porque habría que quitar el *cara de lechuza*, que le viene al pelo.

—Mejor; porque las lechuzas no tienen cara.

—Cierto es. No hay que dar lugar á que nos critiquen. Si se dijera ojos de lechuza, estaría muy bien; porque las lechuzas tienen unos ojos condenados como la maldita vieja tamalera.

—Cómo es el apellido de ña Cipriana?

—Nieto.

—Pues busquémosle un consonante á Nieto, para empezar diciendo:

Ña Cipriana Nieto

—Escueto, esqueleto, vericueto?

—Y el marido cómo se apellida?

—El marido es Angulo.

—Ah! diablos!

—Qué hay?

—Se me ha ocurrido un consonante soberbio para el marido.

—No, no hay qué decir barbaridades, porque todo se va echar á perder.

—Pero si no he dicho nada!

—Pero está á la vista.

Ña Cipriana Nieto

Tiene un vericueto.....

—Ja, ja, ja!

—De qué se ríen?

—Del vericueto de ña Cipriana.

—Si no hay formalidad, no se puede hacer nada, caballeros.

—Le pondremos Prieto, para que rime con Nieto.

—Prieto es el apellido del Maestro.

—Y qué importa! No lo ha de saber Don Bertoldo!

—Y aunque lo supiera!

—Se pasa el tiempo y no hacemos nada.

Yo creo que Nieto debe rimar con esqueleto, que le pega muy bien á la vieja, por lo flaca y angulosa que es.

—Pero cómo no ha de ser angulosa, siendo la mujer de Angulo.

—Tienes razón.

—A ver, muchachos, afilar el magú y estudiar el acomodo de Nieto con esqueleto.

—Allá vá.

Ña Cipriana Nieto,
En pellejo vivo.....
Es un esqueleto.....

—Qué más?

—Ustedes dirán.

—En qué hace el consonante?

—En ivo.

—Nominativo, genitivo, dativo, acusativo, vocativo.....

—Estamos declinando?

—Entonces conjugemos: indicativo, imperativo, infinitivo.

—Basta de disparates!

—Estribo?

—No.

—Positivo?

—Tampoco.

—No se podrá cambiar el ivo en iva?

—Para qué?

—Para rimarlo con lavativa.

—Pero si tiene que concordar con pellejo vivo, hombre.

—Cierto.

—Repítase la composición

—Ña Cipriana Nieto,
En pellejo vivo,
Es un esqueleto.....

—Caramba, ya lo tengo;

Es un esqueleto
Con barba de chivo.

—Sublime! Ya no hay qué pensar más:

—La copla ha quedado redonda.

—Se presenta una dificultad.

—Cuál?

—Que las mujeres no tienen barba, como los chivos.

A lo sumo algunas tienen bigotes ralos, como los gatos.

—¡Áspita! Pero sería lástima dañar la copla.

—Sí, sí, no se le puede quitar el *barba de chivo*.

—Pero entonces no le pega.

—Se me ocurre una idea.

—Díla.

—Dejemos á ña Cipriana en paz.

—Y que adelantamos con eso!

—Le soplamos la copla al Maestro, que le viene que ni mandada á hacer para él.

—Don Bertoldo Prieto,
En pellejo vivo,
Es un esqueleto
Con barba de chivo!

—Bravo! Bravo! Así está mucho mejor. Se salvó ña Cipriana; pero en cambio la paga el Maestro.

—Y bien merecido que lo tiene, porque siquiera la vieja se dejó engañar algunas veces; pero al viejo Don Bertoldo no lo engaña un demonio.

Pues á sacar en limpio este *poema!*

*
* *

Así mismo hacen las leyes nuestros Congresos, y particularmente aquellas que tienden á la reforma en el sentido liberal: se presenta un proyecto, y le dan tantas vueltas y revueltas en las dos Cámaras, que, de modificación en modificación, se va metamorfoseando de tal suerte, que cuando llega á ser ley, ya no lo conoce ni el padre que lo engendró.





Nombramientos Municipales.

El 20 de Diciembre de cada año es un día de triunfo para muchas esperanzas y de desengaño para muchas ilusiones.

Ese día es aquel en que el Concejo Municipal elige á los empleados de su administración para el año próximo.

Cada destino tiene cien solicitudes y cada concejero se convierte en una providencia chiquita, ante la cual imploran, como áúimas en pena, todos los que pretenden empleos.

Desde algunos meses anteriores á la elección de ediles, se ve bullir el enjambre en torno de los candidatos probables. Todo el que aspira á un empleo municipal prende la vela ante el santo de su devoción y expone su cabeza á recibir un garrotazo durante la campaña electoral. Pero no importa! La le alienta á los mártires, y día llegará en que alcancen las promesas y gracias que están reservadas á.....los puntales del edificio ajeno.

Cuando yo he visto á estos excelentes ciudadanos, arriesgando el pellejo, que es lo más delicado que hay en esta vida, por que el señor Don Fulano de Tal se sienta en uno de los sillones del Concejo, me ha hecho siempre el efecto espeluznante de aquellos infelices domadores que hacen lujo de bravura y acaban por sucumbir entre las garras del mismo león en quien confian.

Voces enronquecidos por el entusiasmo celebran la victoria sobre la *lista contraria*; costillas aplastadas y cabezas magulladas se acuestan soñando en la recom-

pensa prometida, hasta que llega el gran día de los nombramientos.

Y allí es de ver á los ediles, circunspectos, graves, como los senadores romanos, formando grupitos antes de la sesión, para *unificar los votos*.

Aquellos son los personeros del Pueblo! gritan los entusiastas. Y el pobre Pueblo, que es un bonachón, podría decir lo del moreno *Gallo Viejo* en una ocasión en que le gritaban ¡vivas! varios jóvenes de buen humor: «Niños, niños, no hay que burlarse de los negros, aunque la calor me ofenda!»

—Pero volvamos á los grupitos.

Antes de que se inventara la moneda como signo de valor entre la oferta y la demanda, las especies se cambiaban en bruto; es decir, el que tenía un pollo y quería conseguir un cangrejo, se iba donde un cangrejero y le proponía el trueque, en esta forma:

—Oiga, amigo, yo le doy el pollo y usted me da el cangrejo.

—Hombre, estoy comprometido á cambiar el cangrejo por un raspabalsa parido.....

—Sin embargo, este pollo tiene trazas de llegar á ser un buen gallo.

—Deveras?

—Tómele usted el peso.

—Cierto que pesa. Bueno. Estamos arreglados: usted se lleva el cangrejo y me da el pollo.

—Corriente.

El mismo sistema, aunque sea muy primitivo, es el que ha estado en boga, por tradición municipal, en el seno de los ayuntamientos inaugurales.

—Por ejemplo:

Se presenta un edil entrante ante otro del mismo género y especie y le dice:

—Usted sabe, querido amigo, que yo tengo un pariente en el décimo grado de consanguinidad, que está sin un centavo desde hace diez años. Puedo contar con su voto para colocarle como.....Gana Sueldo?

—¿Y es persona competente?

Oh, sí! Yo le respondo á usted que no pasa un solo mes sin que cobre su recibo en la Tesorería.

—Entonces cuente usted con mi voto. Pero en cambio yo cuento con el suyo para mi compadre Nulidad, que pretende la Ganga.

—Convenido.

Y así, sucesivamente, se repiten estos compromisos

de toma y daca, hasta que queda completo el personal del Municipio.

El día clásico hay once ediles *populares* sentados en sus sillas y once cientos caballeros hombres, como diría un leñador, esperando en la barra con el corazón en un hilo.

—Esta es la buena!

Pobre gente la de la barra! Allí está apiñada, sudorosa, jadeante, con el cabello pegado á las sienas, el oído aguzado, las narices dilatadas y la mirada angustiosa fija en el ánfora.

De improviso cambia alguno de opinión, ó dos ó más, según el viento que sopla, y en lugar de salir elegido Lagarto, que era el convenido, sale Lagartija.

Por qué? Porque se han *volteado* los comprometidos.

Y aquí viene el cruzamiento de miradas hostiles entre los electores, y el reproche mudo en los labios, y la protesta in pectore.

Para estos casos no hay más que un abogado vivo; es decir, ducho en la materia, que escarbe las leyes y anule la elección, asiéndose de un cabello. Pero, también es preciso que el abogado se interese en la causa.

Mientras tanto, en la barra, hay caras largas que dan lástima. Tales son las de los que han desollado sus talones para elegir; presentado sus cabezas al palo de la oposición, y agotado el diccionario de la lengua castellana para la propaganda electoral. Estos no sacan nada; y si algo sacan es el nombramiento de jueces del crimen, que es gratuito, odioso y lo paga la parte de atrás, porque hay necesidad de buscar un médico amigo que certifique la imposibilidad de sentarse durante muchas horas.

Y no digo más por respeto á los lectores.





El Cazador de Ratas.

Señora! exclamó el buen don Ambrosio ante su cara consorte, entrando en el domicilio conyugal, con el cabello hirsuto y las narices dilatadas; señora! nuestro porvenir está asegurado.....

—Nos hemos sacado acaso el premio gordo de la lotería?

—Nó, pero he resuelto convertirme en cazador de ratas. La Municipalidad las paga á diez centavos, chicas y grandes, gordas y flacas, solteras y paridas.....

—Qué disparates hablas, por Dios, Ambrosio?

—Mañana mismo deajo el empleo de cobrador de impuestos, que no me reporta gran utilidad, y traigo un gato para que me dé lecciones..... El gato es un noble animal, hija mía; cazador por excelencia, tiene, entre mil honrosas cualidades, la de coger ratones cuando la necesidad le apura. Yo me hallo en ese caso. Por consiguiente quiero parecerme al gato y que tú, Filomena, te parezcas á la gata.

—Anda á un cuerno! Te figuras que yo soy tu juguete, ó es que te has pasado de copas?

—Nada de eso. Bien sabes que no conozco más copa que la de mi sombrero. Si gustas te soplaré el ojo para que me huelas.....

—Es inútil. Lo que deseo es no oírte decir necesidades.

—Esta sí que es buena! Viene un marido á su casa, dispuesto á sacrificarse por su mujer, hasta el punto de cazar ratones, para aliviar el presupuesto, y lo reciben á uno con cajas destempladas.

—Pero te has vuelto loco, Ambrosio?

—Te digo, mujer, que las pagan á real cada rata y los machos á dos por real y medio.

—Y á mí qué me importa!

—Cómo no te ha de importar, criatura, si es de hacer fortuna hoy en día cazando ratones?

—Y quieres que yo me ponga á cazarlos?

—Precisamente! Ya tú vez que un real por cada.....

—Basta! Te prohibo hablarme sandeces!

—Conque no te gusta cazar! Y cómo te gustó cazarste conmigo! Pilla! Bien dice la copla de los montuvios:

Las mujeres y los gatos
Son de la misma opinión,
Pues aunque rompan los platos
Siempre cazan su ratón.

—Atrevido! Si estuviera aquí mi mamá, qué famoso tirón de orejas ibas á llevar!

—Hablemos en serio, Filomena. Esta casa es un emporio de ratas, como te consta. Si pudiéramos cogérlas y venderlas á real cada una, realizaríamos un bonito negocio. ¿No te parece?

—No me da la gana!

—Mas bajo! Puede oír el dueño de casa que vamos á negociar con los animales domésticos, y es capaz de subírnos el alquiler.

—Ese animal es capaz de todo!

—Me alegro que lo conozcas! Yo estaba seguro de que al fin entrarías en razón. Ahora, si quieres darme gusto, subámonos al tejado.

—Para qué?

—Para ensayarnos en las costumbres de los gatos. Lo primero es adquirir la elasticidad.

—Eres un pedazo de animal.

—Miau!

—No lo dije?

—Ahora, hija, me voy á poner en cuatro pies para que me pases la mano por el lomo.

—Mira, quítate de aquí, majadero!

Sale don Ambrosio, diciendo:

—Con ésta no se puede hacer nada; pero, felizmente, aquí viene la criada. Nicolasa es una buena muchacha, apta para todo.

El Cazador de Ratas



*Cálmate Filomena ; Te juro que estábamos
cazando.....!*

—Nicolasa!

—Caballero!

—La Municipalidad paga un real por cada rata im-
púber ó adulta, viva ó muerta ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Y nosotros vamos á imitar á los gatos, cogiendo
el mayor número posible ¿sabes?

—Sí, señor.

—Y las vendemos inmediatamente ¿eh?

—Sí, señor.

—Y de lo que ganemos haremos tres partes: una
para la casa, otra para tí, otra para mí, y el resto pa-
ra el Gobierno ¿uhm?

—Sí, señor.

—Pues manos á la obra. Vamos á meternos en un
rincón oscuro, los dos solitos; ó debajo de la cama de
Filomena, por ejemplo, y allí permaneceremos en ace-
cho delante del primer agujero que se presente á la vis-
ta; pero sin que lo sepa mi mujer, porque está hecha un
veneno conmigo.

—Sí, señor.

*
* *

—Mamita!

—Qué quieres, hijito de mi alma?

—Mi papá se ha metido debajo de la cama con Ni-
colasa.....

—Ah bribón! Yo mato hoy á ese hombre atroz!
Pronto, pronto, un palo, una tranca, una escupidera,
cualquier cosa!

Corre la airada esposa echando espuma por la bo-
ca al lugar del siniestro, y durante media hora se oye
en toda la casa algo así como un tropel de caballos
desbocados, cosas que caen, muebles que ruedan, pla-
tos que se quiebran, alaridos femeninos y la voz entre-
cortada de don Ambrosio, que exclama:

—Cálmate, Filomena! Te juro que estábamos ca-
zando! Soy inocente! Tú no me conoces!

La criada, sollozando, dice:

Á mí me han pegao sin culpa, porque jué él que me
comprometió.

Y el chico delator balbucea:

—Bien hecho que se lo dije! Pa qué no me dejaron entrar!

*
**

Al día siguiente serenóse la tormenta y volvieron todos á sus ocupaciones habituales.

Pero ¡ahl cuando don Ambrosio fué á su casa á almorzar, estaba lívido.

—Qué te pasa, hombre? le pregunta su cara mitad ¿te ha dado la peste bubónica?

—Estoy perdido, hija mía. Me han robado la cartera donde guardaba la plata del cobro!

—Y quién habrá podido ser?

—No puedo sospechar de nadie, porque sólo he estado entre personas decentes.

Pues bien; éste es el momento de que caces la *rata* ó el *rata*, si es que te lo paga la Municipalidad.

Don Ambrosio se quedó mudo, pensando que hay *ratas* más nocivas que las que trausmiten la peste bubónica.





Las elecciones en mi pueblo.

—Pa estas elecciones, dijo el Político rascándose la cabeza, tengo por juerza que ajustar cinco cientos votos.

—Pero, ño Ciriaco, ónde va usté ajuntar tánta gente, cuando somos contaos y ningunos los cristianos varones que habemos en este sitio?

—Yo qué sé; pero como ice er dicho; er que menos puja echa una lombriz, y yo tengo que quedar bien con el Gobiesno, ques el que manda.

—No digo de que nó! Lo que no comprendo é jél modo de salí desta deficultá.

—Con er favor de Dios y der Padre Eterno, trino y uno, usté verá, tío Rosquete, que vamos á quedar bien.

—Pa que quedrán, digo yo, tantos concejeros. No ice que son cinco cientos los que vamos á sacar gananciosos?

—No sea cangrejo, compadre! No lo digo por usté; pero no comprende que los que hacen farta son pocos. Lo que hay es que mientras más papeles se les jechan, más mejó

—Así es, compadre: es como er trago, mala la comparación. Naa se hace con uno, ni dos que jueran pal cristiano bebedor.

—Pué pa que vea!

—Ahí viene el mentao Bollo é Maduro en el rosillo mocho.

—Buena tarde de Dios!

—Buena tarde, Bollo. Qué te habís jecho que naide te ha visto la cara dende las ánimas?

—Ahí, pues, mi Tiniente, estoy poa adentro viendo á ver si saco unas dos tareas de leña.

—De buena te habís librao!

—Po qué?

—Porque sino habieras venfo hoi día, ques el día de las eleiciones, te habiera yo clavao una murta, que no te la sacaba ni la mesma mama que te parió,

—Adios, Tiniente, lo que es por mí yo nunca hey fartao pa da mi voto; no sólo uno, sino dos ú tres ú cuatro ocasiones, que lo diga su mesmo compadre Rosquete, questá presente y no me dejará mentir.

—Verdá que hey sío testigo de lo que dice Bollo; porque como buen muchacho ques, er vota por su persona y por el finado su difunto padre, que ya es muerto.

—Entonces ven á tirarte un lapo, Bollo.

—Y usté, don Rosquete?

—Como sea tu voluntad.

—Bueno, ya que habimos tomao, váyanse ustedes. compadre Rosquete y bos, Bolloemaduro, á jalar la mesa é comer der Cura pa la plaza, y si dice algo dígaule que yo lo mando.

—¿Üeno, don Ciriaco,

—Y de un viaje peguen un brinco onde el Meistro escuela y le icen que emprieste el tintero y er cañutero de escribir, mientras que yo voy á ponerme los botines, que no me los hey puesto dende el año pasao pa ésta mesma cerimonia.

*
* *

—Aora verán ustedes quién soy yo! Ya estamos en la mesa, y er que no venga por las buenas á votar, lo atrinco!

—Pero, Tiniente, si no sabemos escrebir!

—Pero, brutos, no vis que los papeles están escritos. No hay más que ir agarrando y metiendo en la urnia questá presente.

—¿Too ese montonazo é papales?

—No me calienten la sangre!

—Es quelque no sabe es lo mesmo que el que no ve.

—Aver, bos, Colorao, de qué partido eres bos?

—Yo soy y hey sido siempre der gobiesno pasao, que llaman.

—Rosquete: aflójale un palo en la esparda!

Paf!!! (Golpe seco en la espina dorsal.)

—Por qué me pegán, mi Tiniente? Qué motivo hey dao pa que me farten en mi humilde presona, dispensándome la mala palabra?

—Quién te manda á decí que eres del Gobiesno pasao, en presiençia de lutoridá?

—Usté mesmo era también de los mesmos.

—Rosquete: aflójale otro palo!

Bagandán!!!

—Mardita sea mi suete, caray! Abusan de úno por que lo ven desgraciao!

—Cállate, Pericote, porque soy capaz de afusilarte. Bos no sabes que el hombre tiene que ser otro hombre cuando cambea el gobiesno, porque hoy somos y mañana no somos! Ya sabes?

—Aquí viene á votar er cojo Verrugate.

—A ver, cómo es tu gracia, Verrugate?

—Mi gracia es Simón Chalén.

—Búsquelo.

—.....aquí hay un Simón, pero no es Chalén, sino Navarrete.

—Ese debe ser, porque hay muchas equivocaciones. Agarra y firma.

—No entiendo de las custiones de escribanía.

—Yas tamos!

—Búscate otro nombre.

—Genovevo Hinostrosa.

—Quién es este cristiano?

—Er agüelo der viejo Hinostrosa, ques muerto, lo mesmo quel hijo y er ñeto.

—Firma bos por él, Bollcemaduro.

—Pa que vea, mi Tiniente, que yo no me hago de rogar.

*
* *

—Cuántos votos himos votao?

—Ocho.

—Carrizo! Me farta un pilo pa completá los cinco cientos.

—Rece la oración de la Piedra Imán, don Ciriaco, que luego se saben ver unos milagros que lo dejan á uno almirao.

—Hombre, deveras! Poderosa Piedra Imán.....
Hagan coro.

—Imánmn.

—«Que entre mármoles nacistes.»

—Istee.

—«Y en el río del Jordán.»

—Aamm.

—«Acero debías vencer.»

—Errrr.

—«Y en el aire lo habías de a suspender.....»

—Errrr.

—«Luego te cogió San Lucas.»

—Ucazzz.

—«Y dijo San Pedro que dichoso juera.»

—Jueraaaaa.

—«Er cristiano que en ella creyera.»

—Eraaaa.

—Amén!

—Aménnn!

—Ya está! Ahora vean ustedes las cosas como son: ya estoy especulando el milagro.

—Cuidao se le espanta, compadre!

—Er milagro es éste: agarro los papeles que sobran, y yo mesimo los meto en la urnia. Ahí están los cinco cientos. Canasto! Conmigo no hay quién pegue!

—Viva er Tiniente!!!

—Lo único que me falta es cumplir con la obligación de mi deber de recomendarles á toos ustedes, por sí ó por nó, como utoridá que soy, aunque me esté mar el decirlo, mucho respeto á la ley, que es vida y salud, después de Dios y de San Jacinto, de todos los ciudadanos honraos. Hey dicho.



La novia vergonzosa.

Habrán de saber ustedes, queridísimos lectores, que Don Gerónimo tenía una hija y Doña Casimira un hijo, lo cual me parece que no tiene nada de particular.

El padre de la muchacha y la madre del joven se profesaban una estrecha amistad, robustecida en ocasiones por sendas tazas de chocolate que juntos solían apurar y estimulada por cierto proyecto deliciosamente concebido.

La cosa pasó así:

Un día doña Casimira golpeó el hombro derecho de su grande y buen amigo y le dijo:

—Don Gerónimo ¿usted tiene una hija?

—Hasta cierto punto.....sí, contestó el interpe-
lado, que tenía la rara manía de no afirmar nada ro-
tundamente.

—Pues bien; yo, como usted sabe, tengo un hijo.

—Es posible, mi buena amiga.

—Su hija de Ud. es una excelente muchacha, ora
por sus muchas virtudes, ora por sus prendas perso-
nales.

—Puede ser.

—Mi hijo es un joven de mérito, como á Ud. le
consta.

—Probablemente.

—Entonces, Don Gerónimo, la cosa se cae de su pe-
so. Vamos casando á los muchachos! No le parece á
Ud. que formarían una bonita pareja?

—Pero si élla no lo quiere á él?

—Las muchachas siempre quieren á los jóvenes.

—Y si él no la quiere á élla?

—Los jóvenes siempre quieren á las muchachas.

—Corriente.

—Desengáñese, Don Gerónimo, en estos tiempos de corrupción social, raros son los jóvenes discretos, como el mío; y extremadamente escasas las niñas recatadas como la suya. Cuando se encuentra una pareja de éstas hay que enlazarla para mejorar la sociedad contemporánea.

—Así ha de ser, puesto que usted lo dice!

—Y lo diré siempre. Estos tiempos no son como los ótros. Me acuerdo que cuando yo era joven---porque yo también he sido muchacha---era, digo una doncella tan inocente, que creía que los niños venían al mundo traídos por un angelito!

—Caramba!

—Pues así, mi Don Gerónimo! Y mi difunto esposo, que en la gloria esté, hasta el día en que se casó no supo lo que era ponerse calzoncillos!

—Lo mismo que yo.

—Ahora la gente está muy perdida. Deje Ud. un momento solos á un par de enamorados, y cuando regrese encontrará Ud. al mozo con la pechera arrugada y los bigotes pintados con polvo de arroz, y á ella con el copete casi deshecho, lo que prueba que se han abrazado y se han besado.

—Por lo menos existe una probabilidad.

—Pero mi hijo no es de éstos!

—Ni mi hija es de aquéllas, al menos que yo lo sepa.

—Hé aquí, pues, por qué nos conviene este matrimonio. Usted es padre, yo soy madre, ellos son jóvenes y no hay más que hablar.

—Estamos entendidos.

Y los futuros consuegros se lanzaron una tierna mirada oblicua.

II

Llegó el día de las bodas, sin que los novios, cosa rara, se hubieran dirigido una sola palabra amorosa.

Se veían sí, frecuentemente; pero con muy aparente indiferencia por parte de ella.

En vano Doña Casimira, que era mujer de mundo, le decía á la chica que le hiciera alguna monada á Manuelito, para alentarle.

La muchacha se encogía de hombros, como si le hablaran en griego.

—Pero, niña, guñale siquiera un ojo!

—No, señora, lo que es de guñarle, no le guño.

—Pero si vas á ser su mujer.

—La mujer de quién?

—De Manuelito!

—No me diga esas cosas, señora Casimira!

Entre tanto, el buen Don Gerónimo, que no había visto resistencia alguna por parte del joven, y sí por el contrario un gran deseo de conquistar á Dorotea, le animaba con éstas palabras:

—Cárgale la mano, hijo, cárgale la mano, que á las mujeres les gusta hacerse de rogar.

—Pero, señor, si no se deja.

—Llévatela á la azotea, con disimulo, y dale un beso!

—Pero si no quiere ir, don Gerónimo!

—Tú la quieres, Manuco?

—Me muero por ella!

—Pues entonces mañana te casas. Qué diantres! El asunto está arreglado entre tu madre y yo.

III

De rodillas, al pié del altar, Manuel y Dorotea esperaban la bendición del Cura.

Doña Casimira ostentaba una fisonomía radiante y Don Gerónimo un semblante victorioso.

Al fin iban á ver satisfechos sus deseos!

Qué tal! exclamaba la viuda mirando de frente al viejo amigo. Si no se hubiera Ud. metido en mis polleras y yo en sus pantalones.....Pero qué estoy diciendo! Tánta es mi alegría que ya no me doy cuenta de los disparates que hablo. Quería decir que si no hubiéramos precipitado las cosas esos pichones no habrían formado el nido.

—Así es!

—Estoy conmovida, agitada. Póngame usted la mano aquí.....

—Dónde?

—Aquí, en el corazón, y verá como me late. Cuando yo me casé, no me latía así. Pero ¡calla! ahí viene el Cura.

Salió, en efecto, el Párroco, revestido con los ornamentos sacerdotales, y comenzó la ceremonia.

Mas al preguntar á la novia si recibía por esposo á Don Manuel de Toro y Vaca, allí presente, la novia bajó los ojos y soltó un nó más redondo que una bola.

Repetióse la pregunta y la joven reiteró su rotunda negativa.

El Cura, los padrinos, los testigos, todos se quedaron estupefactos. El novio puso una cara de palomino atontado y nadie sabía cómo tomar ese percance inaudito.

En medio de un vocerío general, protestas y comentarios se desbarató el matrimonio y se fueron todos á sus casas.

Al llegar á su domicilio don Gerónimo preguntó á Dorotea:

—Pero, hija, dime, tú no querías á Manuel?

—Sí, papá! Y si él no se casa conmigo me voy á morir!

—Pero, entonces, desgraciada, por qué lo renunciaste en el momento de las nupcias?

—Porque me dió vergüenza decir que sí, en medio de tanta gente.

—En este mundo no se debe tener vergüenza. Ya lo ves! Te has quedado frita! Yo conozco á doña Casimira y sé que no nos volverá á ver más, después de este desaire.

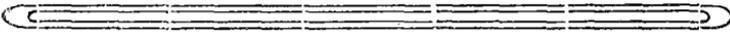
—Y si yo quiero casarme con Manuel?

—Ya no es posible! Mas te hubiera valido imitar mi conducta: yo soy empleado público, y así tiemble el misterio ó se venga el mundo abajo, yo no renuncio mi destino aunque me pelen.

Si á tí se te ha desbaratado el porvenir estando al pié del altar y á punto de recibir la bendición, por un renuncio tonto; qué será si renuncio yo el puesto que se me quiere ir de las manos!

Lo mismo he aconsejado á todos mis compañeros de Presupuesto: no renunciéis, hermanos! Si os reemplazan ¡qué diablos! pero no todos han de tener los hígados de Guzmán el Bueno, el Intendente de Tarifa, para arrojar el cuchillo con que le han de degollar á uno.....el destino.





El rey de los nadadores.

Pues, señor, cuéntase que á un individuo, nacido tierra adentro, como vulgarmente se dice, le dió por aprender á nadar, cueste lo que costare, para sobresalir en el arte que tanta fama diera al Capitán Boyton, y á otros insignes nadadores.

Lo malo era que en la comarca donde vivía nuestro aficionado al sport acuático, no había ni un charco para hacer el aprendizaje.

Don Anfíbio, que así se llamaba el sujeto, se desesperaba en medio de aquella naturaleza abrupta, como un pato en un desierto y suspiraba noche y día por el líquido elemento.

Yo quiero aprender á nadar—decía—porque el que no nada se ahoga.

Además, yo me siento con extraordinarias facultades para el nado. Mi mismo nombre lo está diciendo: Anfíbio, es decir, animal de tierra y agua.

Pero en dónde podré yo ejercitar mis inclinaciones anfibiológicas!

Absorto en profundas meditaciones se hallaba una ocasión, cuando sus ojos se fijaron, por casualidad, en un grande anuncio que figuraba en la cuarta página de un diario.

Y una exclamación de sorpresa y alegría brotó de sus labios al ver este aviso:

«Manual de Natación.—Reglas para aprender á nadar con perfección.—Décima edición, corregida y aumentada.—De venta en la librería de Agua Pato y Cia.»

Bendito sea Dios! exclamó. Hé aquí el libro que yo

necesito. El cielo me lo envía, para calmar mis afanes. Yo nadaré.....

Y en medio de su entusiasmo le parecía oír una voz misteriosa que le decía: «Tú nadarás.....»

Media hora más tarde devoraba con ansiedad las páginas del libro.

«Capítulo primero—leía.—De la flotación.—El cuerpo humano puede flotar en el agua bajo ciertas condiciones, cuyo estudio constituye el arte de la natación.»

—Esto mismo era lo que yo decía! Y seguía leyendo:

«El nadador, al arrojarse al agua, debe estar en pié, con los talones levemente separados del centro de gravedad. Ligera flexión de la espina dorsal hacia adelante; levantar los brazos y unir las extremidades en ángulo agudo por encima de la cabeza.....»

—Qué claro está ésto, Dios mío! Si ya me parece que estoy nadando!

«Rápida flexión de piernas; tensión brusca para dar el salto y juntar en el aire las rodillas con el esternón.»
Soberbio! Magnífico!

Acto continuo colocó un colchón en medio de su cuarto; se paró en una silla, hizo los movimientos indicados y cayó sobre el blando lecho.

Repitió la experiencia, veinte veces por día con el mismo buen éxito; se aprendió de memoria todo el Manual y se declaró el Rey de los Nadadores.

Hizo más aún: recibió alumnos gratuitos para enseñarles á nadar.

Y era de ver la seriedad con que desempeñaba su papel de maestro, en medio de la inquieta turba infantil,

Cuando se encontraba con algunos rebacios, solía decirles en tono amenazante:

—Yo quisiera verlos en medio de un mar embravecido. Qué harían ustedes? Entonces clamarían por el maestro y lamentarían su dejación de ahora.

—Bajaban aquéllos la cabeza y el maestro se retiraba magestuosamente.

Muchas veces en sueños se le oía exclamar:

«Unir las manos en ángulo agudo sobre la cabeza!»

Un día no pudo resistir á su deseo de flotar en el agua; porque ya no tenía más que aprender sobre el colchón, y tomando su Manual en una mano y su maleta en la otra emprendió viaje á la costa.

Al contemplar el inmenso mar, que había sido su sueño dorado, exclamó con delirio:

El Rey de los Nadadores



*Colocó un colchón en medio de su cuarto;
se paró en una silla y.....*

—Allá voy! Allá voy, agua de mi alma! Yo soy vuestro Anfibio! Eh! me conocéis?»

Y las olas que morían en la playa parecían responder con un sordo rumor de asentimiento.

A la orilla se fué este hombre dejado de la mano de Dios; se quitó las ropas; se irguió sobre una roca, como lo aconsejaba el Manual, con los talones levemente separados del centro de gravedad; dobló la espina dorsal, levantó los brazos, uniendo sus extremidades en ángulo agudo sobre la cabeza; encogió las piernas, dió el salto, juntando las rodillas con el esternón y.....

Un segundo después se oía una voz angustiada que gritaba: me ahogo! me ahogo!

Era el Rey de los Nadadores que se estaba ahogando.

Y como nadie le oyera, al día siguiente lo sacaron muerto en una red de pescar.

Ay! El agua no era lo mismo que el colchón de lana, y el pobre maestro se fué á pique!

*
* *

Así les pasa á ciertos hombres públicos improvisados en las revueltas políticas.

Se consideran grandes estadistas; van al poder y.....se ahogan tontamente como el infortunado Don Anfibio.





Escuela periodística.

—De manera que usted aspira á ser Redactor de EL ANGULO DE LA SITUACIÓN?

—Si logro merecer ése honor.....

—Usted dónde ha escrito antes?

—Yo? En mi casa.

—Digo, en qué periódico?

—He sido en un tiempo, Redactor en jefe de EL HOJARASQUÍN DEL MONTE, periódico que trataba exclusivamente de toda especie de animales en general y de los mismos en particular.

—Pudiera usted ofrecerme una muestra de esa publicación?

—Siento no poderlo hacer, porque la empresa quebró antes de que se publicara el primer número; pero, en cambio, conservo aquí, en mi cartera, los borradores de mi primer artículo de fondo.

—Veamos.

—Hablo sobre *El Buey*, y digo: “Este animal se compone de cuatro patas, en lo cual se diferencia de la gallina, verbi-gracia, que sólo tiene dos. Usa cuernos, en su respectivo lugar, si que también el rabo correspondiente, como los demás animales de pelo, salvo el hombre que no lo lleva, pero si el mono y otras aves análogas que gastan cola.....”

—Bueno, basta!

—Le advierto á usted que ésto no es más que un ensayo. Me faltaba pulirlo; pero como la empresa quebró.....

—Está bien. Dejemos ahora en paz á los animales, como usted y yo debemos comprenderlo, y vamos á en-

golfarnos en cuestiones de alta política. De qué color es usted?

—Yo? Así, como Ud. vé.....

—Hablo del color político.

—Me es indiferente. Puedo ser blanco, verde, amarillo, como Ud. quiera.

—Así me gusta. Es usted, entonces, un hombre eclético, que llaman.

—Oh, sí, muy eclético.

—Bueno. Para que escriba usted con acierto, le diré que todo escritor público debe tener su bandera.

—Supongo que Ud. me la proporcionará, porque yo no la tengo.....

—No es bandera material, amigo mío, sino imaginaria; pero que debe estar siempre enarbolada.

—Imaginariamente.

—Es claro.

—Entiendo.

—Luego, debe ser Ud. amigo de la causa.....

—Y quién es esa señora?

—Yo tampoco la conozco; pero es una amistad que hay que cultivar á toda costa. Y luchar, naturalmente, contra los enemigos de la causa, que son los que componen el resto del mundo.

—Corriente.

—Hable Ud. siempre de *nuestros principios*, porque es necesario principiar por algo.

—Ya lo creo.

—Cuando no haya otra cosa que decir, cite usted la ley, porque siempre es bueno citar la ley en los artículos de fondo político.

—Lo malo es que yo no conozco la legislación.

—Ni yo tampoco; pero hace treinta años que vengo citando la ley, así en globo, y me ha ido muy bien.

—Me alegro saberlo.

—Haga Ud. el uso más frecuente que pueda de estas expresiones: *nuestras ideas*; es decir las ideas de nosotros; *nuestras aspiraciones*. *nuestras profundas y arraigadas convicciones*, *nuestra escuela*, *nuestra doctrina*.....

Vaya tomando nota.

—Sí, señor.

—Para títulos de artículos, encuadra muy bien el idioma latino. Así, por ejemplo, cuando hayamos de defender alguna barbaridad, se dice: *Unra lex, sed lex*.

Cuando haya conatos de guerra, se escribe: *Si vis pacem, para bellum*. Cuando sea preciso atacar á alguién, se intitula: *Quos vult perdere Júpiter dementat*.

—Y eso qué quiere decir?

—Qué sé yo! Pero hace treinta años que las vengo empleando impunemente.

—Pues, entonces, las anoto.

—Poco á poco irá usted aprendiendo el oficio. Así, por ejemplo, para empezar un artículo, tengo para mí que no hay mejor frase que ésta: *Los pueblos como los individuos.....*"

—Por qué?

—Porque si un pueblo se descalabra, pongamos por caso, es lo mismo que cuando se descalabra un individuo.

—Cierto.

—Bueno, veo que estamos de acuerdo. Manos á la obra, y escriba Ud. un artículo en favor del Gobierno, por cuanto así conviene á los intereses de la Empresa.

—Convenido.

II

—Cómo va el trabajo?

—Ya está listo, señor.

—Carambola, hombre! Habrá que rehacerlo.

—Por qué?

—Porque ha cambiado el Gobierno. De la noche á la mañana ha triunfado la oposición, como suele suceder en estas repúblicas sud-americanas y tenemos ya encima al otro partido.

—Y ahora, qué hacemos?

—A ver ¿qué había escrito Ud?

—“NUESTROS PRINCIPIOS.—Consecuentes con nuestros principios y nuestras ideas; fieles á nuestra doctrina, no podemos menos que rendir culto á la justicia, haciendo público homenaje al actual Gobierno, que”...
.....Y aquí siguen los elogios que Ud. me había encargado, hasta concluir diciendo “que los pueblos como los individuos agradecen los beneficios que se les hacen.”

—Magnífico, hombre, magnífico! Donde dice *actual Gobierno*, escriba usted *el nuevo orden de cosas* y estamos arreglados.

Mañana hará sensación EL ANGELO DE LA SITUACIÓN.

Esta escuela periodística no es muy decente, que digamos, pero en cambio es bastante productiva y tiene numerosos adeptos.





El burro de los tres.

Tres peregrinos mahometanos viajaban por una árida senda en dirección á la Meca, para visitar la tumba del Profeta.

La aspereza del camino, el calor del sol y el cansancio llevaban abrumados á los tres viandantes, que apenas podían resistir las fatigas de tan penosa marcha.

Hermanos, dijo el más fuerte de los tres, pegando el oído en tierra: me parece haber escuchado un rebuznan.

Será, observó el más inocente, algún otro peregrino perdido en estas soledades.

—No sea jumento, hermano: los peregrinos no rebuznan.

—Pero bien puede rebuznar el burro del peregrino.

—Eso es distinto.

El que había hablado primero volvió á poner atención y confirmó su dicho. No me cabe duda, exclamó, es un burro.

—Quién?

—El que está rebuznando.

—Ah! gritó el segundo lleno de entusiasmo, señalando al occidente: Allí está! Vedle, hermanos!

Y en efecto, sobre una pequeña colina, cubierta de vegetación, se destacaba la grave figura del borrico, con sus largas orejas gachas y su modesto pelaje gris tostado por el sol de Oriente,

—El tercero de los peatones, que era el más ágil, se lanzó á toda carrera en dirección al pollino, y dos ho-

El Burro de los tres



*Cuando alzaron la cabeza vieron que Solimán
estaba ya montado.....*

ras después regresó trayéndolo atado con la banda de su turbante.

Qué feliz hallazgo! exclamaron los tres. Nadie podrá disputarnos la propiedad de este burro perdido en el desierto.

Y lo mejor es, añadió Solimán el sabido, que nos pertenece por derecho á los tres. No habéis, hermanos, reparado en esta dichosa circunstancia?

—Cómo así?

—Me pertenece á mí por haberlo oído rebuznar.

—Cierto.

—Os pertenece á vos, Muzafir, por haberlo visto en la cumbre de la colina.

—Verdad, dijo Muzafir muy contento.

—Y le pertenece á Mustafá, por haberlo capturado.

—Es evidente, asintió Mustafá con júbilo.

—De manera, pues, que este burro es de los tres por partes iguales. Celebremos esta preciosa adquisición con una acción de gracias á Dios, que es Dios, y á Mahoma su profeta.

Acto continuo los tres peregrinos se echaron al suelo y hundieron la frente en el polvo.

Mas cuando alzaron la cabeza Muzafir y Mustafá, vieron que Solimán estaba ya montado en el burro.

—Hermanos—les dijo—Bendito sea el Profeta!

—Y siempre alabado! contestaron los dos.

—Continuemos nuestro viaje. Yo iré adelante en nuestro burro para mostraros el camino.

Los compañeros se cruzaron una mirada melancólica y siguieron á pié á Solimán, que marchaba al trote largo en el burro de los tres.

Pronto lo perdieron de vista; y sólo después de una larguísima jornada, á la caída de la tarde, lo encontraron descansando en un oasis, al pié de un grupo de palmeras, donde había colocado su tienda.

Hermanos—exclamó al verles—nuestro pollino tiene sed. Id en un momento al arroyo y dadle de beber, por amor de Dios y de Mahoma.

Muzafir y Mustafá arriaron el burro hacia el arroyo y le dieron de beber.

Después, rendidos de fatiga como estaban, se tendieron sobre la fresca hierba y quedaron profundamente dormidos.

Al rayar el día se levantaron sobresaltados escuchando un rebuzno alarmante, al mismo tiempo que una voz decía:

—Vamos, hermanos, que os sorprende el alba en brazos de la pereza!

Grande fué el desagrado de los dos al ver á Solimán montado.

—Hermano—observó Muzafir—¿y nosotros cuándo montamos?

—Cuando gustéis: el burro es de los tres.

—Pero vos estáis ya encima.

—Precisamente, hermano, estoy encima porque soy tan dueño del jumento como cualquiera de vosotros.

—Entonces bajad para que monte uno de nosotros.

—Nó, porque me privaríais del derecho que me asiste. Yo no os niego, (y Mahoma me es testigo) la participación que tenéis en la propiedad y dominio de esta bestia; pero como soy tan dueño de élla cual vosotros mismos, no podéis obligarme á que me apee.

—De suerte que quedamos privados, en vuestro provecho, de las ventajas de la cabalgadura?

—De ninguna manera. Al contrario: cabalgad cuando queráis, queridos hermanos míos..... Tenéis amplia libertad para montar en nuestro burro.

—Pero cómo hemos de montar, Solimán, si vos estáis montado!

—Y vosotros por qué queréis privarme del ejercicio de un derecho que á todos nos comprende? Alláh os castigará, hermanos, si continuáis con vuestra pretensión.

—Y diciendo estas palabras espoleó al borrico y se perdió de vista, envuelto en una nube de polvo.

Estaba escrito! exclamaron los pobres árabes con aquella tradicional resignación de los majaderos de Oriente.

En la noche de aquel día Muzafir y Mustafá, más molidos y decepcionados que la víspera, formaron un complot para apoderarse del burro. Quedó convenido que después de las doce se levantarían sigilosamente para llevarse el cuadrúpedo sin que los sintiera Solimán.

Así lo hicieron, y á oscuras, conteniendo la respiración, fueron á buscar á tientas el pollino.

Mas todo fué tropezar con el humilde animal y oír una voz que decía:

Sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta!

Solimán estaba ya montado.

Desde entonces Muzafir y Mustafá no volvieron á

pensar más en el pollino y Solimán fué el único que entró montado á la Meca.

*
* *

Léale yo ayer esta relación á un amigo, y él me decía: pues sabes, que el burro de los tres es la Región Amazónica. El Ecuador, Colombia y el Perú alegan derechos á la zona trasandina y yo encuentro que todo el arte de la fina diplomacia estaría, por parte del Ecuador, en imitar á Solimán.





La pluma al viento.

Una numerosa concurrencia llenaba las espaciosas naves del templo.

Se celebraba una de aquellas solemnes fiestas religiosas que requieren la mayor magnificencia del rito, y la multitud entusiasmada no había dejado un lugar vacío.

El padre Ambrosio, el magnífico, el elocuente orador iba á predicar, y nadie quería perder una sílaba.

El órgano dejó oír sus majestuosas vibraciones y mil voces femeninas se alzaron en coro, llenando el sagrado recinto de armonías.

Después vino el grave canto de los padres á interrumpir el concierto, con ese acento nasal, monótono, desapacible, ingrato, que asesina los oídos medianamente musicales.

Luego la Misa Mayor, con los más brillantes paramentos: tres padres, revestidos de oro y seda; tres monaguillos, de azul y plata, con amplias sobrepellices de encaje, ajitando armónicos tímbalos de bronce ornamentado.

En fin, agreguen ustedes más música, más cánticos, más luces, más oro y plata, más latines, todo esto envuelto en densas nubes de aromático incienso y tendrán una idea de aquella suntuosa festividad.

Pero vamos á lo que nos interesa.

La hora del sermón ha llegado y el orador se presenta en la escalinata del púlpito.

La multitud empieza á ondular como una mareja-

da, mientras el Padre Ambrosio sube lentamente las gradas de la cátedra del Espíritu Santo:

Todas las miradas se fijaron en él.

Era un sacerdote voluminoso, por no decir esférico, algo zañudo, imperativo, dominador á juzgar por las exterioridades.

Cuéntase que antes de subir al púlpito había dicho en la sacristía: «tengo para hoy un recurso que hará sensación y voy á caracterizarme.»

El auditorio, entre tanto, adoptaba la posición más cómoda para escuchar; y por tres veces el orador se frotó la punta de la nariz, para invocar la divina gracia.

Después se quitó el bonete respetuosamente, dirigió una mirada oblicua al Espíritu Santo, que estaba esculpido en el cielo raso, inclinó la cabeza sobre el pecho y colgó los brazos por fuera de la tribuna sin decir una palabra.

La concurrencia estaba en suspenso.

Al cabo de largo rato de silencio sepulcral irguió la cabeza, golpeó con el puño la cátedra y exclamó con voz de trueno:

—Fuera, pecadores del templo! Fuera!

El exordio era exabrupto.

—Sí, continuó; el templo es la mansión de las almas puras, y si no venís á la casa de Dios regenerados ó para regeneraros, sino por diversión ó vanidad, salid!

Habló extensamente sobre el pecado en general y sobre las diferentes formas en que se peca.

Aquí mismo—dijo—entre el numeroso auditorio que me rodea, deben estar representados todas las virtudes y todos los vicios. Sí, hermanos míos! Justos y pecadores, aquí están. Cuáles los buenos? Cuáles los malos? No lo sé. Sólo Dios y vosotros lo sabéis; pero yo hablo con todos, así con las almas puras como con las almas depravadas, á fin de que todas reciban su palo. Las unas para que perseveren en el buen camino y las otras para que se aparten de la senda del mal. Lo que aquí os digo es que al que *Todo lo puede* no lo podéis engañar con falsas apariencias, como engañáis á la sociedad, fingiéndole méritos y virtudes que no tenéis. Tal vez aquí mismo, dándose golpes de pecho, para fingir devoción, está el soberbio, hinchado de vanidad; está el avaro, con su corazón de piedra y su pensamiento fijo en el oculto tesoro; está el envidioso, devorando con su codicia el bien ajeno; está la cortesana

con las huellas de sus últimos escándalos, y está la beata hipócrita, con su escapulario al cuello y su lengua viperina.»

Los oyentes estaban asustados y se dirigían miradas llenas de inquietud.

—«Ay, hermanos míos! Cuando os veo así, en masa, como ahora, se me figura que si cayera una piedra sobre la crisma de cada persona, por cada pecado que hubiera cometido, no quedaría un títore con cabeza, perdonándoseme la vulgaridad de la expresión.»

«Y caerían piedras tan grandes que os harían polvo y ceniza. Pero no quiera Dios que tal suceda, y para muestra basta con que yo arroje esta plumilla y el cielo permita que le caiga encima al más bribón de los que se hallan en este augusto templo.»

Y diciendo esto arrancó una sutil plumilla de la mota del bonete y la echó al aire.

No hubo persona que no se agazapara al ver arrojar la pluma, temiéndole que le cayera encima.

Las señoras agitaban con disimulo sus grandes abanicos para aventar la pluma, y algunos caballeros se guarecían instintivamente bajo las molduras de las pilastras.

Jamás se había visto cundir el pánico, de manera tal, en una Iglesia; porque lo peor era que nadie podía salir, so pena de reconocerse un pillito ó una pilla.

Jovencitas, casi niñas, que apenas despertaban á las realidades de la vida, se ponían coloradas como claveles y le sacaban el cuerpo á la maldita pluma, lo que prueba que algún gusanillo tenían por dentro.

Hermosísimas damas, que habían entrado momentos antes, satisfechas de los triunfos de su belleza y de sus galas, temblaban de rodillas en sus reclinatorios de damasco y sus senos ondulaban, entre sutiles blondas, presas de la mayor emoción.

A veces la pluma bajaba tanto, que ya parecía que iba á caer, y la gente más próxima gritaba y aullaba con acento salvaje, despejando al instante el lugar amenazado para ir á apiñarse contra los vecinos; pero la terrible pluma era tan fina, tan leve, que al menor soplo volvía á remontarse, redoblando el martirio de los concurrentes.

Mientras tanto el predicador se había arrodillado en el púlpito y permanecía con la cabeza agachada sobre el pecho en actitud orante.

De repente un grito horroroso, lanzado por mil personas á la vez, resonó como una detonación en las bóvedas del templo.

La pluma había caído.

Impelida por una leve brisa fué ascendiendo, ascendiendo en dirección al púlpito y se posó suavemente sobre la cabeza del Padre Ambrosio, sin que él lo notara.

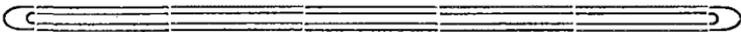
Cuando oyó la bulla, se puso en pié, y dijo:

—A ver, señores, quién ha sido ese pícaro?

Las exclamaciones y la risa del concurso le hicieron comprender que el pícaro era él, y según público testimonio jamás se ha visto un milagro como ése, porque el orador merecía la pluma por más de un motivo.

Y se dice que desde entonces no volvió á subir al púlpito.





El gallo del moribundo.

Don Tadeo era un gallero furibundo. La mitad del día se la pasaba en el Coliseo de Gallos y la otra mitad discutiendo en su casa sobre los probables lances de la próxima lidia.

Era el buen hombre tan pacífico, y tan mentecato, con perdón sea dicho, que cualquiera podía darle una bofetada en la mejilla derecha, con la seguridad de que presentaría la izquierda, para que le emparejaran el golpe, so pretexto de cumplir con el precepto evangélico.

Pero no le hablaran mal de su gallo favorito; porque entonces el cordero se convertía en león y era temible.

Sus amigos de confianza solían preguntarle en son de broma. ¿A quién quieres más? A tu mujer ó al gallo?

A los dos los quiero iguales, decía Don Tadeo, echando una mirada llena de ternura á su esposa y otra al ave de corral.

La señora irritada al verse equiparada á un animal en el afecto de su marido, cogía un candelerero de cobre y se lo tiraba á la cabeza, como quien lo arroja contra un poste.

Mas el buen don Tadeo, que era fiel cristiano, exclamaba con los brazos en cruz: «perdónala, Señor, que no sabe lo que hace!»

Y corría, chorreando sangre, á abrazar al gallo; y le besaba la cresta, diciéndole: «mira, amor mío, como me han puesto!»

Tenía razón don Tadeo para querer tanto á su gallo; no porque hubiera ganado jamás ninguna pelea, ni

mucho menos, sino porque siempre era víctima de algún abuso.

Así, por ejemplo, cuando le vaciaron un ojo de un espolonazo, en mala ley, Don Tadeo protestó del hecho, lleno de indignación y de sentimiento, alegando que el ojo de un gallo no tiene defensa, y que por consiguiente el gallo contrario no debía haberle atacado por la parte vulnerable.

Otro día, en una famosa lidia á navaja, le dieron á su gallo un horrible tajo en la rabadilla, que dicho sea de paso estaba ya pelada, debido á que se la habíán desplumado en la pelea anterior; pero don Tadeo arguyó que ningún gallo medianamente decente debía atacar á otro gallo por detrás. No obstante tuvo que pagar los quinientos sures de la apuesta, porque el Juez de gallos estaba vendido, como él decía, á la parte contraria.

Los únicos que le hicieron justicia fueron unos doce amigos, que le debíán una puchiela y á quienes solía invitar á comer al salir de la Gallera.

Cierto infausto día el excelente Don Tadeo cayó enfermo de gravedad.

Todos los médicos lo desahuciaron.

Sinembargo, él no se olvidaba de su gallo, y cada vez que le rebajaba la calentura, volvía los ojos suplicantes hacia la amada compañera de sus días, y le decía:

—Hija ¿me quieres?

—Sí, Tadeo, le respondía la esposa sollozando.

—Entonces dale de comer al gallo y no dejes que se le acerque ninguna gallina, porque no conviene.

—Pero, hijo, piensa en tu alma!

—Mi alma es de Dios, respondía. Solamente el gallo es mío.

Día por día se fué agravando, hasta que el médico de cabecera declaró que estaba en peligro de muerte y que era necesario prepararlo para recibir los auxilios espirituales.

Pero qué auxilios iba recibir un hombre que no pensaba más que en el gallo!

Sinembargo, el cura de la parroquia, que lo quería mucho, por algunos chocolates que tomaba frecuentemente en su compañía, se presentó en la alcoba del moribundo, exclamando:

—Ánimo, Don Tadeo, aquí le traigo al gallo. Este es el verdadero gallo que necesita usted en este momento.

Se enderezó el enfermo al oír la voz de gallo, y vió que el cura avanzaba hácia él con un Crucifijo de metal, repitiéndole:

—Amigo mio, en la hora de la muerte no hay más gallo que éste.....!

Se conmovió tanto Don Tadeo al ver á Cristo Crucificado, que no se acordó más del gallo y pidió la absolución de sus pecados, como el náufrago que se agarra de una tabla.

Pero ya era tarde: antes de que pudiera articular una sílaba, peló el ojo y se fué al otro mundo.

Ya lo ven ustedes—dijo el Cura—que era de la sierra—á los circunstantes—lo que es andarse pensando en gallos. Ya el Tadeo se fué á los profundos infiernos!

*
* *

Los ecuatorianos somos idénticos á don Tadeo. Cuando se trata de salvar al país por medio de una buena política; á la hacienda pública, por medio de buenas finanzas; á la salud del vecindario, por medio de medidas higiénicas etc., etc., nos estamos pensando en el gallo, como quien dice en las musarañas, y sólo cuando el mal no tiene remedio, vemos al verdadero gallo, que es el país crucificado.





La jarana plebeya.



—Viva la santa!

—Viva!!!!

La reunión estaba animadísima. Se celebraba el santo de ña Chepita, una tamalera, muy conocida y acreditada en el bajo mundo; y por ende la covacha estaba llena de gente alegre, de armonías musicales y de olor á *trago*.

—Viva la santa!

—Viva!!!!

—Y *la santa*, vestida de blanco, con un lazo color de púrpura en lo más empinado del moño, iba y venía distribuyendo sonrisas y copas de aguardiente.

Pero tomen.....! exclamaba, escanciando sin cesar el *clarinete* á sus convidados. A mí me gusta que todos tomen.....! Porque ¿para qué! cuando es de beber, se bebe ¿no es verdad, compadre Anacleto?

—Es muy claro, respondió el interrogado, poniéndose en pie, vaso en mano, para dar el ejemplo, aunque no era necesario, porque todos estaban libando hacia dos horas, por opinión propia.

—Señoras y señoritas mujeres, dijo el compadre Anacleto, echando una mirada en redondo: vamos á tomar esta copa por la santa mismamente y por la ilustrísima concurrencia que nos honra hoy día con su presienicia. Digo bien ó digo mal?

—Eso está bien hablao, exclamó uno que pugnaba por conservarse en equilibrio.

—Gueno, continuó el orador, tomemos, pues, por la salud de toos nosotros y porque llegue er día en que

nuestra humildad se levante y relampaguee en el mundo, para que todos sepan que el cristiano pobre, aunque pobre es honrado.....

—Yo soy muy hombre! gritó un achispado desde la puerta.

—Cállate, Pericote, que están hablando, le dijeron.

—Yo soy muy hombre! repitió.

—Bebamos, pues, por la reunión, caballeros y señoritas, y perdóname el atrevimiento y la indecencia de este humilde artesano

—Viva la santa!

—Viva!!

—Yo soy muy hombre.....!

—Cállate, Pericote!

—A ver, cómo es ésto, aquí se canta ó no se canta?

—Canta vos, Domitila, dijo la dueña de casa á una jovencita que tenía á su lado.

—Pero si no sé, ña Chepita!

—Qué cante! Qué cante!

—Pero si no sé!

—Sí sabe!

—A mí no me desaira, dijo un mozo vestido de blanco que andaba haciendo gracias con un vaso de aguardiente en la cabeza y arrodillándose ante las damas para que lo probaran.

—Vamos á ver, aquí está la guitarra.

—Bueno, dijo la chica, sí canto; pero con tar de que me tiemplan.

—Qué la tiemplan?

—La guitarra, pues.

—Y está templada.

—Gueno.

—Caballeros, hagan el favor de hacer un poco de silencio, qué va á cantar una señorita mujer.

—Yo soy muy hombre.....Canasto! Viva Alfaro!

—Cállate, Pericote, porque te van á sacar.

—Oído, muchachos. Ya, niña, prencipie.

—Una guayaba madura

Y un gavilán con copete.....

Una mujer agraviada

Con cualquier hombre se mete.

—Bravo! Bravo! Eso es lujo; carrizo! Otro!

—Ya salió la luna hermosa
Y un lucero la acompaña,
¡Qué picado queda un hombre,
Cuando una mujer lo engaña!

—Otro! Otro! Otro! Viva la niña der canto!

—Viva!!!!

—Viva el vientre de su señora madre!

La madre, que estaba presente, se deshacía en agradecimientos y rebosaba de satisfacción.

—Pero tomen.....decía la santa, con la botella en una mano y la copa en la otra. Yo quiero que todos tomen; porque ¡para qué! cuando es de beber, se bebe.

Y todos encontraban en extremo sensata esta observación, y corría el líquido por las gargantas adentro como por un despeñadero.

La santa se había enternecido con las repetidas pruebas de devoción que le daba la concurrencia masculina, y lanzaba hondos suspiros, que partían el alma, oyendo los requiebros que le dirigía un aguador irresistible.

—Er cristiano ha sío hecho, ña Chepita, le decía, pa ser esclavo de la mujer. Y la mujer pa servirle al hombre y adorale, y no meterse con naide, con escisión de su marido. Digo bien?

—Claro que sí.

—Si usted quisiera quererme, aunque fuera con la punta de la uña, se acabarían mis esgracias, porque er hombre que es delicao tiene que buscá una compañera tiesna y delicada lo mesmo que er. Digo bien?

—Ta bien dicho.

—Onde se ha metío la santa? pregunta un grupo bullanguero acercándose al rincón donde se halla departiendo la flamante pareja.

—Aquí estoy, dice ella, ruborizada.

—Ya se sabe, ña Chepita, que Ud. se está dejando sonsacar de este Pájaro bobo; pero no le haga caso, porque es hombre de compromisos.

—Mentira! Si no hay nada! De otra cosa era que me estaba conversando.

—Vamos á bailar, que se pasa la música.

—Vamos.

—Pero tomen una copita. Ustedes no tomar nada. Yo ¡para qué! cuando es de beber, bebo.

—Viva la santa!

Cuatro guitarristas soñolientos puntearon las guitarras y comenzaron á tocar una cueca de arrancar las piedras.

—Canuto! exclamó el compadre Anacleto. Estas son las que á mí me gustan! A la pampa, muchachos!

Un sujeto de poncho se colocó en frente de una dama monumental, que al andar le temblaban las carnes de puro abundanciales y ostentaba una fachada de tres pisos, como decía el compadre Anacleto.

No te la llesves toda, gritó un gracioso; déjame la mitad, pa un cardo de enfermo.

Empezó la cueca y todos formaron círculo en torno de los bailarines, alentándolos con palmadas y aclamaciones.

—Al centro! al centro! le decían los hombres al galán, para que se permitiera algunas libertades con la dama; mientras las mujeres se perecían de risa.

Y él no se hacía de rogar y se le iba de *medio luo*, como la garza al pescao, en tanto que élla se defendía gallardamente de la acometividad del mozo, cuando lo requería la gravedad del asalto, ó le provocaba con el canto del pañuelo y la mirada oblicua, si perdía terreno.

—Ahora! Ahora! Cómetela! exclamó úno, en el colmo del entusiasmo. Cómetela, Gallinazo!

—Y Gallinazo avanzaba y hacía como que se la comía, y le daba la media vuelta y la vuelta entera, y le arrastraba el poncho, y la mar.....hasta que de improviso se abrió paso un energúmeno, repartiendo puñadas á diestro y siniestro, y aplastó de dos porrazos sucesivos la nariz del galán y la de la dama, en medio de un alboroto colosal.

Las mujeres chillaban de una manera horrorosa y los hombres esgrimían las botellas vacías en actitud de combate, sin que fuera necesario explicar lo que ocurría, porque todos se dieron cuenta en el acto del incidente. El energúmeno era el marido de la danzante, celoso como un ogro, y acabado de llegar en los momentos más impulsivos de Gallinazo contra su pareja.

El bailarín manaba sangre en abundancia y ardiendo en ira quería cebarse en su agresor, el que á su vez se entretenía en hacer astillas una guitarra sobre la cabeza de su cara mitad. Las mujeres tomaron el partido de la víctima y zurraban por la espalda al verdugo; los hombres se dividieron en dos partidos: unos

en favor de Gallinazo y otros en contra y hacían bramar el palo sobre las costillas.

Entre tanto el chispa de la puerta gritaba sin cesar:

—Abajo la tiranía!! Viva la libertad!!

La santa cayó por tres veces bocabajo entre los combatientes, rechazada violentamente en el ejercicio de su misión pacificadora. Los ojos se ponían verdes como por encanto; las bocas se abrían en cruz; las narices parecían mameyes reventados.....hasta que una voz chillona gritó: Polecía! Polecía!

—Santa palabra! Todo fué oírse esta exclamación y no quedó uno de los peleadores. Diseminarse, apretar á correr y hacerse humo fué cosa de un abrir y cerrar de ojos.

*
* *

Así terminan, regularmente, las jaranas plebeyas; pero todo está previsto y entra en la diversión.





El Año Nuevo.

En la noche del 31 de Diciembre era en vano que tratara de conciliar el sueño, porque mis párpados se resistían á las suaves adormideras de Morfeo.

Cogí un folleto y me puse á revisar las cuentas del Ferrocarril del Sur, creyendo que sería bastante para hacerme cerrar los ojos; pero no me dió ningún resultado.

Tuve que levantarme de la cama á pesar mío, encendí un cigarro y evoqué el espíritu de Mr. Harman.

En esta diligencia me hallaba, procurando aprovechar todo el fluido que era necesario, cuando oí sonar las doce campanadas en el reloj de la Catedral.

La hora de los duendes, de los fantasmas, de los trasgos y vestiglos.

Canario! Un escalofrío me corrió por todo el cuerpo.

Y acto continuo escuché un chillido en un rincón de mi cuarto.

La sangre se me fué á los talones; pero sacando fuerzas de flaqueza recé lleno de fé la oración del Justo Juez y la de la Piedra Inán, y pude exclamar con acento algo entonado:

—Quién chilla?

—Presente! me respondió una voz de criatura.

Volví asombrado la cabeza y ví á mis espaldas un niño que me miraba sonriendo.

—Quién eres? le pregunte.

—No lo adivinas?

—Nó.

Volvió á sonreír el chiquillo con aire malicioso y añadió:

—Soy el Año Nuevo.

—Ah! Con qué tú eres el Año Nuevo! Dios te guarde, criatura. Qué me traes, dicha ó suerte?

El chico se encogió de hombros y dijo:

—La dicha no se ha hecho para la humanidad; pero si quieres pedirme una gracia y yo puedo hacértela, habla y pídemela!

—Pues, hijo de mi alma, ya que te hallas en tan buenas disposiciones, ve si tienes entre tus curiosidades algunos miles de sucres y mándamelos, que yo en cambio no te olvidaré en mis oraciones.

—Pero, hombre, me dijo, acabo de venir al mundo y ya te figuras que estoy provisto de fondos. Me pasa lo que á Sancho Panza cuando le fueron á pedir dinero el mismo día que se hizo cargo de la Gobernación de la ínsula Barataria.

—Es verdad, le repliqué. Entonces hazme Obispo, para pasarme la rica vida echando bendiciones.

—No digas disparates!

—Pues no sé qué pedirte.

—La gracia que voy á concederte es la de que puedas mirar en un espejo lo que sucederá en el decurso de mis doce meses. Te conviene?

—No me disgusta. Vamos á verlo.

—El porvenir no tendrá secretos para tí.

—Tanto mejor.

—Levántate y mira.

—Me levanté y miré en el cristal del espejo.

—Ví una muchedumbre inmensa que se movía como un hormiguero. Unos lloraban, otros reían, otros bailaban, otros lanzaban terribles maldiciones, otros prorumpían en tristísimos lamentos.....

Qué es esto? pregunté. El infierno?

No—me dijo—es la Humanidad.

—¡Caracoles!

—Mira.

Volví á mirar y ví una cosa tremenda. La tierra en que hormigueaba la muchedumbre se abría á cada momento y se tragaba á la gente como tragar píldoras.

Aquello era espantoso.

Y lo que más me sorprendía era que nadie hacía el menor caso de semejante cataclismo ni se ocupaba de aquellos que desaparecían en las horribles fosas.

Ví un grupo de jóvenes alegres de ambos sexos que

cantaban y bailaban! De pronto se abrió la tierra y se tragó á varias parejas, mientras las demás seguían cantando y bailando.

Ví un hombre notable aplaudido por la multitud: era un prócer; una joven desposada coronada de azahares; un precioso niño en brazos de su madre; un sabio que escribía obras inmortales.....Crugió la tierra, se abrió una ancha grieta y todos desaparecieron.

Un sudor frío me corría por la frente.

El Año Nuevo sonreía con sonrisa mefistofélica.

Empezaron á desfilar ejércitos.....Los ví marchar en dirección á una honda sima que acababa de abrirse y quise gritarles lleno de terror: deteneos!

Pero no tuve tiempo: los ejércitos se hundieron en el precipicio, como una catarata humana.

La muchedumbre vió con la mayor indiferencia este desastre, y cada cual continuó entregado con ardor á sus ocupaciones.

Había algunos que se afanaban por amontonar oro y más oro; otros infelices que perecían de necesidad; mas apenas tenía yo tiempo de increpar el egoísmo de los unos y de compadecer la indigencia de los otros, cuando se abrió la tierra, como una enorme y negra fauce, y devoraba á todos.

Nadie parecía notar el vacío de los que faltaban; nadie huía de aquella tierra maldita llena de abismos y muchos parecían contentos y satisfechos.

Ancianos, jóvenes, niños, familias enteras hundíanse repentinamente y la tierra se volvía á cerrar, y se cubría de plantas y de flores.

Esto es horrible! exclamé, dirigiendo una torva mirada al siniestro niño.

—Así es, me respondió.

—Y ésto es lo que nos tienes reservado en el curso de tus doce meses?

—Sí.

—Año fatal! grité indignado; Año maldito! Año cruel! Año infame!

—El niño se echó á reir.

—Lo que me asombra, continué, es la indiferencia de los que contemplan tus estragos, sabiendo que no hay seguridad en el suelo que pisan, y que de un momento á otro se los tragará la tierra.

—Ya están acostumbrados, me replicó!

—Desde cuándo?

—Desde el principio de los siglos. Yo no soy ni mejor ni peor que los demás años.

—Pero esta tierra maldita?

—Es la misma que os sustenta desde el principio del mundo.

—Y sus abismos horribles?

—Son las tumbas que se abren para todos los seres humanos. Así ha sido siempre. La Muerte se ha hecho familiar, y el movimiento humano no se interrumpe jamás por sus extragos.

Reflexioné un momento y lo comprendí tódo.

En ese momento me pareció que la tierra se hundía bajo mis piés y lancé un grito desesperado.

Ya era tiempo.....desperté abrazado al legajo de las Cuentas del Ferrocarril.

Al fin me había dormido. No falló el soporífero; pero en cambio me produjo la pesadilla que acabo de referir.

Sin embargo, me ha hecho tanta impresión, que no puedo menos de aconsejar á mis lectóres que vean bien donde pisan, por si acaso.





El gallo de los zapateros.

El día martes de la última semana fuí favorecido con una esquila, cuyo contenido publico á continuación:

Club de la Unión.—Guayaquil, Febrero 1º de 1904.

Sr. Jack the Ripper.

Presente.

Muy señor nuéstro:

En su interesante artículo de ayer tarde, hemos encontrado la solución que hace tiempo buscábamos del por qué los hojalateros hacen colchoues.

Le agradeceríamos infinito se dignara Ud. explicarnos en un artículo análogo el por qué los zapateros tienen á la puerta un gallo en traba.

De Ud. varios amigos y S. S.

La explicación que tan atentamente se me pide me hubiera dejado perplejo si no estuviera yo acostumbrado á las rarezas de mi tierra; pues la mayor parte de mi vida la he pasado revolviendo archivos para averiguar, por ejemplo, por qué hacen aquí *mazamorra morada* para vender el día de finados; por qué comen *pan de dulce* en Semana Santa y por qué cuecen *tamales* sólo en día sábado.

El Gallo de los Zapateros



—Qué diablos hay allí?—La corona de espinas.

— Qué tiene que ver la mazamorra con los pobres muertos?

— Todavía lo ignoro; lo cierto es que apenas amanece el día de difuntos, por un lado desfilan al Cementerio los coches llenos de cruces y coronas y por otro los burros cargados de ollas con mazamorra morada.

— Lo mismo digo del pan de dulce.

— Desde que comienza Cristo á padecer, empiezan á circular los vendedores del célebre pan de regalo, como si hubiera correlación entre ese amasijo y la tragedia del Calvario.

— Así hay otras cosas inexplicables en esta tierra del cacao, de la guayaba y del café; pero afortunadamente los informes que me piden los señores del Club de la Unión puedo darlos y sacar airoso al gallo de los zapateros, que tiene su razón de ser, como se verá en seguida.

— Allá por los tiempos de la colonia, según refieren las crónicas, existía en esta ciudad un maestro zapatero criollo muy patriota y republicano legítimo por parte de madre.

— Este buen hombre soñaba con la independencia de la patria y no veía el día de soltar el tirapié y empuñar el mosquete.

— Canario! exclamaba á veces en el colmo de sus bélicos ardores ¿para qué hemos nacido los zapateros, si no para hacer la guerra al usurpador? Truene el cañón, estalle la metralla, brillen las bayonetas tintas en sangre! Abajo la tiranía! Viva la patria! Pum..... pum.....pum.....

— Y empezaba á tirar las hormas á la cabeza de los aprendices, que tenían que salir á escape del taller para salvar el bautismo.

— El vecindario se alborotaba al oír el escándalo; pero al maestro Crispín le importaba un bledo la tranquilidad del barrio.

— Lo que más le enojaba era que los peninsulares le mandaran á hacer zapatos.

— Vayan á un cuerno! gritaba. Busquen ustedes zapateros de Castilla y dejen en paz á los hijos del país!

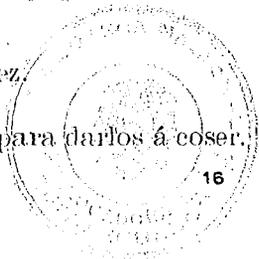
— Pero, maestro, si le vamos á pagar bien su trabajo.

—Nó.

—Hágalo por ser la primera vez.

—Nó.

—Entonces, córtelos siquiera para darlos á coser.



—Nó.

—Si no es hoy, puede cortarlos cualquier otro día.

—Nó.

No había medio de convencer al testarudo artesano, que antes se hubiera dejado cortar las orejas, que hacer obra para los realistas.

Cierta noche se acercó á su tienda un ordenanza con el objeto de hacerle saber que su señoría el Gobernador quería que fuera á tomarle medida para que le hiciera unas botas.

Esa noche, precisamente, el maestro había libado unas copas y veía á los hombres del tamaño de una pulga.

Dígale Ud. al señor Gobernador, contestó, que digo yo, que se vaya á la porra!

¿Qué cosa? articuló asombrado y escandalizado el ordenanza.

—Que se vaya á la porra!

El ordenanza giró sobre sus talones y se fué haciendo un signo de amenaza, que quería decir: *de esta no te escapas!*

Apenas se hubo alejado el emisario empezó á reflexionar el maestro que se le había ido la lengua y que estaba seriamente expuesto á pasar un mal rato, pudiendo acontecer que hasta las costillas le fueran molidas.

Alarmado más y más con estos fatales presentimientos, optó por la medida más prudente que requerían las circunstancias: tomar las de Villadiego.

Resuelto á escurrir el bulto lo más pronto posible, recogió las herramientas del oficio, las metió en un saco, cargó con él y entre once y doce de la noche abandonó su tienda y se echó á andar en dirección al Astillero, por donde pensaba embarcarse para salir de la ciudad.

Por desgracia tuvo que pasar por un puesto de guardia, desde el cual un centinela le gritó el ¿quién vive?

El Rey! pudo haber contestado, sin más ni más, el señor zapatero; pero esta respuesta era impropia de un republicano como él, que no reconocía Rey ni Roque. Hubiera sido el colmo de la humillación, la abdicación de sus más altos principios políticos. Nó, jamás, él no gritaría ¡viva el Rey!

El centinela repitió el ¿quién vive?

Illuminado por una súbita inspiración, exclamó:
la Pasión de Cristo!

—Quién vive?

—La Pasión de Cristo!

Traigan á ese hombre, ordenó el oficial de guardia, y veamos que Pasión de Cristo es aquélla.

Compareció el zapatero y, al ser interrogado, dijo que había contestado así porque en el saco que llevaba acuestas iba conduciendo los instrumentos de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

—Sácalos.

Crispín sacó un puñado de clavos y expuso: he aquí los clavos que penetraron en sus divinas carnes.

Después sacó un martillo y dijo: he aquí el martillo que sirvió para clavarlo en el afrentoso madero.

Luego exhibió el tirapié y dijo: he aquí el cuero que sirvió para azotar sus divinas espaldas.

Enseguida extrajo media botella de aguardiente, que había metido en el saco, y dijo: he aquí el resto de la hiel y vinagre que le dieron.

El oficial, que le escuchaba con aire socarrón, quiso meter la mano en el saco para acabar de vaciarlo; mas no bien la hubo introducido, lanzó una de esas tremendas interjecciones españolas que todavía se conservan para acentuar la gravedad de ciertas situaciones.

Y lo que pasó fué que al meter la mano en el saco se punzó con la lezna del zapatero, que estaba de punta.

—Qué diablos hay allí? preguntó furioso.

—La corona de espinas que le pusieron en su divina cabeza.

—Y qué más hay en el saco?

—Nada más.

—Dónde está el gallo?

—Qué gallo?

—El gallo de la Pasión.

—No lo conozco.

—Conque no lo conoces, tunante, y dices que traes todos los instrumentos de la Pasión! Pues para que no te olvides otra vez del gallo, esta noche vas á dormir en la barra.

Llévenlo!

*
* *

Desde aquel memorable acontecimiento el maestro Crispín no se olvidó jamás del gallo, y donde quiera que se establecía, lo primero que hacía era comprar un gallo y amarrarlo en la puerta del taller.

—Qué hace usted con ese gallo, maestro, le preguntaban?

Me es muy necesario, replicaba. Los zapateros nos vemos á veces en ciertos trances que requieren la presencia de un gallo.

Tanto lo dijo y lo repitió hasta en la hora de su muerte, que al fin todos los zapateros adoptaron el gallo entre los *artículos* de zapatería.





El gato hablador.

Figuraos una fragante azucena, y tendréis una idea de la fresca muchacha que voy á presentaros. Figuraos un Oteló con faldas y formaréis un concepto aproximado de una vieja celosa que vigilaba los pasos de la garrida doncella contra el formidable ataque de moros y cristianos.

Sin embargo, por más que abriera el ojo la taimada anciana, la plaza que élla defendía se hallaba sitiada y estaba á punto de rendirse.

Un estudiante, de aquellos que no dejan títere con cabeza, observó de refilón á la muchacha, mientras aquella cumplía con sus deberes religiosos en la iglesia del lugar, y le puso la vista, como suele decirse.

Tiernas miradas primero; guiños expresivos después; mímica picarezca más tarde, y una entrevista á hurtadillas de vez en cuando, pusieron de perfecto acuerdo á las partes interesadas.

El estudiante era muy amigo de la forma diplomática; pues no cesaba de manifestar á la niña que lo que él deseaba era "estrechar más y más las cordiales relaciones que felizmente existían entre los dos."

Pero, aunque la doncella era de la misma opinión, se hallaba la vieja de por medio, que era peor que una muralla de mampostería, entre el amante y el objeto amado.

Intentar ablandarla por medio de las súplicas, hubiera sido inútil, porque bien se sabía la pobre chica que tocarle cierta tecla á su tía, que tal parentesco tenía con la señora, era lo mismo que alborotar una casa de avispas.

El hecho de ser solterona, y beata encima, la tenía

divorejada con todo el sexo masculino, exclusive el cura de la parroquia.

Los hombres son el Diablo, decía. Líbrete, Dios, hija, de sus tentaciones!

Pero, tía, argumentaba la sobrina, si mi madre hubiera pensado lo mismo, no tendría usted quien la quisiera y respetara, como yo la quiero y la respeto.

—Ah! Pero tu padre era un santo.

—Y mi abuelo?

—Era otro santo.

—Y diga usted ¿se acabaron ya los santos?

—No queda uno, por desgracia.

—Ay, qué lástima! suspiraba la muchacha.

Un día, infausto día, estaba la pareja enamorada departiendo en el zaguán, cuando de improviso se le apareció la cabeza de Medusa en figura de la tía.

Aquello fué una bomba de dinamita.

Qué de imprecaciones y de gritos! Qué de pataletas nerviosas y de recriminaciones interminables! La niña estuvo á punto de comerse una caja de fósforos, con el objeto de acabar su triste vida; pero no se la comió.

Mientras tanto la señora tía clausuró y fortificó la casa, para evitar un nuevo chasco. Todas las ventanas fueron claveteadas; las puertas cerradas con doble llave; y, por las noches, á las ocho en punto, después de rezar el santo rosario, encerraba á la sobrina y amurallaba la puerta y sus alrededores con varias filas de botellas, á fin de que—como ella decía—cualquiera que burlara su vigilancia é invadiera su domicilio, tropezara con las botellas é hiciera un ruido de mil demonios, capaz de denunciar su presencia y darle la voz de alarma.

La chica la miraba todas las noches, por el ojo de la llave, cuando colocaba las botellas, y no dejaba de conspirar á sus solas contra aquella insoportable tiranía.

Un día se le ocurrió una idea diabólica: ¡Qué será lo que no se les ocurre á las mujeres! Buscóse el medio de dirigirle un billete al galán y en él le decía, entre otras cosas:

“Estoy dispuesta á partir contigo, mi dulce Nicasio. Ven esta noche por mí. Sube por el cercado del patio, que no te será difícil; sube después por el guayabo que pega al corredor y avanza en línea recta hasta la puerta de mi cuarto, trayendo una de esas que llaman ganzúas, para que puedas abrirla y yo salir de mi

encierro. Mi tía es un monstruo sangriento y yo quiero romper este yugo servil. Te espero.”

“P. D.—Si por desgracia tropiezas con una fila de botellas que coloca la vieja cerca de mi habitación, haciendo el ruido que es de imaginar, ten cuidado de imitar el grito del gato, para que crea mi tía que es este animal.”

Vayan ustedes viendo si sería previsora la muchacha!

El estudiante, que era un pillo de tomo y lomo, admiró el ingenio de su dama y apenas llegó la noche saltó el cercado y se subió por el guayabo.

Pero cuando se vió de puertas adentro en el domicilio ajeno, comenzó á experimentar cierta emoción que lo traía desazonado.

Con tal de que pueda imitar bien el maullido del gato, se decía, estaremos del otro lado. Pero si..... no me sale!

Conteniendo hasta el aliento avanzaba por la galería, lleno de malas intenciones, cuando de repente.....chilín! tropezó con las botellas.

Quién va? gritó la vieja alarmada.

Esta es la mía, dijo el mozo; y se preparó para lanzar el engañoso miau! Pero fué tal su turbación, que en el momento crítico se le trabucó la lengua y exclamó con fingida voz de felino mimado:—*Soy el gato!*

Cómo se quedaría la vieja al escuchar á semejante gato, que tenía el dón de la palabra!

Salió como una flecha de su cama, y así en camisa como estaba, empuñó un palo de escoba y fué á romperlo en la cabeza del intruso.

*
* *

Cuántos tipos parecidos á éste suele haber en nuestros embrollos políticos.

Conciben la idea de hacer una picardía y quieren pasar por inofensivos gatos, cuando les sobran pelos para zorros consumados. Pero tarde ó temprano ellos mismos se venden, por sus propios actos, y entonces qué bien que cae una trancas sobre estos *micifuces* disfrazados!





Revista de Teatro.

MODELO RUSTICO.

—Pues le digo, don Piguave, que yo no había dentro en la vida ar Treato, que llaman; mas como en Guayaquir no sabe er cristiano qué hacé, y ya tenía too el zapote vendió á veinte ar peso, que me salió con cuenta, se me metió ir ar Treato, pues.

—Y qué vido, compadre Cañuto?

—Ahora le voy á conversar. Mejó será, dije, que me vaya con la marea de la fresca y deje la canoa varáa donde er Tuerto. Me fi y le ije que ahí le dejaba er canaleta y er coso de los pericos. Jalé po cuatro sucres, me puse er poncho nuevo y er sombrero de catorce sucres y me eché á andá.....

—Cómo á qué hora?

—Como á la oración fué el acontecimiento que le converso. Llegué ar Treato; pedí razón y me ijieron que mercara un boleto en la boletería. Me enseñaron er camino, que era ahí mesmo, y merqué er mentao boleto. Me salió caro, pedí rebaja, iciéndole al boletero que seríamos sierapre caseros; pero er mardito hombre de Dios había sío más pior que el mesino lagarto, mala la comparación, pa tragarse vivo ar cristiano.

Er final jué que se me comió un ciento e zapote; y yo por no peliá le pedí la pezuña e cigarro.

—Y aflojó er condenao?

—Lo que hizo fué arrempujarme paque me juera, y yo me fi po no buscale pleito, compadre. En des-

pués me metí ar Treato po la pueta grande; cuando sale un individual todo er mal encarao y me pide er mesmo boleto que venía mercando. A cuenta de qué? le ije yo entonces. Gorvió á pedírmelo. Entonces me calenté yo, compadre, y lo mandé ar sebo. En esto vino uno de leva y se puso á especulá lo que pasaba, y me ijo po las buenas: «Entriegue no más er boleto, pa que pueda dentrá.» Pero si me ha costao mi plata, doctor, gorbí y le ije. Entonces salió la Polecía, que estaban escondía como er carrao en un sucucho, y yo po no esgraciarne largué er dicho boleto, agarré y me dentré.

—La Polecía es una abusiva con el pobre.

—Pues como iba iciendo: ya que estaba dentrao me ovidé del atercao y dí las buenas noches á la comitiva. Ha de creer, compadre, que no me contestó naide!

—Y después jabla esa jente de tené buena inducción, cuando po lo mesmo que son leídos y escribidos debían de usá más corrispondencia con las presonas. Hasta er perro, que es un auimá, le menea er rabo ar cristiáno cuando dentra en una casa.

—Pero pasemo too por arto, compadre, y vamos ar cuento. Er Treato es juna gallera grande, toa llena de una covachería onde van las señoritas mujeres, y unas bancas de iglesia resbálosas onde van los jombres. Al ve á tanta jente de leva y de tarro me quedé aculao; mas luego que me pasó er susto, vide á las blancas metías á puñao en sus posesiones, y otra guerta me achucharré.

—Y estaba presente el Gobiesno?

—No le doy razón, porque nõ lo conozco, sino po habelo oído mentá; pero ahí estaba la jente á pilo y había unas blancas, compadre, que me jácian la boca agua, con unos copetes de pavo reá; y unos ojos de comerselos crudos; y un físico.....!

—Qué güenas pa un necesitao!

—Y á mí que se me jiba el ojo de medio lao:

Como er gallo á la gallina,
Como la garza ar pescao,
Como er gavilán ar pollo,
Como la vieja ar cacao.

—Pero á qué hora jueron las maromas?

—Si no hubo maromas, compadre! Lo que yo vide jué que todo se gorvió música y más música. Salió una juerza de señores y de señoras y se agarraron á cantá, y canción jué hasta que se acabó er cuento.

—Cantaron la «Flor de Caña»?

—Qué caña, compadrito, too jué un rebulicio: una blanca icía fííííí! y er blanco le icía.....óóóóóóóó!

Yo po las señas y la malicia arcancé á especulá que se estaban enamorando. Vide que er galán, cantando y too le tendía el ala, y ella, que le gustaba er juego, se la dejaba tendé, hasta que, por úrtimo, ahí mesmo se abrazaron elante é too er mundo.

—Qué esvergonzaos! Y la gente que pagaba su plata qué era lo que icía?

—Les metía la bulla. pues, compadre, pa espantalos; pero ellos no se acholaban po naa. Yo no sé en que hubiera parao la cosa, sino bajan un tordo grande que los dejó tapaos.

—Qué más se querían los pejes que los botaran ar río!

—Endespués la comitiva salió der Treato y se jué á pasá er mar trago á la refresquería.

—Pero, digamosté, cómo era. que la Polecía no les puso la vista?

—Ahí verá usted!

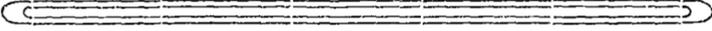
—Y qué más?

—Ahuego que gorvimos á meternos, yo estaba ya con mi lapo adentro, y me puse á gritá: ¡¡Payazo ajuera!!

—Y salió er muy animá!

—Lo que salió jué un corbatón endiablaio, que me vino á buscá pa meteme pleito. Yo lo rellené; le ije que era un sarnoso; pero, po no esgraciarme, agarré por mi sombrero y me sali der mentao Treato pa no gorvé más en la vida de mi agüela.





El Práctico de la Costa.

Yo no me acuerdo bien si se llamaba Quinde, Chalén, Lindao, Quini, Pérez ó Yagual, este Práctico de quien voy á hablar, pero es seguro que llevará uno de aquellos nombres, porque son los que predominan entre la gente marina de la costa del Guayas.

Por si alguno lo ignorase—que será muy raro—sé-pase una vez por todas, que para entrar al puerto de Guayaquil, todo buque ó vapor necesita de los servicios de un Práctico, que asuma, por decirlo así, el gobierno de la nave, y la conduzca con mano firme y segura hasta su fondeadero, entre el laberinto de bajos y bajíos que invaden el lecho del caudaloso Guayas.

El Capitán declina entonces su responsabilidad profesional en el Práctico; lo que prueba que la ciencia tiene sus límites y rinde alguna vez tributo á la experiencia.

Sucedió en cierta ocasión que un vapor inglés arribó frente á la isla de Pumá y solicitó el Práctico necesario para remontar el río hasta Guayaquil.

Pocos momentos después atracaba un bote al portalón, y se trataba de aquél al vapor un hombre moreno y de recia musculatura, que hacía crugir bajo su planta los peldaños de la escala.

Era el Práctico.

El Capitán era un gentleman alto, seco, apergaminado, con largas mechias de cabello rojo que le flotaban sobre las sienes y un enorme casco gris que ornamentaba su cabeza.

El Práctico dió los buenos días en castellano y se dirigió en seguida hacia la barra, con esa seguridad propia del oficio.

No las tenía todas consigo el señor Capitán, porque los ingleses creen que ellos son los únicos que sirven para todo, y se acercó á interrogar al hijo de la Costa.

—Usted estar Práctico? le preguntó.

—Sí, respondió el otro lacónicamente.

—Por muy mucha tiempo?

—Sí.

—Usted diga mí uno cousa.....

—Qué?

—Cuántos bajos hay in este ría?

—No sé.

—Cómo! Usted no saber?

—Nó.

—Y cómo decir usted á mí que usted estar Práctico?

—Porque lo soy.

El Capitán lanzó un terno muy británico, y enseñando los puños al costero fué á colocarse con las piernas abiertas en el castillo de proa.

De cuando en cuando se le oía murmurar, dirigiéndose al Práctico:

—Usted ser mucho bruto y un poco bastante más bruto!

El ofendido se encogía de hombros y hacía girar entre sus expertas manos la rueda del timón.

El viaje se efectuó sin novedad y el buque ancló felizmente en Guayaquil.

No bien se hubo arriado el ancla, saltó á tierra el Capitán y se vino directamente á la Capitanía del Puerto para denunciar á un hombre que se decía práctico y ni siquiera sabía cuántos bajos existían en la ría.

Compareció el demandado, á solicitud de la autoridad, y expuso con campechana franqueza:

—Este mister (señalando al Capitán) quiere que yo le dé cuenta y razón de todos los bajos que hay en la ría. Que se lo pregunte á los *pejes*. Mi obligación no es saber dónde están los bajos, sino saber dónde no están, para pasar por allí, como *hey pasao* ahora *mismamente*. Yo conozco la *canal*, que es la positiva, y esa no tiene pierde. Oye?

El inglés quedó penetrado de esta profunda lógica; lanzó un sonoro *¡all right!* hizo tres reverencias y salió con paso magestuoso de la Capitanía.

Y yo digo ahora.

Un Práctico como éste es el que necesita la República para su buen gobierno y para el bienestar común.

En materia de finanzas, por ejemplo, muchas competencias teóricas hemos tenido al frente de la Hacienda Pública; muchas potencias numéricas se han abismado en profundos cálculos económicos sin lograr la mejoría fiscal. Pues bien, que venga uno que conozca *la canal*, prácticamente, y asunto concluido.

Esa es la positiva, como decía el Práctico de la Costa.





El almuerzo del cura.

Tenía el Cura de Palo Largo una criadita preciosísima; hermosa como una flor, fresca como una lechuga y vivaracha como una ardilla.

Esta chiquilla es el diablo, decía el Reverendo, haciéndole la señal de la cruz.

Pero si así fuera efectivamente el diablo, bien valía la pena de irse al infierno.

Tal al menos era la opinión del hijo del Sacristán, que se bebía los vientos por Guadalupe, y aún solía mirar con ciertos recelos á su Paternidad.

Pero sin motivo alguno, que yo sepa; porque el señor Cura era un arcángel con sotana y todo.

A Guadalupe le daba excelentes consejos. No te fíes de los hombres, le decía, porque todos son unos perversos.

—Y usted, señor Cura? preguntaba la muchacha con fingida ingenuidad.

—Yo no soy hombre, hija.

—Y qué es entonces? Mujer?

—Nó. Soy sacerdote.

—Ah!

—Si alguno te dice que te quiere.....

—Algún sacerdote?

—Nó, criatura, por Dios ¿qué estás hablando? Digo que si algún mozalvete viene á jurarte que te ama, no le creas ni le quieras.

—Y no dice usted mismo, cuando predica en la Iglesia, que Dios nos manda amarnos los unos á los otros?

El almuerzo del cura



*Guadalupe metió un dedo en la taza
de la miel.....*

—Ese es otro cuento, hija. El amor que debemos tenernos es un amor fraternal ¿entiendes?

—Y cómo sé yo si es ó nó fraternal el amor que me juren?

—Mira, no me calientes la cabeza, que tú eres capaz de volver loco á un santo. Anda, ve si me guisas el almuerzo, que es lo que interesa.

La chica desapareció como una exhalación y pocos momentos después la oyó el Cura cantando en la cocina:

Un soldado encontró un fraile
Y el bonete le pidió.
Pobre fraile! Pobre fraile!
Sin bonete se quedó.

Alabado sea el Santísimo Sacramento! exclamó el Cura escandalizado. Esa muchacha es el diablo!

Y en el acto se encaminó á la cocina, con las cejas fruncidas.

—Guadalupe!

—Dotor!

—Qué estás cantando, desgraciada?

—La canción del Fraile Bobo!

—Ave María! Como te vuelva á oír cantar esa herejía, te desuello viva.

La chica al oír esto empezó á lanzar gritos desgarradores que se escuchaban en todo el vecindario. Nó, dotor! exclamaba. Nó, dotor! Por Dios, nó dotor!

—Calla, hijita, calla! Si no te voy á desollar! le decía él temblando de miedo á un escándalo. Lo digo de broma! Estás? Una bromita!

Y entre sí pensaba: qué irán á pensar los vecinos! Bendito sea Dios! En qué apuros me pone esta niña! Señor, tú que lees en el fondo de mi alma inocente, haz que se calle esta maldita muchacha!

—Y usted cree que yo lloro deveras? exclamó Guadalupe, estallando en una ruidosa carcajada. Era para ver qué hacía usted!

Sebo! exclamó el Cura enfurecido. Así es que tú crees que yo soy tu juguete?

—Cuál?

—Cómo cuál? Perdóname, Señor, la mala palabra: pero esta muchacha es la que me saca de quicio!

Cinco minutos después dormía el santo varón re-

costado en su poltrona, y era presa sin duda de alguna pesadilla, porque se le oía exclamar entre dientes:

—Soy inocente! Eso que dicen de mí es una calumnia! *Lavabo inter innocentes manus meas et anima mea!*

Mientras tanto veamos en lo que se hallaba Guadalupe.

Apenas oyó al Cura roncando, se asomó á la ventana de la cocina y le hizo una seña al hijo del Sacristán, que no le perdía movimiento, subido en un algarrobo.

El mozo de un salto se introdujo en la cocina.

—Qué estás haciendo, negrita?

—Cocinando para el señor Cura.

—Qué bien huele tu almuerzo!

—Cuando te cases conmigo, verás qué guisos, de chuparse el dedo, sé yo preparar.

—Y antes?

—Antes, nó.

—Adiós, Guadalupe; me voy á almorzar á mi casa.

—Tan pronto?

—Ya lo creo: los pobres comemos temprano. Allá ustedes, tú y el señor Cura, pueden darse tono; pero yo, hijo de un humilde Sacristán!

—No digas eso, Pepito.

—Adiós, Guadalupe!

—Mira, Pepe, no te vayas. Te convido á almorzar. Nos comeremos la comida del Cura.

—Ah pillá! Y después?

—Déjalo á mi cargo. Yo arreglaré el asunto.

Diez minutos después la simpática pareja había limpiado la mesa y agotado las vinajeras.

Guadalupe metió un dedo en la taza de la miel, avanzó en puntillas hasta el sillón en que dormía el párroco, y le untó suavemente la boca con el espeso líquido.

Ya era tiempo. El Cura despertó con hambre y pidió el almuerzo.

—Qué almuerzo? preguntó Guadalupe azorada.

—Cuál ha de ser? El mío. Mi pollo, mis tallarines, mi palanqueta, mi chocolate.

—Pero, *dotor*, si ya almorzó?

—En qué hora, muchacha!

—Cuando se estaba quedando dormido. No se acuerda que me dijo: ya no quiero más miel, llévate la taza!

—Eso te dije?

—*Aprúchese* la boca!

—Hombre, de veras! Tengo los labios dulces. Así es que me comí el pollo?

—Sí, *dotor*.

—Y todo lo demás?

—Sí, *dotor*. Vea usted los platos sucios!

—Ave María Purísima! Cómo tengo yo mi cabeza!

Y el pobre fraile se santiguó devotamente y abrió el breviario para rezar el Santo Oficio, con el estómago vacío.

*
* *

Al poner el punto final en la relación histórica que precede, siento una mano que se apoya en mi hombro y oigo una voz que me dice al oído:

El Cura es el Pueblo: cada vez que trata de ejercer sus derechos, que nunca los ejerce, le embadurna el Gobierno la miel en los labios, y le hace creer que ha comido soberanía popular.





El Jorobadito.

Pues, señor, éste era un anciano millonario, que tenía un hijo, y este hijo era jorobado, en grado superlativo.

El padre habría dado toda su fortuna y aún las dos orejas por quitarle la joroba al *nene*; pero por más que hizo y deshizo, el chico permanecía con el bolo en las espaldas y no había ya esperanzas de suprimírselo.

Válgame San Rascasio! exclamaba el papá desesperado ¡qué hago yo con este muchacho jorobado! No hay algún remedio para la joroba?

Consultó á todos los médicos del reino, porque esto pasaba en una *monarquía republicana* de las que ahora se usan, y ofreció el oro y el moro al facultativo que inventara algún procedimiento para *desjorobizar* á su único hijo.

Acudieron los Hipócrates y los Galenos, atraídos por el honorario, y comenzaron á manipular sobre el mancebo.

—Dentro de quince días estará sin joroba, ofreció uno de los más acreditados.

Un mes después la joroba permanecía en su sitio, burlándose de la ciencia.

—Dentro de seis meses desaparecerá la prominencia, prometió otro, siempre que no surjan complicaciones.

Pero las complicaciones surgieron y la montaña continuaba en el dorso del pobre muchacho.

—Yo le quitaré el promontorio—dijo un tercero;—pero ha de ser en el término de un año.

Pasó el año y el promontorio no había decrecido una línea.

—Que coma hormigas—aconsejaba un curandero— para que se le achique el chirimbolo.

Y el jorobado las comía en vano.

Que se la soben con sebo—indicaba otro—con el acento de la más profunda convicción.

Y el jorobado se la sobaba inútilmente.

La verdad es que jamás hubo en el mundo un ente más desgraciado que el héroe de esta historia.

Un día se aburrió de tantos sobijos y fregoteos y le dijo á su padre:

—Papá, ya estoy cansado de que me joroben más de lo que soy. Quiero que me dejen en paz.

—Estos médicos no sirven para nada! exclamó el padre enfurecido. Son todos médicos alópatas. Vamos á cambiar de sistema: acudamos á la homeopatía.

—Bravo, papá!

—Viva la homeopatía!!

—Viva!! Abajo la alopatía!!

—Abajo!!

—Ahora sí, chico, se salvó la Patria!

Al día siguiente el jorobado estaba en manos de un especialista homeópata.

Nadie dudaba de la eficacia del sistema.

La joroba iba á desaparecer de raíz con la primera píldora.

El paciente comenzó á tragar glóbulos, y tal era la fe que todos tenían en la curación, que realmente parecía que la joroba iba disminuyendo.

—Hijo, le decía el padre encantado, si ya casi no tienes más que una bolita, je, je, je!

Y el buen viejo reía de admiración y de placer.

Hasta el jorobado, que era el mejor voto en la materia, se pasaba la mano por el dorso, exclamando:

—Esto marcha! Esto se va!

Y así pasó un mes.

Y pasaron dos.

Y pasaron seis.

Y pasó un año entero.

Cierto día en que el mancebo penetraba en el aposento de su padre, se levantó éste de mal talante, y le dijo á quema ropa:

—Quieres, chico, que te diga una cosa?

—Dígala usted, papá.

—Pues yo creo.....que sigues tan jorobado como antes.

—Papá!!

—Mírate la joroba! Si hasta me parece que te ha crecido algo.

—Sin embargo, papá, la homeopatía.....

—Qué homeopatía, hijo, si estás lo mismo que con el sistema alopático, es decir, jorobado!

—Es posible?

—Te pasa lo que á los pueblos en el orden político: cambian de régimen, creyendo siempre que van á mejorar de condición y quedan con la misma joroba.

—Y no tiene remedio esa enfermedad?

—Es incurable! Mira como está la Patria y la verás tan jorobada como tú.





El chancho ensebado.

Yo no sé si en algún otro país civilizado, fuera del nuestro, sabrán lo que es un chancho ensebado.

Si por acaso lo ignoran, como es natural, allá va una breve explicación, para que todos conozcan la materia de que voy á tratar.

Se acostumbra en las fiestas populares de mi país muchas barbaridades, y entre éllas figura la del cerdo.

Se toma un animal de esta especie, se le raspa cuidadosamente el pelo, ó, mejor dicho, se le afeita á navaja, hasta que queda el infeliz en cuero vivo.

Por supuesto, esto no se hace sino en honor de algún santo patrono de villa ó aldea, por decoro al culto y para mayor solemnidad de la fiesta. Así no es raro ver en las invitaciones que pasan los Síndicos de ciertas cofradías á los fieles, una nota concebida en los siguientes términos:

“NOTA.—Habrá fuegos artificiales, carreras de caballos y ensacados, riñas de gallos, pollos descabezados y chancho ensebado.”

Esto es como decir á los devotos que si no lo hacen por devoción acudan siquiera por diversión, y de esta manera es como se forman las romerías.

Apelo á San Pedro y San Pablo, que no me dejarán mentir.

Pero vuelvo á mi chancho.

Una vez que el pobre marrano está bien afeitado, de manera que no le quede una cerda visible, viene un verdugo, ó cosa parecida, y le unta sebo derretido, desde la punta del hocico hasta la punta del rabo.

Concluida esta operación, ya puede decirse, en justicia, que el chanchito está encebado.

En estas deplorables condiciones es llevado á una pista, en donde le espera una frenética multitud.

Se dan tres golpes secos, para prevenir al concurso y con el último se añade un puntapié al chanchito para que se lance á la cancha.

La muchedumbre ruge de placer y se precipita tras del cerdo á la voz de:

—El que lo coge se lo lleva!

Si difícil es atrapar á uno de estos animales en su estado natural, figúrese el lector cuánto lo será estando el chanchito afeitado y encebado!

Aquí es, pues, la gritería de la turba. Todos quieren cogerlo y hacerlo trizas, pero el chanchito se escurre, á merced del sebo, entre los dedos de sus perseguidores y no hay quién lo sujete.

Con la piel lisa, resbalosa, y el instinto de conservación enardecido, corre la pobre víctima en torno de la cancha y se escapa siempre cuando una mano poderosa le cae encima.

Yo me figuro que en aquellos terribles momentos el chanchito debe exclamar en su interior:

—Bendito sea el sebo!

El público espectador goza entre tanto y celebra á un tiempo mismo los golpes que recibe el cerdo como las burlas que sufre el enemigo.

Jadeantes los unos, agitado el otro, se prolonga el espectáculo por muchas horas, con resultado indeciso, hasta que al fin hace presa la turba ó se escapa la víctima.

La guerra, por supuesto, es cobarde; todos contra uno y uno contra todos, pero así hay muchas luchas en la vida.

Si gana el cerdo, aplauden los espectadores al cerdo, y si gana la turba, aplauden á la turba. Así es el público!

*
* *

Yo soy un humilde periodista, como lo ven ustedes. He oído hablar mucho de la libertad de imprenta, aunque no tengo el honor de conocerla; de

consiguiente no me fío de ella. Si alguna vez incurro en el enojo del Gobierno y se desata contra mí la persecución oficial, lo que haré será *ensebarme*..... sin que me ofenda la comparación y procurar que no me pillen.

Lo mismo les aconsejo á todos mis colegas.





La visita de etiqueta.

Salvando aquellas visitas de cumplimiento, que son obligadas en todas partes, aquí, en nuestra querida Guayaquil, no visitan con frecuencia más que los enamorados en la época del compromiso.

Con esta excepción y alguna otra que concedo para no pecar de exagerado, lo regular es que cada familia se encierre en su casa, desde las primeras horas de la noche hasta que llega el dulce Morfeo con sus adoradoras.

Pobres señoras!

Los varones se marchan todos á la calle, con el último bocado de la merienda, y van á invadir las cantinas, los clubs, los cafés, los paseos, los espectáculos; mientras que las señoras, reclusas en el hogar, reducidas á la sociedad íntima de la familia, agotando los asuntos de casera conversación, no tienen otro recurso que mecerse en la hamaca hasta que el sueño las invade.

Ellos se divierten, y ellas nó.

La costumbre las ha hecho resignarse á la vida de cenobitas; pero yo estoy seguro de que, en el fondo, ellas protestan del secuestro en que viven.

Yo conocí una muchacha de ojos azules y cabellos rubios, que me decía siempre á media voz:

—Estoy aburrida! Me carga esta vida de encierro continuo, sin más horizonte que la hamaca, la cama, la mesa, la cocina, el gato y el perico. Quiero salir, quiero ir á todas partes, menos á misa, que es donde me llevan; quiero cultivar relaciones con la sociedad y divertirme.

Yo la miraba con lástima, porque no podía hacer otra cosa, y luego suspirábamos ambos en un solo tiempo.

A veces me provocaba hacer una arbitrariedad. Cogería del brazo, por ejemplo, y llevarla á la retreta, á pasear en berlina, á tomar helados, en fin, á recorrer las calles para distraerla, y luego convidar á sus amigos y á un músico para improvisar una fiesta aunque después me llevaran á la cárcel; pero el ángel de mi guarda me tocaba discretamente en la oreja con la punta de su ala.

Nada, está escrito, como diría un tureo, que la monotonía se ha hecho para la vida de la mujer guayaquileña.

La llegada de alguna compañía de ópera suele hacerlas respirar un ápice; pero aquello es un abrir y cerrar de ojos.

Si yo lo pudiera remediar, sabed, hermosas lectoras mías, que mañana mismo, esta misma tarde si quisierais, comenzaba para vosotras una nueva existencia, sembrada de los atractivos á que tenéis derecho, con mucho paseo y mucho sarao y mucha música; pero como no lo puedo, me desquito escribiendo estas cuartillas con hiel y vinagrè.

*
* *

Aquí no nos reunimos más que para conmemorar los aniversarios de familia, y esto es lo que comunmente ignoran los forasteros que suelen visitarnos.

Así sucede, por ejemplo, que el día menos pensado se le antoja á un recién llegado hacer una visita de cumplimiento.

Y como él no sabe que aquí se acostumbra anunciar ese acontecimiento con cuatro horas de anticipación, para que la familia se prevenga, resulta una catástrofe.

Es preciso, decimos, que cuatro ó cinco horas antes vaya un sirviente de la persona ó personas que quieren ponerse en comunicación, y se manifieste con la fórmula siguiente:

—«Dice mi señorita, que cómo está usted, y que cómo está el caballero y las niñas, y que esta noche, si no llueve, va á tener el gusto de pasar á verlas.»

A lo cual, se contesta así:

—Dile que todos estamos buenos, y con muchos deseos de verlos. Que tendremos mucho gusto en recibirlos y que quedamos esperándolos.»

Después de este cambio de fórmulas verbales, sobreviene un período de agitación vivísimo. Hay que iniciar y llevar á efecto un barrido extraordinario, sacudir el polvo de todos los muebles, vestir á los niños, preparar el alumbrado excepcional, revolver los cofres, rizarse el cabello, atarse las cintas y.....la mar con todos sus peces.

Pero volvamos al visitante forastero que dejamos arriba pendiente.

Como él está á oscuras de todos estos trámites, resulta que se cuele de improviso en una casa, sin más formalidad que la de hacerse anunciar en la escalera.

Su nombre cae como una bomba en el seno de la familia.

Y pasado el primer instante de sorpresa, se despliegan todos en guerrilla.

El forastero asustado oye el zafarrancho de combate que ha producido su presencia y no sabe á qué atribuirlo.

Para abreviar los acontecimientos golpea con el bastón; y entonces se oye la voz de la señora, que exclama en tono elevado:

—Nicolasa! Nicolasa! Haz entrar á ese caballero y dile que tenga la bondad de sentarse.

Mientras tanto en las piezas interiores continúa el alboroto.

—Salga usted, mamá, dicen las niñas á la respetable autora de sus días.

—Que salga yo? Nó. Salgan ustedes, que están arregladas.

—Qué vamos á estar, si tenemos que vestimos.

—Dónde está mi corsé?

—Pásame, niña, el polvo de arroz!

—Vea, mamita, si estoy bien por detrás!

—Échame agua!

—Este es el botón que no me abrocha!

—Mejor será que me ponga el traje rosado.

—Quién me ha cogido el punito de olor?

—Esa horquilla es mía!

—Aprétame más el moño!

—Aquí dejé una media y no parece!

El caballero, entre tanto, se entretiene en mirar los

cuadros, los adornos de las mesas, etc., y en bostezar con la franqueza del que está solo.

La señora que le observa por el ojo de la llave, no puede ya más y dice á sus niñas:

—Pero qué es ésto, por Dios! Cuándo salen?

Nadie le responde, y entonces ella, como madre que es y señora de la casa, se resuelve á hacer un sacrificio en aras de la cortesía social; pide un chial, se lo echa sobre los hombros, arroja una mirada de reconvención á sus retoños, que en ese momento están peleando por la borda del polvo de arroz; y luego modifica rápidamente la fisonomía para presentar un rostro jovial al visitante, y va á la sala.

—Vaya! Ya salió mi mamá! exclaman las niñas con desahogo.

Entre tanto la pobre señora se informa sobre la salud del caballero; y á su vez da razón de la suya y de la de todos los de la casa; informes que el visitante aparenta escuchar con gran interés, aunque en el fondo le importe un pito la materia. Después pregunta por las niñas, y la matrona, sonriente, le asegura que ya van á salir.

Y en efecto.....salen á las mil y quinientas.

*
* *

Ahora póngase el lector la mano en el pecho y diga si no ha visto alguna vez este cuadro en Guayaquil.

Si miento, que me ahorquen sin confesión.





Una reunión de confianza.

El día del Carmen, que es uno de los onomásticos más populares entre nosotros, hay muchas reuniones de confianza en casa de las Cármenes, Carmelas y Carmelitas; y como yo, donde quiera que voy, llevo mi cartera para anotar mis impresiones, hé aquí que me hallo perfectamente al cabo de lo que es una reunión de confianza en Guayaquil.

Y aquí, para entre nosotros, mientras más miro, más rarezas observo, con perdón de nuestros usos y costumbres tradicionales.

Día de santo es día de recepción; pero particularmente se distinguen los días de las Rosas, Mercedes, Marías, Cármenes, etc., que son los nombres más populares, y todos muy bonitos.

Ordinariamente el que va á visitar á una *santa*, ó lo que es lo mismo, á cumplimentar á una señora ó señorita en su día—sea en este caso una doña Carmencita, por ejemplo—su primer movimiento es de estupefacción cuando llega al salón y lo encuentra lleno de gente; pero repónese al instante, y se deshace en agradecimientos cuando el más allegado miembro de familia corre hacia el recién venido para recibirle el sombrero y el bastón

El visitante se resiste á entregar esas prendas, porque supone que es una molestia muy grande para el que va á recibirlas, y se empeña en colocarlas, por sí mismo, en el rincón más humilde; pero al fin triunfa en la campaña el atento contendor y desaparece con los trofeos de su victoria: *el tongo y la caña*, que van á pa-

rar á los dormitorios (cuando no hay sombrerera y bastonera) y se colocan encima de las camas.

Despojado el visitante de estos accesorios de la indumentaria masculina, hace su entrada en el salón y comienza á dar la mano uno por uno á todos los presentes, conocidos y desconocidos, de toda edad y sexo.

Parece que lo corriente fuera hacer un saludo general y en seguida ir á ofrecer sus respetos á la señora y al señor de la casa, reservando para después, cuando las ocasiones se vayan presentando, las manifestaciones particulares con los amigos y amigas, y las respectivas presentaciones con los no conocidos; pero aquí todo se hace *al tiro*, como dicen los chilenos.

El que entra en un salón y encuentra cincuenta personas, cae como una bomba, estrecha las manos de toda la concurrencia y es presentado á escape á todos los que no conoce.

Cumplida esta formalidad, el que llega cree de su deber informarse minuciosamente de la salud de cada uno y de la de sus miembros de familia. Simula el mayor interés por los informes que se le dan, aunque no le importen un pitó, y su fisonomía cambia de expresión revelando tristeza repentina ó súbita alegría si las noticias son malas ó buenas.

Si hay alguna señora mayor entre los presentes, y le tocan esta tecla de su importante salud, aprovecha la ocasión que se le ofrece para referir todos sus achaques, con prolijidad admirable; porque nada hay tan del agrado de una señora entrada en años, como dar cuenta detallada de sus padecimientos, del médico que la cura y de los remedios que está tomando.

Son privilegios de la edad!

Y si á esto se agrega que la dama antigua tiene hijas bonitas, frescas y sanas, con seguridad que no le falta un círculo de jóvenes resignados á escuchar los antecedentes y consecuentes del primero hasta el último emplasto que se puso.

Entre tanto, la señora de la casa entra y sale con frecuencia, inspeccionando el servicio doméstico para que nada falte á la hora de la mesa, y con frecuencia exclama, dirigiendo una amable sonrisa á los visitantes:

—Ustedes se dignarán dispensarme un momento! Con el permiso de ustedes!

Y se va para la cocina, huele las viandas, prueba el

dulce, regaña á los criados y vuelve á la sala con el semblante plácido y festivo.

Y pasados cinco minutos, pide perdón y se vuelve á ir, da una gira por el comedor, hace rápidas observaciones y torna á venir.

Pobres madres de familia! Más es lo que se afanan y estropean en estas fiestas que lo que gozan!

En esto se presenta un muchacho trayendo una bandeja llena de copas para que liben los convidados á la salud de la *santa*, y los caballeros se las arrebatan á la entrada para distribuirlas entre las señoras y señoritas.

Desde el momento en que un caballero recibe una copa, se cree obligado á estar de pié con la copa en la mano, aun cuando demore media hora el brindis general.

Y llegado este instante, no suele faltar algún entrometido que, con la sonrisa en los labios, exclama:

—Don Fulano tiene la palabra.

—Sí, sí, que hable, apoyan todos.

Y don Fulano, que está por dentro hecho un vinagre contra el que le obliga á echar una perorata imprevista y repentina, suda frío, mientras las miradas todas se fijan en él, y no le queda más remedio que decir alguna cosa que comience por: *tomo esta copa.....* y acabe por *salud!* A cuya señal todos empinan, y enseguida se disputan los caballeros por recoger las copas vacías de las señoras, en tanto que los muchachos, que nunca faltan en estas reuniones, expían el instante en que quedan las copas abandonadas para beberse los *conchos*, sin tener absolutamente en cuenta la diversidad de licores que se meten al bueche y el *ojo de pollo* que se *atizan*.

Así sucede algunas veces que ciertas madres se alarman al ver el malestar que repentinamente observan en sus pequeñuelos, sin saber ni por asomos que es una turca la que se han pegado en el ejercicio de su autonomía infantil.

—«Señores y señoras, la mesa está servida!»

Al escuchar estas palabras la concurrencia se pone en movimiento por parejas y desfila hacia el comedor, donde se hacen y deshacen mil combinaciones para que todos queden bien acomodados.

Los primeros que se sientan son los viejos, porque ellos no piensan más que en comer; pero los jóvenes mariposean largo rato en torno de la mesa, haciéndose

los zuecos cuando se les designa un lugar que no les gusta, hasta colocarse al lado de las niñas más guapas.

Aquí se traba una continúa contienda entre vecinos y vecinas: ellos porque coman y beban á pasto, y ellas asegurando, por todos los santos y santas del cielo, que han comido y bebido lo suficiente.

—Señorita, si usted no come!

—Sí, señor, si he comido bastante!

—Y el vino? Ni siquiera lo ha probado!

—Es que usted me ha vuelto á llenar la copa!

—Pero esta vez va á tomar conmigo.

—Bueno.

—Pero *todo*.

—Ay, es mucho!

—No hay tal; más he tomado yo!

—No me cambie la copa!

—Esta es la suya.

De cuando en cuando algún anciano ó anciana, que no ha metido baza en la conversación, exclama para llamar la atención:

—Viva la santa!

—Viva!! gritan todos, y para acentuar más la exclamación, golpean la mesa y rompen media docena de platos, desastre que hace morir de risa á la señora, con inaudita sorpresa de la criada, que no alcanza á comprender cómo su ama encuentra chistoso que le rompan los platos, cuando por cada uno que á ella se le quiebra en el servicio, la señora le tira las orejas y pone el grito en el cielo.

Dos ó tres horas pasan los convidados en la mesa, hasta que se oye en la sala los preludios del piano, y la gente joven se marcha á toda prisa para entregarse á los placeres del baile, mientras los viejos, que ya han perdido los estribos, no se explican por qué es que los jóvenes y las muchachas se levantan de la mesa sin esperar el café.

Nada quiero decir del baile por esta vez, porque ello será materia de otro artículo que pienso escribir; pero sí haré constar que muchos respetables padres de familia, que están acostumbrados á acostarse á las nueve lo más tarde, se sacrifican heroicamente en aras de la juventud que se divierte, fumando cigarro tras cigarro, mientras sus niñas bailan, si bien cada media hora hacen formales intenciones de marcharse con la femenina prole; pero qué se van á ir, si les han escondido el sombrero y el báculo! De lo cual resulta que las

niñas se ponen tristemente diez veces el abrigo al oír la voz de marcha que les da la autoridad paterna y otras tantas se lo vuelven á quitar alegremente.

Y al fin amanecen los pobres padres, cabeceándose en una silla, con el *pucho* en la boca y el estómago en un hilo, sin contar con una tremenda jaqueca en perspectiva.

Oh! Son divertidísimas estas reuniones de confianza!





El consejo del gallo.

La noble matrona se enjugó los ojos llenos de lágrimas y quedóse mirando fijamente á su hija que, sentada á su lado, daba muestras de gran impaciencia.

—Conque persistes en tan deslizado matrimonio? interrogó la madre.

—Pero, mamá, si Samuel me idolatra, y es rico, y es poderoso, y todos le respetan.

—Pero es un bribón!

—Qué sabe usted! Al contrario, es un angel con pantalones.

—Qué pruebas tienes de sus bondades?

—Muchas! Cuando me mira, por ejemplo, guiña los ojos con tanta malicia, que parece que quisiera comerme viva.

—Bonita prueba!

—Y además, me ha dicho que donde asienta la mano no cría pelo, y donde escupe nace un tigré.

—Desgraciada, qué haces entonces que no huyes de ese monstruo!

—Y por qué! A mí me gustan los hombres así, mamá. Yo soy como Desdémona, que se enamoró locamente de Otelo, apesar de ser un negro, oyéndole contar sus proezas.

—Pero debes recordar que la última proeza del negro fué coser á su esposa á puñaladas.

—Lo hizo por amor; porque los negros son muy ardientes y aquél estaba mordido por los celos.

—Lindo modo de amar!

—Y qué cosa más dulce puede haber, mamá, para

una mujer apasionada, que morir á manos del objeto amado!

—Basta! Tú has perdido el juicio, Inés, y al fin harás lo que te dé la gana.

—Entonces espero que me dará usted su consentimiento.

—Eso, jamás! Quieres caer en la boca del lobo, y en ella caerás, por desgracia tuya y mía; pero no tendré yo la culpa.

—Es porque usted aborrece á Samuel.

—Es porque quiero tu felicidad y te veo en la pendiente de un abismo. Convéncete de que ese hombre no te tiene afecto alguno, sino que el interés lo atrae hacia tí, y que el día que se le antoje te planta en el arroyo y te mide las costillas.

—Vea usted lo que son las opiniones: él en cambio dice que usted es una deschavetada, que no comprende lo que le conviene, y que lo que necesita es que le ajusten la tuerca.

—Qué tuerca?

—La tuerca del entendimiento.

—Y tú escuchas estas cosas contra tu madre.....!

—Dice más: pero no lo digo para que usted no se enfade.

—Infame! Ah, si le oyera mi difunto Bolívar, que en gloria esté! Pero lo que más indigna es que le tolere las ofensas que me infiere, y que le sigas amando.....

—Le amo por lo mismo.

—Qué dices?

—No dice usted que Dios manda amar á los que nos ofendan; luego debo amarle.....

—Mira, déjame en paz, Inés, y vete al diablo!

—Le aseguro á usted, mamá, que voy á ser muy feliz en mi matrimonio; porque antes me propongo seguir el consejo del gallo.

—Qué consejo es ese?

—Me han dicho que al dar las cuatro de la madrugada, la muchacha que quiere saber si debe ó nó casarse con el que la pretende, no tiene más que gritar, imitando el canto del gallo: *Qué será de mí?*

—Y después?

—El primer gallo que responda le dará el consejo, y dicen que es tan claro, que no hay muchacha que no lo comprenda al instante; y la que lo sigue es feliz.

—Me parece muy racional aquello. Ya que no

quieres oír el consejo de tu madre, justo es que te aconseje el gallo.

—Así es. Mañana sabrá usted lo que me haya dicho.

*
* *

—Ay, mamá, si supiera usted lo contenta que estoy.

—Así lo veo.

—Ya me aconsejó el gallo.

—Me complazco mucho.

—Figúrese usted que no he dormido anoche esperando oír *las cuatro*; y tan luego como sonó la última campanada, canté en la ventana lo mismo que un gallo.

—Muy bien hecho.

—Y al instante me respondió un gallo ronco ¡quequerequé!

—Quedarías enterada?

—Ya lo creo: el ¡quequerequé! cualquiera entiende que significa ¡cásate Inés! Y por eso me voy á casar.

—Está bien.

Para que vea usted, mamá, lo bien que aconseja un gallo!

—Así lo veo!

*
* *

—Buenos días, mamita.

—Eres tú, Inés? Hoy hace tres meses que te casaste, y aunque no te he vuelto á ver la cara desde entonces, he debido suponer que flotabas en el oceano de la dicha.

—Ay mamá, si usted supiera.....!

—Qué te pasa?

—Bien me decía usted.....

—Cómo estás llorando?

—Lloraré toda mi vida, porque como usted decía, mi marido es un bribón.

—Ah!

—No hay otro más grosero que él; ni más malo, ni más infame!

—Qué ha hecho?

—Me trata peor que á un perro y cuando me quejo me arrima cada puntapié que me deja molida.

—Pero creo haberte oído decir que á tí te gustaban los hombres así.

—Ahora comprendo mi locura!

—Haces bien en comprenderla.

—Y vengo á ver qué me aconseja usted?

—Yó? Estás loca! Anda que te aconseje el gallo!

*
* *

He oído decir que algunos conspicuos ciudadanos están arrepentidos de haber tomado parte en la última transformación política y que no saben ahora qué hacer.

Será cierto?

Pues entonces que los aconseje el gallo.





El pecado de Juanita.

Una jovencita se acercó temblando al tribunal de la penitencia y cayó de hinojos al pie de la reja del confesionario.

La pobre niña iba más abatida que un condenado á muerte y gruesas lágrimas rodaban por sus pálidas mejillas.

Padre! exclamó con voz temblorosa.

Hoh! contestó de adentro el reverendo con tan ronco acento que parecía un gruñido.

—Vengo á confesarme.

—Bueno, hija, haz el acto de contriccióu.

—Ya, Padre.

—Vamos á ver ¿de qué te acusas?

—Esta es la primera vez que voy á confesarme, y he cometido un pecado muy grande.

—Mas grande es la misericordia de Dios.

—Pero es un pecado muy feo.

—Cómo te llamas?

—Juanita.

—Y ¿qué edad tienes?

—Quince años.

—Cáspita! Ya te veo venir.....

—Estoy arrepentida de todo corazón.

—Pero ¿qué has hecho, muchacha?

—Me da mucha vergüenza decirlo.

—Calla, estás llorando?

—Sí.....sí.....pa.....dré!

—Ten valor, criatura, que estoy reventando de curiosidad.....digo de benevolencia por escucharte.

—Es una cosa horrible!

—Pues suéltala!

—Ay de mí!

—Carrizo! Entonces no acabamos nunca!

—Creo que no habrá perdón para mí. Soy una abominable pecadora.

—Tienes algún enamorado?

—Tengo cuatro.

—Hola!

—Pero eso no es pecado. Hay otras muchachas que tienen ocho.

—Me consta. Vamos adelante.

—Por ese lado no hay nada de malo, Padre, salvo que los engaño á los cuatro.

—Eso tampoco es pecado cuando la niña es bonita como tú.

—Ya lo sé; pero lo gordo es lo que yo dije una vez cuando mi madre me habló de mi primera confesión.

—Y qué dijiste?

—Perdóneme, su reverencia ¡ay cuán arrepentida estoy!

—Vamos, échalo!

—Dije que algún borrico había de ser el primer Padre con quien me confesara.

—Al oír esto el reverendo se mordió los labios, y exclamó para su capucha: yo no me aguanto este elavol!

—Y en alta voz añadió, fingiendo grandes aspavientos:

—Desgraciada! Qué dijiste?

—Que había de ser un asno el primer Padre con quien me confesara.

—Y me has visto á mí las orejas?

—No, Padre Eufrasio, sinó que lo dije por bufonada.

—Infeliz! No puedes imaginarte la horrenda culpa que has cometido!

—Cielo santo, yo me muero!

—Más te valiera haberte muerto; y lo que soy yo no puedo absolvarte, porque para perdonar esa clase de pecados es preciso tener una facultad especialísima concedida por el Santo Padre.

—Qué oigo, Dios mío!

—Mira, chica, corre á confesarte con el padre Iglesias, que está sentado actualmente en su confesionario,

El pecado de Juanita



*—Borríco será usted y toda
su familia !*

y es el único que tiene poder para perdonar tu enorme culpa.

—Padre!

Date prisa, no sea que caigas muerta en este instante y pierdas tu alma.

—Después de todo, murmuró entre dientes, el borrico será él. Y sí que lo es!

II

Un minuto después la acongojada Juanita gemía ante la reja del Padre Iglesias.

Después de muchas reticencias y circunloquios la muchacha temblando de miedo se atrevió al fin á soltar el taco.

—Qué? dice el religioso, sorprendido de que se tratara de tan pequeña cosa.

—Que yo caractericé anticipadamente de burro al primer fraile con quien me confesara.

—Vamos, eso no vale un comino!

—Pero si dije que era un jumento!

—Eso es chanza; pasemos á otra cosa.

—Es que me han dicho que he cometido un delito horrendo y que el único que me lo puede perdonar es vuestra reverencia, porque tiene facultad especial del Papa para absolver este pecado.

—Quién te dijo eso?

—El Padre Eufrasio, que no me quiso confesar, y me mandó para acá.

—Al oír esto el confesor sacó la cabeza por entre las cortinillas del confesionario y gritó con todas sus fuerzas:

—Padre Eufrasio!!

—Hoh! contestó el otro con su habitual gruñido.

—Borrigo será usted y toda su familia!!!

Y lo dijo tan á boca llena y con aire tan provocador, que al Padre Eufrasio se le subió la mostaza á las narices, corrió hacia el correligionario, que lo esperaba arremangado, y se fueron á las manos.

Las hijas de confesión del uno y del otro se dividieron en partidos beligerantes, y á fin de apoyar cada uno su causa con argumentos contundentes, la emprendió á porrazos contra el elemento contrario, y tanto se

tiraron de las mechas las enardecidas pecadoras que no les quedó una hebra de pelo en su sitio.

Aquello fué el escándalo del siglo, y al día siguiente el sacristán formó una estadística de ojos reventados y de narices aplastadas.

Sinembargo ésto no es más que una pálida muestra de los extremos á que suelen conducir las contiendas eclesiásticas.





Juan Lanas.

Dios mío, qué sobresalto!

Me parece haber oído abrir la puerta del jardín y caminar en puntillas.

Si será algún ladrón! Ahora hay tantos ladrones!

Qué hora es? Las doce y cuarto. La hora más pesada de la noche!

Felizmente tengo el sueño tan ligero que me despierta el volar de una mosca.

Si despertaré á Juan! Sí, voy á despertarle!

Juan!.....Juan!!.....Juan!!!

Jesús, qué hombre éste. Duerme como una marmota. A él no le importa que se venga el mundo abajo, mientras está roncando.

Juan! Levántate que anda gente en la escalera.....Creo que están abriendo las puertas. Juan!

Es inútil! Yo sé lo que es mi marido! Cuando se acuesta parece que cae en un pozo.

Al fin tendré yo que ir á tirarle cama abajo.....

*
* *

Y ésto qué significa? Dónde estará el bribón?

Vea usted! La cama vacía! Este hombre se ha ido á alguna parte!

A ver.....No hay nada! Es seguro que se ha marchado; porque sinó (reflexión femenina muy lógica) aquí estuviera.

Pero no puede ser. Aquí está su ropa, su sombrero, sus botines.....

Cómo ha salido entonces?

No puedo creer que se haya ido en calzoncillos.

Tengo, pues, que descubrir este misterio.

Calla! La navaja y la jabonera sobre la mesa!

Ese pillo se ha afeitado. Aquí está el cuerpo del delito. No me lo podrá negar, porque de otro modo no hubiera sacado la navaja de su estuche.

Cuando un hombre se afeita á deshoras, sin que lo sepa su mujer, es porque hay algún gato encerrado.

Ay! Pero á mí no me la pega el muy tunante!

Vamos á ver la cómoda. Tengo una sospecha.

No lo dije! Aquí ha metido él la mano! Todo lo ha revuelto! Dame paciencia, María Santísima! Vea usted! Las camisas estaban encima de la ropa de paño y ahora están debajo.

Eran seis. Voy á contarlas. Una.....dos.....tres.....cuatro.....cinco.....Falta una! Lo que prueba que ese malvado se ha puesto camisa limpia.

Demontres! Falta también el frac y la corbata blanca.

Como falte también el sombrero de pelo, ya no me quedará la menor duda. Voy á buscar la sombrerera.

A ver.....Vacía. *Se me puso!* Esto quiere decir que mi dichoso marido se ha vestido de etiqueta para ir á alguna parranda.

Y yo dormida inocentemente, creyendo que el sinvergüenza estaba acostado en su cama.

Sabe Dios lo que estará haciendo á estas horas!

Qué tal si yo, por casualidad, no me despierto!

Mañana se habría levantado, como de costumbre; después se habría quejado de dolor de cabeza, y yo, hecha una tonta, tendría que haber estado pasándole el lápiz eléctrico para que se aliviara.

Cuántas me habrá hecho de éstas!

Nó, lo que es ésta no se la aguanto, por María Santísima! Aquí va á arder Troya! Es ya la una de la mañana, y aún me tiene este bandido despierta, levantada y en camisa, averiguando sus vagamunderías.

Pero ya me las pagará cuando venga!

Ya llega.....Siento sus pasos. Voy á darle una sorpresa.

—Caballero, buenos días!

(El marido asombrado.) Eres tú, Clara?

—Sí, soy yo! Y usted, quién es?

—Pero qué haces aquí á estas horas, mujer?

—Yo estoy en mi casa. Y usted de dónde viene á las cuatro de la madrugada?

—Hacia tanto calor allá arriba que me ahogaba, y entonces se me antojó bajar á tomar el aire al jardín.

Y para estar más fresco, sin duda, se puso usted el frac?

—Cuál?

—El que lleva usted puesto.

—Hombre, verdad! No me había fijado!

—Me parece.....Y en lugar de tomar usted el gorro de dormir, tomó Ud. el sombrero de pelo y se lo puso.

—Pues, hija, lo que pasa en mí es un fenómeno muy natural. Soy sonámbulo ¿entiendes? Y como temprano estuve soñando que me hallaba en un sarao, me he vestido inconscientemente con traje de etiqueta.

—Debes haber soñado también que bebías algunas copas?

—Por qué?

—Porque me estás oliendo á trago.

—Quién?

—Quién ha de ser.....?

—Yo? Es extraño!

—Y esa camelia que traes en el ojal?

—La tomé aquí, en el jardín, hace un momento.

—Pero si aquí no hay camelias!

—Nada, hija, voy á hablarte con franqueza: he querido darte una broma, con motivo de ciertos celillos que yo tengo.....

—Pues yo voy á darte otra.....Y acto continuo la irritada esposa le saltó á la cara, como un gato, y le dió cinco arañazos consecutivos, desapareciendo en seguida.

*
* *

Ah, exclamó don Juan Lanas, palpándose la cara hecha un mapa. Esa desgraciada sucumbe ahora mismo en mis manos.

Hoy tiene que correr sangre en esta casa!

Un Juan Lanás, como yo, no se deja ultrajar de una mujer, impunemente.

La venganza tiene que ser terrible! Arañarme á mí el rostro! Qué dirán cuando vaya á la oficina! Malvada mujer! Mas ella no sabe que ha despertado al león que dormía y hoy ese león va á devorarla.

Muera ella y sálvase la dignidad de mi sexo! A matarla sea dicho!

Y subió á escape la escalera.

*
* *

Al llegar á este punto de mi narración, sospecho que mi bella lectora, con la sonrisa en los labios, se ha dicho para sí: *A que no la mató!*

Efectivamente, hermosa amiga: no la mató. El que estuvo á punto de matarse fué él, porque habiendo entrado á oscuras y en puntillas en la alcoba, para evitar otro disgusto con la señora, que estaba ya acostada, tropezó con una escupidera y fué á dar de cabeza contra la perilla de un mueble.

Pero no hay que reírse. El mundo, señores, está lleno de estos Juan Lanás!

Y los hay tanto en la vida privada como en la vida pública. Fíjense un poco y los conocerán.





Guayaquil en invierno.

Tres ó cuatro meses antes de que comience el invierno en Guayaquil, la Municipalidad debería costear un profesor de física para que enseñe al vecindario, gratuitamente, las leyes de la estática.

O en su defecto contratar una compañía de equilibristas japoneses para que den al pueblo lecciones de equilibrio.

Aquello de atravesar una boca-calle en la estación presente y dadas las condiciones en que se encuentran las vías públicas, es algo más árduo que el paso de Anibal por el desfiladero de las Termópilas.

Durante el Diluvio de que nos habla la tradición, había siquiera la ventaja de que todo era agua sobre la redondez de la tierra, y siquiera se podía nadar; pero aquí todo es fango y se entierra uno hasta las orejas sino se defiende como gato boca arriba.

Las que más sufren con esta invasión del espeso elemento son las mujeres. Pobres señoras! Yo he visto damas que hacen detener un tranvía para bajarse, y se quedan en suspenso, con un pié en el estribo y otro en el aire, sin tener donde posarse, como la paloma que soltó Noé en el Arca. Y al fin vuelven á tomar asiento en el vehículo, sin llevar en el pico el ramo de oliva, sino un profundo disgusto pintado en el semblante.

En las esquinas suele verse grupos de personas que parecen abortas en profundas meditaciones.

Qué diréis que están haciendo?—Calculando, no la cuadratura del círculo, por cierto, sino la manera de atravesar la calle en las circunstancias menos angustiosas.

El que es equilibrista lo hace con relativa facilidad, aprovechando de los más leves puntos de apoyo que encuentra en el camino; pero el que no sabe bailar en la cuerda expone á la vez el calzado y la nariz; porque el estropeo de aquél es inevitable, y la rotura de aquélla por una caída de bruces es posible.

Si el transeunte pertenece al sexo femenino se le presenta una complicación más: el levantamiento de la falda, que no deja de ser cuestión árdua, porque tiene de ser alzada con tal precaución que ni llegue á rozar el ruedo con el barro ni les pague el gusto á los curiosos, que son muchos, y les gusta mirar de abajo para arriba.

Sólo las viejas tienen el privilegio de no reparar en estas pequeñeces, porque Nuestro Señor Jesucristo las ha puesto ya al abrigo de toda tentación. Pero las muchachas tienen el diablo en el cuerpo, como decía mi maestro!

Ayer iba yo por la calle de «Seis de Marzo,» cuando una vecina del frente me hizo con el pañuelo una seña para que me acercara.

Era cuestión de atravesar la calle; pero no vacilé. La galantería exigía de mí este sacrificio.

El lodo me circunfía por todas partes.

Quise retroceder; pero me pareció una cobardía delante de la vecina, que era una joven amable y bonita.

Si hubiera sido alguna lagañosa y bigotuda, me regreso.

El trayecto se me presentaba cada vez más horripilante.

Empecé á sudar frío en toda la extensión de la espina dorsal.

De pronto se me ocurrió una idea: llamar un práctico.

—Un práctico! grité con voz angustiada, mientras me sostenía en equilibrio sobre un plan de botella.

Una carcajada de la vecina me devolvió el amor propio, que se me iba evaporando.

Y al punto me puse á estudiar minuciosamente el terreno.

Por delante tenía un casco de botija bastante resbaloso; más allá una olla desfondada; en frente una botella; enseguida una dueña de barril; al lado una tuzá; más lejos una cáscara de guaba y allá un perro muerto

en estado de descomposición; al Este y al Oeste dos inmensas lagunas.

Por lo que se ve, había mucho en qué elegir.

Pero, cosa curiosa! La configuración colectiva de las especies indicadas se me pareció al mapa de la América del Sur.

Esta idea me horrorizó.

Iba yo á tener que recorrer el continente de Sur á Norte; como el andarín Behn!

El caso de botija, ancho de arriba y angosto por abajo representaba perfectamente la Patagonia; y el plan de botella en que yo me sostenía á duras penas debía ser, sin duda alguna, la Tierra del Fuego.

Pensé un momento si me convendría avanzar por la costa del Atlántico ó por la del Pacífico,

Aquella me parecía más practicable, aunque más larga, y al fin me resolví á emprender por ella la marcha.

De un salto, me puse en el Uruguay, que era una lata de sardinas boca abajo; de otro salto caí en el Paraguay, representado por un trozo de ladrillo, y allí quedé un momento, jadeante y alarmado, sin saber qué hacer, porque toda la costa del Brasil se había ido á pique.

Aturdido estaba ya con este contratiempo, cuando descubrí, para ventura mía, una interesante quijada de vaca, que me pareció el Cabo San Roque, al Este de la estera mojada que representaba el Brasil.

La empresa, sin embargo, no era fácil! Saltar desde el Paraguay al Cabo San Roque.....no lo hace cualquiera.

Pero salté ¡qué diablos! y caí sobre la quijada, digo sobre el Cabo; y desde allí tendí la mirada al Norte y ví tres suelas de zapato paralelas y semi podridas que me ofrecían tres puntos de apoyo: eran las Guayanas.

Fuí hacia ellas con mucho tino para no echar á pique el litoral, y tuve la satisfacción de quedarme en equilibrio, con un pié en la Guayana Inglesa y otro en la Holandesa.

Hice una guiñada al Oeste para buscar á Venezuela, y ví la olla desfondada de que ya hablé al principio. Pasé sobre ella á pié enjunto y observé que llegaba ya al término de mi viaje.

Una cáscara de huevo y una larga y angosta cáscara de guaba se presentaban á mi vista. La de huevo era la República de Panamá; pero no se podía pisar en ella, porque se hubiera quebrado, y me lancé por la de

guaba llevando la ilusión de que recorría el Istmo de Panamá,

Así llegué al lugar de mi destino, que era la vecina que me había llamado; pero cuando le pregunté afablemente en qué podía servirla, puesto que estaba enteramente á su disposición y para mí sería un gran placer, etc., etc., me dijo:

—En nada.

—Y entonces para que me ha llamado, vecina?

—Yo no lo he llamado á Ud., sino á un lechero que pasaba á su lado.

—Ah diablos! Y lo peor es que de estos desengaños no habla siquiera la historia!

Sin embargo, todavía hay gentes muy serias que nos hablan de los progresos que se han hecho en el saneamiento urbano; cuando á decir verdad, lo único que progresa es la brecha abierta en los fondos públicos.





Los lateros.

Entre las diversas plagas que afligen á la humanidad, hay una peor que la peste bubónica, y es la de los *lateros*.

Siquiera la bubónica tiene la ventaja de que puede uno evitar una invasión; matando oportunamente las ratas ó inoculándose el suero Yersin; pero contra la epidemia de los *lateros* no vale cazar ratones, ni hay suero alguno que aproveche.

El individuo atacado de *lata* se conoce en su propensión á la locuacidad. Tiene el furor de la palabra y su mayor deleite consiste en hallar quienes lo escuchan.

Para él no existe la noción del tiempo, ni tiene obligaciones serias que cumplir, ni comprende que las demás personas pueden estar ocupadas; lo único que le enagena es el hablar, de cualquier cosa; pero hablar siempre, mientras dispone de un par de orejas que le atienden ó fingen atenderle.

Los hay de todos matices: políticos, religiosos, sociólogos, pero todas sus peroraciones no son en el fondo más que una *pura lata*.

Y la víctima es el oyente.

Yo los he visto, con los labios temblorosos, los ojos encendidos, el cabello hirzuto y el ademán amenazante exponiendo sus ideas donde quiera que la suerte les depara un auditorio.

Si son políticos, le arreglan á usted la administración pública en dos quiñazos. Para ellos no hay dificultades. Las cosas deben hacerse de este modo, del

otro y del de más allá. Ellos lo saben hacer tódo; pero queda usted convencido de que no sirven para nada.

Otros la dan por el amor á la patria; otros por lo que valen; otros por lo que debían valer, y se pasan el día y la noche *dando lata* á todos los que topan con ellos.

Es inútil evitarlos, porque están en todas partes y le asaltan á Ud. en medio camino para condenarle al suplicio de oírles.

Va Ud. á tomar el vapor que está próximo á partir? Va Ud. á buscar un facultativo para que asista á un miembro de familia enfermo?

Pues no llega á tiempo; porque al volver una esquina tropieza con un *latero crónico*, que le narra una historia inconmensurable.

Y son peligrosos estos hombres delante de los objetos frágiles, porque dan tales manotadas en contorno que no queda uno sano.

Son peligrosos también ante las personas tolerantes, porque cogen al oyente y se le prenden de las solapas; y, en el calor de la peroración, le arrancan los botones, le pegan furibundas palmadas en el hombro izquierdo, para acentuar los argumentos, y les meten el dedo índice en las narices, á fin de que aprecie la fuerza de sus razonamientos.

Con decir que ellos mismos suelen averiarse inconscientemente, está dicho tódo.

Les sucede con frecuencia que, estando con el cigarro en una mano y el fósforo inflamado en la otra, tratan de encender el primero; pero al juntar la llama con el extremo del puro, elevando ambos á la altura de la boca, se les ocurre de pronto un pensamiento nuevo y suspenden la operación para gesticular á la vez con el cigarro y con el fósforo, sin echar de ver que la pajueta se consume y se queman los dedos miserablemente.

Pero nada les importa desollarse; y serían capaces de poner una mano en las llamas como Mucio Scévola, con tal de proseguir la *lata*.

Otras veces—cuando hay tragos de por medio—cogen la copa en que han bebido y empiezan á golpearla de plan sobre la mesa para graduar la importancia de sus conclusiones, hasta que la hacen añicos antes de llegar al ultimatum.

Cuando van á hablar algo contra el Gobierno, simulan que es cosa muy secreta, que sólo ellos saben; se pegan á uno nariz con nariz, le clavan la mirada en el blanco del ojo y dan principio á un susurro que lo oyen

todos los que quieren y los que no quieren. Cuando acaban queda Ud. con el rostro irrigado de saliva confidencial.

No se podría inventar, digo yo, algún aparato repelente contra los *lateros*? No serían capaces los sabios de descubrir algún suero anti-lateroso para inocular á las víctimas de este flajelo?

Ah, pero el colmo de la *lata* es cuando está uno abortado en su trabajo, lleno de preocupaciones y se presenta el *latero*, con paso de felino, fisonomía radiante y ademán resuelto, obligándole á que suspenda su labor y á que le acompañe á perder el tiempo.

Entonces ruge Ud. por dentro, pugnando por romper la valla de la buena educación; pero el *latero* impávido le reduce á la impotencia con su frescura bonachona y se aguanta Ud. la *lata* á despecho de todos sus propósitos.

La *lata* enferma. Muchas jaquecas crónicas, dispepsias incurables y apoplejías fulminantes han sido causadas por una *lata* extraordinaria.

Apelo al testimonio de todos los hombres de negocios para que digan si tienen ó nó algún órgano resentido por efecto de los *lateros*.

Esta misma es una *lata*, que ustedes se han aguantado benévolamente; pero les suplico que me la perdonen.



La manteca de gavián.

Todos saben que las riñas de gallos tienen en Sud-América más aficionados que las corridas de toros en España.

Por lo menos aquí, en el Ecuador, no hay fiesta popular que no sea solemnizada con una pelea de gallos.

Hay aficionados que quieren á su gallo más que á su hijo. Le cargan constantemente en brazos, como una madre á su pequeñuelo; y no le dan la mamadera, porque el ave no la acepta; pero es lo único que les falta.

Dicen que para una madre no hay hijo feo. Para un *gallero* tampoco hay gallo feo.

Yo he visto gallos horribles, y hasta indecentes, si se quiere, por haber perdido el plumaje en el combate; les he visto con la cabeza pelada, roja, sanguinolenta y tumefacta.....Las patas hinchadas, la rabadilla amoratada, los ojos violáceos, la cresta desgarrada, y por el pico destilando humores viscosos.....No digo más por respeto al carísimo lector que recorre estas líneas; pero supla su imaginación la insuficiencia de mi palabra.

Para qué sirve este animal? me he preguntado muchas veces en presencia de uno de estos ejemplares. Pero antes de que yo mismo me hubiera contestado, he visto venir al *gallero* con solicitud paternal, coger al ave informe, estrecharla tiernamente contra su pecho, restañarle la sangre, beber sus lágrimas y darle fricciones de aguardiente en los miembros entumecidos.

Oh Dios mío! he tenido que exclamar. Más les valiera no haber nacido!

En cierta ocasión se presentó en la cancha de Guayaquil, aquella famosa que existía en la calle de la Gallera, antes del incendio de 1896, un individuo aficionado á las riñas. Llevaba varios gallos; pero gallos malos, al decir de los inteligentes, de esos sin tumores, ni cicatrices, ni mucosidades.....

Todos estaban emplumados, cosa inadmisibile en los gallos de pelea; y tenían cresta, que es una barbaridad entre los clásicos; y tendían el ala á las pollas, que es una práctica reñida absolutamente con el arte de combatir. Indudablemente, aquel hombre era un desgraciado que oía cantar los gallos sin saber por dónde.

Soltólos á la cancha, hizo gruesas apuestas con los mejores galleros de Ciudad Vieja y del Astillero, y dió mucho de qué reir y en qué pensar á los peritos en la materia.

Está loco! decían unos. Está chispo! decían otros. Pero el sujeto no estaba ni loco ni chispo. Él sabía su cuento.

Y el cuento fué que cuando vino el mejor de los gallos ajenos á combatir con el peor de los suyos, salió escapado como una flecha.

Hízose nuevo careo; se le sopló alcohol al gallo huído; se le puso una cataplasmita de ají en el nacimiento de la cola, para que se fastidiara un poco; pero ni por esas!

El animal corría como si viera al diablo al acercarse á su contendor.

El dueño del flojo se hallaba fuera de sí. Jamás había corrido su gallo. Cómo era que retrocedía ahora cobardemente ante un adversario tan grosero!

Los galleros todos estaban asombrados.

El juez de gallos se había puesto los anteojos, porque el caso era complicadísimo y amenazaba desvelarlo durante mucho tiempo.

Volvieron á poner los gallos frente á frente: es decir: pico á pico.

El malo quedó en su terreno; dispuesto á aceptar el combate; pero el bueno, el *ajiseco* de *quinientos sures*, como lo llamaba su dueño, echóse á correr, á los primeros golpes cacareando como una gallina.

Nadie se podía explicar este fenómeno: un gallo fino corrido por un adversario de á *doce reales*. Qué diablo era eso!

Gallero hubo, que, no habiendo podido asistir al coliseo, por estar su esposa gravísima, pasó por allí á buscar los santos óleos para la enferma; pero en el ca-

mino le informaron de lo que ocurría, y no quiso perder el espectáculo. Esto tengo que verlo, dijo. Primero el gallo, que es lo que importa.....

Debatiendo estaban todos los doctores de la Igle..... digo de la Gallera, cuando habló un chico, hijo del dueño del gallo ordinario, á quien su padre por mal de sus pecados llevaba consigo, y dijo:

—Yo sé por qué corre el gallo fino.

—Por qué? le preguntaron todos.

Porque el gallo de mi papá tiene manteca de gavilán debajo del ala.

Maldito muchacho!

Hasta ahora está vibrando el puntapié que le arri-mó el autor de sus días.

La explicación fué clarísima para todos.

Como el gavilán es el terror de las aves de corral, según sabe todo el mundo, se le ocurrió á aquel sujeto extraer la grasa á una de esas aves de rapiña y untar con ella á sus gallos de pacotilla. Los demás que se le acercaban, por bravos que fueran, olían la manteca de gavilán y escurrían el bulto, temiendo la presencia y la opresión del terrible enemigo. Por esto era por lo que corría el gallo fino al oler á su rival.

Entonces el juez, ardiendo en cólera, dijo:

“Desde hoy en adelante, á todo gallo que se presente en la caucha, se le olerá el ala, primeramente.”

Y así quedó dispuesto.

* *
*

Cuando vean ustedes, amables lectores, aquellos gallitos que desafían á todos en la arena política, y que no hay quien se les acerque, no crean que es porque son gallos de mérito..... Es porque tienen manteca de gavilán ó compadrería oficial bajo las alas.

Ya ustedes me entienden!





El monje y el rústico.

¿Quién no ha oído hablar de los monjes de la Trapa?

Los trapenses son unos siervos de Dios que pertenecen á la más austera de las órdenes religiosas conocidas.

Básteme decir que las mujeres piadosas no han podido fundar, para ellas, una orden semejante; apesar de que son inclinadas á buscar las más rigurosas cuando sienten vocación para el monjío.

Pero saben ustedes por qué las esposas del Señor encuentran las reglas de la Trapa superiores á sus fuerzas?

Ya—me dirán algunos—porque los trapenses van vestidos de jerga?

—Nó, por vida mía, respondo.

—Será porque los trapenses se dejan crecer la barba, y las mujeres, aunque quieran, no pueden imitarlos?

—Támpoco.

—Será porque los trapenses cavan ellos mismos su propia sepultura?

« Nada de eso. Lo que hay de superior á las fuerzas del sexo femenino en las reglas de la Trapa, es que los religiosos hacen voto de silencio y se pasan la vida sin desplegar los labios, cosa imposible para las amables hijas de Eva.

Ellas son capaces de hacer los más terribles votos y cumplirlos con ejemplar fortaleza de espíritu; pero el voto de tener la lengua quieta, de no hablar, de estar

calladas siquiera una hora, eso no lo hacen las mujeres por santas que sean.

Mas dejemos la digresión aparte y entremos en materia, que el tiempo es corto y el espacio no muy largo.

Han de saber ustedes, que en el día á que voy á referirme, uno de los más severos monjes de la Trapa se paseaba al caer el sol en el atrio del monasterio.

Horrible demacración se pintaba en su semblante; sus ojos sin brillo casi desaparecían en las profundas y azuladas órbitas; la barba era espesa y enmarañada, el paso tardo y vacilante, y por todo vestido llevaba una túnica raída de jerga ceñida á la cintura con un trozo de cuerda.

Al toque de oración acercóse al locutorio y golpeando suavemente en una baranda de piedra con un Cristo de bronce, exclamó con voz que parecía salida del otro mundo:

—*Hermanos, que morir tenemos!*

—*Ya lo sabemos!* respondieron varias voces en el interior, con el mismo acento de ultratumba.

Estas son las únicas palabras que cambian entre sí los trapenses, cada veinticuatro horas, al toque de oración.

Acababa de resonar en las sombrías bóvedas del claustro tan lúgubre advertencia, cuando se oyó en la vecindad, como para formar el contraste, una bien timbrada y magnífica voz que cantaba con la popular entonación del *Morrongo*:

Ay qué gusto yo tengo una chica,
Que cuando en mis labios sus labios aplica,
Ay qué dulces me saben los besos
Que llenos de fuego me quedan impresos!

Al escuchar el monje esta profana canción hizo la señal de la cruz y se santiguó devotamente, sin duda para ponerse á cubierto de las malas tentaciones.

A pocos pasos de la santa casa apareció entonces un gallardo mozo, en traje de campesino, que volvía de las labores del campo con la azada al hombro y la alegría pintada en el semblante.

Al pasar cerca del religioso se detuvo y, quitándose el sombrero, le dijo:

—Buenas tardes, hermano!

El Monje y el Rústico



*—Caramba ! Cuántas barbaridades hacen
ustedes por no trabajar !*

El Monje inclinó la cabeza.

—Bueno ha sido hoy el día, hermano. Se ha trabajado mucho! Húmeda queda la tierra con el sudor que ha regado esta frente, hermano.

El Monje volvió á inclinar la cabeza.

—La tierra es agradecida y generosa—continuó el labrador. Todo cuidado que uno se tome por ella lo paga con creces. Si viera usted qué racimos maduran en las viñas y qué precioso color de oro van tomando las espigas de trigo!

El Monje hizo un signo de aprobación.

Pero ¡ah! exclamó el joven; me olvidaba de que ustedes no contestan con la boca. ¡Caramba que debe ser una grilla eso! de hacerse el mudo por puro gusto!

El Monje frunció el entrecejo.

—Y me han dicho, siguió el mozo, que ustedes no dizque comen más que hortalizas y pan de centeno. Es verdad?

Con la cabeza hizo el interrogado una señal afirmativa.

—Pues, hermano, así se está viendo que no les luce mucho el pelo. Yo, aunque pobre, tengo una olla bien provista y una costilla de chanco que me está esperando, así.....y una bota llena ¡eh!

Pero, dígame, cierto es que ustedes duermen sobre una piedra?

Nueva señal afirmativa.

—Yo, aunque pobre, tengo mi camita blanda, donde duermo como un príncipe. Y es verdad que se pasan la prima noche haciendo penitencia?

Señal afirmativa.

—Pues yo la paso pelando la pava con una chica morena que parece un buñuelo.

El religioso arrugó las cejas y acarició la peana del Cristo.

El indiscreto joven continuó:

—Es cierto que ustedes mismos dizque cavan su sepultura?

Señal afirmativa.

—Y dicen también que ustedes no se ponen camisa?

Señal negativa.

Cesó el labrador de hacer preguntas y se quedó asombrado contemplando al religioso.

Este parecía estar satisfecho de la admiración que

había despertado en el aldeano; pero no duró mucho su error, pues el mozo le lanzó la última mirada, llena de reproches y soltó esta sincerísima exclamación:

—Caramba! Cuántas barbaridades hacen ustedes por no trabajar!!

Giró sobre sus talones y prosiguió su camino, reanudando su canción:

Ay qué bella! Ay qué bella!
Pues no hay ótra tan linda como élla!

*
* *

Dejemos en paz á los pobres Monjes de la Trapa, ya que, al fin y al cabo, á nadie le importa que hablen ó no hablen, que hagan ó no penitencia, que duerman ó no duerman, que coman ó no coman.

Hay otra orden, que llamaré mejor cuadrilla, de gente más inútil, que nada produce y que es la que tiene la mejor tajada en el banquete del Presupuesto.

Qué hacen, digo yo, para qué sirven, qué utilidad proporcionan?

Lo único que se sabe es que se llaman patriotas, restauradores, regeneradores, redentores, transformadores, etc., y dicen que son los guardianes de las instituciones, y que marchan á la vanguardia del progreso, y que prestan preciosos servicios á la Patria, y que velan por los intereses públicos, y que si no fuera por ellos estaríamos en plena barbarie, y que son los hados bienhechores ó los ángeles tutelares de la República.

Con estas artificiales ejecutorias ocupan los primeros puestos, cobran las mayores rentas, aprovechan de todas las gangas, medran en todos los negocios, despotizan á todos los humildes, joroban á todos los independientes y viven en olor de santidad.

Caramba!! exclamo yo como el rústico del cuento: Cuánto inventan estos pechugones por no trabajar!!!





Aventuras de Carnaval.

I

—Mira, niño, no salgas á la calle en estos días de carnaval, porque te van á mojar.

—Bah! Usted cree, tía, que yo soy de esos majaderos que se dejan arrastrar por este horrible juego. De gallina le doy al que se meta conmigo y me moje ó me embadurne.

—Uhm! Así decía tu pobre padre, que en gloria esté; y sinembargo, todos los domingos de carnaval nos lo traían achispado y pintado de verde.

—Debilidades humanas, tía; pero yo aborrezco esta bárbara costumbre, tanto como usted la aborrece.

—Cuidado, Juanito! Mejor es que no salgas. Ya ves que yo no pongo un pié en la calle, y sólo así estoy libre de que algo me suceda.

—Es que yo no me reuno con esos locos que andan por allí chorreando agua y tirando cascarrones. Yo voy á casa de unas amiguitas muy formales, que no juegan carnaval y son hijas de María.

—Si es así, anda Juanito; pero no caigas en la tentación.....

—Usted, por su parte, tío, no se asome á la ventana, porque pueden tirarle una cáscara.

—Ni Dios quiera!

Juanito Figurín, que así se llamaba el sobrino de su tía, se vistió con primor, perfumóse la peluca, se co-

locó una flor en el ojal y creyóse el mocito más curru-taco del cantón.

Apretó el junquillo, dióse la última mirada á los puntiagudos zapatos de charol y salió por esas calles más enamorado de sí mismo que el Adonis de la fábula; mientras la tía le miraba alejarse llena de satisfacción y de orgullo, diciéndose: «Es una perla!»

II

Tres hijas tenía doña Cipriana: Euterpe, Calíope y Urania, nombres de tres musas, que habían inspirado ya muchos madrigales á varios poetas; pero á ninguno la idea de tomar alguna por esposa.

Las tres eran guapas y traviesas, más de lo conveniente, pero en extremo agradables.

Chicas, decía Urania, la menor, á sus dos hermanas: será posible que nos quedemos sin jugar carnaval!

—Oh, nó! replicaban las dos: jugaremos!

—Pero con quién?

—No faltará.

—Ay, San Jacinto milagroso, échate por acá algún tipo especial para remojarle el pellejo!

—Qué hablan ustedes, niñas? preguntó la madre, con severo acento.

—Nada, mamita. Decimos que puede ser que llueva.

—Pues nada tendría de extraño, desde que estamos en invierno.

Las tres muchachas sonríen con malicia y una de ellas se asoma á hurtadillas al balcón.

Victoria!! exclama. Ya lo tenemos.

—Quién? interrogan las otras, rebozando de júbilo.

—Juanito Figurín. Viene para acá el muy caudido.

—San Jacinto le ha mandado.

—Silencio: cuidado se asusta y se va!

—Todas muy serias.

—Ay qué gusto!

—Preparen el agua y los polvos.

—Chist! Ya sube.

III

- Señoritas, á los pies de ustedes.
- Pase usted adelante, señor Figurín.
- Un millón de gracias. Ustedes siempre tan lindas, como un puñado de rosas.
- Es usted muy galante.
- No es galantería: es justicia.
- Sigue usted tan travieso como de costumbre?
- Je, je, je! No hagan malos juicios de mí, señoritas, porque sería calumniarme.
- Sabemos que está usted muy enamorado. (A ver por dónde sale este sietemesino.)
- (Euterpe aparte.) Ahora va á comenzar á mentir.
- Yo siempre estoy enamorado, niñas mías; porque el bello sexo me atrae como el imán al acero; como la llama á la pintada mariposa; como el nectario de las flores al brillante colibrí.....
- Sí, sí, ya lo sabemos. Adelante!
- Qué graciosa es Ud., señorita Urania!
- Y usted qué pillo, don Juanito!
- Si me permitiera usted colocar mi corazón á sus pies.....
- Por mí no hay inconveniente: puede usted colocarlo.
- Y qué me daría usted en cambio?
- Le daría un cascarón.
- Qué horror! No saben ustedes, niñas, que yo aborrezco el juego de carnaval. Qué sería de mi levita nueva si yo jugara! Qué de mis pantalones color de cielo si me los mancharan. Nó, nó, les aseguro á ustedes que no juego; y como sé que ustedes tampoco juegan, vine aquí á ponerme al abrigo de esa costumbre salvaje.
- (Calíope á sus hermanas.) Creo que el pollo está ya á punto.
- (Urania en voz baja.) Voy á preparar el parque.
- (Calíope.) Vamos con tiento.
- Pues como iba diciendo, hermosas niñas, el carnaval es un resto de la antigua barbarie y es preciso desterrarlo de nuestras costumbres. Si fuera posible jugar con besos con las bellas criaturas que están presentes, yo sería el primero.....
- (Euterpe aparte.) Ahora verás, zángano, donde te da el agua.

Don Juanito, exclamó Calíope levantándose; nosotras no jugamos, como usted sabe; pero para no ser excepciones, nos permitirá usted ponerle tres gotas de olor en la solapa.....

Con el mayor placer, señorita Calíope; y yo á mi vez corresponderé con otras tres, aun cuando usted no necesita perfumarse para embriagarme con su delicioso aroma.....

—(Calíope á Urania.) Dale la vuelta por detrás mientras que yo lo perfumo y échale la jarra de agua en la cabeza.

(Enterpe.) Me voy á morir de risa!

[Don Juanito entre sí.] Estas muchachas se mueren por mí.

Aaaaa! Ooooo! Qué es esto? Me han bañado! Es posible! Cómo! Estoy chorreando agua! Qué dirá mi tía!

Mientras las niñas se desternillaban de risa, viendo la triste figura del mancebo, que parecía un pollo mojado, él ardía en deseos de venganza y ciego de cólera se precipitó á la cocina con la jarra en la mano.

Va á traer agua, exclamaron las tres. Polvo con él.

Volvió al instante con la jarra llena y se lanzó como una flecha contra el grupo femenino; pero lo hizo con tan mala suerte, que resbaló en el charco y cayó con jarra y todo cuán largo era.

No podía ser más favorable aquel momento para caerle encima, y las tres musas aprovecharon del enemigo caído para empolvarle sin compasión.

Blanco sí, azul nó, gritaba el infeliz, viendo que en las manos de sus terribles adversarias figuraban paquetes de polvo de arroz y de azul de Prusia.

Largo rato duró la refriega, durante la cual el desdichado no cesó de pedir misericordia.

Echémosle agua encima para que se le pegue el polvo, exclamaba la implacable Enterpe.

Qué es ésto? gritaba él.

Carnaval, le respondían.

Cuando al fin pudo levantarse el buen don Juanito Figurín, parecía un figurín iluminado.

Pero qué te parece el atrevimiento. le decía Calíope á Urania en secreto; mientras le estaba embadurnando los bigotes, el pillo éste me ha dado más de diez besos.

Y á mí me ha abrazado el maldito cuanto ha querido; pero en carnaval todo es disculpable.

—Nunca creí, hermosas niñas, que fueran ustedes capaces de entregarse á este juego tan vulgar.

—Y ahora, qué dirá su señora tía?

—Eso es lo que yo digo!

—Parece increíble lo feo que usted se ha puesto, don Juanito!

—Dónde está mi sombrero?

—No se vaya, don Juanito!

—Ya lo veo: me lo han apabullado horriblemente.

Vive Dios! Esto no puede quedar así! Ahora me la pagan.....!

Don Juanito volvió á tomar el camino de la cocina en pos de agua para bañar á las jóvenes; pero éstas corrieron tras él y cuando le vieron meter la mitad del cuerpo en la botija para alcanzar el agua que estaba bastante baja, las tres, inspiradas por la misma diabólica idea, lo levantaron de los piés, haciéndole perder el punto de apoyo y obligándole á caer de cabeza en el depósito.

Esta vez no chistó el pobrecillo, ni podía chistar, porque se estaba ahogando en silencio con el agua á las rodillas. Lo único que hacía era agitar las extremidades visibles como un azogado.

Fortuna fué que la bulla de las muchachas atrajera á la respetable autora de sus días, doña Cipriana, que vió el peligro de muerte en que se hallaba el joven, y lo sacó en sus brazos, con los ojos ya cárdenos y la nariz amoratada.

Iban todas á darle una satisfacción; pero él no quiso oír á nadie y se lanzó escaleras abajo como alma que lleva el diablo.

Al llegar á su casa le esperaba una sorpresa que lo dejó sin habla: su respetable tía, la buena doña Jerundia, que aborrecía el carnaval, estaba allí hecha una sopa, con la mitad de la cara amarilla y la otra verde, escupiendo anilina morada.

—Qué veo? exclamó al entrar.

—Quién es usted? le preguntó la tía. Qué se le ofrece?

—Tía, soy yo, Juanito

—Hijo de mi alma, si no te he conocido: estás hecho una caricatura!

—Y usted, tía?

—Qué hacer, Juanito! Vino don José, tu padrino,

que es un hombre tan respetable, y se le fué la mano. Yo tuve que desquitarme, y nos hemos embadurnado que ha sido un horror. Y tú? No dijiste que ibas donde unas niñas muy formales?

—Tan formales, tía, que casi se queda usted sin sobrino!





Viva el Diablo!

Cuentan las crónicas que el Diablo fijó una vez su residencia en la ciudad del Toboso, cuando aún existía en aquel lugar la sin par Dulcinea. Y entonces fué cuando comenzaron los robos, los asesinatos, los raptos, los adulterios y todas las travesuras que sabe sugerir Lucifer á los hombres y á las mujeres.

El Alcalde no podía soltar la vara un momento, porque su despacho estaba siempre lleno de contraventores; los agentes de policía no descansaban un punto, porque los desórdenes estaban á la orden del día; el escribano bullía en un mar de pleitos y enredos judiciales y el cura solía desmayarse en el confesionario al escuchar los pecados de las Hijas de María.

Nunca se había visto en el Toboso semejante escándalo. Disputaban los frailes; los Obispos excomulgaban á las sociedades Radicales; la prensa política se desmoralizaba; todo era provocaciones, insultos, calumnias y hasta en la Convención metía el diablo la punta del rabo y formaba un *chivo*.

Desesperado un día el Alcalde fuese á buscar al Párroco y le dijo:

Señor Cura: la presencia del Diablo en este lugar es la única causa de las calamidades que nos rodean; y debo confesarle que la autoridad política se encuentra incapaz para salvar la situación. Si su reverencia no puede remediarla por medio de conjuros especiales, estamos perdidos.

El cura que, en ese momento, estaba pelando un

pavo para tomar su colación antes de celebrar la misa, meditó un momento, y luego dijo:

Tan pronto como concluya de desayunarme con esta avecita, iré á ponerme la capa de coro que requiere el caso. Mientras tanto, avisen al sacristán para que me tenga listo el hizopo.

—Gracias, señor Cura!

—No hay por qué, señor Alcalde. Esto es cuestión de cuatro latines y cuatro hizopazos.

—Y cree su reverencia que el Diablo se vaya?

—Pues no se ha de ir, hombre, cuando voy á citarle el Evangelio de San Lucas!

—El Gobierno sabrá recompenzar generosamente á vuestra reverencia.

—Mi recompensa está allá arriba, exclamó el Párroco con acento beatífico, señalando instintivamente un jamón que colgaba de una viga del techo.

*
* *

El Cura cumplió su palabra; pues el Diablo se aburríó al fin de oírle estropear el latín, y por no sufrir un ataque de nervios, hizo la maleta y se marchó con ato y garabato.

Qué tranquilidad tãan grande comenzó á reinar desde entonces en la población!

No se veía volar una mosca.

El Alcalde se pásaba las horas más aburridas, bostezando en su sillón de vaqueta.

Ni una riña, ni un pleito, ni un escándalo, ni una diversión, ni nada.

El pueblo se moría de tedio.

Los jóvenes pasaban al lado de las muchachas bonitas, sin mirarlas siquiera; y éstas no hacían más que suspirar por San Luis Gonzaga, con permiso del Cura.

Nadie cantaba, ni bailaba, ni enamoraba.

Los periódicos sólo publicaban sermones en su sección editorial y el *Año Cristiano* como folletín.

El Ejército, por orden de sus jefes, iba sin armas á cantar en las Iglesias el

Corazón Santo,
Tú reinarás

Y nuestro encanto
Siempre serás!

Mientras los agentes del orden público, puestos de hinojos ante el altar de la Inmaculada, contaban:

¡Oh, María,
Madre mía
Oh consuelo
Del mortal!

Las cantinas se cerraron por falta de consumidores; pues nadie se animaba á beber un trago, por temor de dar mal ejemplo.

Los abogados cerraron su despacho el mismo día en que cesaron todas las picardías; y el escribano, bañado en lágrimas, se cortó las uñas.

Las mujeres de vida alegre se dedicaron á labrar cigarros y fundaron un establecimiento denominado: "Cigarrería de la Magdalena Arrepentida."

Qué días tan largos, pesados y monótonos se pasaba esa gente desde la ausencia del Diablo!

Francamente, aquí ya no se puede vivir! exclamaban algunas personas honorables en secreto.

Cuando el Cura y el Alcalde se encontraban en la calle, dirigíanse una mirada oblicua; pero pasaban sin dirigirse la palabra.

Un día el primero tropezó con el segundo al volver una esquina, y no pudo menos de decirle:

—Señor Alcalde, esto está muerto!

—Muerto está, señor Cura! replicó el Alcalde.

—No cree usted que convendría llamarle?

—Veo que ésta no es vida, y me parece necesario que venga.

—Entonces, lo llamamos?

—Llamémosle!

—No se puede vivir sin él.

—No se puede.

*
* *

Al día siguiente, á primera hora, se firmó una representación, en la casa parroquial, encabezada por el Cura y el Alcalde, en la que pedían al Diablo que hiciera el favor de volver.

Volvió Lucifer, en efecto, y fué recibido con entusiastas aclamaciones de ¡Viva el Diablo! Viva el Diablo!

Su presencia se anunció en el acto á la abatida población.

Aquella misma noche se cerró para siempre la “Cigarrería de la Magdalena Arrepentida.”

Y hubo jarana en todas partes, y bulla y bronca, jaleo y pescozones.

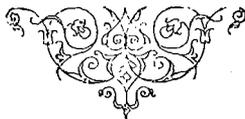
La Política resultó más avinagrada que nunca.

Varias chicas se mandaron á cambiar con sus Tenorios.

Y, finalmente, el Cura se pegó una chispa enorme con el vino de la misa, y salió á la calle vestido con una falda del ama, creyendo que era su sotana, gritando: ¡Viva el Diablo, hip, hip.....Huurraaaa!

*
* *

No hay, pues, que lamentar los enredos políticos de actualidad, aunque esto se vuelva una merienda de negros, como se va á volver y vivamos como perros y gatos, como estamos viviendo, porque hay que dejar al Diablo que haga de las suyas, ya que no se puede vivir sin él.





Las señas domiciliarias.

Cualquiera que no conozca nuestros achaques locales se figurará que es aquí lo más sencillo obtener la dirección de una casa y llegar á ella con la facilidad con que esto se hace en todas partes.

Pero no es así. Aquí se tiene que sudar la gota gorda, si no hay quien lo conduzca á uno especialmente á donde quiere ir.

—Dónde vive Ud?

—A esta pregunta simplísima, jamás hay una respuesta precisa.

—Vivo por el Astillero, al lado de un depósito de madera.

—Qué número?

—No hay número.

—Entonces?

—Conoce usted la casa de don Simeón Estilita, que está más allá de la Avenida Olmedo?

—No.

—Y la de la señora Julieta de Romeo, suegra de Pablo y Virginia?

—Tampoco.

—Es una muy grande, pintada de verde.

—Quién? La señora?

—No, la casa.

—Ah!

—Abajo hay una zapatería, y al frente, en el portal, un gallo amarrado, que pertenece al zapatero, colorado por más señas, y que tiene el pescuezo pelado y la rabadilla infamada.

—El zapatero?

—El gallo.

—Pues es imposible que yo pueda encaminarme con tales señas.

—Se va usted como para San Alejo, hasta que vea al Cura Chiriboga sentado en su silla de cuero frente á la puerta del convento. Avanza hasta la esquina, tuerce á la derecha, camina dos cuadras en línea recta, vira á la izquierda y se mete en un callejón que llaman de los diablos.....

—Entonces voy á dar á los infiernos.....?

—No. A la vuelta está un montón de basura, después una fonda de chinos, más allá un perro muerto y encima mi habitación.

—De manera que usted vive encima del perro muerto?

—Nó embrome! El perro está tirado en media calle, y yo vivo encima de la señora dueña de casa, que vive abajo con su marido.

—Bueno. Trataré de ir á visitarle si consigo el hilo de Ariadna para meterme en ese laberinto ó la estrella de Belón para que me vaya alumbrando el camino.

II

Diablos! Dónde me he metido? Este debe ser el callejón de los demonios! Parece que voy acertando. Preguntemos á esta ciudadana.

—Señora? quiere usted informarme si habita en este barrio el señor don Dionisio Areopagita?

—Qué?

—Que si vive por aquí don Dionisio Areopagita?

—Cuál?

—Uno que se llama así y que debe habitar en este vecindario.

—Yo no soy de aquí; yo soy de Cangrejito.

—No habrá usted confundido talvez el Cangrejito con un Perrito muerto que dicen que hay por estos alrededores?

—Pues no le doy razón.

Pero si yo no le pido á usted razón, sinó las señas de su domicilio!

—Pues no sé.

—Pues acabáramos! Estas mujeres cuando comienzan con el *pues* son capaces de reventarlo á uní!

III

Loado sea Dios! Allí veo una zapatería con un gallo amarrado al frente.

—Buenos días, maestro!

—Qué quiere?

—Es de Ud. este gallo?

—Sí.

—Pero no es colorado, sinó blanco, ni tiene pelado el pescuezo. Este debe ser otro zapatero; digo otro gallo. No es verdad maestro?

—Qué?

—Conoce usted á don Dionisio Areopagita, que vive por aquí.

—Sí, señor!

—Bendita sea tu boca, querido artesano! Pero él me había dicho que este gallo era colorado, con el pescuezo pelado.....

—Ese es el ótro, que ya es difunto, porque se me murió; y éste es de hoy día que lo merqué, con la color blanca.

—Ah!

—Y don Dionisio.....?

—Esta mañana topó y casi le vacian el ojo.

—Que me cuenta usted hombre?

—Pero no sufrió más que en la cresta.

—En la cresta! Qué cresta es esa de mi amigo don Dionisio?

—La del gallo.

—Vamos! Yo me voy á volver loco. Diga usted, por favor, buen hombre, dónde vive don Dionisio?

—Váyase usted por aquí recto hasta una panadería donde venden pan, y después pasa por una chichería, que tiene una bandera colorada, y á la vuelta está una fonda.

—Ya, ya, una fonda de chinos?

—La mesma.

—Donde venden comida?

—Exauto! Y en frente verá Ud.....

—Un perro muerto?

—Una señora gorda, y allí sube.....

—Qué es escalera esa señora?

—Es la dueña de la casa; pero no le pregunte por naiden, sino que pasa de largo, porque es de muy mala gracia.

—Voy allá.

—Vaya con cuidado, porque hay perro.

—Pero si el perro dicen que está muerto en media calle.

—La que yo digo es perra, bravísima, que por más señas está parida.

—Hasta luego, maestro!

—Hasta cuando gustel

IV

Si no fuera porque estoy al llegar á la meta, regresaría para jamás volver por estos andurriales. Y todo por falta de una ordenada numeración en las casas! (1)

Ya siento olor á pescado frito, á opio y á mugre. Puedo jurar que estoy cerca de la fonda.

—En efecto: allí está un chino demacrado cocinando. Voy bien.

Ahora demos la vuelta.

Olor á animal muerto! Fo! Este debe ser el perro.

Allí está el cadáver, ¡pero qué veo! Es un gato. Si me habré equivocado!

Con tal de que vea á la mujer gorda!

Allí está una; pero es flaca. Se habrá enflaquecido esta infeliz de ayer á hoy.

Preguntemos.

—Dígame, por favor, amiga mía: usted no era una señora metida en carnes y muy respetable que yo siempre veía en este portal?

—No, señor, esa es mi tía carnal, que vive aquí y ahora está sobando melcocha en la trastienda.

—Si era lo que yo decía: que ella sobaba melcocha.

—Pero no es de venta!

—Mejor. Yo no vengo á comprar á su tía, aun cuando sobe melcocha.

(1) Pocos días después de haberse publicado este artículo ordenó la Municipalidad la rotulación de las calles y la numeración de las puertas, remediando de la mejor manera esta necesidad urbana.

- Pero ve el zamarro!
—Creo que estoy en feliz puerto!--Dionisio!!!
—Ah!
—Cómo ¿está usted allí?
—Venga usted, querido amigo; lo estaba esperando. Con las señas que yo le dí.....
—Sí, cualquiera habría llegado al otro mundo!



El conspirador de aldea.

—Hable usted la verdad don Bonifacio. Usted es conspirador?

—No, señor, yo soy agricultor.

—Pero, vamos, de qué partido es usted?

—De ninguno: yo soy entero y lo he sido siempre, manque la color me ofienda.

—Sin embargo, algo debe saber usted de lo que hay en ciertos pueblos.

—Por fuerza!

—Qué hay de anómalo?

—En Samborondón hay ollas de barro y bollos de maduro; en Santa Rosa hay colaciones y carabelas y en Zaruma raspaduras.

—Se burla usted de la autoridad?

—No, señor Gobiesno: no me buslo.

—Entonces, qué más sabe usted?

—Que en Daule hay buen tabaco, *tamboi*, que llaman y *toitilla*; en Puná chirimoyas, en Posorja tocintas y en el Morro mantequilla.

—Puede ser; pero la autoridad tiene denuncios de que usted sabe algo más.

—Preciso: en el Limbo, pa no mentir, hay ostiones; en Naranjal, cacao; en el Milagro azúca y en Nobol aguardiente.

—Por más que pretenda ocultarlo, bajo su rústica apariencia, usted guarda algún secreto.

—Guardo tres por farta de uno.

—Ah! Ya lo decía yo! Cuáles son?

—Sebo y pueho e cigarro pa la gusanera; eucara-cha quemada por agua é pasto pa la purmonía y man-

teca e gavilán pa las almorranas, dispensándome la mala palabra.

—Esa no cuela, ciudadano Bonifacio. El Gobierno sabe ya cuáles son los santos de su devoción.

—Y pa qué ocurtalo! Los santos de mi devoción, que lo jueron también de la difunta mi mama que ya es muerta, son: San Jacinto de Yaguachi, el Señor de los Milagros de Daule, Santa Ana de Samborondón, San Juan de los Pascuales, San Jerónimo de Chongón y San Nicolás de Palenque.

—Usted, según parece, sabe salirse por la tangente?

—Yo por donde sargo no es po ahí, sino por la manga que coge padentro en derechura der guabal der tuerto Nicasio.

—Conque trabaja usted en el campo de la política?

—No. Yo he y trabajao siempre mientras Dios me ha dao vida y salú en mi propia posesión, que jué merceda ar difunto don Grabiél con mis cuatro riales que me dejó mi otra mujer, porque yo soy casao y sacramentao en segundas nauseas, por dos ocasiones, con una prima mujer por parte é madre.

—No sea usted majadero, hombre, y responda á lo que se le pregunta. Conoce usted á los comprometidos? Mire usted que si dice la verdad el Gobierno le concederá una pensión vitalicia, en pago de sus buenos servicios.

—De conocerlos, los conozco.

—Ah! No lo niega usted, eh? Y quiénes son esos bárbaros?

—Esos son, si su señoría no lo lleva á mal, Nicanor, Yagual, que llaman *trompetilla*, y Mariquita Chalén.

—Qué clase de compromiso es ese?

—Pa casarse en esta mesma menguante.

—Vaya usted al cuerno, so *gazuápiro*!

—Bueno, entonces será hasta otro día.....!

—A dónde va usted?

—No me dice que me vaya ar cuerno!

—Venga usted acá!

—Aquí me tiene su señoría.

—Por última vez, me dice usted ó no me dice todo lo que sabe?

—Sí, señor usía.

—A ver, qué hay de subversión por esos campos?

—Hoja é laire pal dolor de cabeza; ruda é gallinazo

pal dolor de oído; llantén pal dolor de muela; caucha-
lagua pa las calenturas; culantro, culantrillo, pedo-
rera.....

—Silencio!!!

—Ah?

—A este hombre hay que llevarlo á la Cárcel. Sal-
ta á la vista que no es amigo de la causa y se niega á
corresponder á los fines de la Transformación.

Cinco minutos después marcha el infeliz, ama-
rrado codo con codo á la Cárcel pública, por conspi-
rador.





La Abstinencia.

Con la cuaresma han comenzado los días de abstinencia, en conmemoración de los dolores y quebrantos que experimentó nuestro Divino Redentor.

Y estoy viendo en estos días que llamamos de recogimiento y piedad ciertas cosas verdaderamente incomprensibles para mí, que soy un pobre pecador empedernido.

Para mejor explicarme, hagan ustedes de cuenta que soy un musulmán y vengo aquí á enterarme de lo que pasa.

Se está haciendo penitencia, me dicen, en memoria de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Pregunto más, y me relatan con sombríos colores el sangriento drama del Calvario; me conmuevo, sufro, me enternezco, y cuando creo que todos los fieles van á echarse á llorar, veo que los almacenes se llenan de gente, disputándose las telas más preciosas para vestir de gala; sastres y modistas velan abrumados de trabajo en la confección de los trajes que saldrán á lucir en Semana Santa y todo es alegría y animación, ruido y boato á la puerta de los templos.

Pero, canario! me digo; qué penitencia es ésta! Este es el mundo al revez ó estamos en la Isla de San Balandrán?

Nosotros los musulmanes, en la conmemoración del Radamán, nos vestimos de jerga, nos raspamos la cabeza y cubriéndola con ceniza nos dirigimos á las mezquitas para besar el suelo, ayunando á pan y agua.

Pero vaya usted á decir á una de estas tentadoras muchachas que van á la Iglesia envueltas en olas de

seda y espumillas de encaje que se raspen la cabeza y la cubran con ceniza!

Antes dejau raspar al Santísimo Sacramento que rasparse ellas.

El viernes último era día de abstinencia, como todos los viernes de cuaresma; y naturalmente me sentí predispuesto á la contricción y hasta con ciertas ganas de confesarme que se me iban y se me venían.

Por el camino me encontré con un amigo que estaba embelezado en la contemplación de una morena encantadora que pasaba tan solita, envuelta en cintas y haciendo unos dengues que llegaban al alma.

—Mira, me dijo el admirador: de éstas son las que me ha recetado el médico.

—Calla, le dije, que hoy es día de penitencia.

—Pero el sujeto, sin quererme oír, chasqueó la lengua ante la garrida joven y le echó una serie de piropos cromáticos, desde el rosa pálido hasta el rojo subido.

—Y ésto tampoco es pecado? me atreví á preguntarle.

—Qué pecado, hombre.....Una cosa tan natural!

—Deveras?

—Bah!

—De raíz se me quitaron las ganas de confesarme y resolví almorzar, apesar de que estaba ayunando; por que he visto que todos los que ayunan almuerzan con mayor apetito.

Me fuí á una fonda, donde suele proveer á mi alimentación una patrona muy cariñosa, y pedí un bistek frito.

—No puede ser, me respondió la patrona.

—Por qué, señora?

—Porque hoy no se puede comer carne.

—Qué no se puede? Tráigamela usted y verá como yo puedo.....

—No se haga usted el gracioso! No digo que no se puede, sino que no se debe; porque hoy es viernes de cuaresma.

—Y qué se come entonces?

—Pescado.

—Y usted cree que el pescado es acaso de queso?

—No; pero está permitido.

—De manera, señora, que el hombre que se come una miserable chuleta peca mortalmente?

—Sí.

—Y el que se come cuatro *bocachicos*, una *sarta de lizas* y dos ó tres *corvinas* rellenas, no peca?

—Nó; porque una cosa es carne y otra cosa es pescado.

—Entonces tráigame abundante pescado.

—Siento mucho, hijito de mi alma, decirle que no hay.

—No hay?

—No, mi vida; porque hoy es día de abstinencia y ha habido una venta loca de pescado en la plaza. Cada pescado así (y me mostraba la longitud del dedo pulgar) valía doce reales. Conque hágame usted el favor.....!

—Comprendo! Pero mientras tanto ¿qué cómo hoy, madrecita?

—Carne hay; pero mi conciencia.....

—Pero, madrecita!

—A menos que pertenezca usted á los dispensados.

—Ya lo creo.

—Los dispensados son, oiga usted, los menores de siete años.

—Entonces debo estar comprendido en el número; porque yo me acuerdo haber sido menor de siete años.

—Los enfermos.....

—También me incluye, porque en este momento me siento muy mal, con un desconsolador vacío en el estómago.

—Los que están de parto.....

Ah! Esa es la mía, señora. No sabe usted que tengo que *dar á luz* un artículo humorístico en EL TELÉGRAFO. Qué más parto quiere usted?

—Entonces.....?

—Tráigame el bistek, amada mía, que yo sé que Dios es muy bueno; y por un pedacito de carne más ó menos no he de perder la gloria que me está reservada en la otra vida.





El desayuno terrible.

Hace la miseria de cuatro siglos vivía en las cercanías del huerto de Gethsemaní un monje benedictino, que era un prodigio de paciencia y un modelo de Santidad.

El patriarca Job se habría quedado pequeñito en presencia de ese monje admirable, que se llamaba Hildebrando.

Cierta vez lo sorprendieron unos beduinos ladrones haciendo oración en cruz al pie de un olivo y lo tomaron prisionero.

Por vía de prólogo lo despojaron de sus talares vestimentas, le aplicaron quinientos palos en las plantas de los pies, le recortaron las orejas y por último lo dejaron colgado de los cabellos en la rama más alta de un cedro.

El pobre monje no lanzó una queja durante su martirio. Al contrario, cuando sus victimarios se iban, les dijo humildemente:

—Gracias, hermanos! Peor hubiera sido aquéllo!

Y le besó la mano al capitán de la cuadrilla, poco antes de que lo colgaran.

Una caravana de armenios lo libró de su tormento, y la relación del suceso se transmitió de boca en boca por toda la Palestina y la Turquía, admirándose en todas partes la paciencia sin límites del santísimo varón.

El Patriarca de Constantinopla, que pasaba una vez por la ermita, detuvo su camello á la puerta é hizo llamar al monje.

El Desayuno terrible



*El Patriarca de Constantinopla
detuvo su camello.*

Hildebrando se presentó al instante con la cabeza descubierta, los pies descalzos y la vista baja.

Dadme agua, holgazán, le dijo el Patriarca, con ofensiva altanería, para probar su ponderada resignación.

El monje entró en su ermita y volvió con un cántaro lleno de agua cristalina.

Apagó su sed el visitante; en seguida arrojó el cántaro contra un peñasco y lo hizo mil pedazos.

Gracias, hermano! exclamó el monje. Peor hubiera sido aquéello!

Admirado el Patriarca de aquella inmensa y ejemplar conformidad, quiso apurar el expediente de la prueba y le dió una bofetada de cuello vuelto, llamándole perro judío.

Hildebrando permaneció inalterable, y en cuanto el dolor le dejó hablar, exclamó lleno de ternura:

—Gracias, hermano! Peor hubiera sido aquéello!

Hizo entonces el otro ademán de alejarse, y acto continuo corrió el ermitaño á besarle la mano.

Conmovido el Patriarca ante esa superior demostración de bondad á toda prueba, se arrojó en los brazos del monje y le pidió perdón.

Al despedirse luego, de la manera más tierna y efusiva, preguntó el primero:

—En fin, dígame, Padre ¿qué hace usted para tener tanta paciencia?

Es un dón providencial ó el esfuerzo de una voluntad admirable?

—No me ha oído decir usted *peor hubiera sido aquéello?* articuló el monje.

—En efecto! Qué llama usted aquéello?

—Aquéello es un zapo que yo me trago en ayunas todas las mañanas.

—Un zapo?

—Sí.

—Ah, bárbaro! Y para qué se lo traga usted?

—Para sufrir con paciencia las flaquezas de nuestros prójimos, y en general todas las vicisitudes humanas.

—Ef!! Y no le da á usted repugnancia, Padre?

—Ahí está lo gordo, señor. Es tal el horror que me causa desayunarme con ese animal tan feo, tan baboso y purulento, que me parece que voy á echar las entrañas cuando lo pruebo.

—Ef!!! Pero eso es una porquería estupenda!

—En efecto: es monstruoso; pero cuando paso el abominable trago, ya para mí no hay penas ni quebrantos en la vida. Todo lo que pueda ocurrirme de malo en el día es nada comparado con el espantoso desayuno; y por eso es por lo que tengo tanta paciencia y pienso siempre, en mis mayores sufrimientos, que peor es *aquello*: es decir, el zapo.

El Patriarca abrió tamaña boca y se fué sin saber que admirar más, si la paciencia ó el estómago del original ermitaño.

—Ahora bien: aquí termina la tradición, traducida literalmente del texto hebreo, y sólo me resta añadir que no sería malo imitar al monje.

Hay tantas cosas para reventar la paciencia, que se va haciendo indispensable el desayuno terrible del monje Hildebrando para blindarse contra todas las rugosidades de esta vida miserable.

Por lo pronto nos está sitiando la peste bubónica en el Sur; el hambre se declara en el Interior; la miseria cunde en todo el país; el sable brama; los impuestos recrudecen; los acreedores procrean; el ferrocarril nos come vivos.....Qué es ésto!

La paciencia va á faltar y no queda más recurso que apelar al remedio heroico del monje Hildebrando: tragarse el batracio y afrontar todas las calamidades, sobre todo los que no gozan de la privanza oficial y están fuera del presupuesto.





El original y la copia.

—Sabes, negrita, dijo don Simplicio á su amada consorte, que te tengo preparada una sorpresa para mañana, que es el día del aniversario de nuestro feliz enlace.

—De veras, pichón de mi alma?

—Sí, vida mía!

—Ay, Simplicio!

—Ay, Bárbara!

—Mañana hará veinticinco años cabales que nos juramos amor eterno al pie del altar.

—Te acuerdas?

—Tú estabas vestido de color de chocolate, con sombrero de copa y corbata verde.

—Y tú, mi vida?

—Yo iba de blanco, como era natural, con un velo de flotante muselina y ostentando en mi frente la simbólica corona de azahares.

—Bellísima!

—Te acuerdas de aquel ósculo purísimo que nos dimos detrás de la puerta, antes de la llegada del Cura?

—Esas cosas no se olvidan, hija! Veinticinco años han pasado y me parece que fué ayer.

—Tú estabas pálido.

—Y tú encendida como un clavel.

—Qué miedo tenía yo entonces!

—Y por qué, Barbarita?

—Porque la inocencia suele tener cándidos temores.

—Pues yo no tenía miedo alguno, te lo aseguro.

—Ya lo creo! Los hombres son todos iguales.

—Barbarita!

—Simplicio!

—Te acuerdas cuando el Párroco nos tomó el juramento?

—Vaya! Te aseguro que creí desmayarme al pronunciar el *sí*. Qué cosa tan fuerte es para una doncella decir que *sí* en medio de tanta gente!

—Pero, hija, si la Iglesia lo autoriza!

—Sinembargo, todas las caras se ponen maliciosas, y la confunden á una con bromas de todo color.

—Je, je, je! A mí también me embromaban los amigos; pero yo me hacía el zueco ó les seguía la cuerda.

—Ah, Simplicio! Qué tiempos aquéllos!

—Te acuerdas cuando tu madre bebió conmigo una copa de champagne á última hora, y me estrechó entre sus brazos?

—Pobre mi mamá!

—La señora estaba algo chispa, sin ofender su memoria; y mientras tú te quitabas el velo, ella me decía al oído:

“Yo también he pasado por estos trances, mi querido Simplicio! Ah si viviera el difunto que en gloria esté!”

—Calla, hombre, no recuerdes esas debilidades de mamá!

—Pero, hija, si la señora estaba en su derecho!

—Sinembargo.

—Después me senté contigo en aquel sofá verde que se me quemó el 16 de Julio.

—Me acuerdo.

—Y entonces comenzamos á suspirar. Recuerdo que yo quería decirte algo; pero sentía un nudo en la garganta que no me dejaba hablar.

—A mí me pasaba lo mismo, Simplicio.

—Yo quería agradarte de alguna manera; pero nunca me he sentido más animal que entonces.

—Es porque el acto es muy serio, amor mío.

—Te acuerdas cuando me recliné sobre tu hombro de alabastro?

—Basta, hijo, basta, que puede oírte la vecina de al lado.

—Y qué nos da! Ella también se acordará de sus nupcias!

—Pero veamos ¿cuál es la sorpresa que me preparas?

—La quieres ver?

—Ahora mismo.

—Aquí la tienes, vidita. Es tu retrato, hecho al óleo por tu querido maridito.

Y don Simplicio presenta la tabla á su mujer.

—Ay, qué horror!

—Por qué, corazón mío?

—Porque tiene una cara de borrega degollada.

—Pero, linda, si esa es tu cara!

—Es posible, Simplicio! Querrás decirme que esa mala visión se me parece? Dónde tengo yo esa nariz tan aplastada, y esas orejas tan largas, y esa boca de cuatro esquinas.

—Pero, criatura de mi alma, si todo es copia exacta del original.

—Qué necio eres, Simplicio! Jamás creí que me hicieras tan poco favor! Dame esa tabla para rompértela en la cabeza!

—Pero, Bárbara, no seas bárbara!

—Toma, alcorcho, para que no pintes semejantes mamarrachos. ¡Pun!

—Y nuestro Repórter, que presenciaba la reyerta, exclamó para su capote:

—Análogos son los gajes del periodista: cuando retrata los defectos de las autoridades, por fiel pintura que haga, los originales se declaran ofendidos y quieren romperle la tabla en la cabeza.

Y sinembargo, se parecen, como dijera Galileo.



Un viaje en carro.

- Qué hace usted aquí, don Nicolás?
—Esperando el carrito.
—Ah! Entonces por qué no se sienta usted, amigo.
Eso es largo!
—Debe faltar ya un minuto.
—Oh! No hay itinerario fijo. Los carros andan como pueden.
—Sinembargo, son un gran recurso en esta ciudad.
—Sobre todo, cuando llegan á su destino.
—Vea usted. Aquí viene ya, á la hora precisa. Hacía usted mal en criticar á los ausentes.
—Hombre, deveras; pero no me retracto. Lo dicho, dicho.
—Pare el carro!
—Tin!
—Hasta luego, amigo!
—Adiós, don Nicolás. Buen viaje!
—Tin, tin!
-
- Tenga usted la bondad de levantarse, caballero!
—Y por qué, señor Conductor, si he pagado mi pasaje?
—Porque viene una señora, y no hay asiento.
—Pero, hombre, si yo estoy enfermo de la rótula.....
—Hay que preferir á las señoras!
—Pero, hombre, si yo voy enf.....
—Muévase usted que ya sube!
—Pero, hombre, si yo.....
—Aquí hay asiento, mi señora.

—Esto sí que es divino! Obligar á uno á ser galante por la fuerza!

—Y yo dónde me coloco ahora, Conductor?

—En la plataforma, señor.

—Pero si hay en ella diez personas!

—Párese usted aquí en esta esquinita, entre el estribo y la portezuela.

—Es usted atroz, Conductor! Y si pierdo el equilibrio?

—Tómese usted de la argolla.

—Conque me tomo de esta argolla, eh! Bueno! Si no hay otro remedio.....!

.....
Parrrrrrrr.....pun!

—Horror! Qué es ésto?

—Nos hemos descarrilado en la curva.

—Estamos frescos!

—Nó. Esto sucede siempre!

—Caracoles! Y porque no lo anuncian á los pasajeros, para que sepan con tiempo en dónde van á quedarse plantados.

—Eso nada significa, señor. Ahora mismo salimos del atolladero. Nos bajamos todos un momento, levantamos el carro en peso, y en un periquete lo ponemos otra vez sobre los rieles.

—Me agrada la cosita! Con que nos bajamos todos.....eh!

—Exacto!

—Y levantamos el carro en peso?

—Eso es!

—Y lo ponemos en un periquete sobre los rieles.....?

—Sí.

—Y cargamos después con las mulas?

—Tanto como eso, nó!

—Y por qué quiere usted privarnos de ese gusto?

—Alza arriba, muchachos!!

—Pujen los de atrás!!

—Un poco á la izquierda. ¡Ahora!!

—Hagan fuerza!!!

—Hip! hip.....Alza!

—Métele una piedra!

—Métele dos!

—Ponle ótra!

—Métele tres!

- Reculen los de adelante!
- Cambia la pareja!
- Ahora!!!
- A la una, á las dos, á las tres.....Ya está!

.....

—Y yo, señor Conductor, sigo prendido todavía de la argolla?

- Puede usted pasar, si gusta, al lado opuesto.
- Muchas gracias! En la variación está el gusto.
- Tin!
- Quién viene?
- Una familia.
- Pero si ya no cabemos aquí!
- Los hombres van de pié.
- Suban, señoritas: hay asiento.
- Caracolillos! Y yo dónde me meto?
- Hace usted el favor de darle sitio á su lado á este caballero?

—A ese caballero? Con el mayor placer, señor mío, venga usted!

—Muchas gracias, señor. Dónde me coloco?

—Coloque usted sus talones junto á las puntas de mis pies.....sezgue usted la caja del cuerpo á la derecha, mientras yo lo hago á la izquierda, para evitar la asfixia, y ocupe usted con confianza la mitad de esta argolla que me ha cedido el señor Conductor, para que me sirva de punto de apoyo.

—Ah diablos! Esto es atroz! Y el caso es que voy fumando.....

—No le hace. Me avisa usted cuando vaya á pitar el puro, para encuclillarme oportunamente, á fin de que el humo pase por encima de mi cabeza.

—Se va usted á molestar!

—Esa no es molestia! Sólo que cuando yo me agache, como debo perder el punto de apoyo, usted se encargará de tomarme del cuello de la camisa, para evitar un lance. Pero qué pasa! El carro no se mueve?

—Las mulas no quieren andar.

—Y qué se hace ahora?

—Se les da palo!

—Estarán cansadas?

—No importa! Qué echen los bofes!

—Eso es una barbaridad!

—Las bestias se han hecho para aguantar palizas, aballero!

—Ah! Eso no sabía yo!

—Pégales en los nudos del espinazo!

—Pues, amigos, yo me voy. Me despido de toda la grata compañía y sigo mi camino á pie, porque no estoy para ver lástimas y llevo ya las pantorrillas acalambradas.

—Como usted guste!

—Dios guarde á ustedes!





Tarjetas postales.

Entre las plagas de menor cuantía que tiene periódicamente Guayaquil, merece contarse la de mosquitos en invierno y la de grillos en verano; pero á medida que nos vamos civilizando las plagas también van aumentando, y ya tenemos ótra que vale por todas: la de *tarjetas postales*:

Esta *plagnita* ha cundido entre las niñas de esta ciudad y está haciendo destrozos en la literatura nacional.

No se ha visto afición más contagiosa que la de las tarjetas postales, ni que haya encontrado en el sexo femenino un medio más favorable para su propagación y desarrollo.

Por qué será—Dios me guardé—que las niñas no la han emprendido mejor con el cultivo de las flores, que es tan delicado y hermoso entretenimiento; por qué no hacen colecciones de canarios, de perfumes, de medallas etc. y se han decidido por las tarjetas postales! Qué horror!

Yo la otra noche soñé que me había muerto; y como era natural, dado el cúmulo de mis pecados, no me recibieron en el cielo, y tuve que irme derecho al infierno, donde encontré al diablo irradísimo con el milagro de la Virgen del Parpadeo.

—Qué quieres aquí? me preguntó.

—Qué he de querer, repuse, entrar en vuestra negra mansión, y pedirós, en nombre de vuestra abuela, que me tratéis con alguna consideración.

—Aquí no hay consideraciones—observó—y mucho menos hoy que tengo atufadas las narices y se me ha

indigestado un sancocho de plomo derretido con cartuchos de dinamita que me comí esta mañana.

—Por favor, don Satanás!

—Prepárate á sufrir el más tremendo castigo que hayan visto ojos humanos!

—No me hagáis temblar, caballero Lucifer! Vais á bañarme quizá con aceite hirviendo?

—Eso quisieras tú, so regalón!

—Ilustrísimo y Reverendísimo Demonio! Ya sé, entonces, lo que me espera: me vais á asar á fuego lento en la parrilla infernal.

—Eso sería para tí una dicha. Otra cosa te aguarda!

—Trinchado? Atenazado? Molido entre dos cilindros ardientes?

—Phs! Quién piensa en paños tibios!

—Cocido en las calderas de Pedro Botero?

—No.

—Desollado, zajado, golpeado, martillado, picado, acribillado, dividido, cortado y rajado como el murciélago alexoso?

—No.

—Entonces, doctor Enemigo Malo, sacadme de una vez de la horrible incertidumbre en que me encuentro!

Hizo una seña el Diablo y se presentaron centenares de demonios trayendo grandes paquetes acuestas.

Allí viene tu tormento, me dijo el Paticas, azotándose los lomos con el rabo: esos paquetes que traen mis secretarios son tarjetas postales, y tu castigo va á consistir en escribirlas..... Entiendes?

—Pero, señor.....!

—Aquí no hay pero que valga y se hace lo que se manda. Manos á la obra, Jack the Ripper!

—Y.....?

—En prosa y verso!

No tuve más remedio que resignarme; doblé el espinazo y me puse á escribir postales encima de un barril de alquitrán.

En cuanto terminaba una me presentaban otra, y otra y otra y otra.....la mar!

El tormento me pareció horrible, y empecé á dar unos gritos espantosos.

Los diablos menores se multiplicaban á mi alrededor y me daban más tarjetas.

Cuando me detenía un momento, por no encontrar

un consonante, chillaban todos mis verdugos á la vez, y yo miraba con envidia á otros pecadores más afortunados á los que estaban asando ensartados en un triuche.

En vano clamé que me bañaran con plomo derretido. Nadie quiso hacerme caso: lo que querían era postales, y cuando los paquetes se acababan, iban los malditos demonios y me traían más.

Echéme á llorar como una Magdalena; y hubo momento en que lancé un alarido tan fuerte, que me hizo despertar.

Bendito sea Dios! exclamé. Qué alivio tan grande! Todo ha sido un sueño: ya no tengo que escribir postales. Ah delicia!

Yo creo que otros han tenido la misma pesadilla que yo; porque cuando ven una tarjeta postal se les eriza el cabello.

Y es que las tarjetas lueven sobre los que borroñean papel, como llovía maná sobre el pueblo israelita.

Escribir úna es un placer, no digo que nó, vaya! Dos! Quién no lo hace! Tres! En un rato desocupado el menos listo las escribe. Cuatro! Un día domingo..... Cinco! Diez! Veinte! Cincuenta..... ¡Ah!

Para qué habrán inventado las tarjetas postales!

Boileau decía que Apolo había inventado el soneto para desesperación de los poetas. No hay tal: lo que han inventado para desesperación de los poetas, y de los que no son poetas, es la tarjeta postal.

Está usted disgustado? Está usted enfermo? Está usted afligido por alguna pena? Espérese usted un momento.

Tocan á la puerta.

Quién es?

Un mensajero que le trae una tarjeta postal para que la escriba, en nombre de alguna bella y amable señorita.

Qué hacer! Aunque tenga usted la misma disposición para versificar que una piedra de moler es preciso que temple la lira y cante, aunque sea una balada, porque peor es no balar.

Día llegará, si Dios no lo remedia, en que se presente este cuadro:

—Dice la señorita que ha sabido que el señor Fulano de Tal está enfermo, y qué cómo se siente?

—Dile que está agouizando desde anoche, y que talvez no amanezca.

—Y dice también que le haga el favor de escribirle esa postal para su Album.

—Pero si se está muriendo.

—Yo no sé, élla me dijo que fuera en verso.

El moribundo, que oye á medias este diálogo, cree que le traen los Santos Oleos y se dispone á recibirlos con verdadera unción evangélica; pero en cuanto le dicen que es una postal que le mandan, lanza un suspiro y fallece.

La familia empieza á exhalar gritos desgarradores, pero en medio de los lamentos se oye la atiplada voz de un fámulo que viene á saludar en nombre de otra señorita y á entregar una postal.....

Pero si no puede ser, le dicen.

—Por qué?

—Porque ha muerto,

—Ah!

Y el fámulo exclama para sí: (Si querrán que le lleve la tarjeta al Cementerio.)

Para todas las plagas, digo yo, se ha descubierto algún preservativo. La viruela tiene el fluido vacuno; la bubónica el suero Yersin y la linfa Haffkine; la rabia el fluido Pasteur y así sucesivamente. No se podrá descubrir algún suero contra las tarjetas postales?





La paloma pirotécnica.

Dice un refrán que no hay feo que no tenga su gracia: y los chinos tienen la suya, como es natural, si por gracia queremos reconocerles su inimitable habilidad para combinar juegos de luces y hacer castillos pirotécnicos.

La pólvora no tiene secretos para ellos, y es cosa curiosa el arte con que han conseguido someter el terrible explosivo á todos sus caprichos, sin más recursos que papel y goma.

Aun hay historiadores que les atribuyen la propia invención de la pólvora, ochocientos años antes de que el monje Bartolomé Schwartz la liciera conocer en Europa.

Pero sea de ello lo que fuere, es lo cierto que casi no se concibe una fiesta pública sin castillos de fuegos artificiales; y casi no se concibe un castillo sin que los chinos hayan metido allí la mano; y casi no se concibe un chino que no tenga su flaco pirotécnico.

Si el excelente San Jacinto de Yaguachi se dignara colaborar en estas líneas, él podría decirnos todas las maravillas que en el arte de la pirotecnia le han dedicado los chinos.

Pero hablaré yo, para no comprometer la modestia del santo, y recordaré á sus devotos, que en cierta ocasión, celebrándose las vísperas del famoso hijo de Polonia, la nota resaltante de la fiesta fué un castillo de fuegos artificiales, presentado por la colonia asiática.

Aquello hizo época en los auaales de la parroquia:

porque nunca se vieron como entonces tantos dragones infernales vomitando torrentes de llamas; tantas serpentina retorcíendose en el inmenso mar de fuego; tantos cohetes voladores cruzando el espacio y arrojando luminosa lluvia de polícromas estrellas.

San Jacinto debe haber quedado sumamente complacido; más aún cuando á los últimos disparos, que se oyeron en Durán, Milagro, Naranjito y Chimbo, iluminóse el vértice de la pirámide que coronaba el castillo, y apareció el mismo San Jacinto, con su Virgen en una mano y su Custodia en la otra, ante la asombrada muchedumbre, que le victoreaba con delirio.

Luego comenzó á girar cadenciosamente sobre un eje invisible, mientras una banda popular le tocaba un bolero de resucitar muertos; y bailó durante cinco minutos con más gracia y salero que una sevillana de las finas.

Después lanzó un estallido y se perdió en los aires, envuelto en un torbellino de chispas.

Quién creerán ustedes que hizo este milagro?

Pues los chinos; es decir, los reyes de la pirotecnia.

Se cuenta que un inglés desabrido y apático, como son casi todos sus paisanos, dió tres veces la vuelta al mundo, naufragó cinco veces, presencié dos erupciones volcánicas, asistió á diez combates, comió carne humana con los canibales de las islas Hébridas; pero no había encontrado nada que pudiera impresionarlo, y paseaba su tedio de oriente á occidente, buscando en vano una emoción.

Un día lo hizo llamar el Emperador de la China, que era muy amigo suyo, y le dijo:

Ha oído usted reventar un cohete legítimo de Pekín?

—Nó.

—Pues ahora sí que va usted á sorprenderse!

—Phs!

—Chambelán! ordenó *el hijo del Cielo*, vaya usted con Mister Burrk y hágale oír el Pum!

Un cuarto de hora después volvía el inglés con ambos oídos reventados, por efecto de un estampido horroroso; pero con la sonrisa en los labios, exclamaba: *¡All right! ¡All right!*

Otro inglés.....Pero basta! Me estaba ya olvidando de la *paloma pirotécnica*, que es el objeto de mi artículo.

Pues bien, han de saber mis lectores, por si acaso lo ignoran, que la *paloma* es la última pieza de artificio

que estalla en un castillo y se remonta en el espacio trazando una rápida espiral.

Los chinos ponen especial cuidado en la confección de esta pieza, que es el remate de la composición pirotécnica, ó como si dijéramos, el broche artístico del espectáculo.

Los muchachos de Lima, desde tiempo inmemorial, son los que menos agradecen los desvelos de los pobres asiáticos en asuntos pirotécnicos: pues aunque les agrada mucho ver quemar los castillos, con el último petardo que estalla se lanzan á la frágil armazón de cañas donde han lucido los fuegos, la deshacen en un santiamén y con las varas calientes aún ó carbonizadas dan una enorme paliza á todos los chinos que asisten á la fiesta.

Infelices hijos del Imperio Celeste! Tan acostumbrados están ya á recibir en esta moneda el premio de sus afanes, que en cuanto miran que se desprende la *paloma* del castillo.....echan á correr como almas que lleva el diablo; porque ya saben lo que viene en seguida sobre sus espaldas.

Así, pues, no es raro oírles: *mamo plonto que ya va levantá paloma!*

*
* * *

En los *castillos* de artificio electoral suele presentarse un cuadro análogo: los *CHINOS* pueden asistir con toda confianza al palenque electoral; las garantías constitucionales les protejen; las promesas gubernativas les envalentonan; por todas partes oyen voces alentadoras proclamando los derechos del pueblo; pero á última hora estalla la *paloma*, y pobre del *chino* imprudente que no conozca la costumbre de los *muchachos de Lima*.

Se entiende que el *chino* es el pueblo y la *paloma* la *imposición oficial*.





Cosas de mi tierra.

Yo sé por qué giran los mundos en la esfera; yo sé por qué alumbraba el sol; por qué hay vida en la tierra y otras muchas cosas que me enseñaron en la escuela.

Pero lo que yo no sabré nunca ni nadie me lo podrá explicar es el por qué hacen aquí *mazamorra morada* para vender el día de difuntos.

Qué tiene que ver, digo yo, el maíz morado con los pobres finados!

Si se comiera por ejemplo, en aquel día, *polvo de alverjas*, que es otra comida nacional, estaría perfectamente, porque nos haría acordar de que somos polvo y en polvo nos hemos de convertir. Pero *mazamorra morada*!

Otra cosa que quisiera descubrir es la relación que hay entre el *pan de dulce* y la Semana Santa.

Desde que Cristo comienza á padecer, se cruzan por las calles los vendedores de pan de dulce. Y dura la venta y el furor por este pan hasta que se canta gloria en las iglesias.

Si se vendieran gallos, verbi gracia, estaría bien, para rememorar al de la Pasión; pero no hay tradición alguna que yo sepa referente al indicado pan, ni consta que San Pedro siquiera lo haya probado, á pesar de lo mucho que le gustaba el dulce. Luego ¿de dónde hemos sacado nosotros esta invención?

Hé aquí un tema de profunda investigación para alguno de tantos sabios que andan por allí revolviendo archivos, escrutando monumentos y descifrando geroglíficos.

Yo no lo hago porque me ocupo actualmente en escribir un voluminoso tratado sobre la *Tamalería*, en donde trato la cuestión á fondo, desde el origen del tamal hasta nuestros días.

Lo que no he podido descubrir aún es si el chanchito es más antiguo que la hoja de plátano ó vice-versa. É importa mucho conocer este asunto, porque se trata de dos elementos esenciales: el cerdo y la hoja. Sin puerco no puede haber tamal, y sin hojas tampoco.

Hablo también extensamente sobre el preciso día de la semana en que debe comerse el tamal, para que no pierda la virtud que Dios le ha dado. Tal día es el Sábado, exclusivamente.

Ignoro de qué proviene esta designación invariable; pero la verdad es que nadie concibe aquí un tamal fuera del Sábado.

Cuéntase que un inglés se volvió loco, pensando en ésto. Y la cosa pasó así:

Estaba un día Sábado cenando modestamente en una fonda, cuando vino la patrona y le presentó un abultado tamal sobre la mesa.

El inglés estuvo á punto de echar á correr, porque creyó que era una bomba de dinamita.

Pero luego que lo examinó á travez del lente y lo tocó con la punta del dedo, se fué familiarizando con aquéllo, y al fin se atrevió á preguntar:

—Qué es esto cosa invuelto *in hule*?

El creía que la hoja de plátano, negra y lucia por la cocción, era hule. Vayan ustedes viendo si sería lerdo el mister!

—Tamal, le contestó la patrona:

—Támal! Y es bueno di come?

—Sí, señor, para eso se hace.

—Yes.

Y luego procedió á abrir el envoltorio hasta descubrir la masa.

Qué sorpresa para él á cada cosa nueva que descubría. Ya era un fragmento de huevo, un trozo de longaniza, una aceituna, un pedacito de oreja de puerco. Todo lo iba mirando asombrado. Aquello era una maravilla.

Al día siguiente regresó más temprano que la víspera y pidió á la patrona:

—Oye, tráigueme un *cousa* invuelto *in hule*.

—Hoy no hay, le contestó ésta.

—Hágueme el favour.....

—No se hacen tamales más que los Sábados.

—Pero mí quiere hora un cousa invuelto in hule.

—No hay, mister. No ve usted que hoy es Domingo.

—Al otro día se repitió la misma escena:

—Mí quiere un cousa.....

—Hasta el Sábado.

—Mí quiere hoy, y maniana y siempre quiere come ese cousa invuelto in hule.

—No se puede.

El inglés dió y cavó tánto en la razón de que no se hicieran tamales más que los Sábados, que al fin perdió el sentido y fué á parar al Manicomio.

El sabio profesor Otto Lindembroc logró descubrir el sentido de un manuscrito rúnico, trazado al revéz y con clavé, según Julio Verne; pero yo aseguro que no sería capaz de averiguar por qué sólo en día Sabado se cuecen tamales en esta tierra del chocolate y del café.





El cañoncito de plata.

No recuerdo en cuál de las repúblicas sud-americanas ocurrió el hecho anecdótico que voy á narrar; pero como casi todas se parecen, políticamente consideradas, digamos, parodiando á los franceses, que *Pendroit ne fait rien, á la chosse.*

El protagonista de la historia es uno de aquellos grandes personajes que surgen y se elevan á las altas regiones del poder á merced de las violentas convulsiones políticas, que son tan comunes en estos países y que tanto los desacreditan.

Este magnate de que voy hablando, tenía la ventaja, sobre muchos análogos, de poseer un crecido caudal de experiencia y una regular dosis de filosofía.

Solía ver las cosas mucho más allá de su nariz y las pesaba en la balanza de un criterio nada vulgar.

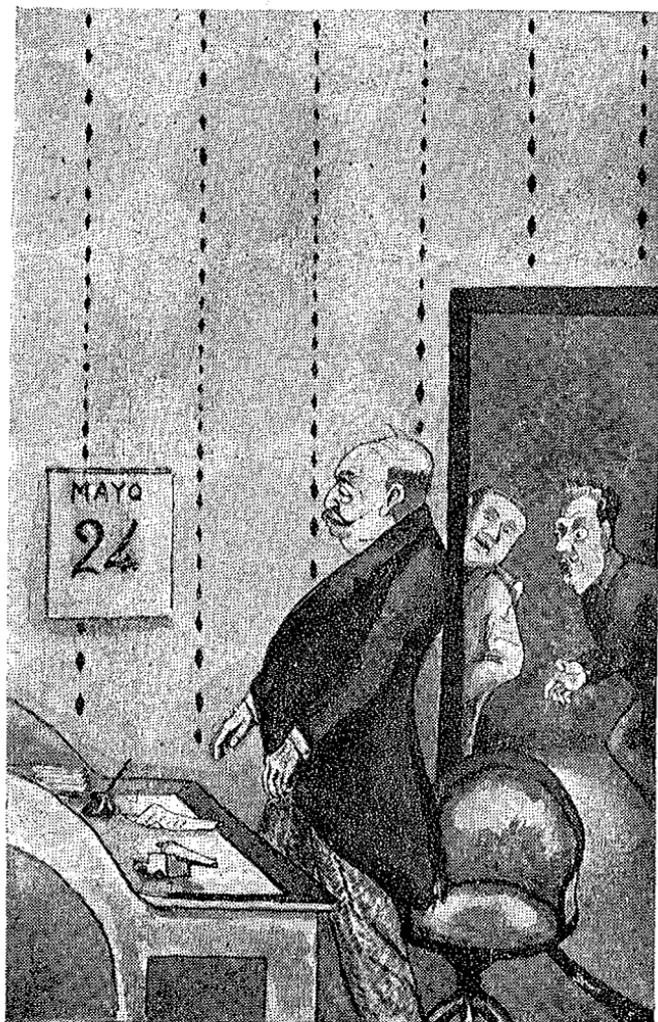
Se dice que cierto día le envió uno de sus numerosos admiradores un bellissimo obsequio, en prueba de singular afecto y de rendido homenaje á sus merecimientos.

El obsequio consistía en un cañoncito de plata, primorosamente labrado y digno, como obra artística, de los buriles de Benvenuto Cellini. Era un objeto de adorno para escritorio y estaba destinado á servir de pisapapeles.

En cuanto el personaje vió el obsequio dió un respingo y simuló estar poseído del mayor sobresalto.

Sorprendidos sus familiares de una actitud tan extraña, le preguntaron á cual más solcito, la causa de su inquietud.

El Cañoncito de plata.



Eh! exclamó, ya tenemos emplazada esta pieza de Artillería.....

Pues no he de estar inquieto, respondió, cuando me consta que este cañón está cargado.

—Se chancea su Señoría?

—No, no me chanco: digo y repito que el cañón está cargado.

—Pero no advierte, su Señoría, que es una pieza compacta de plata, que sólo de cañón tiene la forma exterior, y que por consiguiente no puede cargarse.

—Y sin embargo, está cargado! afirmó el magnate.

Los favoritos se miraron las caras, sin saber á qué atribuir la singular aberración de su señor y optaron por no contradecirle.

Entre tanto aquél tomó el cañón por la cureña y con grandes precauciones lo colocó encima de su escritorio, con la boca hacia afuera y quitando todos los objetos frágiles que había por delante.

Eh! exclamó. Ya tenemos enplazada esta pieza de artillería y sólo nos falta ver cómo y cuándo es que da fuego.

Desde entonces no cesó de advertir á cuantos se le acercaban que tuvieran mucho cuidado con el cañón.

—Cómo, le preguntaban los incrédulos, es peligroso este juguete?

—Sí, señor: está cargado!

—Pero si no puede ser!

—Pues sí!

Y como no parecía bromear, porque mantenía el rostro tan severo como de costumbre, algunos empezaron á creer que su Señoría estaba chiflándose, y no pocos aduladores, de aquellos que admiten á ciegas toda clase de absurdos, con tal de que procedan de su superior, llegaron á aseverar, por su cuenta, que el cañón estaba realmente cargado.

—Pero si el cilindro es macizo, argüían varios ¿dónde puede estar contenido el explosivo?

—La solidez es aparente, respondían los palaciegos. En lo interior hay una cámara que debe contener regular cantidad de melinita.

—Y qué objeto—no siendo criminal—podría tener tan peligroso artefacto.

—Uhm!

Lo cierto es que tanto se dijo del cañoncito, que hasta los incrédulos evitaban pasar por delante y todos daban un rodeo por detrás de la mesa á fin de no encontrarse en la trayectoria del proyectil en el caso de que la pieza estallara.

Un día recibió su Señoría una carta pequeña y cuidadosamente rotulada, que contenía en el ángulo derecho superior de la cubierta la palabra: *particular*.

Desde las primeras líneas que leyó el alto magistrado se puso en pié, colocó la carta abierta encima del cañón de plata y exclamó con toda la fuerza de sus pulmones:

—Pum!!!!!!

Los parásitos sorprendidos dejaron sus asientos y fueron á rodear al funcionario para ver qué significaba esa estupenda detonación oral.

—Qué, dijo él, no han oído ustedes? El cañón acaba de dar fuego!

—Señor.....?

—Sí. Estaba cargado, como yo lo decía; y la prueba es que aquí tengo una carta del que me hizo el obsequio, en la que me pide una condonación de cuentas. Quieren ustedes mejor cañonazo?

Los circunstantes no sabían si tomar la cosa por el lado serio ó por el lado cómico.

Estos cañoncitos de plata, continuó el magistrado, aunque sean simples juguetes, están siempre cargados cuando se les obsequian á los gobernantes, y tarde ó temprano disparan. Lo mismo digo de cualquiera otra clase de regalos, manifestaciones, panegíricos, homenajes, &, &, todo está cargado y tiene su segunda intención.

En seguida dirigió una mirada llena de malicia á los oyentes y, volviendo á poner la carta del solicitante sobre el cañoncito de plata, exclamó otra vez:

—Pum!!!!!!!

Los satélites desaparecieron como por encanto y no quedó úno en el salón.

Hola! articuló el poderoso, y decían que el cañón no disparaba!

*
* *

Qué les parece la historieta á los demás hombres de la situación que vejetan en el mundo?

No se les ocurre que quizá les falta un poco de experiencia y otro tanto de filosofía como las que tenía el magistrado de marras.

Cuántos hay, en efecto, que se dejan engréir de sus

satélites y reciben sus obsequiosidades, aplausos, discursos, panegíricos y manifestaciones de toda índole, como elocuentes pruebas de adhesión á su persona y tributo á sus méritos, creyendo talvez de buena fe en su popularidad, cuando no hay otra cosa que cañoncitos de plata apuntados contra el Tesoro Público!





Mi confesión.

Pues, señor, dije el domingo al levantarme de la cama, hablando conmigo mismo, es preciso que yo me confiese en la presente cuaresma.

Tengo verdaderas ganas de confesarme, vaya! Quién me lo impide? Nadie. Luego entonces ¿por qué no lo hago?

Pues confiésate, hijo.

Y acto continuo hice oración mental, me encaminé á la Iglesia y me detuve en el umbral, absorto en la contemplación de una hija de María que me miraba sonriendo.

Si será el Diablo—pensé—que viene á tentarme en figura de esta hermosa?

Vade retro! exclamé entonces, y luego me metí á escape en la Iglesia y me mojé la cabeza con agua bendita para ahuyentar los malos pensamientos.

A pocos pasos estaba un sacerdote, coloradito como un mamey, redondo como una bola y fresco como una lechuga.

Saludélo respetuosamente y él me dijo con aire de sorpresa:

—Qué quieres?

—Vaya una confianza! pensé. Quién habrá autorizado á este reverendo para que me tutee á la primera de cambio? Ya iba á hacerle la observación que era del caso; pero por no pecar me contuve y repuse humildemente.

—Vengo, padre mío, á confesar mis culpas.

—Cómo te llamas?

—Corozo.

Era mentira; yo no me llamo Corozo; pero como ya iba á confesarme, qué importaba esa mentirijilla.

—Qué oficio tienes?

Preguntoncito estaba el fraile; pero me armé de paciencia y contesté bajando los ojos.

—Soy periodista.

El ministro frunció el ceño y me quedó mirando con profunda lástima. En qué periódico escribes?

Si digo que escribo en EL TELÉGRAFO, reflexioné, este sacerdote me va á doblar la penitencia. Mejor será desviarlo.

—Escribo, le dije, en EL HOGAR CRISTIANO.

—Ah, exclamó con visible satisfacción, ¡buen periódico! Arrodíllate!

—No podría su paternidad permitirme adoptar la posición sedestre?

—Nó! El penitente debe estar arrodillado.

Me arrodillé, pues, sin chistar y quedamos ambos en silencio. Yo, entre tanto, estaba escarbando mi conciencia como una gallina escarba en el polvo.

El padre se puso más amable y poniéndome la mano en la cabeza, me dijo:

—De qué te acusas?

—Yo, le repliqué asustado, no me acuso de nada!

—Entonces á qué vienes aquí?

—Es verdad, padre. Lo que me pasa es que estoy *trascuerdo*, como dicen en mi pueblo. Hágame su reverencia algunas preguntas sueltas para ver si entro en materia.

El santo varón se aproximó á mi oído lo más que pudo y con acento apenas perceptible me interrogó:

—Tienes alguna inclinación al bello sexo?

—Mucha! le respondí con énfasis. Su reverencia ha puesto el dedo en la llaga.

—Habla más bajo.

—Está bien, mi padre.

—Oh, las mujeres! Ya lo decía yo! me dijo despacito.

Ellas son la causa de la perdición de los hombres!

—Bien dicho! apoyé yo.

—Y tú de qué te acusas con relación á ellas?

De nada, padre. Al contrario, yo soy quien las acuso de ingratitud á todas.

—Eh!

Sí, padre. Le juran á usted amor eterno y al día siguiente lo dejan plantado.

—Qué hablas, bárbaro! Olvidas que soy un sacerdote?

—Es verdad. Perdone usted.

Pues bien, como íbamos diciendo, no se puede uno fiar de ninguna. Yo conocí una rubia, padre, que era un almíbar. Cada vez que me miraba parecía que se derretía.....

—Silencio!

—Cómo?

—Has venido aquí á contarme cuentos?

—Pero, padre, si es cierto.....

—Basta! Hombre, bonita confesión sería ésta!

—Como usted mismo es el que me ha movido la tecla!

—Limítate á manifestar tus culpas con decoro y verdadero arrepentimiento.

—Bueno, entonces doblemos esta hoja y vamos á otra. Pregunte, padre!

—A tí te toca exponer.

—Hagamos una cosa, padre. Usted me va diciendo al oído todas las picardías que se le ocurran y yo le voy dando un golpecito en la rodilla por cada una que me corresponda.

—Ja, ja, ja! No me hagas reír, hombre.

—Je, je, je! Me reí yo también.

—Déjate de tonterías.

—Entonces absuélvame en globo, que yo haré promesa de no caer en futuras tentaciones.

El confesor reflexionó algunos instantes y luego me interrogó así:

—Vives del Presupuesto?

—No, padre: yo jamás he probado ese potaje.

—Bueno, hijo, eso te eleva á los ojos del Altísimo.

—Pues por ese lado estoy elevadísimo.

—Eres *amigo de la causa*?

—No, padre. Yo soy un hombre honrado.

—Eres liberal!

—Sí, padre.

—Aquí te pescaron grillo! Tienes que renunciar al liberalismo.

—Eso nó, mi padre; eso nó, por vida mía! Yo he sido, soy y seré siempre liberal contra viento y marea.

—Si, de esos liberales *genuinos* que ahora se llaman?

—No, padre; esos son los liberales de la maman-

duria, como decía don Ricardo Palma. Yo soy de los otros.....

—Ah, entonces la cosa varía:

Ego te absolvo ab peccatis tuis.....

—Amén, contesté yo.

Tal fué mi confesión, y hoy la publico para que sepan mis lectores que no es tan fiero el león como lo pintan.





La casa contra-incendios.

—Eureka! Eureka! Ooooh! Ooooh!

—Qué te pasa, querido Muchín, que vienes tan entusiasmado?

—Merezco una estatua, compañero: grande ó chica, ecuestre ó pedestre, soy digno de una estatua, amén de la eterna gratitud de mis conciudadanos, por el invento que acabo de hacer.

—Y cuál es ese?

—La casa contra-incendios.

—Es posible?

—Es admirable.

—Será de algún material incombustible?

—Nó. Es de una combinación fugitiva.

—No entiendo.

—Qué haces tú, por ejemplo, cuando vas tranquilamente por la calle y te sale un toro furioso?

—Yo? Echo á correr como un condenado, hasta que la bestia me pierde de vista.

—Bravo! Lo mismo hará mi casa. En cuanto se declare el fuego por la vecindad, tomará las de villadiego, dejando al incendio y á los ladrones con un palmo de narices.

—Cómo es eso?

—Muy fácilmente. Figúrate, Jack, que voy á construir una casita de piezas, cosa nunca vista, dividida en departamentos rotatorios, ji, ji, jí; si cuando pienso en esto me retoza el alma de contento. Cómo me voy á reir de todo el mundo!

—Pero, por Dios, Muchín, habla con formalidad!

—Aquí está el plano. Míralo. La casita tiene cuatro cuerpos independientes en su construcción y cada uno de ellos va montado sobre tres pares de ruedas de guayacán. Me comprendes?

—Uhm!

—Remidas ó justapuestas esas cuatro secciones, forman un todo habitable para una familia, que puede ser distribuído interiormente como uno quiera: vestíbulo, salón, dormitorio, comedor, cocina, etc.

—Y bien?

—El edificio descansa, como ves, en un sistema rotatorio que permite la locomoción de cada una de las partes en que se divide el conjunto.

—Entiendo.

—Pues no hay más. Con una casa como ésta puedes tú reírte de todos los incendios habidos y por haber. Todo es cuestión de marcharse con la música á otra parte, gritando como el patillo: *el que juve, vive!*

—Hombre, hombre!

—Esto es famoso, Jack. Desde que concebí esta idea, no descanso de abrazar á mi esposa, diciéndole: hija, ya no nos volverán á robar.

—Pobre señora!

—En lo sucesivo seremos como el caracol, que anda siempre con la casa acuestas.

—Excelente idea!

—Cuando se popularice verás como todos van á imitarme; y mi nombre se hará célebre.

—Ya lo es, porque el *muchín* ha sido siempre célebre, desde que existe la yuca.

—Imagínate que tocan á fuego. Ahí me las den todas! Mi primera diligencia consiste en bajar y aceitar los ejes, por lo que pudiera suceder; y luego asomarme al balcón, con la prosa del Gran Turco, para decir á todos los que pasan echando la lengua: ven ustedes el incendio? Sí? Pues eso no reza conmigo! je, je, je!

—Y cuando el fuego arrecie?

—Entonces, paso á paso, con el espíritu tranquilo y el semblante risueño, echo afuera las cuerdas y llamo á todos mis amigos para que tiren. Los aposentos-coches se pondrán en movimiento, en dirección contraria á la hoguera y yo no cesaré de estimular el tiro con la voz y el ademán: Ahora muchachos! Fuerte! Hala! Vamos allá! Templa! Entra! Hoh!

—Magnífico, soberbio: no podías imaginar cosa mejor! Me tienes encantado con tu originalidad!

—Qué tren más interesante! ¿No es verdad? Lue-

go tiene la ventaja de que si vienen los acomodados á sacarle á uno los trastos para que no se quemén, y también para que jamás regresen á poder de su dueño, no hay más que decirles: “Amiguitos, muchas gracias! Son ustedes muy amables: aquí no se trata de cargar baúles sino de estirar la soga: vamos!”

—Y no irán.

—Otra ventaja entonces; porque se marcharán á la *Boca de Yaguachi*, si quieren desplumar.

Qué sorpresa para mi mujer—porque élla tiene el sueño muy pesado—cuando despierte al día siguiente de un voraz incendio y me pregunte:—“Muchín! qué loma es esa que veo desde la cama?”

—“Mapasingue, hija mía.”

—“¡Qué! Ya no vivimos en la calle del Nueve de Octubre?”

—“Nó, mi vida. Ese vecindario está en escombros. Anoche se quemaron hasta las piedras. Sólo nosotros salvamos en nuestra casa rotatoria.”

—“Y mi mamá”.

—“No te asustes. Murió en mis brazos, de una aplopegía fulminante.”

—“Ay madre de mi corazón!”

—“No hay que afligirse, ángel mío, porque nos lleva la trampa. Jovialidad ante todo. Mírame á mí, que acabo de perder á una suegra modelo, y parece que me han quitado un peso de encima.”

—“Y mishijos?”

—“Están en el comedor con la cocinera, pero el comedor viene rodando todavía por la calle de Roca-fuerte.”

Con que ya puedes apreciar, Jack the Ripper, las ventajas incuestionables de mi famoso invento.

—Indudablemente.

—Figúrate qué cosa tan bonita sería si todas las casas de Guayaquil fueran del mismo sistema que la mía. Al toque de fuego.....

—Ya sé, todas echarían á rodar.

—Nó, hombre! No habría necesidad. Se haría rodar la casa incendiada hasta la Sabana, para que allí se acabara de quemar, y asunto concluido.

—Es verdad.

—No se necesitarían bombas, ni bomberos, ni grifos, ni marea llena, ni nada. Casa incendiada llevarla al trote á la plaza más cercana ó al río, y basta. Y no digo la casa; suficiente sería con arrastrar el departamento amagado, teniendo cuidado de vaciar su conte-

nido en los otros ilesos, para evitar el robo producido por la conflagración.

—Entiendo.

—Entonces ¡viva el sistema rotatorio! No hay como las ruedas. Ellas son las piernas de esas locomotivas; y casa que tiene piernas no se deja coger.

Además, puede tener uno un mal vecino; hacer un negocio de terrenos; sufrir una expropiación etc., la cosa más fácil es enganchar un par de mulas á cada departamento; pagar cuatro reales por impuesto de rodaje, y buscar mejor acomodo. Hasta para cambiar de aires, Jack; hasta para desorientar á un acreedor impertinente.....

—Esto recomienda tu proyecto; y mañana mismo.....qué digo, hoy lunes, escribo sobre el particular.

—Eso es: mientras tú escribes voy á mandar á hacer los ejes donde el maestro Ciruelo.

—Ya está.





El modo de descasar.

Pues, señores, érase un pueblo excepcional, llamado Quiquendona, que tenía la peor reputación, por el carácter díscolo de sus habitantes.

Allí nadie podía vivir en paz, pues que la pelea era el estado normal de sus belicosos moradores.

No había un sólo matrimonio bien avenido, ni siquiera en el período de la luna de miel, que ordinariamente suele ser plácido.

En cuanto las parejas se casaban armábase una pelotera endiablada, y al día siguiente amanecía la novia con un ojo verde y el marido con la cara hecha un mapa, por obra y gracia de las uñas de su caramitad.

—Qué desgracia! exclamaba el Cura, profundamente apenado. Aquí no hay mujer que esté conforme con su marido, ni marido que pueda congeniar con su mujer.

—Sí, apoyaba el Alcalde: esta es una perrera revuelta con gatera.

—Pero quiénes son los malos, las mujeres ó los hombres?

—Las mujeres, señor Cura, eso es indudable.

—Poco á poco, saltó el ama de llaves del Párroco: las pobres mujeres no tienen la culpa; los bribones son los hombres.

—Calle usted la boca, doña Lechuza, que se halla usted en presencia de la primera autoridad, dijo el Alcalde.

—Y por qué me llama usted Lechuza, pedazo de jumento?

El modo de descasar



*Se rascó el infeliz la adolorida cabeza
y disimuló.....*

—Ya lo ve usted, señor Cura! Estas mujeres son el diablo! Me ha calificado de borrico la muy atrevida.....

—Vaya usted á.....dar betún!

—No me pierda usted, doña Lechuza!

—Moderación, exclamó el Cura interviniendo. La paz del Señor sea con vosotros: *pax Domini sit semper vobiscum.*

—Amén, dijo el ama retirándose.

—Pues no sé qué hacer, añadió el Cura, dirigiéndose al Alcalde: tengo más de cuarenta quejas de mujeres que no quieren vivir con sus esposos.

—Y yo, dijo el Alcalde, no me alcanzo á contener los desórdenes que ocurren en cada familia.

—Este es un infierno!

—Predíquelas usted, señor Cura, á ver si se moderan; hábleles de San José, que era el más campechano de los maridos y que jamás tuvo celos del Espíritu Santo; hábleles de Santa Mónica, que se dejó sacrificar por su propio esposo; cíteles á Abraham y Sara, á Isaacs y Rebeca, á San Joaquín y Santa Ana.

—Nó, señor Alcalde, esas son vejeces. Otra cosa es lo que voy á hacer.

—Qué cosa, señor Cura?

—Voy á descasar á los matrimonios mal avenidos.

—A descasar?

—Eso mismo. Desde mañana descaso á todos los que quieran romper el vínculo matrimonial.

—Pero cómo va á ser eso, señor Cura, si el matrimonio eclesiástico es indisoluble?

—Ciertamente que es indisoluble.

—Entonces, qué piensa usted hacer?

—Descasar á todo el que esté aburrido de la vida conyugal.

—No lo entiendo.

—Pues ya lo verá Ud!

Salió el Alcalde perplejo de la casa del Cura, diciendo para sus adentros: ó el doctor se ha vuelto loco ó yo soy un pedazo de jumento, como me llama doña Lechuza.

*
* *

En la misa mayor del día siguiente, que era festivo, el Cura dirigió una plática á sus feligreses, en la cual

les anunció que acababa de recibir una Bula de Su Santidad el Papa, autorizándole para descasar á los esposos que no estuvieran avenidos con su estado y quisieran recobrar la soltería.

Atónita se quedó la concurrencia al escuchar estas palabras.

Esta gracia especialísima—añadió el Párroco—fué acordada por el Concilio de Trento, siempre que fuera otorgada para evitar algún daño á la sociedad; *ad evitanda escándala*, como dicen los Padres de la Iglesia; pero se ha mantenido secreta hasta el presente, por no haber sido absolutamente necesaria, como lo es en este desgraciado pueblo, donde no hay un matrimonio como Dios manda.

Algunas señoras lanzaron profundos suspiros, y no pocos maridos se retorcieron con furia los bigotes para disimular su emoción.

Así, pues, continuó diciendo el Cura, los que quieran descasarse, sírvanse concurrir al templo, hoy á las dos de la tarde, para proceder al acto con el ceremonial prescrito por el Concilio de Trento. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Salió la concurrencia de la Iglesia antes de que se acabara la misa, porque las mujeres estaban desesperadas por hablar de la cosa, y fué en el mismo atrio donde soltaron la lengua y formaron una Babilonia.

Los hombres se morían de risa, parados en las esquinas.

Tú te descasas? se preguntaban las unas á las otras en confianza.

Sí, replicaban todas: hay que descasarse; el matrimonio es una esclavitud; y luego hay que probarle á nuestros maridos que no necesitamos de ellos para nada.

—Pues cosa hecha: nos descasamos! Así estaremos libres de sus impertinencias, y de sus celos y de otras cosas.

Yo por eso, exclamaba una solterona empedernida, me he pasado la gran vida, renunciando al matrimonio, apesar de los buenos partidos que se me han presentado.

Eso es mentira—decía una recién casada al oído de otra—la pícara no ha encontrado marido por los bigotes que tiene y el armazón de huesos que maneja. Nadie ha querido prendarse de sus ángulos agudos.

*
* *

A las dos de la tarde estaba la Iglesia llena de gente.

Más de doscientas parejas iban á descasarse.

Avanzó el Cura, revestido con una amplia capa de coro, llevando en una mano el ritual y en la otra el hizopo del agua bendita.

Llamada la primera pareja hubo un momento de vacilación, síntomas de arrepentimiento en ambos consortes y gauas de reconciliarse; pero por no dar de qué reir cobraron ánimo y se arrodillaron en el presbiterio, como el Cura lo dispuso.

El Párroco leyó un largo capítulo en latín, que nadie entendió, mojó el hizopo en la caldereta que le presentó el sacristán, y al rociar con agua bendita á los cónyuges, que ya iban á dejar de serlo, asestó un furibundo porrazo en la cabeza al marido con el pesado hizopo de plata.

Se rascó el infeliz la adolorida cabeza y disimuló el disgusto lo mejor que pudo, creyendo que el golpe había sido una casualidad, cuando en seguida vuelve el Cura á mojar el hizopo, y esta vez le suelta el hizopazo á la mujer, haciéndola prorrumpir en un espantoso chillido.

Los espectadores se ahogaban de risa.

Y el Cura impertérrito moja otra vez el hizopo, y carga con él de firme sobre las cabezas del matrimonio en disolución.

—Pero, qué es ésto! exclama el marido. Nos van á romper la cabeza. Esto entra en la ceremonia, señor Cura?

—Precisamente.

—Y dura mucho?

—Durará hasta que le rompa la crisma á uno de ustedes; y el que de los dos quede vivo, quedará también descasado, ó viudo, que es lo mismo.

—Así era la cosa?

—Hijos míos, si no podía ser de otra manera. Sólo á fuerza de hizopazos se puede disolver el matrimonio.

Las parejas que oyeron ésto salieron en tropel de la Iglesia; y desde entonces no volvieron á hablar más de descasarse y se tranquilizaron tanto en lo sucesivo, que el Cura, cuando hablaba con el Alcalde, no cesaba de ponderarle la eficacia del hizopo.

Aplíquese este remedio á las desavenencias entre la Iglesia y el Estado, digo yo, que se parecen á las de los matrimonios de marras. La separación será conveniente, no lo dudo; pero también un hizopazo dado á tiempo suele modificar radicalmente una situación, como lo demostró el Cura de Quiquendona.





Los errores del Creador.

Ah, si me hubiera sido dado corregir á mí las obras del Gran Arquitecto del Universo, cómo las corregiría á menudo, sin ofenderlo, y con perdón de mi habitual modestia, al menos en cuanto nos atañe más de cerca.

Yo, por ejemplo, en lugar del Creador, habría suprimido la nariz y su sentido correspondiente á los habitantes de Guayaquil.

Para qué necesitamos nosotros nariz?

Los ojos, está bien, que sirven para ver; las orejas para oír; la boca para comer; pero la nariz para qué? Para oler?

Y qué hay que oler aquí, donde todo huele mal!

Luego la nariz está demás.

Las viejas suelen llamar *botetadas* á ciertos malos olores como el que hizo exclamar á don Quijote: "huelles, Sancho, y no á rosas"; y á la verdad que da compasión los que nos abofetean, en la mejilla del olfato, metafóricamente hablando, hasta el punto de hacernos flaquear las piernas del espíritu, también metafóricamente.

No hay duda, pues, que en lugar de nariz habría yo colocado á los habitantes de estas regiones un plan de botella en sentido inverso.

Además, les habría dotado de membranas entre los dedos de los pies, como los patos.

Para qué? Pues para nadar, es claro.

No han visto ustedes, por ventura, con qué seguridad se lanza á nado el pato por la más profunda laguna?

Pues es porque sabe que tiene membranas en las

patas para batir el agua y avanzar; en cambio guayaquileños hay que llegan á la *ribera* de una calle lacustre y no saben qué hacer con los dedos de los pies, ni les sirven para nada.

Luego es un hecho que necesitan la referida membrana y el honor de figurar entre los palmípedos.

Siempre he criticado al Divino Hacedor la ocurrencia de colocarnos dos ojos en la cara; no porque sean dos, sino por estar de frente y mirar en un mismo sentido.

Para lo que hay que ver, con un ojo basta, dice el refrán; y yo estoy conforme con el dicho, modificándolo así: "para lo que hay que ver por delante." Y en efecto, tener dos ojos de frente, es lo mismo que si tuviéramos dos bocas. Para qué nos servirían, cuando con una sola hay hombres que tienen de sobra para comerse vivo á medio mundo! A qué fin, pues, tener dos!

A menos que se tuviera uno delante y el otro por detrás, en cuyo caso serían más útiles.

El Rey de la Creación no debe estar á oscuras por la retaguardia: hay que verlo tódo.

Cuántas veces se le prepara á uno un sablazo, de aquellos que están en uso para las mil instituciones benéficas y pías, que hay aquí, y para los mil y un dejados de la mano del Fisco que andan por ahí. Pues bien, cuando el sable se viene de frente hay como taparse, porque se ve venir; pero cuando viene por la espalda, niquis.

No sucedería lo mismo á tener, si tuviéramos, un ojo vivo y alerta en sentido opuesto al anterior.

Además, las muchachas tendrían la inmensa ventaja de ir mirando á los enamorados que las van siguiendo por la calle, sin necesidad de volver la cabeza, y aun podrían guiñarles, sin llamar la atención.

Opino también, con un escritor muy previsivo, que de todo entiende, que las pantorrillas no están bien colocadas hacia atrás, sino que debieran estar ambas por delante, sobre todo para los hijos de Guayaquil.

Aquí las mejores calles, con excepción del Malecón, Pichincha y algunas transversales, parecen un despeñadero: tiene que ir uno haciendo equilibrio, como el Visconde de Folle Aveine al atravesar las quebradas de Cocamaum, y si en esto se resbala y se cae, ¿decid, hermanos, qué es lo que más sufre?

Casi siempre la *espinilla*, me diréis todos.

Y cuánto duele, ¡válgame Dios! un golpe en la espinilla!

Duele más, porque allí no hay carne, sino hueso, y el golpe se recibe en seco; pero si las pantorrillas estuvieran por delante, el tropezón sería en lo blando, y ahí nos las podían dar todas.

Aquí que hay tantos pantorrilludos, con perdón sea dicho, qué ventaja sería para ellos tropezar con las aristas de un pedruzco, como quien tropieza con una esponja!

Y luego, como las damas gozarían también de tan grande beneficio y ellas tienen la costumbre de recogerse la falda por delante, pensad un poco cuánto habría que ver, ¡oh sautos varones!

Otra de las cosas que encontró demás en la especie humana, es la lengua. Dios me perdone, pero yo no les habría dado lengua á los hombres, ni á las mujeres.

Para qué sirve la lengua?

Para hablar.

Pero mejor estaríamos todos callados. Qué dicha tan grande y qué mundo de disparates dejaría de oírse!

Ya no escucharíamos mas discursos pedantescos, como aquellos que se usan; ni se dirían chismes; ni se aguantarían *latas*.....Qué gloria!

Saber uno que va á un banquete á comer, y que nadie podrá indigestarle el pavo con un brindis cargante; saber que sale uno á la calle y está al abrigo de todo majadero; saber que va uno á la Iglesia y no hay fraile chiflado que suelte una catilinaria contra los masones.....Oh progreso!

Pero entonces, me dirán ustedes, cómo se entendería la humanidad? Por señas, hijos de mi alma, por señas! Así se entienden los enamorados, y les basta. El le hace una seña, con los ojos simplemente, y élla comprende en el acto qué es lo que quiere; élla le guiña y él comprende que acepta; élla le da un ventanazo y él entiende que debe irse á la porra.

Qué lenguaje más elocuente y silencioso!

Mientras tanto cuántos hay que se las dan de elocuentes en la tribuna política, ó en la cátedra sagrada, ó en la simple charla familiar, y está uno deseando que todo lo que dicen se lo vayan á contar á su abuela.

Luego, opto por la supresión de la lengua.

Declaro igualmente que no estoy con el Sumo Hacedor en lo de habernos dado el sistema nervioso.

Para qué? Para estar úno sulfurándose á cada momento. Que el Gobierno hizo ó dejó de hacer! Que la Municipalidad se peló ó la pelaron! Que aquí se puso y no parece! Que ésto debió ser así y nó asado? Rabietas, disgustos, incomodidades, peleas, todo viene de los malditos nervios. Luego son perjudiciales.

Más nos valiera sustituirlos con un ladrillo; así estaríamos todos tranquilos, gordos, felices y contentos.

Que se le perdió la maleta á Crespo con todos los documentos! Y nosotros tan anchos! Que sentenció el Rey á favor del Perú! Y nosotros tan frescos! Que se robaron la custodia! Risueños. Qué nos arrancan el pellejo! Qué calma! Qué al credo liberal se lo llevó el Diablo! Qué descanso! Esa sería vida tranquila, digo yo, gracias á nuestro ladrillo.

Otra y última observación voy á hacer; pero esta no la haré contra la Creación sino contra las costumbres, para ser en todo justo.

Habéis de saber que el sabio Humboldt, el excursionista inglés Steweson, la viajera alemana Ida Phiffer, Wiener, Llorente Vásquez, Wery, y cuantos viajeros han llegado á Guayaquil y se han ocupado de esta ciudad en pro ó en contra, han hecho una observación que más de una vez me sacó los colores á la cara al leer sus obras; y es la de que los burros andan aquí con calzones en invierno, cosa nunca vista en ningún punto de la tierra y que coloca al sexo masculino en igual condición que los jumentos durante cierta época del año.

Pido, pues, que les quiten los calzones á los burros ó que los hombres nos pongamos faldellines en invierno.





La nariz de la conciencia.

Cuenta la historia que don Sansón Carrasco se levantó una mañana desesperado.

El buen hombre no había podido dormir en toda la noche, á causa de una insoportable fetidez que se percibía en su cuarto.

—Aquí hay algo que apesta, no me cabe duda, decía muy racionalmente.

Y envolviéndose en su bata de terciopelo azul, empezó á escudriñar todos los rincones.

Válgame Dios! exclamaba. No veo nada, y sin embargo el mal olor persiste de una manera intolerable. *E pur si muove*, como decía Galileo.

—Si habré pisado anoche alguna barbaridad por el camino! Veamos el calzado.....Nada!

Talvez debajo de la cama.....

Se inclinó, recorrió con escrutadora mirada toda la zona sospechosa y quedó convencido de que no estaba por allí el cuerpo del delito.

Vamos, se dijo, esto es para volverme loco! Dónde estará el origen de esta pestilencia?

Y se sentó á reflexionar en un amplio sillón de Damasco.

Encendió un cigarro para distraer el olfato; pero en seguida lo arrojó con asco.....Diablos, ésto es lo que apesta!

Tomó un periódico para distraer la imaginación, y se le ocurrió que el mal olor salía del impreso; lo cual no hubiera sido extraño, porque hay periódicos que huelen á alcantarilla.

Acercóse al aparador y se sirvió una copa doble de Ron de Jamaica, para calmar la fatiga que ya iba sintiendo en el estómago; mas, al llevarla á sus labios, sintió tan pronunciado el tufo, que en un acto de violencia arrojó la copa y la botella por la ventana.

Sacó el reloj para medir el tiempo que duraba su infortunio.....El magnífico cronómetro hedía que era una maldición.

Furioso, como un energúmeno, se lanzó escaleras abajo para respirar otro ambiente en el portal, y á poco volvió á subir á escape, porque le pareció que la pestilencia era peor abajo que arriba.

Si sería talvez la bata que llevaba puesta.....!

Se la quitó, la olfateó y lanzó un ¡fó! monumental. Era la bata. Bien lo decía él. Cómo no haberlo adivinado antes!

Pero después de refundir la prenda en el último rincón, apretó el mal olor de tal manera, que resultó la bata inocente y concibió fuertes sospechas de sus pantalones.

Procedió á registrarlos de la manera más prolija y les dió una y mil vueltas; pero sin resultado: los pantalones estaban ilesos.

Pero, Señor, qué es ésto! decía Carrasco, echando cada terno que temblaba el misterio. A mí me va á dar la fiebre pernicioso! Voy á caer brincando como un pollo!

Ah! Una idea! Regar la habitación con agua de Colonia y esencia de clavel, quemar zahumerio y pólvora.

Así lo hizo el gran señor, sin que su órgano olfatorio encontrara alivio alguno.

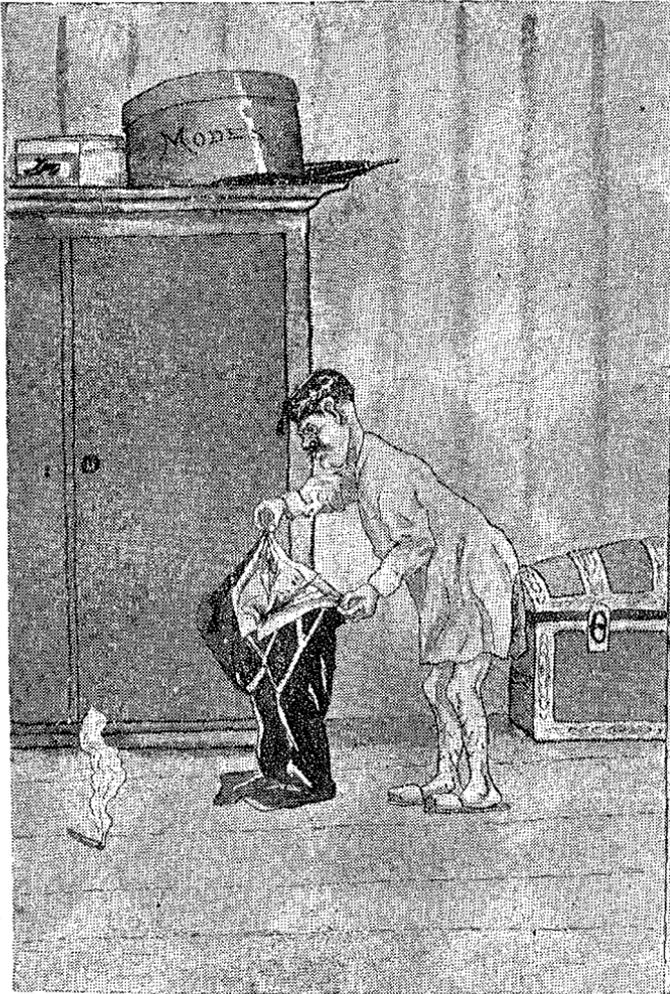
Un demonio! gritó en el colmo de la desesperación, si parece que tuviera la pestilencia en la punta de la nariz.

Y al llevarse la mano al órgano indicado para acompañar el ademán á la palabra, la retiró con espanto.

El asco y el horror se pintaron en su semblante. Cómo no le había de apestar todo lo que cogía y seguir el mal olor donde quiera que fuese, si tenía allí, en la punta de su aguileña nariz, aquello mismo que le estaba hediendo!

Mas, quién había osado.....Es decir, cómo había sucedido que el muy honorable y pulcro caballero don Sansón Carrasco.....En virtud de qué circunstancias hubo su nariz.....

La Nariz de la conciencia.



*Concibió fuertes sospechas
de sus pantalones*

La explicación es muy sencilla. Cierta gato mal educado de la vecindad había hecho una de aquellas travesuras indecentes, que suelen hacer los gatos, sobre un pañuelo que don Sansón dejara encima de su velador. Lo tomó éste distraídamente para sonarse la nariz y..... ya saben ustedes el resto.

La travesura se supo en un círculo político, al cual solía concurrir don Sansón Carrasco, y sus amigos no cesaban de embromarlo.

El disimulaba el disgusto que estas bromas le causaban, hasta que un día tomó el asunto por lo serio y dijo:

Pues, señores, desde la escena del gato me siento un ciudadano más circunspecto, y yo desearía que se repitiera el caso con cada uno de ustedes.

—Sí; para reírse de nosotros.

—No; para hacerlos más estimables.

—El remedio es curioso; y sobre todo, perfunado.

—No digo que nó; pero es eficaz. Antes de la ocurrencia que tanta risa les ha causado, yo era lo mismo que ustedes, que todo lo critican, reniegan de la política, insultan á los hombres públicos, atacan al Gobierno, llaman farsa á las elecciones, mienten, deprimen, denuestan, ridiculizan, y en fin, tódo les apesta.

—Hombre, no tanto.

—Sí. Así era yo, y así son ustedes.

—Y ahora?

—Ahora soy otro. Cuando mal viento me sopla, antes de echarle la culpa á nadie, primero me toco la punta de la nariz para ver si soy yo el apestado. Y cuando lo soy, me callo.

—Quiere decir, don Sansón, que la travesura del gato sigue repitiéndose?

—No se ha repetido; pero existe el *gato* de las pasiones, que las hace peores, y entonces es cuerdo y es honrado tocarse la *nariz* de la conciencia.





La Odisea de un edil.

Yo soy muy amigo de un concejero municipal, y le quiero como á un hermano en cuanto á hombre; pero le guardo ojeriza en cuanto á concejero. No lo puedo remediar.

Pertenezco, por desgracia, á la clase dejada de la mano del Ayuntamiento, que es muy numerosa, y estoy justamente resentido en nombre de la comunidad, y en el mío propio.

Y para que haya sanción, como debe haberla, me he propuesto castigar en este buen amigo todas las faltas de la muy Ilustre Corporación. Alguno ha de pagar el pato, y me he fijado en él, porque es de temperamento pacífico y me permito ejercer justicia impunemente.

Cuando le encuentro en la calle, corro hacia él con semblante risueño y le aplico dos ó tres vigorosas palmadas en las vértebras lumbares.

El pobre se queda sin resuello; pero cree, de buena fe, que lo hago por cariño.

No hay tal. Verdad es que yo también sufro cuando así le pego, por lo mucho que le aprecio; mas es preciso, duela lo que duela, punir al Municipio, siquiera sea en un ejemplar de la especie. Del lobo un pelo.

En ocasiones intenta sublevarse, porque queda fuertemente contundido; pero yo le pongo un rostro tan amable, que lo desarmo al instante y acaba por inquirir noticias de mi salud, como si tendrá derecho un concejero municipal de éste cantón á preguntar por la salud de los vecinos, cuando aquí no hay uno que la goce por culpa de la misma Municipalidad.

Yo por no agraviarle directamente le digo que es-

toy bueno; pero procuro, al mismo tiempo, pisarle algún callo para satisfacer en lo posible á la vindicta pública.

El otro día lo encontré en el Parque Bolívar; y después de castigarlo, como de costumbre, le invité á honrarme con su presencia en mi casa.

Se negó muy cortésmente, diciéndome que tenía que asistir á la sesión.

Y qué importa! le repliqué yo. Suponiendo que no hubiera el *quorum* reglamentario, debido á tu ausencia, eso se ve todos los días, y luego no se pierde nada.

Volvió á excusarse, oliendo sin duda la que le tenía preparada; pero apelé á un recurso más infalible que el Papa. Y poniendo los ojos en blanco y los labios caídos, le dije:

—Tenéis razón. Los ricos no deben ir á la casa de los pobres. Sería un favor excesivo.....

El efecto fué instantáneo. Me creyó herido en mi humilde posición, y se resolvió á ir para no resentirme.

Está lejos tú domicilio? me preguntó mafiosamente.

—Nó, le dije; aquí no más, á la vuelta.

Se la tragó el inocente.....Era á la vuelta de dos kilómetros.

—Pues vamos.

Díle un cigarrillo, para infundirle confianza, y echamos á andar. El muy jovial, y yo con la severidad del gato que tiene al ratón entre las uñas.

Desde la Avenida Olmedo para abajo, se le anubló el rostro. Las calles estaban intransitables; había enormes lagunas navegales, pantanos apropiados para la cría de cerdos, miasmas de toda clase.

El lo veía todo con ojos espantados, y yo, á su lado, le iba echando indirectas de buen tono.

Estas calles están horribles, decía él.

—Ah! pero es por las lluvias, hijo. En verano se componen.

—Y por qué vives tan lejos?

—Porque mi casa está distante.

—Y no decías que estaba á la vuelta?

—Como hay tantas vueltas!

En esto llegamos á un pantano. Había una tabla para pasar; pero tabla traidora. Yo la conocía ya, y ella me conocía á mí. Cuántas veces la había pasado! La primera y segunda vez no sabía cuál era su centro

de gravedad y élla me bañó de fango por haberla desequilibrado inocentemente. Después le estudié el flaco y no me hizo nada. Como los perros bravos, que no le muerden á los conocidos, así me siguió tratando en lo sucesivo.

Mi pobre concejal iba adelante, ajeno á los peligros de la tabla, y yo callado, como una estatua, para que cayera en la trampa.

Llegado el momento psicológico me dió pena y estuve por advertirle; pero el diablo me tiró amistosamente de la oreja, y me dijo: *déjalo solo!*

Y lo dejé.

Cataplum! Pisó en el vacío.....y sucedió lo previsto.

Con la frente inundada de sudor y el cabello pegado á las sienes, volvió hacia mí el angustiado rostro ese buen amigo, y me dijo:

—Ya no puedo más!

Adelante! exclamé yo, con voz imperiosa.

Y avanzó, ó mejor dicho, tomé yo la delantera, so pretexto de enseñarle el camino, y empezamos á vadear una laguna por una hilera de piedras resbalosas y distantes.

Era de morir de risa al verlo saltar de piedra en piedra, con la cara más pálida que la muerte. Se apoyaba en el paraguás, todo cuanto podía resistir el artefacto, formando un trípode que me parecía el sustentáculo de una mesa redonda.

En lo más peligroso del tránsito le detuve sobre una piedra roma, para demostrarle que yo era un *estilita* consumido, y empecé á echarle un sermón sobre los deberes de la Municipalidad.

¡Oh edil, le decía. A vos os toca redimir este vecindario, cuya desgraciada historia os voy á narrar desde la creación del mundo hasta nuestros días. Oídme, famoso edil y comprenderéis.....

—Voy á caer en esta poza pestilente, amigo mío. Me tiemblan ya las piernas.

—No, amigo. Aprenda usted las leyes de la estática y no caerá.

—Si es que ya se me doblan las corvas.

—Acuérdese usted del Vizconde de Folle Aveine, cuando pasó sobre las pilastras del puente de Cocarnau.

No me oyó más; chapoteó como pudo en retirada y desapareció con el cabello erizado y las manos crispadas, para volver al centro. El representante del Con-

cejo me abandonaba, dejando en suspenso el hilo de mi discurso.....

Entonces me dirigí á las ranas de la vecina acequia, y les prediqué un largo y elocuente sermón sobre la higiene pública.





El Nueve de Octubre

en Guayaquil.

Es cosa verdaderamente curiosa, y si se quiere conmovedora, lo que pasa en estos días grandes de la patria: 8-9 y 10 de Octubre. Y la cosa consiste en ver cómo todos los actos y funciones de la vida social, industrial, comercial, oficial, y aun conyugal, convergen y se reflejan en un punto: el patriotismo.

Todo lo heterogéneo, lo incompatible, lo infusible, lo irreconciliable, armoniza, compacta, embona, y se adapta al festival patriótico.

Desde mucho antes de los clásicos días, ya empiezan á verse anuncios en que se ofrecen concesiones especialísimas y ventajas nunca vistas, en todos los comercios, con motivo del 9 de Octubre.

Así lee uno asombrado en los diarios: "Zarzaparrilla legítima, píldoras purgativas para limpiar el intestino, cápsulas eficacísimas para el catarro á la vejiga, etc. etc., acaban de llegar y se venden por los suelos, sólo con motivo de las próximas fiestas del 9 de Octubre."

—"Clavos, tornillos, pernos, alambre para cercas etc. etc. Gran rebaja de precios con motivo de las fiestas nacionales! Aprovechar de la ganga!"

—"Acaban de llegar, para el 9 de Octubre, el sin rival vegigatorio Albespeires; sacos vacíos, tubos para desagües de todo grueso y silicato de potasa. Ver y creer; maravillosa baratura! 9 de Octubre de 1820."

Y se queda úno con la boca abierta, pensando qué tienen que ver aquellas especies con la transformación política de Guayaquil del año 20, y de qué manera obra la gloriosa fecha en las cotizaciones del mercado, sin acertar á descubrir la punta.

Oh misterios del patriotismo!

El sastre ofrece manejar las tijeras con mayor rapidez; el zapatero machacar la suela con nuevos bríos; el barbero blandir la navaja con extraordinario aliento; el talabartero reforzar las cinchas; el tonelero apretar los sunchos; el colchonero ajustar las bastas; el boticario cargar la mano á las drogas y hasta los ministros de la ley prometen enredar mejor la pita.

Verdad es que á patriotas nadie nos gana: unos por arriba, otros por abajo, todos tiramos del carro del progreso y vamos adelante.

El 9 de Octubre es nuestra fecha histórica: nuestra efémeride radiante; nuestro fasto luminoso. Todo lo grande que existe en Guayaquil, se ha hecho en los *Nueves de Octubre*; y lo que falta por hacer, se hará, *si se hace*, en los venideros *nueves*.

Inauguraciones, bendiciones solemnes, iniciativas provechosas, proyectos de obras públicas (aunque no se realicen); ofrecimientos de la Municipalidad, (aunque no se cumplan); creaciones de comités para monumentos, (aunque no se erijan); esperanzas de mejoras locales, (aunque no se hagan); todo es obra de algún 9 de Octubre.

En este solemne día los guayaquileños tenemos derecho á pedir cuanto nos da la gana, á título de que somos descendientes de los ilustres próceres que hicieron flamear el pabellón de los libres á orillas de estas playas etc. Y como los poderes públicos tienen irritada, en esta fecha, la fibra patriótica, acceden á todo con extraordinaria facilidad y munificencia. Verdad es que cuando pasa el célebre nueve no nos dan nada de lo prometido; pero, no obstante, como decía el difunto Gallo Viejo, en el fondo hay patriotismo.

Sí, en el fondo hay patriotismo, como decía el difunto Gallo Viejo. La forma puede faltar; pero no el fondo, qué es donde está la médula.

Recuerdo á este respecto un discurso que le oí pronunciar en un acto público á un funcionario de menor cuantía, en el día clásico; discurso que me hizo llorar.....

Oh! compatriotas!—nos dijo—acordémonos siem-

pre de que éste fué el gran día de nuestra redención; día en que nuestros progenitores se batieron con la gloriosa epopeya americana y sellaron con su preciosa sangre el sello de la libertad. El bravo Olmedo, el invicto campeón Roca y el perínclito Jinena, se batieron como héroes en el sangriento campo de batalla, de que fué teatro Guayaquil, hasta caer acribillados á heridas, con el glorioso pendón en sus sacrosantas manos, exclamando, en presencia del gran Bolívar: "¡hemos triunfado, ya podemos morir en paz!" Muramos como ellos, á fin de amasar con nuestra sangre el pan de nuestros hijos! He dicho."

Cuando el orador se sentó, abrumado por los aplausos del numeroso concurso, yo estaba muy conmovido, pensando en el fondo eminentemente patriótico que encerraban los disparates que acababa de oír.

De lo general á lo particular, de lo público á lo privado y hasta á lo íntimo, el 9 de Octubre tiene grande y decisiva influencia.

Familias hay que si tienen engordando un pavo, ó un cerdo, ó un chivo, no lo matan hasta el 9 de Octubre, día fatal para estos inocentes animales; pero ineludible: es preciso que álguien se sacrifique para que otros coman.

Muchos compran un par de zapatos y no se los ponen hasta el nueve, aunque tengan que andar dos meses con los dedos afuera.

Y el que menos se echa encima su vestido nuevo.

Qué diantre! Hay que lucir y cada cual se arregla como le parece más propio del gran día.

Allí se ven zapatitos de raso, que van ciñendo el leve pié de las beldades guayaquileñas; y las *huabas* de charol de nuestros pisaverdes con punta de hocico de *cuchucho*, y los zapatones cuadrados de nuestros campesinos, de cuero de lagarto, con cuatro dedos de suela; pero todos van por el mismo camino, honrando á la patria.

Esto es por debajo; y por encima van los sombreros adornados con flores y cintas, decorando primorosas cabezas de mujeres; y los clásicos cilindros de pelo, afeando más de lo que son á los hijos elegantes de Adán; y enormes jipijapas, convirtiendo en mesas redondas á la generalidad de nuestros laboriosos y honrados agricultores.

La Patria lo ve todo, por arriba y por abajo, con sus ojos de madre, y exclama indudablemente: Qué buena gente!

Pero su mirada cariñosa es para los padres de familia, que son las verdaderas víctimas inmoladas en sus altares.

Cada tropa de chiquillos que pasa, luciendo el pelo de pies á cabeza, y cada grupo de niñas elegantes que discurre por las adornadas calles, arrebatando miradas y suspiros, representa el sacrificio de un mártir, ó sea de un padre de familia, que es lo mismo, el cual ha tenido, sin duda, que sudar sangre, para equipar á su interesante prole.

En el 9 de Octubre de 1820 no se derramó otra sangre que la del Teniente Magallar; pero, en cambio, ahora la sudan muchos *magallares*.

Sin embargo, todo sea por bien empleado, y exclaimos en coro: ¡Viva el 9 de Octubre!





La tapa de raspadura.

Yo me figuro que cualquiera de ustedes, amables lectores, sabe perfectamente qué es lo que llamamos aquí una *tapa de raspadura*; pero como este nombre tal vez no pasa de ser un provincialismo, bueno será explicar á todos, en obsequio de la claridad, que la mentada tapa de raspadura es una torta sólida de miel recocida que se vende por pares, envuelta en hojas de plátano secas.

Lo que yo no sé es quién haya sido el inventor de la raspadura; y es lástima que lo ignore, porque después de la invención de la pólvora, no hay otra cosa para mí de más notable, por sus afinidades políticas, como se verá después.

La raspadura tiene la ventaja de ser cosa de comer y es el manjar ó la golosina predilecta de los viejos y de los niños.

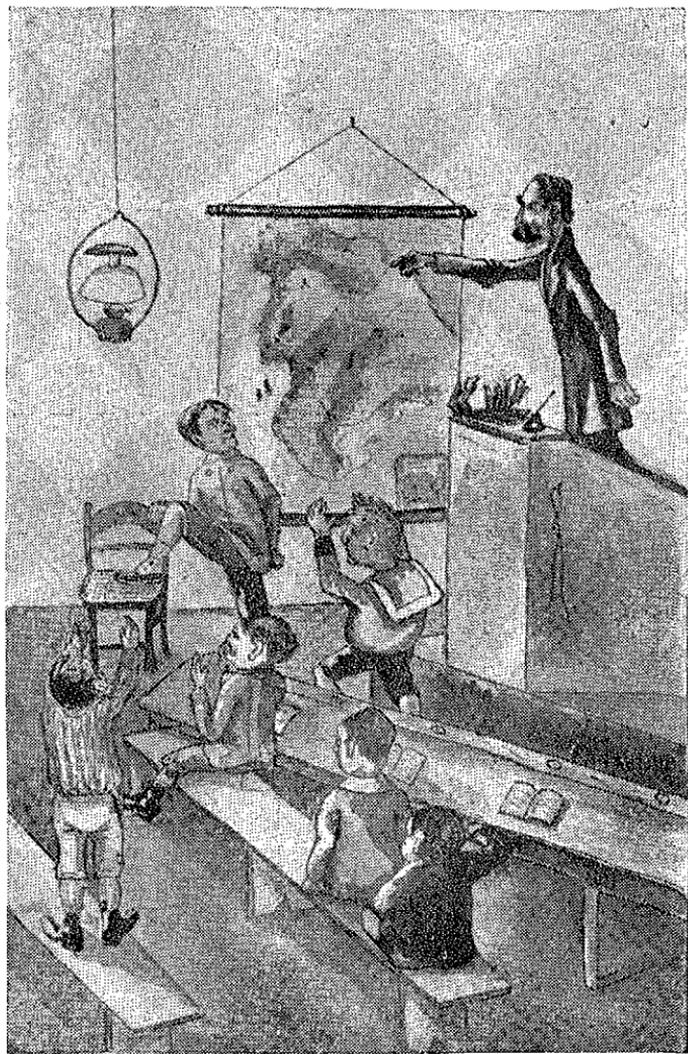
No hay felicidad mayor para un niño de tres ó cuatro años que apoderarse de esta famosa torta de miel y liquidarla con la lengua, sin importarle un pito el quedar enmelado hasta las orejas.

Los ancianos, so pretexto de que la raspadura *hace buen estómago*, como ellos dicen, son también unos buenos consumidores del artículo; pero yo creo que lo que les pasa es que, como han apurado tántas amarguras en esta perra vida, están ávidos de dulce al llegar á la vejez y se desquitan con la raspadura.

No sé por qué se me ha ocurrido hoy hablar de la chancaca, cuando me tenía pensado tratar sobre la cosa pública.

Mas ya me acuerdo! Todo tiene su relación en es-

La tapa de raspadura



Nó, nó, gritó el Maestro. Eso ya es un abuso !

te pícaro mundo, y ahora verán ustedes á donde voy á parar con mi tapa de raspadura, la que, dicho sea en confianza y sin ofender á nadie, me parece á mí más útil, bajo el punto de vista comestible, que la Gran Cruz con que fué condecorada nuestra Legación en España. (*)

Y vamos al cuento.

Érase un Maestro de Escuela, tan pobre y arrancado como casi todos los del oficio.

(*) Habiendo llegado este artículo á manos del señor doctor don Víctor Manuel Rendón, Ministro Plenipotenciario del Ecuador en España, y por otra parte genial escritor é inspirado poeta, ha tenido la delicadeza de aceptar la broma sobre la Gran Cruz con que fué merecidamente condecorado y ha dirigido al autor de *Rayos Catódicos y Fuegos Fatuos*, la siguiente humorística composición, que revela la benevolencia y la gracia de su autor:

Soy de tu mismo decir,
— ¡oh Jack the Ripper chistoso
y, al par que genial, ... goloso!—
Tratándose de engullir,
cual tú, con mucha cordura,
á cualquier Gran Cruz prefiero
LA TAPA DE RASPADURA:
mas declarártelo quiero,
entre ese dulce y el. ... dije,
no me ha dicho nadie: elige.
¿Quién á mí me brinda mieles
en la condición dichosa
que á críticos me condena
y á la acibarada prosa
de ecuatorianos papeles?
Sí, en diplomática escena,
me imponen el uniforme,
precisa que me conforme
á cargar sus accesorios:
bandas con cruces y placas,
eso que llamáis *chancacas*
ó trebejos irrisorios
de la humana vanidad.

Confieso que nada valgo
y que, con cruces, no salgo
de mi triste nulidad;
pero en imparcial concepto,
si justicia no me niegas,
dírás que cumplo el precepto:
*¡A la Tierra á donde fueres,
Debes hacer lo que vieres.*
Mis dignísimos colegas,
en sus bordadas casacas,
ostentan cruces y placas.
¿Querés que el Representante
de nuestra patria adorada
se exhiba menos flamante
entre gente tan dorada?

Por inmerecido honor,
Ministro del Ecuador
y su Enviado Extraordinario,
extraordinario sería,

aún más de lo necesario,
si dijese cualquier día,
con arrogancia sonora,
cuando se me condecora:
"Gracias mil. No uso chancaca.
como buen republicano,
sobre ser ecuatoriano,
en la tierra de la hamaca
que la acepto se censura,
porque es allí preferible
la chancaca comestible:
LA TAPA DE RASPADURA."

En honor de Calderón,
y por amor al progreso,
decretó nuestro Congreso
una condecoración.
Puisanos, si no me engaño,
tengo que llevar con gusto
sin que á nadie lo haga daño,
del Libertador el Busto.
Y, por servicios prestados
en mi patria, no lo ignoro,
muchos hay condecorados
también con medallas de oro.
¿A quién no se le figura
que allá despreciando vienen,
por cosas que brillo tienen,
LA TAPA DE RASPADURA?

Contando con tu indulgencia,
— grande cual la inteligencia,
(que envidia,) de tu cerebro,—
al escribirte celebro
la grata oportunidad
de brindarte mi amistad
cual servidor obsesante,
y de hacer aquí patente
la sincera admiración
de

Víctor Manuel Rendón.

Madrid, 25 de Noviembre de 1908.

Naturalmente no le pagaban el sueldo sino cuando había dinero sobrante en Tesorería, y como siempre estaba la caja exhausta, el Maestro se moría de hambre y más enseñaba los huesos que la geografía.

Desesperado este infeliz en uno de sus días de ayuno, hizo una combinación financiera con un melcochero del lugar, quien tuvo la generosidad de descontarle un vale á la par ¡cosa inaudita! pero le pagó en líos de raspaduras.

Del lobo un pelo, se dijo el dómine. Yo las venderé aunque sea perdiendo algo, y así iremos viviendo.

Hecha esta filosófica reflexión, entregó el documento por cobrar al especiero y cargó con la especie á su domicilio.

Al día siguiente se hallaba el hombre en plena cátedra, explicando á sus alumnos el movimiento de la tierra, y de tanto hablar, con el estómago vacío por supuesto, se le secó la boca y pidió á la patrona que le trajera una tapita de raspadura para endulzar y remojar la palabra.

Vino la señora trayendo la torta solicitada, con más solemnidad que si hubiera traído el Santísimo Sacramento.

En cuanto los muchachos vieron aparecer la raspadura se les hizo la boca agua y olvidaron de cuajo en qué sentido se verificaba el movimiento rotatorio del esferoide terrestre, que acababa de explicarles el maestro.

La vieja ama del dómine, que los conocía como si los hubiera parido, díjole á aquél con el índice erguido y el acento severo:

—Mire su merced dónde va á colocar la raspadura, porque si se descuida, esos golosos se la comen.

Y señaló con un gesto el grupo de escolares.

—Guárdeme Dios, Matea, dijo él con énfasis, de oponerme á que estos inteligentes y queridos niños coman de mi raspadura. Eso es bueno para los maestros tacaños y retrógrados: no para los pedagogos liberales como yo.

Y después añadió:

—Los míos tienen derecho al dulce, como el ciudadano al sufragio, como los pueblos á la libertad, como la virtud al premio, como la garza al pescado. Así, pues, yo os garantizo, amados discípulos míos, que podéis comer cuanta raspadura queráis, con entera y republicana libertad.

Viva el Maestro! Viva la libertad! gritó el coro infantil.

El aclamado entonces avanzó hacia el centro del salón y colocó la torta sobre el tubo de la lámpara que pendía del techo.

Allí la tenéis—indicó—toda es para vosotros. Id y tomadla, niños míos!

Los muchachos se precipitaron en pos de la golosina; pero como estaba tan alta y eran todos tan pequeños, ninguno alcanzó á tocarla siquiera.

Un granuja, de los mayorcitos, dijo de pronto:

Aguardaos, compañeros, que voy á treparme en una silla.

Nó, nó, gritó el Maestro. Eso ya es un abuso! Ven-ga acá la raspadura y acábase la fiesta si es que no sabéis usar con moderación de la libertad que os había concedido.

El resultado fué que nadie probó el dulce, con excepción del Maestro.

*
* *

Entiendes, Fabio?

Así son las libertades que los gobiernos conceden á los pueblos; muy ofrecidas, muy cacareadas, muy repi-queteadas; pero en cuanto se ve que álguien intenta ponerlas á su alcance.....—Nó, nó, exclama el Dómine; eso ya es un abuso! y quédase el pobre pueblo como los chiquillos de la escuela.





El sermón del Padre Rocco.

Quiénes hayan leído las crónicas festivas de Nápoles, por Alejandro Dumas, sabrán quién fué el Padre Rocco; pero á los que no lo sepan les diré que el Padre Rocco era el fraile más campechano y popular que hubo en el reino de las dos Sicilias.

Desde la familia real hasta el último lazzaroni tenían en gran estima al célebre sacerdote, cuya fama de predicador *sui generis* era superior á toda ponderación.

Cuando predicaba el Padre Rocco el pueblo invadía el templo, y desde que la gente no cabía en el interior, se aglomeraba en el atrio y parte de la plaza, siquiera con la esperanza de pescar algo de lo que dijera el chistoso orador napolitano.

Su palabra iba siempre dirigida á las masas; se expresaba en un lenguaje que estuviera al alcance del populacho y salpimentaba sus discursos con cuentos y anécdotas que eran las delicias de su inculto auditorio.

De allí le venía al Padre Rocco su gran ascendiente sobre las clases bajas, que, dígase lo que se quiera, eran entonces y son ahora en todas partes una fuerza respetable.

El Padre Rocco pedía caridad para los pobres.

Un día se dirigió á la familia real en solicitud de una limosna para los menesterosos y fué generosamente atendido por el Rey Fernando, la Reina y los Príncipes

Cumplido su objeto y dando las más sinceras gra-

cias retirábase ya el buen fraile, cuando le detuvo el Rey con estas palabras:

—Cómo! Se va usted, Padre Rocco?

—Me voy con el permiso de V. M.

—De manera que usted viene á pedir aquí y no da nada? interrogó el Rey sonriendo.

—Dios os lo pagará, señor!

—Nó, yo no tengo cuenta corriente con Dios! A usted le toca, Padre Rocco, dar algo en cambio de la limosna que ha recibido para sus pobres.

—Pero qué le de dar, señor? preguntó el fraile un tanto escamado, temiendo alguna jugareta del monarca en presencia de la corte.

—Qué ha de dar, Padre Rocco! Y usted lo pregunta?

—Os daré mis oraciones.

—Para qué diablos!

—Entonces.....?

—Lo que queremos es que predique usted un sermón, de aquellos que sabemos.

—Cuándo?

—Ahora mismo.

—Sobre qué tema?

—Sobre cualquiera.

—Pero, señor, cómo voy á predicar en este momento y en este lugar, sin preparación ni oportunidad.

—Nada, nada, un sermón, Padre Rocco.

La Reina y los príncipes acosaron por su parte al fraile para que predicara en el acto. Todos querían oírle y le aseguraron que no saldría de palacio sin echar una arenga.

—Pero—continuaba el popular orador defendiéndose—yo, señores, no puedo predicar ante las reales personas, porque sólo estoy acostumbrado á hacerme oír ante la gente baja é ignorante de los muelles.

—No importa. Usted predica hoy ó revienta, Padre Rocco!

—No hay excusa posible?

—Ninguna!

—Absolutamente?

—Absolutamente!

—Pues bien, dijo el Padre mirando de un modo malicioso al Rey, que, entre paréntesis, era un gran tuman-tón—pues bien, ya que no hay otro remedio, voy á predicar.

—Bravo!

Trepóse el padre en una silla, invocó al divino espíritu y comenzó así:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.....

Había un cangrejo.....

—Qué cosa? preguntó el Rey sorprendido.

—Digo que había un cangrejo macho y un cangrejo hembra, marido y mujer, que tenían tres hijos cangrejitos y dos hijas cangrejas.

Queriendo los amantes padres dar á sus hijos, como era natural, la mejor educación, buscaron como maestros á los más inteligentes cangrejos y cangrejas de la cangrejería.

Yo lo que quiero, dijo el cangrejo padre á los cangrejos maestros, es que mis hijos aprendan á andar en línea recta. Es lo primero.

Los cangrejitos estuvieron estudiando muchos años, hasta que los maestros y maestras cangrejos y cangrejas, declararon que la educación de los jóvenes cangrejitos estaba terminada.

Bueno, dijo el padre, rodeado de sus hijos, vamos á ver qué han aprendido! Tú, mi vida, añadió dirigiéndose al mayor, quiero que camines un poco para observarte el modo de andar.

—Con mucho gusto, papá.

Y el cangrejito se puso en movimiento, caminando para atrás.

Carizo!! exclamó el padre, dándose un violento golpe sobre el carapacho con la mano gorda. Qué diablo haces, muchacho?

—Estoy andando, papá.

—Sí, pero estás andando para atrás, cangrejo!

—Pero, papá.....!

Venga el segundo. Espero, hijo mío, que tú sabrás más que tu hermano mayor. Ponte en marcha.

Camino el segundo y lo hizo para atrás, lo mismo que el primero.

—Peste!!! Venga el tercero y camine para adelante, canastos!

Anduvo el tercero y lo hizo peor que los anteriores.

El cangrejo padre estaba irritadísimo.

No saben ustedes nada, dijo á sus hijos. No saber andar de frente, pedazos de brutos!! Quién les ha enseñado á andar para atrás?

—Pero, papá, si así andamos todos los cangrejos.

—Váyanse á la punta de un cuerno!

A ver, papá, exclamó entonces el hijo mayor: camí-
ne usted para que nos enseñe á andar derecho.

—Qué.....qué.....qué?

—Que dé usted el ejemplo á sus hijos.....

Entonces el cangrejo padre se puso de siete colores
y cuando quiso retirarse á toda prisa para cortar la
enojosa explicación con sus hijos, vieron éstos que el
padre andaba tan para atrás como todos los cau-
grejos.

Aquí terminó el Padre Rocco su discurso é iba á
añadir la correspondiente moraleja; pero el Rey, que
estaba algo confuso, le dijo: "Basta, basta, Padre! En
lo sucesivo venga por la limosna; pero ya no quiero
más sermones."

De esto ha pasado ya mucho tiempo; pero parece
que el Padre Rocco hubiera predicado aquel sermón pa-
ra los flamantes hombres públicos que se han empeña-
do en hacer la felicidad del país.

Nos quieren los señores del grupo dirigente ense-
ñar á andar derecho; pero les pasa lo que al cangrejo
padre del sermón: cuando quieren dar el buen ejemplo
caminan más torcido que el resto de la familia.





El pleito de la vaca.

Pues, señor, estos eran dos hermanos, hijos legítimos de padre y madre; pero no muy bien avenidos, desgraciadamente, con motivo de cierta vaca que formaba parte de su patrimonio.

La vaca era de los dos, por herencia materna; pero lo difícil era averiguar qué extensión de la bestia correspondía á cada uno, y en ésto se devanaban los sesos los dos hermanos y sus respectivas familias.

En vano era que ambos, recordando su común origen y animados por sentimientos fraternales intentaran resolver la cuestión de una manera amigable; pues en cuanto sacaban la vaca para verificar el reparto, comenzaba la disputa y crecía tanto el calor de ella que, faltando poco para que las partes se tiraran los trastos á la cara, había necesidad de soltar la vaca y dejar pendiente el arreglo para mejor ocasión.

Así pasaban los años y los años, sin que nadie aprovechara de los servicios de la vaca, que vagaba en los bosques como moro sin señor y oveja sin pastor.

Pero estas eran las épocas en que los dos hermanos vivían tranquilos; es decir, cuando menos se acordaban de la vaca.

Y solían hallarse á veces en tan buenas disposiciones, que el uno le decía al otro:

—Hermano, ¿cuándo arreglamos el asunto aquél de la vaca?

—Cuando tú quieras, hermano, le contestaba el otro. Yo no tengo el menor inconveniente.

—Ni yo tampoco. Somos hermanos y este asunto debe arreglarse fraternalmente, para que no haya nin-

gún motivo de desavenencia entre nosotros, ¿no te parece?

—Abundo en los mismos sentimientos.

Dichoso el día en que terminemos esta cuestión, que tanto hace sufrir á nuestras familias.

—Digo otro tanto.

—Pues bien, ya que ambos estamos tan bien dispuestos, llévate tú de la vaca las cuatro patas, con sus respectivas pezuñas, el rabo, las orejas y los cuernos, que yo me llevo lo demás.

—Nó, nó, replicaba el ótro vivamente: déjame ese resto que dices y carga tú con los cuernos, las orejas, el rabo y las cuatro patas, con sus respectivas pezuñas.

—De ninguna manera.

—Entonces cómo quieres que sea yo el majadero!

—Yo no te digo que lo seas, sino que si te conviene este arreglo?

—Y por qué, si lo juzgas equitativo, no aceptas la inversa?

—Porque no me conviene!

—Dí más claro que te quieres llevar la vaca íntegra, creyendo que soy un zopenco.

—El pícaro eres tú, que pretendes la mayor parte del bruto.

—Cuidado con las groserías!

—Y á mí qué?

—Que cojo una estaca y te rompo la crisma.

—Yo cojo ótra y te parto el bautismo.

Al ruido de las voces alteradas acudían las familias de uno y otro y se formaba un guirigay de mil demonios, hasta que cansados de disputar estérilmente, abandonaban el pleito de la vaca y se marchaban á sus respectivas casas sin haber resuelto nada.

Así pasaban los años y los años, repitiéndose con frecuencia las escenas anteriores, hasta que un día los hermanos convinieron en someter el pleito á la decisión de un tío materno y sujetarse á su fallo sea cual fuere.

Aceptó el tío Alfonso la misión de árbitro arbitrador y amigable componedor, y envió un comisionado para que examinara la vaca y oyera las razones de los dos hermanos.

Verificada esta diligencia previa, el fallo no se hizo esperar; y el señor don Alfonso, como buen juez y buen tío, expidió una sentencia salomónica, para que ninguno de sus sobrinos quedara descontento.

Enrique y Pedro, dijo, tienen iguales derecho á la vaca, como herencia del haber materno. En consecuen-

cia declaro al animal imaginariamente dividido al travez en dos partes iguales. La parte que tiene por extremo la cabeza, le corresponderá á Enrique, por ser hermano mayor, y la que tiene por extremo el rabo, será la parte de Pedro.

Publicóse el fallo y los dos hermanos se conformaron con él, por estimarlo muy equitativo, puesto que en suma ambos quedaban dueños á partes iguales de la vaca; pero Pedro dejaba ver una sonrisa tan maliciosa cuando se trataba del asunto, que el buen Enrique no las tenía todas consigo.

Pasó un año, durante el cual la armonía se estableció entre las dos familias, y la vaca dió á luz dos terneros en un solo parto.

Celebró Enrique el acontecimiento y dijo á Pedro:

—Es una fortuna, hermano, que nuestra vaca haya parido gemelos; porque así no habrá lugar á disputas; uno será para tí y el otro para mí:

—Por qué? preguntó el otro socarronamente.

—Porque ambos tenemos derecho á partes iguales sobre la vaca.

—Sí; pero tu parte, que corresponde á la cabeza, según el fallo de mi tío, no es la que ha dado á luz, sino la mía. Y por consiguiente me tocan á mí los dos terneros.

—Cómo es eso?

—Como que es así: nada tiene que ver la cabeza y tu parte delantera en el parto de la vaca; luego las crías me pertenecen.

—Y la leche?

—También es mía, porque procede de la parte de atrás.

—Entonces ¿qué utilidad reporto yo de la vaca?

—Qué sé yo!

—Ésta sí que es buena!

—Lo que tienes que hacer es ir á pagar los daños que ha hecho la vaca en la huerta vecina: se ha comido todos los sembrados y el dueño nos ha demandado; pero como el propietario de la parte delincuente eres tú, no tienes más remedio que pagar.

—Iritóse Enrique al oír esto y resolvió matar su parte de vaca; pero se opuso Pedro y trabóse una riña que dura todavía, y á consecuencia de la cual ambos hermanos están en la miseria.

*
* *

Muy triste sería que ocurriera algo parecido en nuestro pleito de fronteras con el Perú. Y no está muy lejos de que suceda.

Si al Arbitro se le ocurre partir la diferencia, como quien parte un queso, y darnos la mitad de la zona disputada y al Perú la otra mitad, para que ninguno se queje, estaremos verdaderamente fritos, aunque el fallo parezca equitativo; porque estando el Ecuador al Norte del Perú, nos tocará la cabeza de la vaca, que nada produce, mientras que el Perú aprovechará los beneficios de la región amazónica y sus salidas al Atlántico.

En una palabra: al vecino le tocarán las crías y el derecho de *ordeñar* las ventajas del progreso, que están por esa parte. Y á nosotros los cuernos.

Peró como todavía no se ha fallado el pleito y tenemos ya el ejemplo de lo que pasó con Pedro y con Enrique, toda la sagacidad de nuestra diplomacia debe reducirse á que la vaca no se divida al travez, como hizo el tío Alfonso, sino á lo largo, de cacho á rabo, para que nos toquen las duras y las maduras.

Y si se puede la vaca entera, *más mejor*, señor don Honorato.



La supresión de los Monasterios.

—Mi amigo: la supresión de los Monasterios es el asunto del día. Ya pasó la Ley en la Cámara joven. Qué dirá la Cámara vieja?

—Que los supriman.

—Que no los supriman. Porque aquí la cuestión es de ser ó no ser: no hay término medio.

—Y qué dice la opinión, querido padrino?

—La opinión es como las mujeres, que hoy dice que sí y mañana dice que nó, y semiserva, digo viceversa.

—Y usted, qué dice?

—Yo estoy con la opinión.

—No comprendo.

—Ni yo tampoco.

—Entonces, Padrino?

—Somos liberales, y eso basta.

—Pero bien; vamos ilustrando la materia, Padrino

—Vamos, chico!

—Conviene ó nó conviene la supresión de los Monasterios?

—Hombre, yo te diré; creo que cada uno es dueño de hacer de su capa un sayo, y la gente que la da por meterse entre cuatro paredes para pasarse la vida cantando letanias, sin pedirle favor á nadie, está en su derecho. Y pues que somos liberales y proclamamos la libertad ¿por qué le hemos de quitar á las mujeres la libertad de fundar monasterios y encerrarse en ellos para no ver más cara masculina que la del Capellán?

—Entonces, Padrino, la cuestión está resuelta: que no los supriman! Las monjas, como usted dice, tienen perfecto dere.....

—Hombre, yo te diré: también es cierto que el Estado debe velar por los asociados, sobre todo por los que pertenecen al sexo femenino, que son los más inocentes, si que también frágiles, y no es cosa de permitir que cualquier Fray Molondro les llene la cabeza de cuentos, y so pretexto de hacerlas esposas de Jesucristo é hijas políticas de José y María y nietas del Padre Eterno y primas de Santa Isabel, cargue con ellas y las encierre vivas en esos sepuleros que llaman Monasterios.

—Dice usted bien, Padrino. Que los supriman, sin discusión! El Partido Liberal en que militamos no puede consentir.....

—Hombre, yo te diré: no hay que tomar las cosas tan de ligero. Qué es un Monasterio? Una casa de piedad donde se rinde culto á la Religión Católica. El Estado tiene religión? Sí! Cuál es la religión del Estado? La Católica! Luego entonces ¿cómo es que el Estado quiere suprimir las mansiones consagradas al ejercicio de la religión oficial? Esta es la cuestión.

—Deveras, Padrino! Como usted dice, el Estado tiene religión y, por consiguiente, no se deben suprimir los Monasterios.

—Hombre, yo te diré: también es cierto que la clausura absoluta y perpetua es una violación de la ley natural. El sér humano tiene derechos que ejercer y deberes que cumplir, y los enclaustrados no ejercen los unos ni cumplen los otros, convirtiéndose en verdaderos zánganos de la colmena social. Y así como las abejas obreras arrojan á éstos de sus panales, por improductivos, dando un bello ejemplo de carácter á la raza humana, así el Estado dice hoy: suprimanse los Monasterios y salga la gente consumidora y estéril á cumplir sus destinos.

—Bien dicho, Padrino, que los supriman!

—Hombre, yo te diré: hay que ponerse en todos los casos. Qué se entiende por libertad individual? La facultad ó el derecho, como tú quieras, que tiene cada individuo de hacer lo que le da su gana, sin perjuicio ajeno. Pues bien; yo soy mujer.....

—Usted es hombre, Padrino!

—Ya lo sé, Juan Bobo: te figuras que voy á olvidarme ni por un instante de mi sexo! Digo, suponiendo

do que soy mujer, y he recibido un desengaño amoroso. Quiero meterme en un convento y aguantarme allí la píldora. A quién perjudico, á quién daño, á quién ofendo? Y sin embargo, el Estado me lo prohíbe y me manda con mis calabazas afuera; y en nombre de la libertad me quita la mía ¿cómo se entiende semejante absurdo?

—Caracoles, Padrino! Eso también es verdad. Entonces que no se supriman.....

—Hombre, yo te diré: niñas hay inocentísimas que se meten engañadas en esas casas de reclusión; y luego el señor Valverde ha contado algunas picardías que allí suelen cometerse.....

—Sopla! Entonces, que los quemen!

—Nó, hombre, nó!

—Pues que los dejen!

—Tampoco!

—Pero, en fin ¿cómo juzga usted las cosas?

—Aquí diré lo que dijo la junta de médicos del Rey que rabió ante el can hidrófobo:

—Juzgando por los síntomas
Que tiene el animal,
Bien puede estar rabioso
Bien puede no lo estar.





Don Quijote en Guayaquil.

Yo hubiera querido ver á Don Quijote de la Mancha en Guayaquil.

Verdad es que aquí no hacen falta los Quijotes ni los Sancho Panzas, que se los encuentra uno á la vuelta de cada esquina; pero, con todo, y suponiendo que el de la Triste Figura hubiera sido un sér real, mucho habría tenido que ver por estos andurriales.

Qué de agravios no hay aquí por desfacer! Qué de entuertos por enderezar!

Se hubiera lucido el invencible caballero de la Mancha.

Tengo para mí que no echaría de menos el campo de Montiel, por donde hizo su primera salida; ni le faltaría un Rocinante ó *Rocinante*, que para eso, ahí están los caballos de la Policía y las mulas de la Empresa de Carros Urbanos, que ni mandados á hacer.

Ya me parece contemplar al muy grande y poderoso caballero, con una cazuela de Samborondón en la cabeza, en lugar de la bacía de barbero que solía tener por el yelmo del Mambrino; alto, enjuto y macilento, saliendo por la calle de «Sucre» á la Sabana, seguido del inseparable y fidelísimo escudero, si que también ex-Gobernador de la Insula Barataria.

Y aun me parece que le oigo decir: tente, Sancho, y guarda, que si la vista no me engaña, de ocurrirnos há la más grande y prodigiosa aventura que vieron y verán los pasados siglos y futuros.

—Guárdese vuesa merced de esta gente guayaquileña, que no me parece del todo católica y donde menos se piensa salta la liebre, observó Sancho.

—Aquesos que hacia nosotros vienen, dijo Don Quijote, trayendo gruesos bultos encostalados, júrolo por mi ánima que son encantadores que han inventado nuevos géneros de encantamientos. Qué te parece de ésto, Sancho, hijo?

—No sé yo lo que me parece, respondió Sancho, por no ser tan leído como vuesa merced en las escrituras andantes; pero, con todo eso, osaría afirmar y jurar que estas visiones no son visiones, sino sujetos de carne y hueso que traen barriles encostalados.

—Dices verdad: Sancho, porque así tienen la apariencia; mas aquestas son celadas del felón Culiculiambro, y carretas estoy viendo, que no son carretas; y barriles que no son barriles; y costales que no son costales: son demonios.

—Por Dios, señor, yo he oído decir que los demonios tienen la propiedad de oler á piedra de azufre, y estos huelen á otra cosa.

No te maravilles deso, Sancho amigo, porque te haré saber que los diablos saben mucho, y puesto que traigan olores consigo, ellos no huelen nada porque son espíritus, y si huelen, no pueden oler cosas buenas, sino malas y hediondas; y la razón es que como ellos, donde quiera que están traen el infierno consigo, y no pueden recibir género de alivio alguno en sus tormentos, y el buen olor se sabe que deleita y contenta, no es posible que ellos huelan á cosa buena.

Calló Sancho al oír estas discretas razones, en tanto la carreta se acercaba y Don Quijote hacía esta invocación á la señora de sus pensamientos:

Oh tú, sin par Dulcinea, flor y nata de las fembras tobosinas, no te dé afincamiento el peligro en que me ves, porque así conviene para mayor honra y prez de la caballería andante.

Darásle fuerza á mi brazo y dureza al pecho mío para salir con bien de aqueste trance en que jamás se viera caballero andante, magüer amparado fuese por la más garrida de las fermosuras de la tierra!

Diciendo esto llamó á Sancho para que ajustara la cincha á Rocinante, el cual lo hizo con mucha presteza, y afirmándose en los estribos encaráse con el carretero que ya estaba cerca y le dijo:

Oh tú, quién quiera que seas, dime, por tu vida, qué demonio conduces por orden del maligno encantador Culiculiambro?

—Yo ando á llevar—repuso el carretero—los envases de la Salubridad.

—Has oído, Sancho? dijo Don Quijote. Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes y de las cosas que ellos vieron ú oyeron; pero jamás he leído que la Salubridad estuviere envasada y mal oliente, y esto me afirma que aquí hay encantamiento y que estos bultos tapados son espíritus malignos.

—Pero los espíritus malignos—objetó Sancho—siempre suelen ir por los aires con extraña ligereza, ó encerrados en alguna parda y oscura nube ó en algún carro de fuego, ó ya sobre algún hipógrifo ú otra bestia semejante; mas no en carretas y tapados con costales.

—Allá veredes lo que resulta deste encuentro.

Iba á acometer el bravo caballero, después de tomar una buena pieza de terreno, cuando el criado se atravesó con el burro, cerrándole el paso.

—Téngase, vuesa merced, exclamó, que me ha venido un tufo parecido á esotro tufo que oíó vuesa merced cuando yo mesmo hice tras del rucio lo que otro no podía hacer por mí.

—Así es la verdad, asintió Don Quijote, y tengo para mí que esta es una diabólica invención para amenguar el coraje y brío que enciende y anima á los caballeros en la hora del combate.

—Pues no combata, señor Don Quijote, que esto no es como los pellejos que lanceó vuesa merced en la venta, y de los cuales salió el vino á chorros; lo que va á salir es.....una bellaquería, según el viento que sopla y el recibimiento que le hace la nariz.

Reflexionó Don Quijote un momento y luego dijo:

—En qué andurriales nos hemos metido, Sancho hermano! Esta no es ciudad, ni es nada, ni hay tales encantamientos ni tales demonios, sino atrevimiento y falta de higiene.

—Tanta verdad dice vuesa merced, que yo me sé que en aquesta tierra cuando se pregunta por doña Higiene Pública, suelen responder como respondió vuesa merced al Duque, mi señor, cuando le preguntó si era cierto que existía ó nó mi señora doña Dulcinea del Toboso.

—Y qué fué lo que yo contesté?

—Vuesa merced dijo: Mucho habría que decir sobre ello, y es tal que yo mesmo no sé si existe ó nó la sin par Dulcinea; pero me basta tenerla en mi pensamiento, aunque no la vea ni la oiga.

—Razón te sobra, Sancho; y sábetelo que lo que jamás pudieron conmigo moros ni cristianos, encantadores ni encantamientos, ejércitos y leones, aquesta carre-

ta me puede y haráme volver grupas á toda priesa, que nunca vide cosa semejante ni olido cosa peor, y admirado me voy de los habitantes de esta villa á quienes Dios fué servido de dalles una nariz de estuco.

Así termina el coloquio que yo imagino entre amo y escudero y enseguida los veo encaminarse hacia el punto del Estero Salado en que se abren los desagües del Manicomio y del Hospicio, donde les espera otra muy grande y extraordinaria aventura, que no dejará de narrar Cide Hamete Benengeli.





La lucha del toro con el oso.

Hace muchos años llegó á esta ciudad una Compañía de Variedades, que trajo un numeroso tren para espectáculos; entre ellos la exhibición de algunas fieras.

El público estaba entusiasmado; porque nada hay que más interese á todas las clases sociales como los espectáculos de sensación.

No sé si será lo mismo en todas partes, ó si ésta es una debilidad exclusivamente nuestra; pero yo apuesto cualquiera cosa á que si aquí se anuncia el *debut* de la Patti y al mismo tiempo la exhibición de un rinoceronte que camina en dos patas y da saltos mortales, la diva se quedará sin auditorio y la concurrencia se la llevará el rinoceronte.

En la época á que me refiero se anunció en el circo la lucha de un toro con un oso.

Los programas no podían ser más llamativos:

“Estupenda función!—Cosa nunca vista en Guayaquil!—Espantosa lucha entre un corpulento Toro de las pampas argentinas y un gigantesco Oso gris de las regiones árticas!—Sin igual ejemplo de bravura urso-taurina.—Sangre, muerte y exterminio.—Duelo salvaje con detalles espeluznantes.—Horrible carnicería.—Asas que se hunden en el vientre del oso y garras que destrozan el testuz del toro.—La Compañía no ha omitido sacrificio alguno para proporcionar este espectáculo al culto pueblo guayaquileño.”

Tal programa era verdaderamente digno de sacar de sus quicios hasta á la gente seria, sin distinción de edad, condición, ni sexo; porque, efectivamente, una

lucha entre dos bestias de ese temple no es cosa que se ve todos los días.

La imaginación de los más noveleros se complacía en forjar hiperbólicamente las circunstancias del combate.

Supongamos—exclamaba uno—que de la primera embestida el toro logre ensartar al oso en la punta de un cuerno y le eche las tripas afuera.....

—Bah! explicaba otro: los osos escurren el bulto con la mayor facilidad y tienen la ventaja de ponerse en dos ó en cuatro pies, según les convenga.

—Pero carecen de la pujanza del toro.

—Quién dijo eso! El oso tiene quizá más fuerza que el toro y jamás retrocede ante ningún enemigo. Su zarpa vale más que una asta puntiaguda, y se han visto osos que han rasgado por la mitad á un búfalo con la misma facilidad conque un niño rompería un pañuelo.

—Diablos!

—Y en seguida se lo han comido, cosa que no puede hacer un toro con su difunto adversario.

—Es verdad; pero el oso parece más pesado que el toro.

—Aparentemente: hay osos más ágiles que una ardilla y dan saltos asombrosos, de cuatro y cinco metros de altura.

En fin, cada cual fantaseaba á su sabor y calumniaba impunemente á los dos brutos que iban á batirse, contribuyendo al *reclame* de la Compañía, que, por su parte, solía también mentir á destajo, sin el menor escrúpulo de conciencia.

La antevíspera de la función no quedaba una sola localidad disponible, por más que se había aumentado el número de asientos, adicionando dos ó tres filas de butacas.

Y en el día grande, hormigueaba la gente en torno de la carpa, contándose entre los concurrentes hasta ciertos sujetos que llaman *agarrados* y que por no gastar un par de sueres no van más que á la retreta y á las reparticiones de premios en los colegios, que son actos gratuitos. Pues ese día se animaron á desatar la bolsa y echar á perder algunos reales por ver la lucha.

El espectáculo iba á comenzar. Tres veces sonó la campanilla en medio de los aplausos del numeroso curso.

Algunas señoras empezaron á palidecer; algunos

La lucha del toro con el oso



Qué los puncen, gritó el público !
—Sacaron un chuzo y los punzaron.

caballeros se colocaban discretamente cerca de la puerta, *por si acaso*; y en esto se abrió una cortina y salió el toro.

Numerosa gritería saludó su aparición.

El berrendo se quedó asombrado, sin duda por no alcanzar á comprender á qué debía semejante ovación.

Volvióse á abrir la cortina y asomó el oso, lanzando un magestuoso gruñido.

Los espectadores estaban absortos. Qué lucha la que iba á verificarse!

Los dos adversarios se miraron de reojo y luego avanzaron el uno hacia el otro: el oso en dos pies, con los brazos abiertos y el toro con la cabeza baja presentando las defensas.

No hubo más que un mujido y un gruñido simultáneos: el oso estrechó entre sus robustos brazos la cabeza del toro, lo dobló y ambos quedaron inmóviles.

El público no respiraba. Qué iba á resultar después de ese preliminar? Sólo Dios lo sabía!

Pasaron cinco minutos.....

Nada! El oso abrazado del toro.

Pasó un cuarto de hora.....

Nada! El oso abrazado del toro.

Parecía que ambos habían echado raíces en el suelo.

Pasó media hora.....

Lo mismo. El oso seguía abrazado del toro.

El público se impacientó al fin y empezó á gritar que los apartaran.

Así lo hicieron los auxiliares de la Compañía, separando á las bestias para que volvieran á atacarse.

Embistió el rumiante y el oso le abrió los brazos sujetándole entre ellos como la primera vez y permaneciendo ambos en actitud estatuaria.

Transcurrieron diez, quince, veinte minutos.....

Nada de lucha. El oso abrazado del toro y en actitud beatífica.

—Qué los puncen!! gritó el público.

Sacaron un chuzo y los punzaron.

Nada! El oso abrazado del toro.

—Que los vuelvan á punzar!

—Nada! El oso abrazado del toro.

Los espectadores protestaron, diciendo que era un abuso aquélla, porque se les había ofrecido una lucha y

no una fantochada como ésa; pero el Director de la Compañía salió y dijo: que él no tenía la culpa, porque las bestias no querían pelear.

Esta disculpa provocó un tumulto y todos los asientos fueron destrozados. Por en medio de la trepolina é indiferente á ella estaba el oso abrazado del toro.

Tal fué el término de la espantosa lucha que anunciaban los programas y tal el desengaño que sufrió el respetable público.

Pero todos se fueron consolando después de esta decepción, al ver que lo mismo pasa con esos grandes proyectos de *reforma liberal* que anuncian ciertos gobiernos al son de cajas y platillos, haciendo aplaudir por anticipado á los *regeneradores*, para dejarnos en seguida con tamañas narices en presencia del rutinario *statu quo*.

Sépalo, pues, el lector, y en adelante cuando vea algún bello programa de Gobierno heuchido de propósitos elevados, acuérdesese del oso abrazado del toro y de las burlas que sufre el *respetable público*.





Las ánimas escarmentadas.

El maestro Crispín era un joyero que allá por los tiempos de la colonia había logrado amasar, como ahora se dice, un regular capitalito, con el cual pensaba pasar tranquilo y descansado los días de su vejez.

Pero el buen hombre contó sin la huéspedada, ó sin las huéspedadas; y éstas resultaron ser las Animas del Purgatorio.

Desde que se acostaba y empezaba á coger el primer sueño, oía un espeluznante ruido de cadenas que le helaban la sangre; luego giraban las puertas sobre sus goznes y aparecía en el centro de su dormitorio un bulto blanco, que le llamaba por su nombre con una voz doliente y honda como salida del otro mundo.

—Crispín!

Arrebujábase Crispín entre las sábanas, se encomendaba á todos los santos del cielo y hubiera querido no articular una palabra; pero la angustiada voz seguía llamándole, con acento cada vez más dolorido:

—Crispín! Crispín!

Contestaba al fin el infeliz, dando diente con diente, y entonces la visión parecía animarse y le demandaba una limosna en sufragio de su alma.

Y como se tardara en acceder, el Aníma del Purgatorio se tornaba amenazadora y hacía que al pobre joyero se le pusieran los pelos de punta.

La limosna debía ser llevada al Padre tál ó cuál, santísimo varón, para que celebrara las treinta y tres misas de San Gregorio, por el descanso de la penitente.

Hecha la promesa, titiritando de miedo, quedaba

luego en paz el pobre joyero, y al día siguiente corría á llevar los treinta y tres pesos al lugar indicado y los ponía en manos de la persona designada.

Pero á la noche siguiente, á la misma hora que la víspera, otra voz hacía se oír, precedida de hondos gemidos, que pedía igual gracia.

Era otra Anima del Purgatorio.

El joyero se abrazaba de la almohada con la sangre corrida hasta los talones y tapábase los oídos con algodón; pero el bulto avanzaba siempre y le sacudía la cama con brazo de hierro.

Y al fin tenía que atender á esta nueva solicitud, sin dejar de escuchar las terribles amenazas que el Anima le hacía si le negaba el óbolo para sus sufragios.

En vano el infeliz se cargaba de reliquias y se bañaba en agua bendita para ver si de esta manera impedía las cotidianas apariciones de las Animas y le dejaban descansar el espíritu y el bolsillo; pero no había remedio:

A las doce de la noche se presentaba el bulto blanco y comenzaba el susto hasta que soltaba la prenda.

Las Animas me están arruinando! exclamaba.

En misas y responsos me han hecho gastar ya la mitad de mis recursos. Y lo peor es que me van á volver loco.

Confesóse varias veces para acostarse á dormir en estado de gracia; pero más bien agravóse el mal, porque su confesor se puso de parte de las benditas Animas y le aconsejó que las atendiera en sus necesidades.

Pero—decía él—por qué no van á mechificar á otros?

Y llegaba la noche y aparecía el Anima con una puntualidad inglesa.

Una noche que Crispín salió temprano de su casa con una botella vacía para llenarla de agua bendita, tropezó con un antiguo condiscípulo y le contó sus cuitas.

—Eres un majadero, le dijo el amigo: déjate de agua bendita y anda llena tu botella de aguardiente, que es lo que te conviene.

Dócil fué á seguir el consejo el protector obligado de las Animas, y regresó á su casa con la botella llena de legítimo refinado.

Antes de acostarse se echó unos cuantos tragos largos y repetidos, y empezó á sentirse con unos bríos extraordinarios.

Tornó á repetir los toques y ganó tanto en valor y fuerzas, que se creía un gigante invencible, con unas ganas de buscar pleito como nunca había sentido.

Yo soy otro hombre! exclamaba.

Que vengan todos contra mí, y yo contra todos! Qué diablo! Somos ó no somos!

Y daba unos puñetazos formidables en los tableros de las mesas.

Era increíble cómo el pacífico y meticoloso maestro Crispín se había convertido en un energúmeno, y soltaba unas interjecciones que temblaba el misterio.

De cuando en cuando acariciaba la botella y crecía su belicosidad.

Las doce de la noche diéronle cuando acababa de darle el último tiento, y estando en lo mejor de su exaltación, oyóse el ruido de las cadenas arrastradas y la voz del Anima del Purgatorio.

—Crispín!

—Un diablo! gritó el maestro. Aquí estoy! Ven acá, condenada!

Avanzó el bulto blanco, al parecer con cierta desconfianza, y formuló su demanda.

—Sí, replicó don Crispín, completamente chispo, ustedes creen, so vagamundas, que yo las he parido á ustedes para que me saquen el cuero; pero hoy mismo vamos á arreglar nuestras cuentas.

Y lanzándose rápidamente sobre el bulto, lo levantó en sus brazos, saltó sobre una silla y lo arrojó ventana abajo.

Al día siguiente cuenta la historia que los serenos recogieron bajo la ventana del joyero, un jesuíta desmayado, con las costillas sumidas y la nariz reventada.

Y desde aquella memorable noche no volvieron las Animas á molestar al maestro Crispín.





La gallina filósofa.

v

Hijos míos, le decía una gallina á sus tiernos polluelos. Hijos míos, ustedes no conocen lo que es el mundo.

—Y qué es el mundo, mamá? preguntaban los chiquillos.

—El mundo es el gallinero, mis pobres criaturas. Ese gallinero que ven ustedes allí, ese es el mundo.

—Y quién manda en el mundo?

—El gallo, hijos, el gallo.

—Deveras?

—Sí.

—Y es bueno el gallo, mamá?

—Ay, hijos! Cuando yo era muy pollita todavía, confieso que hubiera dado la vida por él. Yo no lo conocía á fondo, es verdad. Había oído solamente hablar á varias gallinas de elevada posición que se hacían lenguas del gallo; y yo, como muchacha inexperta, llegué á figurarme que el gallo era el regenerador de las aves de corral.

—Y no lo fué?

—Qué había de serlo! La primera vez que me tendió el ala.....

—Y para qué le tendió el ala, mamá?

—Eso no les conviene á ustedes saber. Vamos al grano: digo, pues, que aquella vez fué tanto mi entusiasmo que no pude menos de gritar alborozada: ¡Viva el gallo! ¡Viva el gallo!

—Quedaría el gallo muy agradecido?

—No, hijos míos, los gallos no agradecen nada. Sostuve un duelo á muerte con una clueca celosa, que me salió al encuentro para disputarme la honra de la

preferencia; y saben ustedes lo que hizo el gallo cuando me vió con un ojo vaciado y el buche rasgado en cruz?

—Castigó á la clueca?

—No tal: me atacó á espolonazos y casi me mata.

—Qué bárbaro!

—Eso fué todo lo que saqué de sacrificarme por él.

—Malagradecido!

—Así son todos los que llegan á una posición encumbrada. Cuando era pollo aún, solía decir á las gallinas, con interés conmovedor: dejen ustedes, hijas mías, que me crezcan las espuelas, y entonces yo escarbaré la tierra para que ustedes piquen.

—Y la escarbó, mamá?

—Sí, la escarbó, pero fué para picar él.

—Qué egoísta!

—Cuanto gusano encontraba se lo comía. Y lo curioso es que después de habérselos comido, se ponía á llamarnos: clú, clú, clú.....Ibamos nosotras para aprovechar del beneficio y encontrábamos con que todo se lo había metido al buche.

—Entonces ¿para qué las llamaba?

—Nada más que para conservar el partido. No ven ustedes que el mundo está compuesto de gallinas tontas y de gallos tunos?

—Ay, qué suerté tan desgraciada!

—Y lo peor es que no tiene remedio; porque dado caso de que le tuerzan el pescuezo á este gallo, para guisarlo con arroz, como se ve frecuentemente.....

—Viene otro gallo que es lo mismo?

—O talvez peor!

—Entonces, qué se debe hacer, mamá?

—Seguir mis prudentes consejos; es decir, no morir-se por nadie, teniendo en consideración que nadie se muere por úno. Y luego dejar rodar la bola, aun cuando digan que el gallinero se viene abajo.

—Y si se cae?

Mentira. Aquello de salvar á la patria, en asuntos de corral, no es más que una fábula. Todos los gallos pretenden reconstituir el gallinero, redimirlo, regenerarlo ¡que sé yo! y la percha queda lo mismo.

—Pero, mamita!

—No hay que fiarse de nadie, hijos. Piensen uste-

des que el gallo es el que más alborota y cacarea; y la única que pone el huevo es la gallina. Estamos? Pues bien: la gallina es el Pueblo y no digo más porque..... ahí viene el gallo.

*
* *

Si muchos hubieran escuchado este diálogo, á estas horas estarían separados de la política.





Una boda en refranes.

Quien da pronto da dos veces, don Rafael; deme usted la mano de su sobrina y cada oveja con su pareja y Cristo con todos y aquí paz y después gloria.

—Nó, Felipillo; porque más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y donde manda capitán no manda marinero.

—Es verdad, don Rafael; pero si es por lo que soy pobre que usted me rechaza, reconozca que más vale malo conocido que bueno por conocer y no deje lo seguro por lo dudoso.

—Bah, hijo, también sé yo que no por mucho madrugar amanece más temprano.

—Pero sepa también que quien mucho abarea poco aprieta.

—Ya estoy; á buen entendedor, pocas palabras, Felipillo, y yo te entiendo; mas ten en cuenta que Juan Segura vivió muchos años, y si logro colocar á Matilde con el que le conviene, quien á buen árbol se arrima buena sombra le cobija.

—Sin embargo, piense usted que el hábito no hace al monje, y que bajo una mala capa suele haber también un buen bebedor.

—Eso lo dices por tí, muchacho; mas no sabes lo que te pescas; y si pretendes buscarle tres pies al gato le hallarás cuatro.

—Y eso ¿por qué lo dice usted?

—Porque una cosa es con violín, hijo, y otra cosa es con guitarra. Bueno es culantro; pero no tanto; lo que equivale á decir que si tienes algún mérito yo te lo

reconozco; mas no todo el monte es orégano y cada uno debe estar no á las duras, sino á las maduras, que es lo que más nos conviene.

—En otros términos, no le lleno á usted el ojo, según parece. Y si yo le dijera que á buena hambre no hay pan duro y que á falta de pan buenas son tortas.....

—Diría que no comulgo con ruedas de molino y que soy muy dueño de hacer de mi capa un sayo.

—Haría usted mal, don Rafael, porque cual más cual menos toda la lana es pelo, y quien habla mal de la pera, comerá de ella.

—No eres tú mala pera, pobre Felipillo; pero guerra avisada no mata gente y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

—Sin embargo, la chica me quiere, y usted sabe que donde menos se piensa salta la liebre.....

—Y sé también que quien quita la ocasión quita al ladrón, y quitándote á tí de en medio.....en boca cerrada no entran moscas.

—Pudiera ser; mas tanto da la gota en la piedra que hace mella y pobre importuno saca mendrugo.

—Eso es sin contar con la huéspedea, Felipillo. Yo sé que en la arca abierta el justo peca; pero el ojo del amo.....engorda al caballo.

—Pero repare usted que la mujer y el vidrio están siempre en peligro, y que lo que no sucede en un año sucede en un día, y que cuando quiere una mujer no hay inconveniente humano, como Calderón lo dijo, y cuando Calderón lo dijo estudiado lo tendría.

—Hola, con que todas esas teníamos! Pues, sábeta, imberbe, que quien mucho habla mucho yerra, y todo eso que me dices, por aquí se me entra y por acá se me sale, porque vísperas de mucho son días de nada y mucho ruido pocas nueces.

—Mas cuando el río suena piedras trae, tío de mi novia, y á mal que no tiene remedio, ponerle buena cara.

—Atrévete á hacer la burla y guárdate de la escaramulla, que del agua mansa nos libre Dios, y la agua mansa soy yo.

—Entonces acceda usted.

—Nó, que prefiero ponerme una vez colorado y no ciento amarillo.

—Pues la perderá usted.

—Por qué la he de perder?

—Oiga usted la lectura de esta carta de Matilde y verá que quien bien ama nunca olvida.

—Pero no hay mal que dure cien años, ni amor que no tenga fin, ni cuerpo que lo resista.

—Atienda usted.

«Felipillo de mi alma: tanto va el cántaro al agua que al fin se rompe; pero por lo que pueda suceder llévate de esta máxima: no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy, mira que la ocasión es calva y hay que cogerla por el copete.....»

—Ah, pillá!

—«Esto te lo digo por mi tío, que habla de la feria como le ha ido en ella y del matrimonio como le ha ido en él, y quiere que me case con quien tenga pan y pedazo, sin fijarse en que matrimonio y mortaja del cielo baja; por eso te repito que tanto da la gota en la piedra que hace mella, y tanto podemos dar en él, que salga el sol por Antequera.

—Ah deslenguada!

—Cada ladrón, Felipillo como dice el refrán, juzga por su condición, y mi tío.....»

—Demonio! Conque el ladrón parece que soy yo?

—Eso se deduce del contexto!

—Sigue, desgraciado, para ver en qué paran esas misas.

—«Y mi tío cree que por haberle salido el tiro por la culata, todo el mundo es Popayán; pero se equivoca, y por otra parte yo no soy de las que dicen: deme Dios marido rico aunque sea un borrico. Así, chico, no te desalientes; mira que cada carnero de su pié se cuelga, y el amor y la fe en las obras se vé, y el día malo es vispera del bueno, y hombre apercibido no será nunca vencido, y el cuervo no ha de ser más negro que las alas, y no es el león como lo pintan, y poco á poco hila la vieja el copo, y lo que es del agua el agua se lo lleva.»

—Pero, demonios, esa muchacha es un costal de refranes! Aquí si que se podría decir: por su mal supo la avispa volar.

—Cual es el rey, tal es la grey.

—Y cual el varón, tal la oración.

—Exacto.

—Vamos, Felipillo, continúa:

—«Yo espero, Felipillo de mi alma, que mi tío ceda al fin y nos casemos con su voluntad ó sin ella, aunque se disguste, que riña por San Juan, paz para todo el año, y salga lo que fuere ¿para qué se mete en camisa de once varas, cuando debiera saber que á río revuelto ganancia de pescadores? Y los pescadores seríamos nosotros que haríamos nuestro Agosto, mientras él se

empeña en dar coces contra el aguijón. La perseverancia todo lo alcanza y en casa de Gouzalo más puede la gallina que el gallo.

Siempre tuya:—MATILDE.»

—Conque ¿qué dice usted, señor tío?

—Digo que basta trasquilar sin desollar, y esa chica, que Dios confunda, me ha desollado ó pretende desollarme vivo. Bien dice el adagio: cría cuervos y te sacarán los ojos.

—No diga tanto, don Rafael, que quien escupe al cielo en la.....

—Sí; pero creo que bien puede lamerse el gato después de harto.

—Cada cual, pues, á su natural.

—O mejor dicho: cada loco con su tema, y como ella es una loca y tú otro que tal, Dios los cría y ellos se juntan. Sálganse ustedes con la suya y el diablo se los lleve, que yo me lavo las manos.

Lo que te digo es que antes de que te cases; mira lo que haces, que la mecha te puede salir más cara que el candil, y la torta costarte un pan.....

—Quien se pica, don Rafael, ajos ha comido. Deme usted un abrazo y llámeme su sobrino.

—Ven, Felipillo, me declaró vencido y te concedo la niña; pero jamás creí que se hiciera la miel para la boca del asno, ni que al puerco más ruin le tocara la mejor bellota.

—Eche usted tío, écheme usted piropos, que para eso le asiste el derecho del pueblo.

—¿Qué derecho es ese?

—El derecho del pataleo, que es el único derecho efectivo de los pueblos soberanos.





Los chinos no mueren.

Acababa de escribir sobre la blanca cuartilla de papel estas dos palabras: «Rayos Catódicos», cuando sentí que tocaron á mi puerta.

¡Canastos! exclamé, como el hijo de la Duquesa en el drama de mi amigo Juan Eusebio, y suspendí el hilo de mi discurso para recibir la visita.

Era una linda muchacha, escapada del Paraíso de Mahoma, ó del coro de vírgenes de Ossiam, ó del *Nocturno* de Acuña ¡qué se yo!

Hoy, me dije, no habrá «Rayos Catódicos,» porque yo no soy capaz de ver una cara bonita y escribir al mismo tiempo para el público. En tal caso escribo para ella.

Pero no hay de qué alarmarse.....La niña venía hacia mí con el objeto de hacerme una pregunta suelta. Nada más!

Me doblé como un arco en su presencia, para darle á entender que era galante, y esperé que de sus rosados labios partiera la interrogación.

En el intermedio yo me estaba encomendando á San Jacinto, patrón de Yaguachi, para que me preguntara alguna cosa que yo supiera.

—Pues yo venía, me dijo.....

Hay que advertir que las mujeres cuando hablan ó escriben, comienzan siempre por un *pues*, con excepción, naturalmente, de mis bellas lectoras.

—Pues yo venía, dijo, á preguntarle, dónde entierran á los chinos?

—En el cementerio, respondí gravemente.

—No, señor. No hay un sólo chino enterrado en el cementerio.

—Entonces?

—Eso es lo que me tiene preocupada. Qué se hace de los chinos que mueren en Guayaquil?

—Ah, señorita! Yo he oído decir que cuando fallece un chino baja del cielo un ángel asiático y se lo lleva en cuerpo y alma cogido por el moño.

—Eso es broma! Vamos á lo serio. Usted ha visto, alguna vez en su vida los funerales de algún hijo del Celeste Imperio?

Me puse á pensar durante cinco minutos y no recordé haber visto jamás un duelo chino.

Hice una señal negativa y ella me dijo:

—Hay en esta ciudad cerca de tres mil chinos. Supongo que no son inmortales: algunos se han de morir; pero hasta ahora no se ha visto á la colonia cargando al muerto.

—Cierto es.

—Aquí se mueren alemanes, franceses, ingleses, italianos.....Y ve usted pasar á los paisanos vestidos de luto.....Y va usted al Cementerio católico ó al Cementerio laico, y ve usted sus nichos y sus epitafios y sus coronas.....Pero ¿cuándo ha visto usted la tumba de un chino?

—Nunca! Ahora caigo en cuenta de que jamás he visto un Kin-Fó, ó un Sun-Chong, ó un Tai-Tu-(huna-Ma, metido dentro de su bóveda. Lo que dice usted es cierto, señorita; no hay aquí, en Guayaquil, quién haya visto un entierro chino.

—Entonces, repito señor *the Ripper*, ¿qué hacen con los chinos muertos?

—Yo no soy chino, señorita, de manera que ignoro la suerte que corran los cadáveres asiáticos.

—Pero no le sorprende á usted que la estadística local no registre una sola defunción entre la numerosa colonia de los hijos del cielo?

—Tan me sorprende que, habiendo almorzado hace poco cierto *distok* barato, me han asaltado funestos presentimientos.....

—Comprendo.....! Usted cree que.....

—Exacto. Yo creo haberme comido una parte del vendedor de lechuga que pasaba por mi calle.....y era chino, por más señas.

—Qué horror!

—Oh!

—Entonces diga usted ésto en su periódico, á fin de

que nuestros hombres públicos tomen alguna medida en el asunto.

—Hay tantas medidas más importantes que tomar, señorita!

—Y no las toman?

—Oh, sí! Ahora están tomaudo champagne en los banquetes oficiales!





La Ley de Reemplazos

—Se puede?

—Pase Ud. adelante.

—Salud y prosperidad.

—Ah! Es usted, querido doctor Misisipi?

—El mismo, misia Marcolfa. Sólo que, como soy tan distraído, acabo de abrazar á un chino en la escalera, creyendo que era su estimable esposo.

—Ay, doctor, es posible? Pero, en fin, ya le conocemos á usted, que es así, muy distraído. De lo contrario me enfadaría, porque mi marido no tiene cara de chino, que digamos.

—Así es, efectivamente, y por esto le pido mil perdones.

—No hay por qué, doctor.

—La señora y los niños están buenos?

—Qué señora?

—Digo el esposo, me había equivocado.

—Bien, gracias.

—Lo siento mucho!

—Cómo?

—Es decir, me alegro.

—Pues oiga usted, doctor, viene usted á tiempo, porque estoy muy angustiada con motivo de la Ley de Reclutas y Reemplazos expedida por el último Congreso.

—Teme usted que la llamen al servicio activo?

—Eso sólo faltaría: que llamaran también á las mujeres.

—Verdad que es usted mujer. Soy tan distraído, que me olvido del sexo de las personas.

—Pues decía que estoy muy angustiada, porque según dicha ley, todos los jóvenes de 20 años tienen que ingresar en el Ejército permanente.

—Y qué hay con eso?

—Hay que mi hijo Bertoldino va á cumplir veinte años y tiemblo al pensar en que lo metan de soldado.

—No es posible.

—Pero así lo manda la ley.

—Al contrario, señora. Esa ley ha sido hecha para que nadie sirva en el Ejército.

—No comprendo, doctor!

—Voy á explicarme. Deme usted una baciulla.....
.....Nó, nó, digo un vaso de agua. Estas distracciones!

—Aquí tiene, doctor.

—Gracias! Ahora le voy á explicar á usted el espíritu de la Ley.

—Ay, doctor, cuánto se lo agradeceré.

—Qué población calcula usted en Guayaquil?

—Cuando la Policía de esta ciudad formó el censo, hace cuatro ó cinco años, me parece que dió cosa de 44.000 habitantes.

—Pues pongamos 50.000, más que menos, en números redondos, y un fósforo.

—Para qué el fósforo?

—Para encender mi cigarro.

—Ah!

—Muchas gracias! De las 50.000 almas hay que deducir á las mujeres; porque no tienen alma.....

—Doctor!

—Digo, porque no reza con ellas la Ley de Reclutas. Y partiendo la cifra por el eje, en el supuesto de que haya un hombre por cada mujer, como es natural, tendremos 25.000 varones, inclusive su marido, Bertoldino, yo y usted.

—Yo nó, doctor.

—Cierto: usted nó. Ahora bien: de los 25.000 hombres, quitemos al Cuerpo de Bomberos, que está exceptuado del servicio militar y consta de dos mil bombas, digo bomberos. Quedan 23.000 ciudadanos disponibles.

—Exacto!

—Rebajemos mil hombres, por lo menos, en actual servicio en esta plaza, y restan 22.000. Estos 22.000 hay que dividirlos en ocho grupos de 1 á 10 años, de

10 á 20, de 20 á 30, de 30 á 40, de 40 á 50, de 50 á 60, de 60 á 70 y de 70 para arriba.

—Sí, doctor.

—Tenemos que para cada grupo hay 2.750 varones. No es así?

—Así es, doctor.

—El grupo que corresponde á su hijo Bertoldino es el de 10 á 20 años. Divida usted 2.750 entre 10 y tendremos los jóvenes de 20 años que están aptos para el servicio militar.

—Borro el cero y quedan 275.

—Bien. Borre ahora el pico, estimando que esos 75 varones pertenezcan á la pura raza indígena, que están exceptuados del servicio militar.

—Quedan 200.

—Como el número de extranjeros está calculado en un 8 por ciento, rebaje usted de esa cifra 16.

—Restan 184.

—Cuántos inhábiles cree usted que pueda haber en ese número, aquí donde hay tantos jovencitos con el pulmón picado estudiando para cadáveres?

—Pondremos 20.

—Bueno. Quedan 164, de los cuáles hay que rebajar á los hijos de viuda, que están exceptuados por la ley.

—Cuántos podrán ser?

—Como aquí se encuentra uno con una viuda pobre á cada cuatro pasos, no será mucho calcular 25 hijos de viuda entre el número de 184.

Entonces quedan 134.

—Rebaje usted á los jóvenes que sin ser hijos de viuda sostengan con su trabajo á una familia. Y tenga en cuenta que estos ablandan, digo abundan, porque las familias pobres, que viven del trabajo de sus hijos, se pierden de vista.

—Rebajaremos la mitad.

—Por lo menos.

—Quedan 64.

—Calcule usted que haya diez empleados en la instrucción pública, y por consiguiente exceptuados.

—Quedan 53.

—Quite 50 que se escapan del sorteo, por influencias particulares.

Quedan 4.

—Exacto. Ahora suprima usted por lo menos cuatro tonsurados que haya en el Seminario Conciliar, con sus correspondientes hábitos talares.

—No queda nada.

—Pues ahí tiene usted el resultado de la Ley de Reclutas y Reemplazos. (*)

—Ja, ja, ja! Qué tranquila me ha quedado el alma!

—Con su permiso.....

—Qué ha hecho, doctor? Ha botado su sombrero á la calle y se ha puesto la colilla del cigarro encima de la cabeza.

—Calla, es verdad! Creí botar el *pucho* por el balcón y ponerme el sombrero. Estas distracciones me ocurren á menudo. Adiós, señora!

—Doctor, se va usted para el excusado en lugar de salir á la escalera.

—Una distracción cualquiera la tiene. Adiós!

—Adiós!



(*) Dictada esta ley por un Congreso Ecuatoriano, fué imposible ponerla en práctica y ha quedado indefinidamente en suspenso. El presente artículo se escribió el mismo día que se promulgó la ley, previendo sus resultados.



La Asamblea canina.

A las ocho en punto de la noche la Asamblea estaba reunida.

Allí se veían representadas todas las razas caninas: el poderoso Terranova, de largo y ensortijado pelaje; el delicado Galgo, de puntiagudo hocico y afilados remos; el Falderillo de sedosa lana y ojos soñolientos; el Ratonero, de pelo fuerte y lustroso; el Boule-dogue, de miembros deformes y nariz partida; el Perdiguero, de finísimo olfato y enormes orejas; en fin, todos los miembros de la familia *Canis* que registra Cuvier en la escala zoológica.

El de dos narices, presidía la Asamblea.

Leyó un lanudo, que era el Secretario, el acta de la sesión anterior, y fué aprobada.

En seguida el Presidente lanzó un ladrido en demanda de atención, y continuó ladrando en estos términos:

«Honorables representantes de la raza canina:

«La muerte se cierne sobre nuestras cabezas.

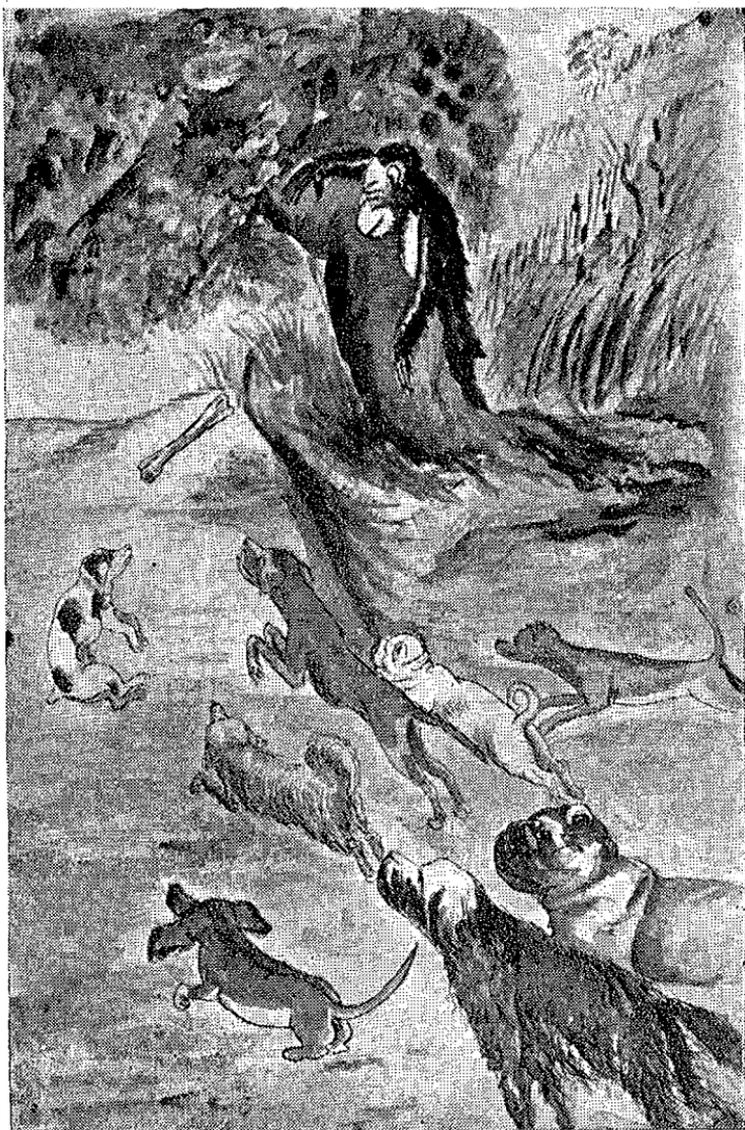
«La infame Policía Municipal comienza de nuevo su obra exterminadora contra nosotros, empleando el veneno para aniquilarnos.»

Los Representantes sacudieron violentamente las orejas, en señal de indignación.

«Sí, señores, siguió el Presidente; la infame Policía emplea el veneno; es decir: el más aleve, el más cobarde recurso que, para destruirnos, ha podido inventar la iniquidad de los hombres.

«Su empeño consiste en exterminarnos; borrar de la creación el histórico nombre de los perros y alzar ellos

La Asamblea canina



*Caer el hueso y formarse una pelotera
de los diablos, todo fué fino.*

solos su orgullosa cabeza por encima de nuestras osamentas.»

—Señor Presidente, pido la palabra, exclamó un perro de aguas.

—Lad্রে usted!

—Diana, señores, era la más bella y honrada de todas las perras.

Yo la amaba, con todas las fuerzas de mi sér; la amaba, os digo, con el frenesí de la locura, con el furor de la desesperación.

Cuando la veía venir hacia mí, con las orejas gachas, los ojos relucientes y la lengua de fuera salivando, me sentía el más dichoso de los perros amantes y correspondidos en ambos hemisferios.

Nos decíamos tantas cosas, juntando nuestros húmedos hocicos! Movíamos de tal manera nuestras colas al acercarnos el uno al otro, que no se ha visto nunca un cariño más ardiente y recíproco.

Mas llegó el aciago día de la hecatombe canina. La pobrecita topó con un feroz guardián municipal, quien le arrojó la fatal presa de carne envenenada.

Ella, que era golosa, como todas las hembras, saboreó el bocado y sintió en seguida todas las torturas de la intoxicación; yo presencié sus convulsiones, asistí á su terrible agonía, y por último, la ví sin movimiento. Después la oí: estaba muerta!

El orador terminó con un fúnebre ladrido, y durante cinco minutos lanzó lastimeros aullidos toda la Asamblea.

El Presidente, embargado aún por la emoción, dijo: Y por qué nos asesinan así ¡qué diablos!

Si hay algunos séres en el globo que sean modelos de circunspección, somos nosotros, dejando la modestia á un lado.

Los hombres se han tirado los trastos á la cara, con motivo al contrato del Ferrocarril, y nosotros discretamente callados; ellos se dividen, se insultan y se matan, por cuestiones políticas, y nosotros nó; ellos reúnen caudales para vivir en la opulencia, mientras otros arrastran una vida de privaciones y miserias, y nosotros nos conformamos cada uno con lo estrictamente necesario para satisfacer el compromiso de la vida; ellos pelean por los destinos públicos, y á nosotros nos importan un rábano; ellos ven las amenazas de la peste bubónica, que ha invadido el Continente, y ni siquiera huelen el peligro para sacudir su indolencia, como lo hacemos nosotros.

—Abajo los hombres! gruñó la Asamblea.

—Ah, los hombres, aulló la Presidencia! Entre ellos no se ve más que la intriga abatiendo al mérito; la injusticia persiguiendo á la inocencia; y en suma, señores, el titulado Rey de la Creación, que es un animal como cualquiera ótro, no hace otra gracia que comerse á los demás animales.

En este punto del discurso: una mona que estaba escondida entre los matorrales, hizo la picardía de arrojar un hueso voluminoso y lleno de sustancia en medio del concurso.

Cae el hueso y formarse una pelotera de los diablos, fué todo uno. La Presidencia abandonó el sitio de honor y cayó sobre la presa; el Secretario hizo lo mismo; el Síndico ladraba que era un horror, y por último, durante media hora seguida, se dieron diente y más diente los honorables canes, devorándose hasta los rabos.

La mona entonces sacó la cabeza por entre unas matas, y dijo haciendo una mueca:

—Vaya! Los perros son lo mismo que la gente!





La Ruso-Japomania.

Desde que comenzaron á romperse los cascos entre los rusos y los japoneses hubo personas que tomaron ardientemente la causa de los unos ó de los otros.

Parecía que hubieran nacido en San Petersburgó ó en Tokío, en Moscou ó en Kioto, en Varsovia ó en Yokohama.

A fuerza de pasarse horas enteras de cabeza sobre el mapa de Asia y repletarse de cablegramas, habían llegado á hacerse cargo del Extremo Oriente mejor que del pueblo de Samborondón; y le hablaban á usted de ese apartado rincón de la tierra como si lo tuvieran en las narices.

Muchos no sabían donde queda Pimocha, Boliche, Zapotal, el Mate y San José de Amén, que pertenecen á nuestro lote; pero preguntáraseles por Kíketo, Kokujo, Kiulenchang y Fen-Huang-Cheng; y se les iluminaba el semblante.

El General Kuroki era aquí más conocido que el General Plaza, y el General Kuropatkine más que el General Alfaro.

Cuando Kuroki le pegaba á Kuropatkine, se morían de júbilo los Japonesistas; y cuando Kuropatkine le pegaba á Kuroki, los Rusistas se bañaban en agua rosada.

Había ocasiones en que se originaban verdaderos disgustos entre esta buena gente, y aun llegaban á ofenderse de palabra y de obra para afianzar sus opiniones en pro ó en contra de los blancos ó de los amarillos.

Cuando los japoneses estaban pasando el río Yalú,

un desaforado adieto á los rusos estuvo á punto de pasar á cuchillo á otro energúmeno que hacía causa común con las tropas del Mikado.

Conocí un matrimonio muy original: el marido era ruso y la mujer japonesa; es decir, nó: élla era de Calcuta y él de Canuto; pero en el fondo se desvían el uno por los rusos y la otra por los japoneses.

Los hijos estaban divididos, como es natural en un hogar donde no marchaban de acuerdo sobre los asuntos del Extremo Oriente los autores de sus días; así es que los varoncitos apoyaban las opiniones del padre y las mujercitas participaban de las inclinaciones de la madre.

Pero ¡canario! les decía yo cuando iba á verles ¡qué diablos les importa á ustedes la guerra ruso japonesa!

—Ah! exclamaba el jefe de la familia. Ya le he dicho á *ésta* que mientras no salga la escuadra del Báltico, no pienso trabajar, ni ocuparme en nada, ni mover un pié, porque me tiene preocupadísimo la suerte de Puerto Arturo.

—Pues no saldrá, le gritaba la señora, echando fuego por los ojos. Esos fanáticos (los rusos) se han encontrado ahora con la horma de su zapato, y Puerto Arturo caerá en poder de los japoneses, como hay Dios, y botarán á estacazos á los moscovitas.

—Cuidado, Matea! Mira que me estás hiriendo la fibra sensible!

—Aborrezco á los rusos, ya lo sabes: los tiranos de Polonia!

—Y yo me burlo de los japoneses, hombrecillos de tres cuartas, con cara de chinos y unos ojos que parecen abiertos de un tijeretazo.

—No me precipites, Lucas Gómez! No me precipites porque.....

—Yo intervenía para restablecer la paz entre las potencias beligerantes, colocándome en un punto medio ruso-japonés; y al fin para cambiar de conversación me fijaba en una niñita con la cara enmelada que andaba por ahí lamiendo una tapa de raspadura, y decía:

—Qué criatura tan linda! Cómo se llama?

—Nagoya, me respondía la madre, llena de satisfacción.

—Nagoya?

—Sí; es un lindo nombre japonés. El padre quería ponerle Olga Frederowna, que es un nombre moscovita; pero yo no se lo permití!

Don Lucas bajó la cabeza y confesó su derrota: era indudable que el Japón triunfaba dentro de su casa.

—A ver, hijita, dijo la señora dirigiéndose á la niña, dile al señor los nombres de los buques japoneses.

—«Fuso», «Itsukushima», «Hashidate», «Matsushima», «Chujoda»; «Naniwa», «Takao», «Yushimo», «Heiyen», «Chinyen», «Kohei», «Saiyen»..... Ya no me acuerdo más!

—Cómo se ha olvidado usted? «Akitsushima», «Yakachiho», «Ysukushi», «Ydsumi».....

—Basta, basta! exclamó don Lucas. Ya es hora de almorzar. Vamos, don Ripper, haga penitencia hoy y venga con nosotros á la mesa.

—Será para otra ocasión.

—No, agregó la señora; para hoy ha de ser!

—Pues me rindo á tanta amabilidad.

—Vamos.

Apenas hubimos llegado al comedor, el señor don Lucas contempló la mesa fijamente y dijo:

—No toquen todavía nada, que voy á hacer una demostración, con permiso de don Ripper.

—Usted lo tiene.

—Imagínate, Matea, para que comprendas lo que tantas veces he tratado de explicarte, que esta *palanqueta*, es el acorazado *Petropawlovski*; la bandeja de emsalada que está al frente es la bahía de Puerto Arturo; estas empanadas que voy colocando en línea curva representan la escuadra japonesa. Pongo aquí una dulcera para representar un fuerte; esta caja de fósforos, que coloco sobre la palanqueta con una nuez encima, significa el almirante Makaroff, y este carapacho de cangrejo es el gran Duque Cyrilo. Tal era el orden de las cosas el día del siniestro.

Ahora bien: esta botella de vino es una mina desconocida, porque no se sabe si la pusieron los rusos ó los japoneses. La escuadra del Mikado acosa al barco insignia, que vira de bordo por orden de su Almirante y hace rumbo á la costa, sin tener en cuenta la existencia de la mina. De repente.....Pum!!!

Al decir esto don Lucas empujó violentamente el pan y derribó la botella de vino, que cayó sobre la bandeja, y ambas se rompieron, corriendo el vino, como un *mar rojo*, en lugar del *mar amarillo* que era de esperarse, tratándose del Extremo Oriente; el Almirante Makaroff voló debajo de la mesa y el gran Duque Cyrilo fué á caer en el ojo derecho de la señora de la casa, la cual,

presa de la mayor indignación, quiso agravar el desastre del *Petropawlovski* y tiró de la punta del mantel, acabando de un golpe con todo el teatro de la guerra.

Yo salí despavorido, porque los proyectiles volaban á mi alrededor en forma de huevos fritos, cascos de botellas; chuletas, tenedores y cuchillos; tenía la pechera destilando salsa de tomate y las manos empapadas en aceite y vinagre. Desde entonces ando huyendo de los admiradores de Togo y de Skrydloff, porque veo que es el único medio de conservar la integridad personal.





Los manifiestos.

El siglo XX debe llamarse en la historia el siglo de los específicos!

Casi no se pasa un día, sin que le caiga á uno, como llovido del cielo, sobre su mesa de trabajo, algún folleto impreso en el extranjero, que llama la atención por los cromáticos dibujos de la cubierta.

Lo abre usted, y se encuentra con la interesante noticia de que la pepa del aguacate, por ejemplo, ha sido una maravilla curativa, según los ensayos recientemente practicados, con éxito asombroso, por el célebre doctor Zapote, de la Universidad de Manglar Alto.

Y allí comienza la historia del aguacate y la apolo-gía de la pepa, desde que Dios creó el mundo hasta nuestros días.

La bendita pepa sirve para todo. Es lástima que no se haya conocido en la antigüedad! Cuanta dolencia se puede imaginar, desaparece bajo su benéfica influencia, desde la sarna perruna hasta el reumatismo crónico.

Pero, por supuesto, la pepa va adicionada con ciertas sustancias que constituyen el secreto del doctor Zapote.....para hacer su negocio.

Las niñas cloróticas, anémicas, dice el folleto, tomen el extracto de pepa de aguacate y se pondrán rosadas, gorditas y provocativas.

Le duele á usted la espalda, siente malestar general, falta de apetito, cansancio, debilidad nerviosa, no hay más que tomar la emulsión de pepa, preparada especialmente para los climas cálidos y fríos, por el reden-

tor de la humanidad doliente, doctor Zapote, á 2 su-
eres el frasco.

Las enfermedades del estómago, del bazo, del híga-
do, del corazón y de los riñones se marchan á galope,
dejando bueno y sano al paciente, apenas se aplica la
pepa, convertida en píldoras, polvos, cápsulas, etcéte-
ra, etcétera.

Es buena para los ancianos, porque les vigoriza el
espinazo; para las madres, porque les aumenta la secre-
ción láctea; para las doncellas, porque las conduce al
matrimonio; para los hombres, porque les despeja el
entendimiento y para los niños, especialmente, cuando
sufren de diarrea.

Es infalible en las curaciones de la vista y de la ve-
jiga. Chupa, conforta y aprieta, tan luego como se
hayan tomado doce docenas surtidas de todas las pre-
paraciones.

En lugar de pepa de aguacate imaginemos ahora
cualquiera otra especie, verbigracia la «cerda cristaliza-
da del chanchito dormido,» y da lo mismo.

No hay más que cambiar de folleto y encontrar que
el doctor Hocico, después de cuarenta años de estudios,
ha descubierto que el chanchito cuando duerme segrega
por todos los poros una sustancia cristaliforme, la cual
se adhiere á las cerdas y sirve para la curación de to-
das las enfermedades, tratada por ciertos procedimien-
tos especiales.

Y por si alguien lo duda, basta con revisar, en las
últimas páginas del folleto, las referencias de los agra-
decidos. Por ejemplo:

Señor doctor del Hocico.—Lagartija,

Muy señor mío:

Por espacio de quince años venía sufriendo de cierta
tumefacción en el interior de la nariz, que nadie me
la podía curar. Los médicos creían que era una garrapa-
pada adulta, domiciliada en la fosa nasal; pero la ver-
dad es que ninguno pudo mejorarme. Mi carácter ha-
bía cambiado por completo: de apacible que era se tro-
có en violento é irrasible; la digestión mala, la defeca-
ción laboriosa; y, en suma, tantos eran mis padecimien-
tos que hube de acariciar la idea del suicidio para ver-
me libre de tan fatal dolencia. Mas un amigo bonda-
doso me indicó la «cerda cristalizada del chanchito dor-
mido,» que usted prepara, y no bien me hube introduci-

do la primera cerda en la nariz, cuando sentí un bienestar indefinible. Continué el tratamiento por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, y ha desaparecido completamente la susodicha garrapata, ó lo que fuere, y ya puedo estornudar que es una gloria y echar humo por la nariz cuando fumo. Un deber de agradecimiento me hace dirigirle la presente, y al mismo tiempo para que aprovechen de su específico otros *sufridores*.

Su eterno agradecido.—JHON Q. CARACHA.

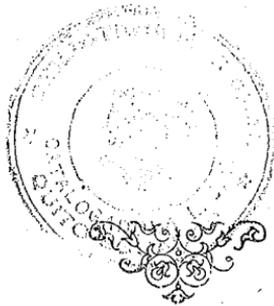
Después de leer un centenar de estas referencias, cualquier inocente queda catequizado.....Vamos á otra cosa:

También entre los señores de la alta política está en boga un específico maravilloso, que á lo que á mí se me alcanza, ha de ser parecido al bálsamo de Fierabrás, cuya receta se le olvidó al caballero de la Mancha.

Este específico se llama *Manifiesto*, y sirve para todo, como la cerda cristalizada del chanco dormido.

Sale mal una combinación política: manifiesto; se deja un empleo lucrativo: manifiesto; se pasma una esperanza bien concebida: manifiesto; sale el tiro por la culata: manifiesto; se quema el pan en la boca del horno: manifiesto; sale la criada respondona: manifiesto; se da gato por liebre: manifiesto. Y todo es manifiesto.

La única ventaja que tienen los manifiestos para los pacientes políticos es que no se los aplican ellos, sino que los preparan en forma de cataplasmas y se los plantan al pueblo soberano en la misma barriga de su soberanía.





Los Santos Inocentes.

Todavía los hay.

No crean ustedes que Herodes acabó con la familia.

Al contrario, la estirpe se ha multiplicado y la de Herodes también.

La degollación de marras se repite en estos tiempos casi todos los días

La humanidad se compone de dos elementos sociales: los que degüellan y los que son degollados.

Estos últimos son los santos inocentes.

No digo yo que sean niños de pecho, ni que hayan sido concebidos por obra y gracia del Espíritu Santo, porque hasta ese punto no llega mi inocencia, pero que los hay, los hay.

Mientras existan ricos y pobres, poderosos y desvalidos, fuertes y débiles, nobles y plebeyos, habrá Herodes, habrá inocentes y habrá degollación.

La degollación moderna no consiste precisamente en que lo cojan á uno los esbirros de un tirano y le pasen la cuchilla por el gañote, nó. Ahora se han inventado muchas maneras de degollar, y en este sentido ha obrado el progreso tales maravillas que el día menos pensado se encuentra cualquiera degollado sin sentirlo y sin poderlo remediar.

Me dirán mis lectores que les estoy engañando, porque en esta época de civilización superior no es posible que se degüelle impunemente.

Pues sí, sostengo yo; y tanto que la civilización misma ayuda á meter el cuchillo.

Allí están los colombianos, sin ir más lejos, degolla-

dos á vista y paciencia del orbe terráqueo, por el Herodes del Norte. Quieren ustedes más inocentes!

Y qué han hecho las naciones civilizadas en presencia de esa barbaridad? Sancionar el degüello en nombre del progreso.

Sólo nuestro humilde Ecuador se atrevió á protestar; pero es porque este país no pasa de ser otro inocente, que cualquier día lo degüellan.

Mas ya oigo á la ardorosa y patriótica juventud ecuatoriana que me grita: eso nó, porque nuestra sangre será vertida á torrentes en el suelo de la Patria, antes de permitir que el alevoso extranjero.....

Pero, hijos de mi alma, si es lo mismo que estoy diciendo: que habrá otra degollación de inocentes.

Desde que los sarracenos descubrieron las ventajas del número y la fuerza del palo, para moler á los españoles, Nuestro Señor Jesucristo mismo no pudo menos de reconocer la eficacia del sistema y ponerse del lado del garrote.

Acordaos, si queréis, del viejo Krüger, ex-Presidente del Transvaal: él también creía que los inocentes boers estaban amparados por la Providencia; y sin embargo ¡qué paliza se llevaron los infelices!

El resultado fué que triunfó Herodes; y el mundo que vió la degollación de la interesante república Sud-Africana no dijo esta boca es mía.

Luego se sigue degollando inocentes en plena edad moderna; y Herodes vive todavía.

Todos los que se dedican á la literatura, al periodismo principalmente, como el que escribe estas líneas, qué otra cosa son sino santos inocentes! Verdad es que á éstos no los degüellan por el pescuezo, sinó por el bolsillo, que es peor; y hay muchos que degollados y todo, están siempre rodeados de acreedores, que son otros tantos Herodes asonantados.

Jóvenes he visto yo que se pasan las horas muertas parados en las esquinas, con la boca hecha agua y los ojos en blanco, mirando y admirando á la dama de sus pensamientos asomada en un balcón con todas sus tentaciones en alto relieve.

Inocentes! Ellos no saben que por ese camino van derecho á la degollación civil ó eclesiástica, cayendo irremediabilmente en las garras de una suegra, que será como todas, un Herodes con faldas.

Y qué diré de los que se dicen patriotas; de aquellos que pregonan sus servicios á la Patria, porque le han sacado el cuero en los destinos públicos de más copiosa renta, y que cuando llega un momento sensacional ofre-

en su *tortuna* y su sangre en aras del patriotismo; pero no haya cuidado de que suelten un sucre ni de que viertan una sola gota de sangre por la patria ni..... por la nariz.

Los inocentes son los que caen en ese anzuelo.

Hoy tengo el tema de la degollación. Me parece que estoy en Judea y por todas partes veo sables desenvainados y profundas heridas sanguinolentas.

Hace un momento me decían que trabajara en las próximas elecciones de Senadores y Diputados por una lista de oposición, asegurándome que había plena libertad electoral.

Ah! No soy tan inocente!

Otros serán los que vayan á exponer su pescuezo en esa próxima degollación.

Yo lo que voy á hacer, si me llega el caso, es lo que hizo San José, que es mi patrón, y fué un varón de muchísima prudencia.

Todos creen que San José se chupaba el dedo, por aquello de que le floreció la vara y otras cosas extraordinarias que le pasaron en su hogar doméstico; pero la verdad es que no se le iba una al Santo Patriarca, y la prueba la tenemos en que cuando vió la cosa mal parada y que andaba el cuchillo bobo matando muchachos, cogió su mula y se fué á Egipto con la Virgen y el Niño.

Esto es lo que en lenguaje moderno se llama: *apaga y vámonos*.

Y esto es lo que yo digo que haría, y recomiendo á todos que hagan, cuando la ingrata suerte venga por detrás picándonos los talones: huir á Egipto ó marcharse, de todos modos, con la música á otra parte.

He dicho.





El militarismo en Guayaquil.

Desde que se ha iniciado, con el más loable entusiasmo, por cierto, la instrucción militar de los cuerpos de reserva, todas las capas altas y bajas de la sociedad están padeciendo de una enfermedad llamada *militaritis*, que amenaza convertirse en crónica.

Ya debe gritarse hoy, cual se gritaba en cierta época agitada de la Madre Patria:

¡Viva la milicia
Y el aire marcial!
Alcaldes y curas
Están ya demás!

Y en verdad que ya no puede un ciudadano metódico y tranquilo acostarse á las diez de la noche y conciliar el sueño; porque apenas comienza á pestañear oye una voz estentórea al pié de su balcón, que exclama con acento imperativo:

—Marquen el paso!

Y comienza un bullicioso taconeo sobre el duro y sonoro pavimento.

Pas, pas.....Pas, pas.....Pas, pas.

—Al.....!

—Raaaassss.

—Media!.....Vuel.....!

—Raaaassss.

Quién duerme, pues, cuando hay veces que se siente

dentro de la propia cabeza que le están marcando á uno el paso y dándole la mediavuel.....!

Y no es esto todo.

Las criaturas de año y medio, que están aprendiendo ahora á hablar, ya no dicen como antes *papá y mamá*, que era lo primero que balbucían su vocescitas infantiles, sino: *Atención! A la iz.....!*

Pero qué hay que admirarse de los niños cuando los padres de familia son los que dan el ejemplo.

Hay individuo que sale á la calle con toda su prole y se le figura que está capitaneando una compañía de milicianos.

Al virar una esquina, por ejemplo, le da la voz á la esposa, que marcha á la cabeza, con poderosa entonación marcial:

—*Deré.....!*

Ella sabe que tiene que virar á la derecha, porque así lo requiere la voz de mando; y como sea el portal angosto, grita á su vez:

—*De á dos!*

Y los chicos, que están ya muy disciplinados, ejecutan el movimiento con precisión, haciendo sonreír de orgullo á los autores de sus días.

Ni los curas se escapan de la militaritis aguda que se está presentando con tan alarmantes caracteres.

En días pasados se celebraba un matrimonio católico, después del civil se entiende, y el Párroco estaba un poco distraído, pensando sin duda en ejercicios militares.

De pronto se dirigió á los novios, que estaban esperando la bendición nupcial, y antes de empezar la ceremonia, exclamó:

—*Muchachos: firmes!*

Los concurrentes se quedaron absortos, y la novia que, momentos antes, había estado llorando á lágrima viva en los brazos de su tierna madre, por el dolor que le causaba su separación del hogar en que había nacido, soltó la risa de tan buena gana que contagió al novio, apesar de lo muy emocionado que se hallaba el sujeto por el atolladero en que se iba á meter, y ambos formaron el duo hilarante de tiple absoluta y bajo profundo.

Pero el cura sin inmutarse, agregó:

—*Vista á la derecha! Alinearse!*

Novios, padrinos y testigos tuvieron que obedecerle, alineándose y mirando á la derecha, donde casualmente se hallaba el travieso hermano menor de la des-

posada, haciendo musarañas y sacando la lengua, que era un tormento para todos.

—Tacto de codos! exigía el oficinante.

Y la fila se estrechaba de tal modo, que el tacto resultó al fin de costillas, con gran satisfacción manifiesta del novio, y disimulada del padrino, que se hallaban á los costados de la linda muchacha; mientras la pobre señora mamá, que era pura manteca, se derretía entre las presiones laterales opuestas de dos testigos hemisféricos.

Así, pues, se celebró esa boda disciplinaria, que es una prueba de los avances que hacemos en la ciencia militar.

Con decir que hay personas que antes fueron insignes contadores de comercio, y que hoy no pueden ya sumar, porque en lugar de decir: 1 y 2 tres, y 3 seis, y 4 diez, no hacen más que repetir: *una, dos, una, dos*, creyendo que están marcando el paso de instrucción.

Algunos piensan que á nuestras milicias se les debía ejercitar en el manejo del arma, en el tiro, en la carrera, en el salto, en la equitación y en todo aquello que desarrolla fuerzas y es aplicable para una defensa.

Pero ¡cá! Aquí sabemos ya lo suficiente, que estriba en dar la media vuelta á la derecha y la media vuelta á la izquierda.

Con ésto ¡quién nos tose!



El cuento del Tío Lanas.

—Has de saber, Juanito querido, que en un lugar de.....la Mancha, existía el pueblo más desgraciado que puedes tú imaginarte. ¿Comprendes?

—Sí, tío Lanas!

—En cuanto cerraba la noche, los vecinos se metían en sus casas, echaban todos los cerrojos, rezaban todas las oraciones y apenas podían dormir con el sueño más desasosegado. ¿Comprendes?

—¡Sí, tío Lanas!

—Esta intranquilidad en que dormía el vecindario era debida á tres fantasmas que recorrían el pueblo haciendo diabluras, desde el toque de la queda hasta el primer canto del gallo. ¿Comprendes?

—¡Sí, tío Lanas!

—Desaparecían las gallinas con sus respectivos gallos, los cerdos cebados se hacían humo, las muchachas bonitas amanecían llorando, y, en fin, hijo, te digo que aquello era de arrancar á correr. ¿Comprendes?

—¡Sí, tío Lanas!

El Alcalde estaba alármadísimo, el Escribano lo mismo, y el Cura por lo consiguiente. Es necesario, decían, salvar la situación á costa de cualquier sacrificio. El pueblo estaba en un gran peligro. ¿Comprendes, Juanito?

—¡Sí, tío Lanas!

—Bueno. Intertanto el cura predicaba elocuentes sermones en el templo, y solía decir, entre otras cosas, que los pecados de los hombres y particularmente los pecados de las mujeres irritan de tal suerte la cólera divina, que Dios se vale de ciertos azotes para castigarlos. Vosotros, exclamaba con voz de trueno, estáis des-

El Cuento del Tío Lanás



—Comprendes, Juanito?—Sí, tío Lanás.

moralizados: la sociedad está minada por su base. Ya no hay virtudes en esta tierra miserable! Arrepentíos, hermanos, ó lloverá fuego del cielo. ¿Comprendes, Juanito?

—¡Sí, tío Lanas!

—El Alcalde, por su parte, lanzaba extensas proclamas, en las cuales hacía ver que la falta de principios, la ausencia de honradez política, los desacatos á las autoridades, eran la causa de todos los males que affligían á la población. Someteos, ciudadanos, decía, á las atinadas disposiciones del gobierno local, y se salvará el país. ¿Comprendes, Juanito?

—¡Sí, tío Lanas!

—Pero es el caso, hijo mío, que á pesar de que el pueblo era un modelo de pueblos bonachones y sufridos, y lo fué más desde que aparecieron los fantasmas, continuaron los escándalos nocturnos desde el toque de la queda hasta el primer canto del gallo. Qué de cabezas rotas, de costillas sumidas, de espinazcos quebrados no se contaban en aquellas terribles noches! Te digo, Juanito, que aquello era un pandemonium. Comprendes?

—¡Sí, tío Lanas!

—Pues un día, hijo mío, se reunió una docena de mozos del pueblo y resolvieron hacer frente á los fantasmas, sin permiso del Cura ni del Alcalde. Bravos eran aquellos mozos. Se les había ocurrido que los pecados del pueblo no eran la causa de las barbaridades que estaban sufriendo, y resolvieron despejar la incógnita. ¿Comprendes?

—¡Sí, tío Lanas!

—Acababa de sonar la queda, cuando aparecieron los tres fantasmas bajo los balcones de una muchacha encantadora, que era la tentación de todos los jóvenes de la comarca. ¿Entiendes ésto, Juanito?

—¡Sí, tío Lanas!

—Pues bien; cuando más entretenidos se hallaban en combinar sus planes, salieron los doce robustos mocetones de cierto escondrijo, y cayeron como una bomba sobre los fantasmas, los cuales, con asombro de aquéllos, no eran incorpóreos, como suelen ser los espíritus, sino de carne y hueso como cualquier hijo de vecino. ¿Comprendes?

—Sí, tío Lanas!

—Garrotazo por aquí, puntapié por allá, llovían los porrazos como llovió el maná en el Desierto, y al fin quedaron vencidos y maniatados en medio de las tinie-

blas los tres fantasmas ó lo que fueran. Entonces los victoriosos dieron gritos para despertar al vecindario, y en menos de un rebuzno aparecieron por todas direcciones partidas de curiosos con antorchas encendidas,

Iluminado el teatro del suceso, con el vivo resplandor de las teas, vieron todos asombrados que los tales fantasmas eran.....el Alcalde, el Cura y el Escribano. ¿Comprendes, Juanito?

—Sí, tío Lanas!

—Figúrate, niño, cuál sería la sorpresa de la gente! Conque eran ellos los autores del alboroto y le echaban la culpa al pueblo! Me has comprendido?

—Sí, tío Lanas!





Los pueblos chicos.



En los pueblos chicos se vive como en un fanal:

Todo se ve, se sabe y se comenta inmediatamente.

Nadie puede allí esconderse, porque todas las paredes son de vidrio, ó como si lo fueran, pues todas las intimidades se exteriorizan:

No hay vida privada. Todos tienen que hacer vida pública, quieran ó no quieran.

No hay secretos, porque no pasa un cuarto de hora sin que se descubran.

Cada habitante conoce al dedillo la vida y milagros de todo el vecindario, desde la historia antigua hasta la contemporánea.

Aquello sí que es hermoso, efectivamente! Salvo que ustedes opinen de otro modo.

Un pueblo chico constituye una sola familia. Lo digo en sentido propio; porque todos son compadres y comadres, de manera que si falta el parentesco natural ó *carnal*, como por allá se dice, lo tienen espiritual y asunto concluido.

Mas no porque sean estrechos los lazos de familia quiere decir que reina la unión y la armonía. Acaso no hay también desacuerdos entre las más unidas familias.

Es muy frecuente oír decir:

—«No me llevo con mi compadre Pascual.»

Ese *no me llevo* significa que están rotas las hostilidades entre los dos compadres.

Si se quiere saber por qué es la enemistad, no hay más que preguntárselo al primero que pase por la

calle, grande ó chico, varón ó hembra: todos lo saben.

Y se lo dicen á usted.—“Es porque don Pascuá es que le tjo ar cojo Nicacio que er sordo Prudencio le había dicho que su hija es que vivía con er.”

—Con quién?

—“Con er mesmo compadre”. Esto no lo entiende ni el diablo; pero ellos se comprenden y basta.

Mas en el fondo, como dijo el otro, son muy buenas gentes.

Se interesan mucho por los negocios ajenos. No es como en las ciudades, que á nadie le importa el que cada uno caiga ó levante. Allá nó. En cuanto se reúnen varios vecinos se preguntan:

—Compadre ¿le pareció er novillo?

—A cómo vendió las naranjas?

—En cuánto mercó er chivo?

—Dios quiera que le llueva este invierno para que no se le pame er tabaco!

—Se vió con er Gobesnador?

—Sacaron á su entenaó de la carce?

Y así por este orden.

A todo individuo le dan el dulce nombre de *cristiano*.

A dónde irá ese cristiano? dicen. Pero, cristiano, que has hecho! exclaman.

Nada hacen sin la voluntad de Dios.

Como este año me dé Dios vida y salud—anuncian—voy á parar mi ramadita! Si Dios quiere hago ésto, hago el ótro. Y hasta para darle un machetazo á un prógimo cuentan con la voluntad divina.

Los cuatro puntos cardinales los denominan: *arriba, abajo, adentro y afuera*.

Me voy pa arriba, significa que el sujeto marcha en dirección al Norte. Vengo de *abajo*, que viene del Sur, etcétera.

De manera que esos buettos campesinos están continuamente subiendo y bajando, entrando y saliendo.

Cosa curiosa son sus nombres de pila, porque tienen la inveterada costumbre de bautizar á los niños irremisiblemente con el nombre del sauto del día en que nacieron, venga ó no venga al caso.

Así al que nace en el día de Santa Genoveva, aunque sea varón, le ponen por nombre Genovevo; y si en el de Santa Margarita, le llaman Margarito.

Lo que más me gusta es la confianza que reina en aquellos recintos.

A veces la autoridad local es un honrado carnicero, por ejemplo, y tiene instalado su despacho oficial en la carnicería.

Pero esto le parece á todos la cosa más natural del mundo.

Es una doble función interesantísima: ver despachar carne y hacer justicia al mismo tiempo.

Por un lado se corta una tira de lomo y por otro se ventila una demanda.

No se puede negar que esa justicia es succulenta: pernils y procesos judiciales, costillas y declaraciones, hígados y reconocimientos, pulpa prieta y sentencia.

Me cuentan que una ocasión el vecindario de cierto recinto estaba muy descontento con la autoridad política que le había deparado el Supremo Gobierno, contra la opinión general.

Pues, ahora verán, dijo el agraviado funcionario. Ahora verán lo que les pasa! E incontinenti encargó á la ciudad un Código Penal. Hecho ésto y mientras el Código venía, no cesaba de exclamar: «Aguárdense un poco! Dense gusto conmigo! Yo me estoy haciendo el cangrejo! Vamos á ver después que cara ponen!»

Unos se asustaban, otros se reían, hasta que llegó el Código.

El Político lo estrechó contra su pecho; mandó llamar al maestro de escuela, porque él, según decía, no leía letra menuda; y luego que ya se creyó suficientemente instruido hizo comparecer á todos los que le habían causado algún disgusto personal y aun á aquellos que nada le habían hecho, y les dijo:

—Aquí está la ley, so canallas! Ven ustedes el Código? Pues de aquí va á salir la mar y todos sus peces.

Ahora, añadió, dirigiéndose al maestro de escuela, búsqüeme, maestro, el artículo *más freguo* que haya en este Código para desquitarme de todos estos sinvergüenzas.

Una hora después marchaban todos á la cárcel.

Y luego decía el Político triunfante: *les metí la ley!*

*
* *

Creén ustedes que esto no es cierto? Pues sepan

que lo que pasa en pueblos chicos ocurre también en pueblos grandes. El que quiera puede hacer la prueba: incurra en el desagrado de algún tipo que tenga valimiento y verá como se abre el Código, se busca el artículo más *fregao* y le *meten la ley*.





L' enfant terrible.

Ya estoy yo cansado de oír hablar mal de la prensa.

Como al que le duele le duele, prometo que en esta vez me voy á sacar el clavo.

Se ha hecho moda entre las personas que pasan por serias, como magistrados, funcionarios, &, &, el declamar contra los periódicos!

La prensa está desmoralizada, gritan. Esto no se ha visto en ninguna parte. Hay que reprimir severamente sus abusos. Basta de escándalos!

Y luego, cuando les presentan un periódico, lo rechazan con repugnancia diciendo:

Quita allá ese papelucho; yo no leo mentiras y desvergüenzas.

Pero los que tales dicen, son aquellos á quienes la Prensa les ha soltado alguna verdad de á folio; es decir de las que saben á chicharrón de sebo.

Y la prueba es que cuando tocan alguna vez la flauta por casualidad y la Prensa, siempre prodiga en dispensar elogios, les dice que son músicos consumados, entonces se olvidan de que los periódicos son un hato de mentiras, compran dos docenas de ejemplares, marcan el párrafo que les concierne con un lápiz azul y lo despachan por el correo á los cuatro puntos cardinales; para que se riegue la noticia.

Encuentran luego á un amigo, que les pregunta en la calle si ha leído el artículo consabido, dicen que nó, y fingen sorpresa aun cuando se lo sepan de memoria; pero lo niegan por tener el gusto de oírlo leer y bañarse otra vez en agua rosada.

Al día siguiente se pegan un resbalón, y cuando la Prensa les dice: tente tieso, echan sapos y culebras contra el cuarto poder del Estado.

Porque ellos quisieran que la Prensa fuera lo mismo que doña Chombita.

Esta señora tenía un hijo que era su encanto. Verdad es que todas las madres se le parecen; pero ésta se salía de MADRE, pues no permitía en su presencia otra conversación que no fuera alabanza del nene.

Todo lo que hacía el chico era para ella un primor, aún cuando fuera una barrabasada.

Mírenlo, decía, ya le va á pegar al gato. Qué talento de criatura!

Ahora se quita los calzones. Véanlo, véanlo, como discurre él para desabotonarse. Qué lindo! Ya está en camisa. Si es lo que yo he dicho: esta criatura sabe mucho. No le pierdan un momento de vista. Ya se dirige á tomar el sombrero de este caballero, (señalando á uno del grupo.)

Que gracia irá á hacer el niño. Atención. Atención. Ay que risa, se va á orinar en el sombrero. Dije-sito mío!

Cómo se quedaría, digo yo, el dueño del sombrero!

Pero vamos adelante.

Digo y repito, pues, que sobran personajes de los que quisieran que la Prensa fuera siempre con ellos lo que doña Chombita con su hijo.

Mas aquello no puede ser, porque precisamente lo que necesitaba ese muchacho era un par de zurriagazos bien dados.

Y ahora que digo muchacho, me acuerdo de otro cuya cita vendrá muy á pelo para cerrar mi artículo.

Entran en escena una vieja muy pobre, una chica muy bonita y un chico muy travieso. Era la primera la madre de los que siguen.

La muchacha estaba ya cesadera y el muchacho empezaba ya recién á mudar los dientes.

A Paquita, que así se llamaba la doncella, le salió un novio. Pero qué novio!

Era más feo que un basilisco: gordo, mantecoso, barrigudo y con unos pelos tiesos en la cara que parecían cerdas.

A la joven le repugnaba este tío, como era natural; pero tenía tanta plata el maldito, que la vieja no cesaba de recomendarlo á su hija, como el mejor partido.

—Ay, mamá, le decía élla, pero si es tan feo!

—No le hace, argüía la señora. Tiene dos millones muy bouitos.

—Ah, pero tiene también cara de puerco.

El muchacho, que había estado oyendo la conversación, tomó nota de la opinión de su hermana, y por la noche, cuando se presentó el pretendiente á la visita oficial, apareció y dijo:

—A que no sabe Ud., don Jerónimo, lo que decía Paquita esta mañana.

—Qué? preguntó el novio, lleno de curiosidad.

Se lo digo? interrogó el chico á las dos mujeres.

—Mamá, exclamó la chica asustada, llévase á Periquito, que va á decir disparates.

Pero el muchacho se refugió en los brazos de don Jerónimo, para que no se lo llevaran, y éste se empeñó en saber lo que iba á decir Periquito.

La madre y la hija se lo comían con la vista.

De buenas ganas le hubieran caído á pescozones; pero no lo hacían por respeto á don Jerónimo.

Qué situación tan cruel!

—No vaya á mentir, niño, le decía la madre.

—Yo no miento, replicaba el chico. Voy á decir la verdad. Mi hermana dijo que.....

—Calla, gritaba ésta, colorada como una ciruela.

—Qué dijo?.....preguntaba el novio.

—Dijo que.....usted.....tenía.....cara de puerco.

Don Jerónimo echó un taco y salió como una flecha, para no volver jamás.

Madre é hija, en el colmo del furor, cogieron al pobre Periquito, y le atizaron una buena paliza.

*
* *

Hagan ustedes la cuenta de que Periquito es la Prensa, don Jerónimo el público y las dos señoras el elemento poderoso.

Quién desbarató el noviazgo de Paquita con don Jerónimo?

Periquito?

No señor, él no hizo más que decir la verdad.

La responsable fué la misma novia que le trató de cara de puerco.

Si ella no le hubiera dicho tal, Periquito no lo habría repetido.

Esto es lo que pasa todos los días con la Prensa. Hacen ó dicen una barbaridad los poderosos, y cuando ésta la canta al público, le arriman una paliza.





La mesa esquinera.

—Usted es maestro carpintero?

—Sí, señor.

—De los blancos ó de ribera?

—De los blancos.

—Y sabrá Ud. hacer una mesa?

—Hombre, me gusta la pregunta! Le acabo de decir que soy maestro de carpintería y no he de saber hacer una mesa.

—A ver maestro, cómo se hace una mesa?

—Se cogen cuatro patas; se les pone un tablero encima, y ya está.

—Perfectamente, veo que usted es persona entendida en la materia. Quiero, pues, que me haga una mesita.

—Muy bien.

—Pero ha de ser esquinera, comprende usted?

—Ya sé. Es decir, una mesita que sirva para colocarla en una esquina.

—Exacto. Mucha ventaja es tratar con la gente que sabe.

—Y de qué tamaño la quiere usted?

—Hombre, me es indiferente. Sea chica, sea grande, no importa. Lo dejo en completa libertad para elegir las dimensiones.

¡Libertad, oh dulce nombre,
Hermoso y celeste don,
Ella es la misma razón
Ella es el alma del hombre!

—Hola maestro, con que usted era un adorador de la libertad?

—Y lo seré hasta la muerte. Usted ha pronunciado delante de mí ese nombre sacrosanto y ya me es usted simpático. Queda, pues, convenido que yo haré la mesa con entera libertad.

—Sí, maestro, pero lo único que exijo es que los tres lados de la mesa sean iguales, eh, perfectamente iguales.

—Soberbio. Aquí tenemos ya la igualdad, que es el segundo principio de mi credo político.

—Y luego en cuanto al precio, yo creo que no hemos de reñir entre amigos y correligionarios que somos.

—De ninguna manera..... eso es lo que yo llamo la confraternidad. Bendita sea esta mesa esquinera que simboliza la libertad, la igualdad y la confraternidad.

—Pero, diga, maestro, no será difícil la hechura de este mueble?

—Qué ha de ser difícil, mi señor y amigo, si estas mesitas de esquina no necesitan más que tres patas, en lugar de cuatro.

—Hombre, que fortuna.

—Yo la hago jugando.

Bueno, entonces quedamos arreglados; pero por última vez, maestro, voy á recomendarle una cosa: quiero que los tres lados sean de la misma medida y que la mesa encaje perfectamente en cualquiera esquina.

—No tenga usted cuidado.

El maestro hizo la mesa con tanta facilidad como quien se come un buñuelo, dándole 80 centímetros por cada lado, luego le pasó la lija, después la brocha y... ..Pero, qué maldición le echó el maestro Angulo, cuando al arrimarla á la esquina del taller, vió que le faltaba una cuchilla, como él decía.

Después de mucho reflexionar resolvió agrandarla, dándole más extensión de cada lado. Así lo hizo; pero lejos de conseguir su objeto, vió enfurecido que el defecto había crecido en proporción al aumento.

Será preciso achicarla, pensó; y, en efecto, la redujo lo más que pudo, obteniendo el mismo adverso resultado.

El hombre sudaba frío; el cabello se le pegaba á las sienes y echaba por esa boca cada tacho que temblaba el misterio.

Maldita mesa, decía. Qué diablo tendrá la endemoniada que no quiere encajar en la esquina!

Los pobres oficiales del taller estaban consternados, porque como al maestro se le había agriado el genio, les metía unos puntapiés.....

Al tercer día cayó el hombre con fiebre, y entonces fué cuando se le presentó el cliente á preguntar si ya estaba la mesa.

Un cuerno estarál le contestó el carpintero irri-tado.

Pero, qué sucede?

Sucede ¡un demonio! que no se adapta á la esquina.

Pero, maestro, no decía usted que era una cosa tan fácil?

Hombre, no me caliente, por vida de Cristo!

Pues sepa para otra vez, señor carpintero, que esa obra es imposible; pues para que coincida la mesa con el ángulo de la pared, es preciso que tenga dos lados iguales; que son los catetos del triángulo y rectángulo y uno mayor que es la hipotenusa.

Vaya usted á fregar á su abuela!

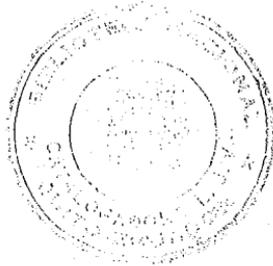
Me ve como estoy, con la cabeza caliente, y todavía me viene usted á freir la sangre con sus escaramuzas. No hago más mesas esquineras, estamos!

*
* *

Esto es lo mismo que pasa en política.

Se propone un Magistrado hacer un desacierto, creyendo que es lo más sencillo, y luego se sorprende de que la MESA ESQUINERA; no se adapte al ángulo de la situación.

Ah! Si todos tuvieran presente siempre la extensión que conviene dar á la *hipotenusa*, no les sucedería lo que al maestro Angulo.





Reciprocidades.

Los ingleses también se enamoran.

De uno sé yo, llamado Mr. Kock, que hubiera dado sus dos patillas rubias y el par de largas y rubicundas orejas por la morena vecina del frente.

El día entero y parte de la noche se la pasaba el Mister de centinela, delante de la casa que guardaba tan codiciada prenda.

Era de ver esa ansiedad con que volvía los ojos celestes á la inmediata ventana, y era de oír el entusiasta, ALL RIGHT, con que celebraba la aparición de la chica; cuando élla se dignaba asomarse.

Lanzábale él entonces unas miradas británicas, capaces de conmover á una piedra, y había tal fogosidad en sus ademanes, como jamás se viera igual en los glaciales individuos de la raza sajona.

Vecino al inglés habitaba un cirujano dentista, cuyo estudio era frecuentemente concurrido por el bello sexo.

Hermosas y elegantes jóvenes pasaban y repasaban por el aposento de Mr. Kock para dirigirse al del dentista ó retirarse después de atendidas; pero el hijo de Albión no tenía ojos para éllas, sino para la seductora morena que le tenía fuera de juicio.

Yo no sé por qué será que los ingleses cuando se inflaman arden como una yesca.

Cierto día que estaba Mr. Kock mudándose los calcetines, tocaron á su puerta discretamente y oyó una voz femenina, que preguntaba. Se puede?

El inglés sintió un estremecimiento en la médula espinal, porque aquella era la voz de la adorable vecina.

Corrió como un loco á la puerta, abrióla de par en par, y encorvando el espinazo todo lo que pudo dar de sí, hizo la más profunda reverencia á la dama de sus pensamientos.

—Aquí está el doctor? preguntó ella con una graciosa sonrisa.

—Auh?

—Quizá es Ud. el doctor en cirugía dental que vive en este piso?

—Non; yo no estar doctour.

Yo estar inglés.

—Y dónde está el estudio del dentista?

—Espera un poco no más, yo diga una otra cosa, mí quiere á Ud. muy más mucho, uno otro poco bastante más mejor.

La joven estalló en una risa incontenible.

Aquel adorador sajón, que le caía como una araña del techo, con su larga melena color de MELCOCHA y sus patillas lacias y ralas le divertía en gran manera.

El inglés imperturbable volvió á formular su declaración.

Vaya! Eso se verá después, exclamó la muchacha para salir del paso. Y dando media vuelta á la derecha, se encaminó á la oficina dental.

Desde entonces todos los días, antes y después del tratamiento quirúrgico, el inglés y la joven se veían y se hablaban hasta que llegaron á adquirir una extrema familiaridad.

Ella se llamaba María, y mister Kock le decía Marequite. En cambio la muchacha lo llamaba GRINGO FE0, por cariño.

Un día se le ocurrió á la Marequite entrar al cuarto del gringo, para ver qué partido se podía sacar de la Gran Bretaña.

El gringo estaba que se derretía de gusto.

Lo primero que vió la chica sobre la mesa fué un lindo medallón de oro.

—Gringo feo, exclamó. Voy á llevarme este medallón!

—Oh, yes.

—Y estas monedas, qué significan?

—Libro-esterlín de ouro inglés.

—También marchan conmigo.

—All right.

—Para qué tiene usted estos gemelos de teatro?

Para ver á las cómicas en el escenario, no bribón? Ahora me los llevo.

—Oye, Marequite, yo te juramenta que.....
Calle usted la boca, pérfido. En castigo voy á decorar también este cepillo de nácar y esta palmatoria de plata y esta tabaquera de carey.

—La tobaquera tamién?

—También.

—Ud. gustar de fuma tobacco?

—Yo nó; pero lá necesito para guardar mis horquillas. Entiendes?

—Yes.

—Bueno. Por hoy estamos en paz. Pasarla bien, gringo feo, eh!

—Oye, Marequite.....

Yo quiere que Ud. darne su pañuelo de Ud. á mí.

—Vaya, pedigüño, tómelo Ud. y no se lo enseñe á nadie, porque me enojo. Adiós!

—Oye, Marequite.

—Qué hay?

—Yo quiere que Ud. darne un poco de sus cabellos de Ud. á mí.

—Ah, gringo viejo. Conque quiere Ud. un rizo de mis cabellos? Seré complaciente; pero cuidado con hacerme alguna brujería, porque ustedes los ingleses son unos demonios.

—Oye, Marequite.....

—Otra?

—Yo quiere que Ud. darne ahoura un beso á mí.

—Me partió el mister. Mi amigo, eso del beso dejémoslo para otro día.

—Oh, nou. Yo quiere ahoura inmediatamente mismo pronto.

—Pero, gringo!

—Ahoura inmediatamente mismo.

—Qué tercos son los ingleses!

—En fin, un beso no me compromete á nada. Toma, cara de mono, toma; pero no se lo vayas á decir á nadie.

—Outro.

—Bueno.

—Dous más.

—Vaya, y basta!

—Oye, Marequite.

—Todavía?

—Yo quiere que Ud. dar á mí una abrazo muy más fuertemente.

—Vaya Ud. á un cuerno, gringo atrevido! Comienza Ud. por pedirme el pañuelo y el diablo sabe á dónde va Ud. á parar.

—Yo dar siempre á Ud. todo lo que Ud. pidè á mí. Ud. dar á mí todo lo que yo pide á Ud. ahoura.

—Así es la cosa! Pues vaya entiéndase con su abuela, so mentecato, mónstruo, infame, vil.

Y rápida como un relámpago, la Marequite desapareció.

*
* *

Después de haber escuchado esta verídica historia, que me refirió un Canónigo, me he puesto á pensar en lo siguiente, relativo á las conferencias que, sobre la cuestión religiosa, se están celebrando en Santa Elena. (*)

Hasta aquí el Ministro Peralta, está imitando á la Marequite, en eso de pedir y pedir hasta la tabaquera.

Y el Delegado Apostólico, otorga y otorga.

Pero cuando le toque el turno de pedir al inglés, digo al Delegado, habrá quién lo aguante?



(*) 1898.



La misma polka.

Celebrábase allá donde yo me sé, una animada reunión de confianza.

El salón deslumbraba por la profusión de luces; las niñas resplandecían por su hermosura y sus galas; los jóvenes por su apostura y gallardía; el *buffet* por sus manjares y licores.....

Pero faltaba el músico.

Allí estaba el piano, el armónico mueble, cerrado como un calabozo y mudo como una estatua.

Los caballeros y señoritas se miraban en silencio, con cierta mezcla de tristeza y abatimiento, que quería decir: aquí falta música.

En vano el dueño de casa se deshacía en atenciones para con sus invitados, colmándoles de favores y finas obsequiosidades; pero todos se manifestaban preocupados ó indiferentes.

Y era muy natural élló. Habían ido á bailar y no sonaba el piano.

Algunos, aburridos, pretextaban ocupaciones urgentes, jaquecas, constipados y se marchaban multiplicando excusas.

El salón iba á quedar desierto.

De improviso hubo una explosión de júbilo.

Era el músico que llegaba.

Los que se habían puesto el sombrero para retirarse, consintieron en tomar asiento y asistir á la danza.

Por supuesto, el músico era el más agasajado de la reunión. No había quien no le dirigiera algún cumplido.

Los optimistas aquellos que no habían perdido las esperanzas de divertirse bailando y cenando á expensas del anfitrión, reprochaban á los demás su poca fe y se ufanaban de su bien fundada confianza.

Sentóse el músico al piano y tocó una polka.

Qué alegría!

Aquellos aduladores de oficio, que nunca faltan en los salones, se hacían lenguas de la esplendidez del dueño de casa y de la magistral competencia del maestro.

Parecía que nunca habían oído tocar una polka.

Y qué polka! Ticutín, tin, tin. Ticutín, tin, tin.

Nada más.

Giraron las parejas con todo el entusiasmo que nace del deseo y muchas se burlaron de los que se habían ido, causados de esperar.

Terminada la primera pieza, hubo algunos que pidieron al maestro un valse, porque en la variación está el gusto.

Asintió el músico y comenzó á tocar: ticutín, tin, tin, ticutín, tin, tin.....

Era la misma polka.

Refunfuñaron unos, se conformaron otros; pero, de buena ó mala gana, bailaron todos.

Hecho el receso de ordenanza, y después de lanzar varios vivas al músico, remojados con la correspondiente cerveza nacional, se reanudó el baile pidiendo la concurrencia por voz unánime, una mazurca.

Se sentó el maestro en el piano y tras un prolongado registro que hizo concebir mil esperanzas á los bailarines, lanzó las siguientes notas: Ticutín, tin, tin. Ticutín, tin, tin.....

Era la misma polka.

La mitad de las parejas se sentaron, aburridas con la sempiterna polka, mientras el dueño de casa con la sonrisa en los labios, recorría los estrados, invitando al baile.

De común acuerdo se convino al fin en que el músico tocara una cuadrilla.

Ya era tiempo.

Puestas en orden las parejas, el maestro fué al piano: recorrió el teclado de marfil y dejó oír lo siguiente: Ticutín, tin, tin. Ticutín, tin tin.....

Era la misma polka.

La concurrencia empezó á despedirse.

Y esto por qué? se preguntaba el dueño de casa. Acaso no estamos bailando?

Sí, le contestó una gentil muchacha, bailando estamos; pero ya nos fastidia la misma polka.

Por eso nos vamos.

El músico no sabe tocar otra cosa.

Qué barbaridad! exclamaban los aduladores, con la boca llena de conservas, pastas y confites. Se toca una polka y no quieren bailar.

*
* *

Aquí se acabó el cuento.

Y yo digo:

Cuando un partido político está en el poder, debe hacer oír todo su repertorio.

Porque no hay cosa más fastidiosa que la MISMA POLKA.

Estamos ya cansado de ver ensañarse al liberalismo contra el clero.

Tóquese otra pieza.

Música maestro!





El Padre Pantaleón.

Cuenta la historia que en cierto Convento hubo el sacristán más famoso de cuantos han existido desde la creación del mundo hasta nuestros días.

Se llamaba Querubín, nombre angélico, que cuadraba á maravilla con las místicas funciones propias de su cargo.

Era por cierto este hombre el ídolo de los devotos y el niño mimado del Padre Pantaleón, superior de la comunidad.

Ninguno como él para inventar milagros. Cada día tenía algo nuevo que contar á la feligresía.

Ya era San Antonio, el que había visto bajar de su nicho en las altas horas de la noche, para conversar con San José, en el seno de la más íntima confianza.

Ya era la Virgen la que descendía con el Niño en sus brazos, para darle un baño en la pila de agua bendita. Los Apóstoles celebraban tertulias de familia; el Espíritu Santo, en figura de paloma, hacía un nido en el campanario; San Jacinto le daba recados para el Cura de Yaguachi; Santa Ana le pedía torquitos de Samborondón; Santa Clara tambores y tortillas de Daule; y así sucesivamente, de manera que el Sacristán Querubín, no se alcanzaba ya como mandadero de la Corte Celestial, y por supuesto, las devotas escuchaban asombradas estas relaciones.

Qué portentoso! decían. Esto no se ha visto nunca! Este hombre es un santo!

Querubín bajaba la cabeza en señal de humildad, y no volvía á levantarla hasta no referir algún nuevo

prodigio, que dejaba al auditorio con tamaña boca abierta.

Decir que el Sacristán mentía para los que no creían en sus palabras, hubiera sido alborotar un cotarro.

Los prudentes se callaban, pues, por discreción y lo dejaban hablar.

Los inocentes ó los tontos, que eran muchos, se encargaban de repetir, comentar y adicionar las aseveraciones de Querubín.

Y con esta no rara propaganda, llovían las misas, las novenas, los jubileos y cuanto Dios creó en beneficio de la institución y su comunidad.

Un día sucedió que la mujer del Sacristán, maravillada élla misma, á pesar de lo bien que conocía á su marido, de las extrañas revelaciones que le oía referir, le dijo en confianza:

—Es cierto, Querubín, eso que cuentas?

—No seas tonta, mujer, le respondió él con franqueza campechana. Todo es mentira. Yo lo hago únicamente por recomendarme ante el Padre Pantaleón y conservar mi destino.

—Ah!

Cuando yo oigo los primores que cuentan los sacristanes políticos, me suelo preguntar para mis adentros:

Será verdad eso que cuentan? Proceden sinceramente? O lo hacen para recomendarse ante el Padre Pantaleón.





Los Galenos.

A fines del último verano leí en la sección «A Grande» de «El Grito del Pueblo», esta infautista nueva:

«La bella señorita Ecuatoriana se encuentra gravemente enferma.»

Y como yo soy amigo de Ecuatoriana y la quiero más que á mi vida, fuíme al punto á su casa, presa de letal melancolía, como dicen los poetas y avancé hasta el lecho del dolor, como dicen los cronistas.

Allí estaba la pobre enferma entre dos botellas de Agua de Janos, y exhalando un olor á cataplasma que partía el alma.

—Ecuatoriana, la dije, con voz ahogada por la emoción, me conoces?

—Sí, balbuceó élla, con lastimero acento.

Esta niña, pensé, necesita alguna distracción. No hay medicina mejor para un enfermo grave que hacerlo reír.

Me acerqué á su oído y hablé así:

—Sabes, Ecuatoriana, lo que le ha pasado á doña Dorotea?

—La enferma abrió los ojos y me miró sonriendo.

—Te acuerdas de aquella señora gorda y colorada, que se pintaba las cejas con corcho quemado?

—Sí, sí, ya sé. Qué le pasó?

—Que ayer iba muy peripuesta acelerando el paso para tomar el tranvía del Astillero, cuando derrepente ¡paf! cayó al suelo de bruces y se adaptó á las sinuosidades del empedrado como si hubiese sido un capacho de manteca.

—No me hagas reír, Jack.

—Pero la sorpresa de todos fué cuando, al ir á levantarla, oyeron que en lugar de quejarse cacareaba.

—Ja, ja, ja! Esas son invenciones tuyas!

—No, hija. Era que la señora se había caído sobre un gallo, el cual, según se ha sabido, iba en persecución de una polla chirapa que lo tenía loco.....De manera que el que cacareaba era el gallo; pero como estaba debajo, todos creían que era misiá Dorotea, que se había convertido en gallina y encontrado su nidal en media calle.

Al oír esto Ecuatoriana se sentó en la cama para reirse mejor, y no pudiendo ya más, me tiró á la cabeza una caja de píldoras para que callara.

Está salvada, exclamé para mis adentros. Un esfuerzo más y la pongo en pié.

Lo curioso, añadí, es que cuando lograron levantarla, los más valientes echaron á correr, porque jamás habían visto un fenómeno semejante.

Figúrate que el corcho quemado de las cejas se había desteñido; como es natural, por efecto de las lágrimas, pasando el corcho negro á la nariz, que parecía de betún; en tanto que el carmín de los labios se regaba á derecha é izquierda, formándole unos bigotes colorados como jamás se han visto.

La hilaridad de la enferma llegó aquí á su punto, y yo iba ya á proponerle que saliéramos á dar un paseo en bicicleta, cuando entró la madre azorada, escondió rápidamente la bacinilla debajo de la cama, y pronunció á média voz estas palabras solemnes:

—El doctor!

Estuve al punto de emprender la carrera; porque yo les tengo un miedo terrible á los Galenos, pero me armé de valor y me quedé.

—Entró el doctor Esculapio y se acercó á la enferma.

—Dios mío! decía entre mí, pobre Ecuatoriana!

—En seguida le tomó el pulso; después quiso hacerle sacar la lengua.

—No la saques, porque te la corta, murmuré yo en secreto.

—Qué, dijo el médico, mirando de reojo.

—Que está la mañana muy lluviosa, doctor, le contesté.

—Claro es, repuso, si estamos en invierno.

—Cierto.

—Al fin se salió con las suyas de verle la lengua, y después le aplicó el oído en la espalda, sin duda con el

objeto de averiguar si tenía dentro alguna caja de música.

—Siente usted vacío en el estómago antes de comer?

—Sí, doctor!

—Experimenta usted calor al medio día?

—Bastante.

—Bebe usted agua después de tomar dulce?

—Siempre.

—Hay cosquillas en la planta de los pies cuando usted se rasca?

—Sí, doctor.

—Bueno, lo que usted tiene es una inflamación aguda á la traquearteria, ocasionada por el cansancio de la sangre; porque como la sangre está siempre corriendo, al fin llega un momento en que se cansa, como usted comprenderá.

—Sí, doctor.

—Tenemos que ponerle un caústico en la boca del estómago para tonificar el espinazo; un emplasto á la cabeza para que bajen los malos humores á los pies y un ladrillo caliente en cada pié para que suban los humores buenos á la cabeza. Después se toma un vaso lleno del brevaje que voy á recetarle.

Le advierto que tiene mal sabor; pero si Ud. quiere puede mezclarlo con kerosenne en partes iguales.

—Yo estaba aterrado.

—Recetó el médico y se despidió.....hasta mañana.

—La pobre niña me preguntó dónde tenía ella la traquearteria.

—Lo ignoro, le repetí, profundamente conmovido. Pregúntame otra cosa más fácil.

—La señora mamá hizo una segunda irrupción en la cámara de la enferma y lanzó enfáticamente esta bomba:

—El otro doctor.....!

—Cómo es eso! Cuántos doctores vienen aquí?

—Se han llamado dos, me dijo la señora, para que la curen más pronto; porque más ven cuatro ojos.....

Iba á replicar, cuando entró Hipócrates, revestido de la mayor solemnidad, hizo una reverencia, se aproximó al campo de operaciones, tomó el pulso, consultó el reloj, desvainó el termómetro, hizo sacar la lengua y comenzó el interrogatorio.

—Qué siente usted de anómalo?

—Dolor de barriga.

—Y qué más?

—Inflamación en la traquearteria.

—Quién le ha dicho á usted eso?

—El doctor Esculapio.

—Dígale usted que no sea ignorante. Qué le ha mandado?

—Un ladrillo caliente á los pies y un emplasto y.....

—Qué bárbaro. Se moriría usted, niña, si tal hiciera.

No ve usted que si se calienta los pies se le enfría la cabeza y viceversa. Déjese de disparates: lo que tiene usted es una obstrucción en la válvula del ventrículo izquierdo, aunque diga lo contrario el doctor Esculapio, que no sabe una palabra de medicina.

Usted necesita tomarse una cápsula cargada con pólvora sin humo por la mañana y otra con humo por la tarde.

Al oír esto, emprendí la fuga y no paré hasta llegar á mi habitación. Allí supe al día siguiente que la infeliz Ecuatoriana, estaba peor que la víspera; lo que no me extrañó; porque también esta desdichada República Ecuatoriana es presa de dos partidos políticos antagónicos, que pretenden darle vida, por medios opuestos, y lo que hacen es partirla por el eje.....





El machete.

Los peruanos no saben, ó fingen ignorar, lo que es un machete de nuestros montuvios costeños, según lo que de él se burlan; pero yo conseguiré demostrarles que es cosa de muchísimo respeto.

El machete es una hoja de acero larga como una espada, ancha como la mano, rígida como una pica, que remata en un cabo de cuerno remachado al metal por cinco clavos de cobre.

El mango áspero y duro lastima la mano del novicio que lo oprime; el peso de la hoja fatiga los músculos; el tajo romo rebota con el golpe y bien pronto la intemperie le llena de herrumbre. Tal es el machete, que sin duda conocen en el Perú, arma despreciable ciertamente.

Pero aparece el hombre de nuestras montañas y el machete se transforma en sus manos. La primera piedra del camino sirve para morder sus aristas y sacarle filo; la hoja brilla como una lámina de plata y la férrea diestra que lo esgrime parece remachada al mango con otros cinco clavos de cobre.

Ya no hay aspereza ni desolladura que sufrir para la dura epidermis del montuvio; ya no hay peso sensible que fatigue los músculos; ya el tajo es el de una navaja de barbero y la luz se quiebra en el pulido acero como en un espejo. Qué arma tan terrible es el machete!

No ha desaparecido aún de estas regiones, que formaron la Gran Colombia, esa raza aguerrida y montaráz de los llaneros de Páez. Nos queda el montuvio costeño, tipo rebelde que no ha sufrido jamás la humillación del indio de las cordilleras, y conserva todo el

vigor indomable de su naturaleza salvaje. Estos son los macheteros, de quienes se ríen nuestros vecinos, porque están lejos del filo de sus machetes.

Imaginaos un atleta de bronce atezado por la intemperie, endurecido en la fatiga é indiferente á la inclemencia de los elementos; de esos que respiran á plenos pulmones el aire libre de los bosques y reciben sobre sus hombros desnudos y relucientes los abrasadores rayos del sol tropical. Ancho sombrero de Jipijapa cubre su cabeza; el famoso poncho campesino, que es el lujo y el orgullo del montuvio, flamea sobre su busto; un rollo de beta retorcida y lucia sujeta á su cintura el pantalón de lanuda bayeta, y pendiente de esa misma beta cae al lado izquierdo un estuche de cuero que encierra; adivináis qué?

—El machete!

Pero qué machete y qué hombre!

Hay en este país unas cañas rollizas, de corteza dura como el cuerno, gruesas como el muslo y tan alta como una palmera. El montuvio llega al pié, blande su machete, se ve un círculo de acero en el aire y la inmensa gramínea cae con estrépito de un solo tajo, como la flor cegada con la podadera en un jardín de Lima.

Pensad un poco, caros vecinos, qué reverendos machetazos serán estos!

Hay en este país selvas espesas, impenetrables, vírgenes, en donde las raíces adventicias y las lianas forman tupida enredadera. Queréis ver abierta una senda como por encanto? Qué vaya adelante el montuvio con su machete desnudo: los tallos se pliegan al instante; los bejucos saltan y se enroscan como culebras; los troncos crujen y gimen como almas en pena; la maleza toda parece huir de la hoja de acero que la acosa; la fauna del bosque huye también y la tierra se descubre, blanda y limpia, ofreciendo al paso del viajero un camino despejado y fácil.

El machete es para nuestros montuvios lo que el caballo para el gaucho de las pampas argentinas: un compañero inseparable. A él, al machete, le cuenta sus cuitas; con él se siente fuerte y pujante, feliz é independiente; con él se duerme á las orillas de los ríos ó en el corazón de las montañas, sin temor ni sobresalto.

Para el machete no hay vaya que resista, ni dientes voraces, ni zarpas desgarradoras. Es la vívora que salta en el camino? Es el tigre que asoma en la encrucijada? Es el caimán que aguarda una presa en el vado del estero? Aguardaos: va á silbar el machete.

Y el machete silba, y la ponzoñosa víbora cae decapitada; y la bestia felina se revuelca en su sangre, y el terrible saurio siente hender las placas córneas de su dorso, como hiende el hacha á un viejo tronco.

Quién premia estas victorias? Nadie. El montuvio enguja con la desnuda planta del pié la hoja de acero tinta en sangre; y por la noche, bajo su pajizo techo, al amor de la lumbre y ante una cazuela de arroz con lentejas y plátano verde, dirá de sobremesa á sus deudos y amigos:

Pó allá arriba me salió é tigre; pero yo que lo vide mismamente que se me venía con la mañosería de un crestiano, le cargué más primero con er machete y lo rajé ahí mesmo.

Los que oyen esta hazaña, digna de un canto épico, la toman como la cosa más natural del mundo y no se vuelve á hablar más del asunto.

El machete desempeña un papel importantísimo en los impetuosos amores del montuvio.

La bravura es un título de preferencia en el cariño de la campesina y ahí entra el machete para abrir camino hacia su corazón.

Llega el día domingo y aparece el montuvio soberbio ante su dama, con el sombrero nuevo, la cotona tiesa, el pantalón flamante y el poncho que le arrastrá, ese rico poncho que es toda la gala del campesino y en el cual radica, yo no sé por qué, su más exquisita susceptibilidad.

Tirad á un montuvio del cabello, que talvez lo tomará á broma; pero no le tireis del poncho, si estimáis en algo el pellejo.

Pues allí es de verlo, digo, como se pasea y hace la rueda á la china, con el finchamiento de un pavo, dejando caer intencionalmente un canto del poncho y desafiando á sus rivales á que se lo pisén.

Copas van y copas vienen, el alcohol hace su efecto; por un lado se oyen protestas de amistad, afianzadas con golpes de pecho capaces de romper el parche de un tambor; por otro lado empiezan las bravatas y amenazas, hasta que salta un atrevido y osa pisar el malhadado poncho.

Ya todos saben lo que va á pasar:

Se abre inmediatamente un círculo en torno de los campeones; las mujeres chillan desaforadas, los chicos se desgañotan y los perros aúllan.

Tales desafíos no se parecen á los de los caballeros,

que se pinchan, con todas las reglas del arte, con floretes de salón. Estos van á rajarse como se raja á un madero, con todo el impulso de la fuerza bruta.

Los ponchos sirven para fornar un seno con el brazo izquierdo y embotar el filo del machete contrario. Comienza el ataque feroz y encarnizado; los machetes se chocan por el tajo y el revez lanzando luminosas chispas, y llueven los golpes que desgarran los ponchos y las carnes.

Los yankees gastan millares de dollars por ver aplastar narices en un desafío de box que, según parece, es lo único que los emociona fuertemente. Aquí verían gratis y espeluznados una riña á machete, que sería mandada á hacer para un temperamento como el de ellos.

Me declaro incapaz de describir la pelea en sus patéticos detalles. Aquello es un drama salvaje de primera fuerza, y luego viene la perplejidad de los cirujanos, que tienen que hacer prodigios de habilidad para cerrar boquetes espantosos, restituir á su lugar los miembros que penden de una hilacha, soldar huesos picados como en una terciena y remendar aquí y allá colgajos de pellejo.

Pero, con todo eso, dirán nuestros incrédulos vecinos, tiene cualquiera para liar el petate al otro mundo. Cualquiera sí; pero no un montuvio de los nuestros, que tienen una tenacidad vital á toda prueba.

Cierto médico, amigo mío, que vive en el campo, me refirió haber asistido á un campesino hecho un Cristo, después de una reverenda macheteada. Hizo lo que pudo y creyó que no viviría veinticuatro horas.

Por la noche se celebraba un velorio en una choza vecina, y un tañedor punteaba la guitarra. Adivinen quién tañía?

El herido!

El médico, que estaba ya acostado, se levantó de su cama para ir á ver ese prodigio y se quedó asombrado.

Pero quién habla de médicos y cirujanos en nuestros montes. Lo regular es que el curandero del lugar haga estas curaciones casi inverosímiles, sin más instrumentos que la Oración del Justo Juez, estiércol de caballo y buenas ligaduras.

Ah, diabluras del machete! Pobre de la mujer que dé pábulo á los celos del marido, olvidando bajo el imperio de pasión extraña el machete de su rudo compañero; pobre de ella, repito, á menos que pueda confiar en el filo de otro machete..

Hay personas serenas que reciben un disparo de

frente y oyen silbar la bala sin pestañar; pero no hay, ni ha existido todavía una que vea desenvainar un machete y venírsele encima sin que escurra el bulto.

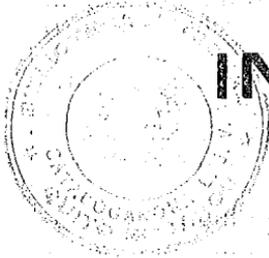
Los perseguidos á tiros, por fuerza mayor, corren mucho, indudablemente; pero nadie corre más que el que siente por las espaldas el bandereo de un poncho y el silbido de un machete que va rasgando el aire con el filo.....

Cuentan los viajeros que los malayos esgrimen una arma formidable y matadora llamada PARRANG. Es una especie de mandoble recio y afilado que divide un cráneo como uua naranja.

Pues bien: ese es el machete.

Ya lo saben nuestros vecinos; y ahora que se ríen si les place; pues no deseamos que les llegue la hora de probarlo.





INDICE

	Págs.		Págs.
El Gallo encantado	3	El Cazador de ratas	81
Los Curanderos.....	7	Las Elecciones en mi	
La Suegra de Ma-		pueblo.....	85
merto.....	11	La Novia vergonzosa	89
Los Relojes garanti-		El Rey de los nada-	
zados.....	15	dores.....	93
En el Registro Civil	18	Escuela periodística	96
El Quiquiriñau.....	22	El Burro de los tres..	100
Espíritu doctrinario	25	La Pluma al viento..	104
Drama de familia.....	29	El Gallo del mori-	
La Unificación del		bundo.....	107
Partido.....	33	La Jarana plebeya...	111
El Partido del Cara-		El Año nuevo.....	116
pacho.....	37	El Gallo de los zapa-	
Dou Giuseppe.....	40	teros.....	120
Ecos Electorales.....	44	El Gato hablador.....	125
Matrimonio rústico		Revista de Teatro...	128
civil.....	49	El Práctico de la	
La Bandera roja.....	53	Costa.....	131
Luz y Sombras.....	57	El Almuerzo del Cura	134
Negros y mosquitos	61	El Jorobadito.....	138
El Sombrero del Cu-		El Chanchito ensebado	141
ra.....	65	La Visita de etiqueta	144
El Lenguaje de las		Una Reunión de con-	
frutas.....	70	fianza.....	148
Así se hacen las le-		El Consejo del gallo	153
yes.....	73	El Pecado de Juani-	
Nombramientos mu-		ta.....	157
nicipales.....	78	Juan Lanas.....	161

Págs	Págs.		
Guayaquil en invierno.....	165	El Sermón del Padre Rocco.....	256
Los Lateros.....	169	El Pleito de la vaca.....	260
La Manteca de gavi-lán.....	172	La Supresión de los Monasterios.....	264
El Monje y el rústico	175	Don Quijote en Gua-yaquil.....	267
Aventuras de Carna-val.....	179	La Lucha del toro con el oso.....	271
Viva el Diablo.....	185	Las Animas escar-mentadas.....	275
Las Señas domicilia-rias.....	189	La Gallina filósofa.....	278
El Conspirador de al-dea.....	194	Una Boda en refra-nes.....	281
La Abstinencia.....	197	Los Chinos no mue-ren.....	285
El Desayuno terrible	200	La Ley de Reempla-zos.....	288
El Original y la co-pia.....	203	La Asamblea canina	292
Un Viaje en carro.....	206	La Ruso-Japomanía	295
Tarjetas postales.....	210	Los Manifiestos.....	299
La Paloma pirotéc-nica.....	214	Los Santos Inocen-tes.....	302
Cosas de mi tierra.....	217	El Militarismo en Guayaquil.....	305
El Cañoncito de pla-ta.....	220	El Cuento del tío La-nas.....	308
Mi confesión.....	224	Los Pueblos chicos.....	311
La Casa contra-in-cendios.....	228	L'Enfant terrible.....	315
El Modo de descasar	232	La Mesa esquinera.....	319
Los Errores del Crea-dor.....	237	Reciprocidades.....	322
La Nariz de la con-ciencia.....	241	La Misina polka.....	326
La Odisea de un edil	244	El Padre Pantaleón	329
El Nueve de Octubre en Guayaquil.....	248	Los Galenos.....	331
La Tapa de raspadu-ra.....	252	El Machete.....	335
		Indice.....	341



